



DIMENSIÓN

ANTROPOLÓGICA

AÑO 2. VOL. 5. SEPTIEMBRE/DICIEMBRE 1995

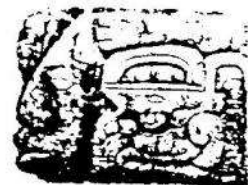
DIMENSIÓN
ANTROPOLÓGICA

<i>Directora General</i> María Teresa Franco	<i>Directora General de la Revista</i> Susana Cuevas Suárez
<i>Secretario Técnico</i> Enrique Nalda	<i>Consejo Editorial</i> Sergio Bogard Sierra Isabel Lagarriga Attias Sergio López Alonso Lourdes Márquez Morfín Florencia Peña Saint-Martín Leticia Reina Aoyama Arturo Soberón Mora
<i>Secretario Administrativo</i> Carlos Díaz Cuervo	
<i>Coordinador Nacional de Antropología</i> Héctor Tejera Gaona	
<i>Coordinadora Nacional de Difusión</i> Adriana Konzevik	<i>Consejo de Asesores</i> Gilberto Giménez Montiel José Lameiras Juan M. Lope Blanch Alfredo López Austin Álvaro Matute Aguirre Eduardo Menéndez Spina Margarita Nolasco Arturo Romano Pacheco
<i>Director de Publicaciones</i> Mario Acevedo	
<i>Edición</i> Ángel Miquel e Ileri Arellano	
<i>Diseño</i> Miryam Leticia I. Pérez Méndez	

Editor responsable: el titular de la Dirección de Publicaciones.
Núms. de certificado de licitud de título y contenido en trámite.
Núm. de reserva al título en Derechos de Autor en trámite.
Impresión: Talleres del INAH, Av. Tláhuac 3428, Culhuacán, México, D. F.
Distribución: Coordinación Nacional de Control y Promoción de Bienes
y Servicios del INAH, Frontera 53, San Ángel, México, D. F.
Tiraje: 1 000 ejemplares.

Índice

Participación social en salud como realidad técnica y como imaginario social EDUARDO L. MENÉNDEZ	7
Los cohuixca-tlapaneca CARLOTA DIEZ LOREDO y TAMARA YASCHINE Y CAPLAN	39
Agrarismo, nacionalismo e intervención federal: Yucatán, 1937 FRANCO SAVARINO	59
Diarrea infantil complicada y redes de apoyo ADRIÁN ACEITUNO <i>ET AL.</i>	83
Mijaíl Bajtín y las nuevas orientaciones de análisis en las ciencias sociales (la cultura cómica popular) JESÚS ANTONIO MACHUCA RAMÍREZ	105
Liberando lo popular del economicismo MÓNICA LACARRIEU y ÓSCAR GRILLO	125
La invención de los horizontes políticos: la palabra zapatista RAYMUNDO MIER	147
Reseñas	
René Acuña <i>et al.</i> , <i>Bocabulario de maya than [;] Codex vindobonensis N.S...</i> THOMAS C. SMITH STARK	179
Mario Humberto Ruz y Julieta Aréchiga (eds.), <i>Antropología e interdisciplina. Homenaje a Pedro Carrasco</i> JESÚS MONJARÁS-RUIZ	184
Leticia Reina Aoyama (coord.), <i>Economía contra sociedad. El Istmo de Tehuantepec. 1907-1986</i> ARMANDO LABRA	189
Susan Deans-Smith, <i>Bureaucrats, Planters and Workers</i> ARTURO SOBERÓN	192



Participación social en salud como realidad técnica y como imaginario social

EDUARDO L. MENÉNDEZ*

A partir de la década de los setenta y en especial desde la conferencia de Alma Ata, la participación social (PS)¹ referida al proceso salud/enfermedad/atención (s/e/a) ha sido reconocida como una de las actividades básicas de las políticas de atención primaria de la salud (AP) (Kroeger y Luna, 1987; Muller, 1979; Rifkin y Walt, 1988). Junto con la autoatención, el papel de la mujer, el uso de la "medicina tradicional" y el saber popular, la PS sigue siendo reconocida en la actualidad como parte sustantiva de las acciones dirigidas a solucionar, o por lo menos limitar, los principales problemas que afectan la salud de los estratos subalternos, y en particular de los grupos étnicos (Coreil y Mull, 1990; Menéndez, 1994).

La participación social ha sido propuesta para América Latina como una actividad necesaria no sólo respecto del proceso s/e/a, sino también para lograr determinados objetivos en otros campos como el educativo, el económico, el recreativo e incluso el cultural. Ello ha dado lugar desde la década de los cincuenta a la propuesta de proyectos específicos de participación, impulsados por la sociedad civil y/o el Estado (véase Comisión Económica para América Latina (CEPAL), 1960; Ware, 1962; Organización de las Naciones Unidas (ONU), 1972; Ugalde, 1985).

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

¹ Las principales siglas utilizadas en este trabajo son: atención primaria (AP); atención primaria selectiva (APS); atención primaria integral (API); aparato médico sanitario (AMS); organizaciones no gubernamentales (ONG); participación social (PS); proceso salud/enfermedad/atención (s/e/a); sector salud (ss).

En función de tal desarrollo, desde los sesenta la PS aparece como un campo de aplicación y de reflexión teórico-metodológica. Si bien ésta se centró en procesos meso y microsociológicos, en particular referidos a la participación comunitaria y a grupos de autoayuda, supuso ulteriormente la inclusión de procesos macrosociales. Además de investigadores dedicados al estudio de los grupos de autoayuda (Katz, 1981; Katz y Bender, 1976), autores como Gusfield (1963) y Touraine (1987) vieron en el proceso s/e/a un eje para el desarrollo de demandas colectivas, que a partir de su especificidad podían articular y/o expresar necesidades genéricas de los grupos involucrados.

En consecuencia, el concepto PS referido al proceso s/e/a supone reconocer su uso técnico y social y asumir que, con éste u otros nombres, ha sido un objetivo significativo también para la práctica política y la investigación académica. Es decir, este concepto implica la existencia de una historia académica, una historia técnica y una historia política que aun cuando hayan tenido trayectorias diferenciadas, se caracterizan por haber formulado e intentado resolver interrogantes teórico/prácticas similares. No obstante tener trayectorias particulares, existen entre estas historias convergencias metodológicas, en función de la similitud de las interrogantes básicas y por el continuo proceso de permeabilidad entre ellas. En consecuencia, la reflexión sobre la PS referida al proceso s/e/a debería tener como marco referencial esta historia múltiple, lo cual no ocurre en la mayoría de las investigaciones y/o de las acciones desarrolladas por el sector salud, las organizaciones no gubernamentales o los grupos sociales directamente involucrados en la PS respecto del proceso s/e/a.

En el presente trabajo no desarrollaré esta triple historia: propondré un marco referencial dentro del cual veamos jugar diferentes concepciones sobre la PS y el proceso de continuidad/discontinuidad que caracteriza el uso de este concepto, para después analizar algunos de sus aspectos sustantivos en salud. Me interesa analizar el desarrollo simultáneo de diferentes aproximaciones, que en determinadas lecturas aparecen como excluyentes y unilaterales, en lugar de emerger como propuestas que se desarrollan y transaccionan coetáneamente. Más aún, para nosotros es este proceso de continuidad/discontinuidad en el desarrollo teórico, el que posibilita entender el proceso de apropiación, resignificación y/o remplazo intempestivo de unos conceptos por otros, pese a manifestarse como antagónicos.

Participación social: la construcción teórico/práctica de un concepto

La década de los sesenta supuso la constitución en determinadas sociedades² de procesos de participación colectiva organizados tanto en términos económico-políticos, como en función de particularidades culturales, ideológicas, étnicas y de otras identidades fuertemente estigmatizadas. La diferencia y la PS aparecían utilizadas por sujetos y grupos, como expresión de modos de vida específicos y como propuestas de transformación y/o cuestionamiento de la sociedad dominante.

Las limitaciones, fracasos y/o inviabilidad políticas e ideológico/culturales de por lo menos una parte de estos proyectos condujo a un hecho paradójico. El concepto PS, sobre todo definido en términos de control sobre la toma de decisiones, cobró mayor presencia cuando las sociedades en las cuales se daba un determinado auge de fenómenos participativos entraron en crisis, por lo menos en sus formas masivas de participación.

Como sabemos, esta crisis se desarrolló durante los años setenta y ochenta, y fue tanto política como ideológica, pero no constituyó un proceso puntual y simultáneo sino que se caracterizó por su continuidad/discontinuidad y heterogeneidad, la cual llega hasta la actualidad. Al interior de este proceso se generó una recuperación del concepto.

La recuperación de la PS operó, en consecuencia, no en forma homogénea ni unívoca, dado que involucró un espectro de respuestas a determinadas características sociales, que a su vez expresaban las condiciones de diferentes sectores sociales. Desde esta perspectiva, la recuperación de la PS no puede ser pensada en los mismos términos respecto de las propuestas desarrolladas por grupos étnicos, o por las diversas variantes del feminismo, o por el denominado movimiento en salud mental, y por supuesto no puede ser interpretado desde la misma perspectiva el desarrollo de estos movimientos en las sociedades capitalistas centrales que en las periféricas.³

² En este texto dichas sociedades refieren a las de capitalismo desarrollado y a las latinoamericanas.

³ Ha de recordarse que los movimientos nucleados en torno a lo étnico, la religión, el sexo (luego el género), la edad, la identidad estigmatizada y la enfermedad mental, tuvieron un notable desarrollo en Estados Unidos y en menor grado en países europeos durante la década de los sesenta, antes de que estos movimientos cobraran significación

Este concepto ha sido reapropiado por tendencias teóricas que consideran que el capitalismo favorece el desarrollo de una sociedad individualista, competitiva, consumista, pasivo/receptiva, apática, donde los objetivos privados se imponen a las necesidades públicas; sociedad donde la caída de ideologías y prácticas comunitarias favorecían la atomización y la indiferencia o el escepticismo hacia las acciones colectivas; donde la democracia era cada vez más formal, ya que se había generado una escisión entre la población y sus representantes políticos y/o sindicales incluso cuando funcionaba la democracia representativa.

No obstante tal concepción no era nueva; durante las décadas de los veinte y treinta, una parte del marxismo, del historicismo y más tarde del existencialismo habían reflexionado críticamente sobre las características de la sociedad europea. Más aún, en los cincuenta y sesenta la sociología norteamericana, retomó algunas de estas temáticas. La pérdida de la identidad subjetiva y grupal, la caracterización de la vida como inauténtica, anómica y alienada, el dominio creciente de la soledad, el aislamiento, "la muchedumbre solitaria", la depresión o la soledad "del corredor de fondo" expresaban la continuidad de un análisis que fue previamente dominante en especial en el comprensivismo alemán, pero también en la escuela durkheimiana.

Durante los años sesenta y setenta una serie de corrientes teóricas, incluida la denominada "institucionalista", analizó la sociedad enfatizando la tendencia institucionalizadora dominante en toda sociedad, el dominio de lo instituido sobre lo instituyente, concluyó en consecuencia que la institución crea necesariamente mecanismos para asegurar su propia reproducción. Toda institución, no sólo las políticas, generan procesos de poder y micropoder para reproducirse; en función de dicha hipótesis fueron analizadas especialmente las instituciones familiares, educativas y médicas.

Tales conclusiones no constituyeron meras reiteraciones de las propuestas weberianas, sino que describieron el peso de lo institucional oponiéndose estructural y funcionalmente a los procesos de democratización, más allá de las invocaciones formales hacia la misma. El trabajo de Foucault —si bien con contradicciones y discontinuidades— expresa en parte este tipo de concepciones, donde el saber/poder institucional no sólo limita la PS, sino que convierte a la PS supuestamente autónoma en agente de la reproducción del sistema dominante. Para

en América Latina, donde salvo el movimiento estudiantil y por supuesto los movimientos obreros y campesinos, se desarrollaron en periodos ulteriores.

una parte de los institucionalistas, de los neoweberianos y de los foucaultianos, la astucia de la estructura es notoriamente insidiosa ya que la misma se reestructura y reproduce en parte a través, incluso, de los que la cuestionan; pues utilizan algunos de los mecanismos y procesos que critican para asegurar su propia microrreproducción. Así, partidos políticos u organizaciones no gubernamentales (ONG) que proponen la solidaridad, critican el individualismo competitivo o cuestionan el manejo de incentivos materiales, desarrollan al interior de sus organizaciones competencias por micropoderes que pueden concluir en la exclusión de algunos o en el fraccionamiento de la organización, o en realizar actividades contradictorias con los objetivos propuestos. Para algunas de estas tendencias, dado el peso de lo estructurante y de la trama de la vida orientada hacia lo privado, la PS aparece como uno de los escasos mecanismos que pueden oponerse a lo institucionalizado, pero solamente en la medida que dicha PS sea constante y continua.

Por otra parte, los análisis referidos a las condiciones socioeconómicas y étnicas como las de América Latina, si bien incluían parte de las propuestas anteriores, describieron procesos donde se evidenciaba, junto con la situación de pobreza, la exclusión de la mayoría de la población de la toma de decisiones respecto de los mecanismos económico-políticos que condicionaban sus formas de vida, inclusive a nivel local.

Conceptos como el de marginalidad, más allá de su legitimidad teórica, buscaron destacar que la mayoría de la población subalterna rural y urbana no participaba en los términos señalados. Si bien las sociedades capitalistas en general se caracterizaron tanto a nivel oficial como privado por el desarrollo de una burocracia jerarquizada, por la concentración de los mecanismos de poder, por el incremento de la delegación de funciones desde el sujeto/grupo/comunidad hacia esos sectores, etcétera, estas características eran más acusadas en las sociedades dependientes donde gran parte de la población se iba constituyendo en "marginal". Se señalaba no sólo la pérdida continua del peso de la sociedad civil, sino también el incremento de la población pobre y extremadamente pobre que en términos políticos era marginal, no participativa y que limitaba sus actividades a un poder y micropoder locales sin incidencia en la sociedad global.

En los años sesenta el proceso condujo a la recuperación de las propuestas autogestivas desarrolladas sobre todo en los veinte y treinta; dichas propuestas se expresaron a través de proyectos y experiencias referidas al control obrero, campesino, étnico, estudiantil, sobre las ins-

tituciones, sobre la enfermedad, incluido el control sobre la locura. Una parte de estas experiencias supusieron experiencias culturales cuyas unidades eran la comunidad o el grupo. Al igual que la mayoría de las experiencias ocurridas durante este lapso se discontinuaron en forma masiva durante los años setenta y los ochenta (véase Menéndez, 1979 y 1983).

Una parte de los análisis subrayaban la constitución de una sociedad donde no sólo el sujeto o el grupo delegaban funciones, sino donde iban perdiendo cada vez más su autonomía y se constituían en sujeto/grupo cada vez más *dependientes*. La *dependencia* podía ser a las drogas, al juego, al deporte, a la televisión o a una ideología. Es decir, se organizó una concepción donde la interpretación estaba colocada en el peso de la estructura como autorreproductora y en la secundarización dependiente del sujeto/grupo.

La PS fue recuperada desde diversas orientaciones en función de estas interpretaciones de la realidad; fue propuesta como uno de los principales mecanismos para construir y/o reconstruir la identidad deteriorada de grupos étnicos, migrantes rural/urbanos, de homosexuales o de "locos". Aparece no sólo como mecanismo de rehabilitación sino como ejercicio donde los sujetos y grupos experimentan su propio poder y sus posibilidades. La PS aparecía como una de las soluciones para los marginales urbanos, las mujeres o los "desviados": aquéllos (as) que no tienen poder, que no "tienen palabra", los excluidos del sistema pueden llegar a tenerlo si comienzan a participar. La PS se irá convirtiendo en una suerte de mecanismo generalizador que opera desde lo político hasta lo terapéutico.

La PS supone cuestionar lo dado, oponerse a lo institucionalizado, a la dominación en términos de cohesión y/o de consenso; la inclusión participativa supondría cuestionar la manipulación y la cooptación. La PS posibilitó el desarrollo de la autonomía a nivel de sujeto y de grupo, aunque esto —como luego veremos— incluía reconocer la existencia de orientaciones radicalmente diferentes en las concepciones de PS. En fin, la PS cuestionó la verticalidad de las organizaciones y de la toma de decisiones —por lo menos de determinadas formas de verticalidad.

Desde una perspectiva política, la PS supondría un ejercicio constante de democratización o, como se dijo más tarde, de "ciudadanía"; más aún, algunos pensaron la PS en términos de democracia directa al colocar el eje en la toma de decisiones. Además, la PS aparecía como mecanismo de transformación social y del propio sujeto; la actividad participativa reduciría el papel de la estructura y convertiría al gru-

po/individuo en sujeto de la reproducción y no en objeto/recurso de la misma.

La PS aparece entonces como un proceso necesario que critica y puede modificar algunas de las principales características negativas de las sociedades capitalistas actuales. La PS “en sí” cuestionaría el individualismo, la dependencia, la apatía, etcétera; al involucrar al individuo en una actividad colectiva, tendería a superar la atomización social y posibilitaría la construcción de una subjetividad no centrada en lo privado. Esto, según algunas tendencias teóricas (interaccionismo simbólico, teorías del *imprinting*) y estudios empíricos (los trabajos sobre “carencialidad”), se fundamenta a partir de reconocer que el sujeto se constituye como tal a partir del/los otro/s. La constitución del sujeto no es un acto individual sino un proceso relacional.

Este desarrollo tenía para determinadas teorías y prácticas un referente teórico fuerte en la estructura, lo estructurante, lo institucionalizado, que sólo reconocía en el sujeto una capacidad cuestionadora en la medida que se constituyera en agente activo intencional. Si bien a nivel teórico dominaron estructuralismos y funcionalismos negadores del sujeto, que negaron no sólo al actor sino también al “autor”, ello no implica suponer que no existían corrientes que seguían proponiendo el papel central o por lo menos copartícipe del sujeto y sus grupos. Es debido a la existencia de estas tendencias, que cuando entran en crisis determinadas ideologías e imaginarios ello puede conducir a radicalizar aún más las lecturas estructurantes (caso de algunos foucaultianos), pero también a la recuperación más extendida del sujeto.

Una de las cuestiones a resolver tanto en dicho periodo como en la actualidad es: qué se entiende por sujeto y qué por estructura, y su relación. No todo fue estructurante “antes”, es decir para el caso de América Latina en los años sesenta y setenta, como pretenden algunas lecturas ahistóricas, ni todo es sujeto social “después”, aun cuando cada vez se hable más de transacciones y negociaciones, de sujetos, subjetividades y actores; ya que debemos asumir que en la totalidad el proceso existieron y existen corrientes teóricas (y prácticas) que siguen manteniendo el énfasis en el sujeto o en la estructura. Es este proceso entendido como continuidad/discontinuidad, el que permite comprender la reapropiación de interpretaciones ya existentes, aunque resignificadas en función de las situaciones actuales.

Erosión o resignificación de la participación social

La revisión de las propuestas enumeradas evidencia que no sólo son homogéneas sino que cuestionan distintos ámbitos de la realidad. Más aún, algunas, incluso cuestionando aspectos similares, darían lugar a interpretaciones radicalmente diferenciadas, en particular en lo referente a la relación sujeto/estructura.

Una serie de tendencias, en especial de las propuestas neoliberales, consideraron las características de la sociedad actual, el tipo de participación centrado en el individuo y la competencia como la alternativa más adecuada y "realista". Colocaron el eje de la PS en el individuo, la autorresponsabilidad personal, la crítica de la dependencia, la autonomía del sujeto, etcétera, tendieron a hacer secundaria la significación de las estructuras, de la organización social y de la responsabilidad del Estado colocando el eje no en la sociedad civil sino en el individuo. La PS fue reducida al individuo o al microgrupo colocando en ellos tanto los logros como las consecuencias. Como sabemos, algunas de estas tendencias son las que ideológicamente expresan mejor el proceso de "culpabilización de la víctima" (véase MacKinlay, 1981).

Además, existen orientaciones que no sólo niegan la legitimidad de las propuestas dominantes por considerarlas estructurantes, generalizadoras y poco atentas a procesos microsociales de PS, sino también porque dichas orientaciones no tomaban en cuenta, excluían o volvían secundarios los procesos de participación colectiva que estaban operando en la realidad analizada. Dichas perspectivas no incluían fenómenos como los de producción y mantenimiento de redes sociales de solidaridad y autoayuda, la construcción de grupos de acción comunitaria, el desarrollo de estrategias de vida que involucraban a microgrupos y que no necesariamente reproducían la estructura. Se critica sobre todo que dichas tendencias no hayan tomado en cuenta la PS a través de la "lucha" cotidiana para sobrevivir, que la pensarán para entidades como clases sociales y referida a acciones casi exclusivamente políticas, dejando de lado a los actores sociales participantes a través de su especificidad étnica, religiosa, de género y de enfermedad.

Corrientes desarrolladas previamente por el culturalismo antropológico se articularon con propuestas devenidas del gramscismo o de la fenomenología, así como del cristianismo de base, para desarrollar sobre todo actividades prácticas, luego denominadas de investigación/acción, que subrayaron la significación del saber popular y el rol

de la concientización. Estas tendencias, como las anteriores, generaron críticas correctas a las propuestas estructuralistas, pero no desarrollaron "una teoría del pasaje" de las estrategias de vida o del trabajo con grupos a otro nivel de PS, que no se redujera a asegurar la supervivencia de la vida o del saber popular en términos de individuo o microgrupo. En general, la mayoría de las actividades generadas por estas tendencias operaron como estrategias de "aguante", más que como estrategias de transformación.

Con diversos nombres se planteó la necesidad de incluir al sujeto, al actor, a lo antiestructurante; se propusieron concepciones procesuales, según las cuales, la estructura se reestructura o se constituye en la acción o en la práctica. Se recuperó la capacidad de los sujetos y microgrupos para construir espacios "propios" dentro de instituciones, las macroorganizaciones, la situación hegemónica, etcétera. Reaparecieron o se reapropiaron los términos "lucha", "negociación", "transacción", "movimiento" como expresión de esa "nueva" forma de analizar la realidad.

Debe considerarse, sin embargo, que gran parte de estas propuestas eran reparaciones, y creemos que una parte de estas críticas realizadas desde la situación latinoamericana expresaron frecuentemente una suerte de desconocimiento acerca de críticas y propuestas similares formuladas hacía años, y que en cierto periodo constituyeron parte de las tendencias dominantes a nivel teórico y de investigación empírica. Lo que señalo no refiere necesariamente al interaccionismo simbólico o a la fenomenología, sino a una parte significativa del estructural/funcionalismo, del culturalismo y marxismo gramsciano.

La sociología norteamericana, durante el lapso 1940/1960, se caracterizó por el dominio del "pequeño grupo" en la investigación empírica, que era utilizado como la principal unidad de análisis y de interpretación, donde el rol del sujeto, o mejor dicho de la persona o del individuo, era determinante. No sólo fue el trabajo de Foote Whyte en la década de los cuarenta, sobre el grupo de esquina, o los notables trabajos de Roy en la década de los cincuenta, sobre los trabajadores de medianos talleres fabriles, los que dieron cuenta de la importancia del sujeto en la reestructuración de la situación o en la construcción de espacios propios, sino que los autores que trabajaron dentro de la teoría del campo (Lewin) o en las investigaciones psicosociales y sociológicas sobre pequeños grupos (White, Liipit, Bales) también se centraron en el rol del sujeto (individuo).

Más aún, en los cincuenta y sesenta, se desarrolló gran parte de la teoría de la "resistencia" de muy diversos tipos de sujetos sociales que pueden ser "locos" (Cooper), colonizados (Fanon) o campesinos (Huiser). Es decir, no sólo el interaccionismo simbólico o el conductismo sociológico trabajaban con el sujeto (individuo), sino que era lo dominante en una parte de la investigación empírica de la teoría de la acción, de las denominadas teorías del conflicto y de toda una serie de propuestas devenidas de la fenomenología y del existencialismo.

Hoy, está de moda en América Latina señalar que algunas de las corrientes mencionadas no incluían el poder o el micropoder, lo cual es sólo parcialmente cierto, dado que el desarrollo del interaccionismo simbólico y luego del construccionismo, colocaron en el poder, y sobre todo en el micropoder, gran parte de sus esfuerzos teóricos y empíricos (véase Goulter, 1979; Gusfield, 1963; Conrad y Schneider, 1980).

En su momento la crítica más frecuente fue sólo en parte referida a la secundarización de lo político y lo económico-político, ya que se destacó la tendencia al "psicologismo" dominante en una parte de estas tendencias —lo cual también comienza a observarse entre nosotros—. Al respecto, el problema no radica en manejar los términos "psicologismo" o "sociologismo" en cuanto a emblemas o estigmas, sino —y como punto nuclear—, en definir o cuando menos precisar qué se entiende por sujeto, por subjetividad y por estructura, y cuál es el tipo de articulación existente entre los mismos.

De rituales añorados

Respecto de las propuestas dominantes, otras tendencias comienzan a interrogarse sobre si realmente desaparecieron o se redujeron significativamente las PS en términos masivos y los espacios de acción colectiva; sobre si este tipo de sociedades vive y se reproduce sin rituales o a través de rituales triviales y/o "esporádicos", que tienden a una homogenización que elimina la diferencia.⁴

⁴ Recordemos que algunas tendencias de la sociología norteamericana en los sesenta consideraron que la pérdida o erosión de los símbolos o rituales constituían características distintivas de sociedades reducidas cada vez más a individuos y sin capacidad de producir espacios colectivos de participación. Junto con varios antropólogos latinoamericanos de los ochenta y noventa se constituiría un sujeto no sólo no participativo, sino lo que es más grave, sin identidad, o con una identidad vacía, difusa, etcétera. Esto por otra parte suponía la recuperación, con otra terminología, de algunos de los contenidos antes adjudicados a la categoría "mestizo".

En las lecturas que apelan a la PS como solución de estas características societarias, opera una falta de historicidad que no asume, por ejemplo, la temporalidad en la construcción de rituales o en sus transformaciones, dado que parece dominar una interpretación en términos de mantenimiento y no de cambio.

Pero la observación indica que las sociedades actuales se caracterizan por la construcción de nuevos espacios, rituales y símbolos que no necesariamente son permanentes, que en algunos casos operan durante un tiempo relativamente corto, pero que expresan procesos de PS: tales son los casos de los espectáculos deportivos, los conciertos masivos de música popular, los periodos vacacionales, el desarrollo del "campamentismo", comercio ambulante en las calles y diferentes movimientos de protesta, que inclusive convierten espacios públicos en lugares "sagrados" de participación. Los rituales de identificación organizados a través de la pertenencia a un equipo de futbol o de beisbol,⁵ formas de vestir, de maquillarse, de cortarse el pelo, uso del lenguaje, formas de beber y tipo de bebida consumida se caracterizan por su dinamismo y transformación, pero no por ello dejan de constituir rituales de reconocimiento, pertenencia y participación colectiva (véase De Martino, 1962).

El uso de técnicas para el cuerpo alcanza expresiones antes desconocidas, donde diversas tecnologías, incluida la médica, cumplen un papel relevante en los rituales de identificación/diferenciación. Así las técnicas de adelgazamiento, las cirugías plásticas, los fármacos antiarrugas, el cambio de identidad sexual realizados a través de técnicas quirúrgicas, etcétera, actúan en determinados sectores sociales, como los tatuajes, las heridas, los aretes y el fisiculturismo en otros.

No debe dejarse de lado el hecho de que el SIDA emergió luego de un fenomenal proceso de visibilidad de los sujetos y grupos homosexuales. Durante los años sesenta, y sobre todo los setenta, se crearon espacios de participación masiva de homosexuales en ciudades como Nueva York, Los Ángeles o San Francisco, que incluyeron la apropiación de espacios del entonces denominado Tercer Mundo como Marruecos y Tailandia, como lugares de participación y experiencias colectivas homosexuales.

⁵ Para algunos analistas, éstos son *espectáculos*, connotando la pasividad de los que van a presenciarlos. Lo mínimo que se puede comentar respecto de dichos análisis y sus autores es que fueron —si es que fueron— a esos espectáculos como espectadores y no como va la mayoría, es decir, como *partidarios, fanáticos, torcedores, hinchas, tifosis, barra*, etcétera, de algunos de los equipos a través de los cuales participan real o imaginariamente a niveles que pueden suponer festejos colectivos y hasta la muerte por agresión, por angustia e inclusive por felicidad (véase Elías y Dunning, 1995).

Inclusive se resignificaron fiestas "tradicionales", como muchos carnavales, que se caracterizaron por el dominio de grupos homosexuales. En consecuencia, la legitimación de la homosexualidad en ese periodo se basó en un amplio y continuo proceso de PS, por la ocupación de espacios, por la constitución de rituales y símbolos de identificación.

Los procesos de migración internos e internacionales también se caracterizan por la producción de espacios de participación y de auto-reconocimiento, por la construcción de organizaciones y redes de autoayuda social, laboral y de protección. Por otra parte, en diferentes sectores sociales se generaron formas de PS caracterizadas por la violencia en las relaciones internas y externas, y que incluyen el desarrollo de una simbología de pertenencia con espacios de identificación propia. Al margen de la interpretación que hagamos de esa violencia, lo importante es que la misma es parte de los rituales y símbolos a través de los cuales los que participan se identifican y diferencian.

El desarrollo de nuevos movimientos religiosos, comprendidos los religioso/terapéuticos constituyen, también, expresiones de procesos participativos en los cuales operan la ritualidad, religación, producción de identidades, la pertenencia, etcétera. Si estos grupos, movimientos y procesos se convertirán en "cultura en términos de verdad" más o menos continua, estará por verse, pero ello no niega la existencia de estos procesos.⁶

Es decir, frente a las reflexiones que proponían la desaparición de rituales participativos, la investigación socioantropológica evidencia la continua producción de los mismos a través de muy diferentes actores sociales. Esto supone, por tanto, reconocer que algunas tendencias manejaban concepciones sobre la PS que excluían un espectro completo de actividades y grupos participativos.

Tendríamos pues un segundo aspecto a precisar: el tipo de sociedad que los procesos participativos contribuirían a organizar. Esto es sustantivo, dado que la PS ha sido incluida como decisiva por tendencias políticas e ideológicas aparentemente contradictorias. Al respecto no debe olvidarse/negarse que los fascismos —en especial el italiano y el alemán— colocaban en la PS, en la movilización, en el "movimiento"⁷ uno de los ejes políticos e ideológicos principales de su proyecto social.

⁶ Por supuesto se puede concluir que parte de estos grupos y procesos son manipulados, expresan pautas consumistas, etcétera. Sin embargo este tipo de caracterizaciones requieren ser analizadas, pero en principio no afectan lo que estamos concluyendo.

⁷ Los fascistas fueron los primeros en utilizar políticamente este término como autorreferencia ideológica, que cuestionaba la concepción clasista y proponía otra basada

Construyeron toda una simbología y rituales —que inclusive supuso la recuperación y resignificación de antiguos rituales “culturales”—⁸ expresados en espacios de PS que implicaron la movilización de millares y en ocasiones millones de personas. La PS, la pertenencia, la ritualidad, etcétera, operó bajo estos sistemas, y si bien el tipo de organización desarrollada fue vertical, jerarquizada, delegada en unos pocos sujetos la toma de decisiones, no niega el efecto de PS desarrollado: logrado frecuentemente a partir de eliminar la *diferencia* no sólo en sentido simbólico sino también físico, y proclamando la unanimidad ideológica (cultural) de los miembros del *pueblo*.

Por otra parte, si las propuestas de PS están colocadas para la recuperación de “la” comunidad, lo cual puede referir a grupos étnicos actuales, utopías “primitivas” o ciudades medievales, la cuestión también radica en aclarar cuál es el tipo de organización social que se pretende constituir o reconstituir. Parte de los referentes organizativos se caracterizan además de por algún tipo de exclusión, por la subordinación de una parte de los miembros a otros, debido a principios que estructuran culturalmente no sólo la subordinación sino que llegan hasta legitimar como forma de vida la violencia y la muerte.⁹

Más allá de la crítica a las actuales formas de organización social y de reconocer la significación de la PS como un proceso que puede cuestionar, incluir nuevos sectores, democratizar, etcétera, una de las cuestiones básicas refiere al tipo de sociedad que se pretende producir a través de la PS. El cuestionamiento de una sociedad consumista y dependiente no necesariamente conduce a desarrollar una sociedad no dependiente;

en la categoría de “pueblo”. La “marcha sobre Roma” fue la primera expresión orgánica de esta concepción en términos de visibilidad y eficacia.

⁸ Los antropólogos alemanes recuperaron en las décadas de los veinte y treinta la función de los rituales y de los símbolos como mecanismos de pertenencia e identificación, influyendo en la construcción de rituales y símbolos colectivos en la medida en que una parte de ellos se adhirió y/o militó en el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. Este trabajo teórico y aplicado, que antecedió a otras recuperaciones antropológicas de rituales y símbolos, desarrolladas sobre todo en los cincuenta y sesenta no suelen ser consideradas por los científicos sociales latinoamericanos que trabajan estos temas.

⁹ “Lo” étnico, “la” comunidad son conceptos utilizados como entidades sin fisura, por ejemplo como si todos los grupos étnicos de México e inclusive de América Latina constituyeran una unidad en cuanto a prácticas, creencias, identidad, etcétera. Por lo menos en México, no es lo mismo un maya yucateco que un maya de los Altos de Chiapas respecto a toda una serie de procesos socioculturales, por ejemplo los referidos al rol y estatus de la mujer y a las relaciones de violencia institucionales construidas respecto de ella.

puede, por el contrario, reforzar la dependencia, aunque con otra orientación y hacia otros sujetos y/o entidades. Al respecto puede aclararse que los interrogantes propuestos no niegan la importancia de la PS, sino que la resaltan.

La PS identificada con la acción, la praxis, la investigación/acción, la necesidad de "estar ahí", cobró en algunas tendencias un valor genérico según el cual la sola participación, el movilizarse, aparecía como cuestionamiento de la pasividad. Más aún, algunas de estas tendencias la consideraron como la máxima expresión de la existencia del sujeto, algo así como "participo/actuó, luego existo". La PS fue concebida como la presencia activa donde se juega la existencia: para unos la vida cotidiana de los microgrupos y para otros la experiencia en los procesos donde se definen las condiciones estructurales. En ambos casos, sin embargo, la PS es pensada en términos de presencia activa.

Si bien reconocemos metodológicamente la discrepancia entre representaciones y prácticas en los procesos sociales, dentro del campo de la PS opera, además, un constante distanciamiento entre propuestas ideológicas y prácticas sociales. La participación social y el tipo de organización que se propone suelen tener, en algunas tendencias, un componente imaginario que opera como el referente a establecer (aun cuando no se concrete, por lo menos en los términos propuestos). La aspiración a "la" comunidad, a la autogestión integral, a una dialéctica sujeto/grupo pensada en términos de unicidad, aparecen como propuestas ideológicas que no se realizan o si acaso ocasionalmente y por corto lapso. En consecuencia, algunas concepciones de PS deben considerarse como orientaciones ideológico/culturales que cuestionan la realidad y se desarrollan dentro de un proceso de pérdida y reencuentro. Esta característica distintiva no es sin embargo asumida por una parte de los que impulsan la PS.

II

Participación social en salud: ¿para qué?

La mayoría de las tendencias teóricas asumieron que la PS es necesaria o por lo menos útil para conseguir determinados objetivos. Mientras algunas manejan este concepto en términos de panacea social, otras, en términos de utilidad específica. A continuación analizaremos el "para qué" de la PS a través de algunos aspectos del proceso s/e/a, para observar cómo entran en juego las características previamente analizadas.

Si decidimos analizar el para qué de la PS, es porque ha sido utilizada respecto del proceso s/e/a sobre todo en términos aplicados y supuestamente con orientaciones disímiles, al menos por una parte de los actores sociales involucrados. En consecuencia, nos interesa examinar cómo manejan la PS estos actores, a partir de sostener que las actividades participativas impulsadas con fines prácticos incluyen, frecuentemente sin asumirlo, la mayoría de los aspectos teóricos analizados.

Desde esta perspectiva lo primero que debe aclararse es si existe una PS específica referida al proceso s/e/a. Tal interrogante puede parecer retórica, dado que organismos internacionales como la Organización Panamericana de la Salud (OPS), las Organizaciones no Gubernamentales (ONG) y los Aparatos Médico Sanitarios (AMS) proponen y realizan actividades de PS, por lo menos desde la Conferencia de Alma Ata. Una campaña de vacunación, la formación de promotores y de comités de salud o la constitución de sistemas locales de salud (Silos) serían evidencia suficiente. Sin negar la existencia de este tipo de actividades, debe asumirse que para ciertas tendencias éstas no constituyen expresiones sustantivas de PS, sino que más bien conformarían un medio para realizar otros objetivos de PS. Además mientras que algunas tendencias colocan el eje de la PS en lo específico, otras consideran dicho tipo de PS como una suerte de variable dependiente cuyo papel puede ser importante a nivel local, pero sin resolver el problema a nivel general (y frecuentemente tampoco a nivel local).

A partir de lo señalado podemos distinguir varios objetivos de la PS referida al proceso s/e/a: *a)* la PS referida a actividades específicas con objetivo expreso y real de mejorar la salud, abatir los daños, mejorar la cobertura, *etétera*; *b)* la PS referida a actividades específicas con objetivo similar al anterior, pero además buscando legitimar al Estado o grupo que impulsa este tipo de actividades; *c)* la PS en salud como mecanismo para organizar la comunidad/barrio, pero considerando el proceso s/e/a como central para generar tal ejercicio organizativo; *d)* la PS en salud como proceso significativo, mas no determinante para organizar, movilizar y generar transformaciones a nivel general de una sociedad; *e)* la PS considerada como irrelevante para la modificación sustantiva de las condiciones de salud o para otros aspectos; la solución está depositada en cambios estructurales y/o en soluciones técnicas; *f)* la PS como mecanismo que soluciona parcialmente los problemas, pero que debe ser impulsada porque en función de diferentes factores (reducción de recursos financieros) asegura un mínimo de intervención y/o eficacia so-

bre los problemas; g) la PS en salud como proceso que asegura la continuidad de algunas actividades médico/sanitarias, pese al proceso de discontinuidad que caracteriza las actividades y políticas de los AMS.

Es decir que en función de las expectativas colocadas en la PS, ésta puede ser considerada como objetivo específico de salud, como medio para la obtención de otro tipo de objetivos, como recurso y/o como sujeto. En términos aún más sintéticos podemos concluir que la PS es propuesta por unos como recurso local para la sobrevivencia dentro de la pobreza con o sin objetivos de solución genérica, mientras que para otros es un medio idóneo para orientar la transformación social desde lo local (véase Ulate y de Keijzer, 1985).

Sin embargo, esta diversidad se traduce cada vez menos en las definiciones de PS utilizadas por diferentes sectores y organizaciones sociales. Mientras que hasta la década de los setenta dominaba en el campo sanitario definiciones de PS en términos de asociaciones voluntarias de personas para movilizar recursos propios y mejorar las condiciones de salud, desde mediados de dicha década y sobre todo en los ochenta asistimos a un dominio creciente de las definiciones en términos de control sobre las decisiones.

No obstante desde la conferencia de Alma Ata se mantiene una doble acepción de la PS, una en términos de recurso que era la dominante hasta entonces en los AMS, y otra en términos de población organizada que interviene en todas las etapas de los programas de salud. La primera constituyó una variante de las definiciones propuestas durante la década de los cincuenta en torno al desarrollo y participación comunitaria:

El fin de todo programa de organización y desarrollo de la comunidad es capacitar a la gente de la comunidad para que resuelva sus problemas por sus propios esfuerzos y logre el mejoramiento de su vida [...] [se debe] estimular, movilizar y asesorar a los vecinos y líderes de la comunidad en el desarrollo de la ayuda mutua y el esfuerzo propio.¹⁰

En la práctica, esta definición es la que corresponde realmente a lo que hacen la mayoría de las ONG y de los AMS.

¹⁰C. Ware, *Trabajos prácticos en organización y desarrollo de la comunidad*, Washington, Unión Panamericana, 1962, p. 1.

La segunda acepción se utilizó inicialmente por aquellos que asumían la atención primaria como integral (API) y que generalmente no trabajaban dentro de los AMS. Para Latinoamérica una de las definiciones más conocidas es la de Muller (1979), quien a fines de los setenta y refiriéndose a la situación regional consideró a la PS como el proceso que permite el desarrollo de la población, incorporando su capacidad creadora, expresando sus necesidades y demandas, defendiendo sus intereses, luchando por objetivos definidos, involucrando a la comunidad en su propio desarrollo y participando en el control compartido de las decisiones. Definición propuesta por los sanitaristas que impulsaban la concepción de API para el mundo dependiente, incluida América Latina (véase Kroeger y Luna, 1987; Rifkin *et al.*, 1988 y Rifkin, 1990).

Sin embargo este tipo de definiciones fue *apropiada* por los organismos internacionales y en menor grado, hasta ahora, por los gobiernos nacionales. Oakley y Marsden tras fundamentar la PS en términos de toma de decisiones concluyen: "Es interesante observar que gran parte de la literatura 'oficial' comienza a interpretar la participación como se acaba de exponer." Y agregan: "Si bien este es el tenor general de las declaraciones hechas, en realidad la población rural pobre no tiene aún ninguna función *directa* en los proyectos de desarrollo rural" (1985: 81).

Estas conclusiones están referidas al campo del desarrollo rural, pero dentro del campo de salubrismo en América Latina operó un proceso similar. Las definiciones de PS propuestas, en particular en relación a los Silos, por miembros o consultores de la OPS, colocaron el eje en los procesos de poder y en la toma de decisiones:

La PS así definida tiene implicaciones políticas que rebasan el marco de la atención a la salud, por cuanto significa ejercicio de poder y como tal fortalecimiento de la sociedad civil y de la democracia de base [...] Desde esa perspectiva la PS equivale al proceso de reapropiación por la población, del conjunto de institución que regulan la vida social y de los servicios que prestan (Paganini y Rice, s/f (ca. 1989); véase también OPS, 1994).¹¹

¹¹ Las instituciones oficiales no suelen usar este tipo de definiciones sobre todo si se trata de experiencias aplicadas. En uno de los principales proyectos de AP realizados en México por el Instituto Nacional de la Nutrición se define la participación comunitaria como el "proceso mediante el cual los individuos y las familias asumen la capacidad de contribuir a su propio desarrollo y al de la comunidad" (Martínez *et al.*, 1993: 677). Es una definición muy similar a las de Ware en 1962.

La problemática central es saber si este tipo de definiciones se expresa o no en las prácticas desarrolladas por los aparatos médicos sanitarios de América Latina.

Las conclusiones de los análisis sobre el tipo de PS impulsado por los AMS a través de políticas de AP tienen una notable continuidad y congruencia a través de casi veinte años de aplicación de tales políticas en países de América Latina. La temprana evaluación de Muller (1979) en cinco países, análisis específicos como el de La Forgia (1985) para un solo país como Panamá o el reciente análisis de Kroeger y Barbira-Freedman (1992) para países de la región andina, coinciden en sus principales conclusiones:

Transcurrida una década de campañas rutinarias para promover la AP como una estrategia global, la meta de "salud para todos en el año 2000" ha sido considerada por muchos como realmente inalcanzable [...]. Los programas especiales de salud suministrados verticalmente a través de departamentos del sistema de salud pública [...] sin la participación de la comunidad, son la regla más que la excepción [...]. Continuamente ignorados son también los principios básicos de la APS de participación de la comunidad, la coordinación de actividades entre los sectores de atención de salud y la adaptación de las estrategias de atención de salud a las costumbres y necesidades locales. Wisner (1988) sostiene que los sistemas de "entrega" *ad hoc* socavan seriamente el desarrollo de las organizaciones de base. Pero nosotros creemos que tales organizaciones nunca fueron utilizadas efectivamente [...]. El gobierno dice abogar por la participación comunal, pero en realidad hace muy poco por idear e implementar estrategias que podrían dar por resultado la participación.¹²

Actividades, instrumentos, unidades y actores

Pese a lo señalado, por lo menos a nivel manifiesto, las instituciones oficiales de salud y las ONG (incluso las más críticas), realizan actividades similares, utilizan los mismos instrumentos y trabajan con actores sociales semejantes. Además todos reconocen abiertamente que la PS favorece/impulsa/supone la creatividad, el involucramiento del sujeto/grupo, la concientización y/o el proceso educativo, la responsabiliza-

¹² A. Kroeger y F. Barbira-Freedman, *La lucha por la salud en el Alto Amazonas y en los Andes*, Cayambe, Ecuador, Centro de Medicina Andina y Ediciones ABYA-AYALA, 1992, pp. 350-351.

ción, democratización, sentido de pertenencia, modificación del sujeto/grupo y/o de la situación. Todas estas características podrían ser utilizadas respecto del proceso s/e/a pero, y lo subrayamos, estas características aparecen para algunas tendencias y organizaciones como si la PS implicara "en sí" estos rasgos, en vez de considerarlos como desarrollos posibles, dependiente de las orientaciones, las prácticas y las condiciones en las cuales operan.

Las principales actividades de PS realizadas por los diferentes tipos de instituciones y organizaciones son: *a)* formación de promotores, auxiliares frecuentemente polivalentes; *b)* adiestramiento de parteras empíricas, de personal experto en actividades de planificación familiar, de auxiliares en la realización de intervenciones quirúrgicas menores (en control natal, corte de nódulos de oncocercosis), de datadores de paludismo o chagas, etcétera; *c)* formación de comités de salud; *d)* promoción y formación de grupos de autoayuda, detección y trabajo con redes sociales; *e)* realización de tareas colectivas de saneamiento y similares; *f)* construcción de huertos domésticos y/o colectivos para producir plantas medicinales y/o comestibles; *g)* realización de tareas de educación y/o concientización de la población sobre las causas y soluciones de sus principales problemas de salud; *h)* favorecer e intervenir en la organización de los promotores y de los curadores populares; *i)* favorecer la organización de la comunidad para actividades de asistencia y prevención específicas y/o para demandar y/o para luchar por la resolución de problemas específicos (obtención de agua) o genéricos; *j)* contribuir a la organización y funcionamiento de los Silos; *k)* organizar grupos, cooperativas u otras formas colectivas de producción y comercialización a partir de las características del área.

En la realización de estas actividades generalmente se aplican instrumentos similares: pláticas, talleres de educación y concientización, manejo de algún tipo de variante de los denominados grupos focales, manejo de técnicas de "animación" como dramatización, uso de narrativas, música y canciones populares,¹³ experiencias prácticas como caminatas ecológicas, organización de museos locales en especial herbolarios, preparación de alimentos, adiestramiento en atención curativa y preventiva, participación en asambleas de pacientes de diferentes tipos de grupos de la comunidad. Se supone que el conjunto de estas técnicas

¹³ Algunas de estas técnicas tienen un uso relativamente antiguo; en México el uso del teatro popular se desarrolló desde la década de los veinte, y en especial en la segunda mitad de los treinta, referido a problemas específicos como el alcoholismo.

son participativas en sus formas de aprendizaje incorporando al "educador" en dicho proceso.

Las definiciones, actividades e instrumentos utilizados por técnicos y profesionales de los AMS y de las ONG son similares, aunque por supuesto debe señalarse que en países como México las actividades de atención primaria (API) y de atención primaria selectiva (APS) son secundarias dentro del sector salud, y sólo son asumidas en algunos programas especiales, y/o referidas a determinados sectores de la población.

Ahora bien, antes de analizar esta diferenciación, es necesario establecer conclusiones respecto de un aspecto que consideramos estratégico: ¿a quién le interesa la PS respecto del proceso s/e/a?, ¿a quién le interesa que dicha participación se desarrolle en términos colectivos?, ¿a la "comunidad", a las personas, a las ONG a los AMS, al personal del Sector Salud? Más aún, para los conjuntos sociales, en especial para los conjuntos subalternos, ¿la salud/enfermedad constituye un problema prioritario que necesita organizarse en términos colectivos?

Si uno revisa al bibliografía sobre movimientos sociales para América Latina, y respecto de México en particular, constata que la población de las colonias populares urbanas se organiza y lucha sobre todo por obtener una vivienda, por la regularización de la tenencia de la tierra, por la obtención de servicios básicos en los cuales no aparece como prioritaria —o no es incluida— la atención/prevención de la enfermedad. La población se moviliza para conseguir agua, electricidad, pavimento, seguridad, transporte; lucha contra el incremento en el precio de determinados productos básicos o de servicios, mas no por la salud, al menos en términos prioritarios. Lo mismo podemos decir respecto de las comunidades rurales donde la salud aparece como menos significativa respecto de otras necesidades.

Estos datos ¿suponen acaso que el proceso s/e/a no constituye realmente una prioridad para los conjuntos sociales subalternos?, ¿o suponen que la población ya ha creado sus propios mecanismos de participación específica y en consecuencia no los propone?, ¿o que los interesados son las ONG, los que promueven la API o la APS o los que impulsan actividades políticas en términos de partido político o de movimiento pero no la comunidad rural o urbana?

Respecto a lo planteado es ya casi un lugar común reconocer que el proceso s/e/a constituye parte de la vida práctica e imaginaria de los conjuntos sociales, que crean representaciones y prácticas para convivir, modificar y de ser posible erradicar algunos de sus padecimientos;

en consecuencia este proceso es nuclear en toda sociedad. A la par se ha reconocido que es a nivel del grupo doméstico y de otros microgrupos donde se realiza el mayor número de actividades —incluidas de PS— referidas al proceso s/e/a, y que dichas actividades están centradas en la mujer con su rol de esposa/madre (Menéndez, 1992).

En consecuencia existe PS referida al proceso s/e/a, pero ¿cuál es el tipo de PS que se expresa en las distintas unidades y actores sociales? Distinguimos las siguientes:¹⁴

a) Personas y microgrupos “espontáneos”; entre los microgrupos pueden considerarse el doméstico, grupos de pares, los laborales, etcétera, en los cuales se generan básicamente actividades de autoatención. Puede incluir grupos sostén y redes familiares así como la movilización de los recursos individuales y/o microgrupales para enfrentar un problema (*coping*). Las actividades individuales siempre expresan a nivel real o imaginario microgrupos de referencia, y determinados tipos de PS a nivel del individuo pueden ser determinantes en la medida en que los entendamos en los términos propuestos.¹⁵ En todos estos grupos, especialmente en el doméstico, la PS opera en términos de curación, prevención, ayuda mutua, etcétera, constituyendo actividades producidas “espontáneamente”, que suponen la construcción y el desempeño de roles específicos: forman parte del proceso de autoatención, al que consideramos estructura básica para el proceso de reproducción biosocial.

b) Microgrupos y mesogrupos “construidos”: incluye grupos laborales pero organizados, por ejemplo: comisiones de seguridad e higiene industrial, grupos de autoayuda para padecimientos específicos, comunidades terapéuticas, construcción de redes sociales amplias, formación de comités de salud, formación de grupos para acciones inmediatas (demandar agua o un centro de salud) o a mediano plazo (pueden ser las mismas acciones o de otro tipo). Una parte de estas actividades están centradas también en la mujer, sin embargo otras como los grupos de autoayuda o para obtener determinados objetivos incluyen también varones. Inclusive algunos de los principales grupos de autoayuda, co-

¹⁴ Esta propuesta es sintética y provisional; presenta una clasificación que ha de ser observada no como corte sino como proceso. Puede implicar y articular a unidades y actores colocados en diferentes categorías.

¹⁵ Uno de los casos que evidencia lo que proponemos es el de la mujer que puede contraer Sida a través de la relación con su pareja masculina y en especial con su esposo, ya que aun estando informada y consciente del riesgo, no exige/pide/discute/impone/acuerda protección con el varón. Este rol “pasivo” de la mujer detectado y denunciado recurrentemente a nivel nacional y regional, supone la necesidad de una PS femenina, por lo menos a nivel individual y microgrupale.

mo es el caso de Alcohólicos Anónimos, se caracterizan porque están constituidos en su mayoría por varones. Este tipo de actividades implica la construcción intencional y voluntaria de acciones, que además suponen, producir específicamente una organización momentánea o permeante e incluir personas o grupos que no necesariamente tienen conocimiento y experiencia previamente compartidos.

c) Macrogrupos: en algunos casos se constituyen a partir de los anteriores, en la medida que se incluyen momentánea o permanentemente en organizaciones o procesos mayores (sindicatos, huelgas del personal de salud). Aquí colocamos movimientos sociales en salud que pueden reunir diferentes sectores desde feministas, homosexuales, ecologistas, derechohabientes de instituciones de bienestar social en términos genéricos o de sectores específicos (personas de la denominada tercera edad). La PS de este tipo de grupos supone la construcción y/o el mantenimiento de algún tipo de organización (por mínima que sea), un mayor nivel de complejidad de la misma, etcétera, lo cual tiende a formalizarlos más allá de lo que a nivel de representaciones promuevan los movimientistas.

Ahora bien, la mayoría de las actividades de PS en salud se dan en a) y en segundo lugar en b) debido al papel que cumplen, en especial, los microgrupos correspondientes a la primera categoría en el proceso de reproducción biosocial. Más allá del nivel de vida, de las condiciones materiales e ideológico/culturales diferenciales, los procesos de autoatención operan a través de una estructuración "necesariamente" producida para asegurar un mínimo de reproducción (Menéndez, 1990, 1993).

En los otros tipos de unidades el esfuerzo por construir la PS no sólo es básicamente intencional y voluntario, sino que supone la construcción de organizaciones o instancias específicas. Más aún, suponen un esfuerzo mayor para asegurar el mantenimiento de dichas organizaciones y actividades, mientras que en los microgrupos de la primera categoría la participación en salud forma parte de las actividades y funciones de grupos ya constituidos, intrínsecas a su funcionamiento. Además el incremento numérico en términos de personas y/o de grupos, y el consecuente aumento de la complejidad, implica incrementar los esfuerzos de organización y de articulación de intereses, generándose una mayor división técnica que favorece la constitución de estructuras burocratizadas y jerarquizadas.

Son las cualidades diferenciales de las unidades de la primera categoría donde se da el *quantum* mayor de actividades de PS referidas al proceso s/e/a, lo que condujo a algunos estudiosos involucrados en la investigación/acción y a una parte de las ONG, a pensar que las mismas

constituirían el posible núcleo de propuestas de PS más integrales, permanentes y no sólo para el campo de la salud. Mientras que para otros autores y ONG dichas unidades no necesariamente conducen a impulsar la PS en unidades mayores y con contenidos genéricos.

Si bien las ONG y los AMS manejan definiciones, instrumentos y actores similares a nivel de representaciones y prácticas, no quiere decir que las características y orientación de las actividades realizadas sean similares también; sobre todo a nivel de las prácticas se observan diferencias significativas. Así, los AMS tienden a impulsar una PS individual, microgrupal o comunitaria: colocan el eje en lo asistencial/curativo, consideran a la población como recurso básicamente, no tanto por su saber sino como mano de obra, fomentan una autonomía a nivel del individuo (autocuidado) pero no a nivel comunitario, mantienen relaciones asimétricas y subalternas en donde el personal de salud se caracteriza por su desinterés hacia actividades de PS, en desconfiar de la comunidad, en rechazar que la misma pueda intervenir en la toma de decisiones (véase Rasmussen-Cruz, 1993; Rifkin, 1990; Kroeger y Barbira-Freedman, 1992).

El discurso sobre PS manejado por las organizaciones internacionales de salud y en menor medida por los AMS, plantean la necesidad de desarrollar un tipo de PS que supone la delegación de funciones y actividades como parte de los AMS. La descentralización pensada a niveles provinciales, municipales y comunales expresan esta concepción, cuyo referente serían los Silos. Pero la posibilidad de que esto se desarrolle en términos de participación como toma de decisiones, constituye un riesgo político y social, dada la posibilidad de que en dichas unidades se constituyan realmente proyectos de autonomía, no sólo en términos de "políticas" de salud sino en términos políticos más genéricos.

Desde esta perspectiva debe asumirse que el tipo de PS realmente impulsada es proyectada sobre el individuo o sobre desarrollos grupales centrados en lo asistencial. Como concluye Lavandenz analizando la situación boliviana:

En gran número de países de la Región los sectores más desprotegidos de la sociedad han quedado al margen de la asistencia sanitaria. Las ONG, el sector informal y en algunos casos el autocuidado han sido las únicas respuestas a las necesidades de la población más pobre.¹⁶

¹⁶ F. Lavandenz, "Las organizaciones no gubernamentales y los sistemas locales de salud", en *Boletín OPS*, 109 (5 y 6), 1990, pp. 510-520.

Como ya señalamos, las revisiones generadas sobre países o sobre áreas regionales de América Latina por expertos en PS en salud concluyen que en los países de la región el Sector Salud no impulsa la PS o promueve este tipo de PS.

En el caso de las ONG —las que más se han incrementado en número—, algunas presentan rasgos similares, como colocar el eje del trabajo en el grupo doméstico a través de promotores, dar prioridad en la práctica a las tareas asistenciales, realizar tareas comunitarias centradas en la especificidad de los problemas, etcétera. Pero se diferencian en fomentar el desarrollo de relaciones simétricas y la autonomía de la comunidad, en recuperar no sólo el trabajo sino el saber popular, rehabilitando sus creencias y prácticas como recurso para reforzar la “autoestima” y la autoidentificación positiva local. Por su parte, una minoría de las ONG comparte también las características del primer tipo, pero los objetivos al estar colocados en la transformación social, incluyen el trabajo con otro tipo de unidades y actores sociales.

La tendencia estructurante de lo cotidiano

Ahora bien, en los tres ámbitos el eje de la actividad es el curativo/asistencial, en la mayoría de los casos desde el inicio, y en otros como una tendencia según la cual el trabajo asistencial se irá imponiendo en los hechos. En las ONG el trabajo básico es la formación de promotores, a través de los cuales se realizan las principales actividades, desde curativas hasta organizativas. Inicialmente, como señalan Kroeger y Barbira-Freedman fueron como la “contraparte de los médicos descalzos chinos, y gozó de gran popularidad en los círculos intelectuales latinoamericanos de los setenta” (1992: 361). Se esperaba no sólo un rol “médico” sino de transformador social; si bien esta expectativa, según estos y otros autores, ha decaído, sigue siendo considerada como el recurso idóneo; pero su trabajo es cada vez más asistencial (véase Christensen y Kalquist, 1990).

A partir de reconocer las diferencias de concepción y relación establecidas por las diversas instituciones y organizaciones respecto de la comunidad en términos de PS, lo que observamos es que trabajan con similares tipos de unidades (microgrupos y en especial domésticos y de mujeres) y realizan exclusiva o conjuntamente con otras acciones un tipo de actividad dominante (asistenciales), que refuerza y se articulan con la PS estructural “espontánea” de los microgrupos.

Además, una parte de los salubristas que proponen la API y organismos como el Banco Mundial o la UNICEF, colocan en los microgrupos, especialmente en el grupo doméstico y en la comunidad, la posibilidad de asegurar un mínimo de continuidad en las acciones de salud, dado el proceso de discontinuidad y desfinanciamiento de las políticas de salud para la década de los ochenta.

Dichos sectores, orientados por objetivos diferentes, colocan en la PS la posibilidad de que las actividades se lleven a cabo, pero mientras unos están preocupados por la transformación social, otros buscan producir un mínimo de actividades a partir del reconocimiento de que el grupo doméstico y en especial las mujeres son los que aseguran —como ya lo señalamos— un tipo de PS en salud que posibilita la reproducción biosocial, además de ser el recurso más barato y el que asegura una continuidad estructural. Estos sectores saben que gran parte del dinero entregado para el financiamiento de la AP no se traduce en acciones o está sujeto al desfinanciamiento. En consecuencia, los microgrupos y sobre todo las mujeres, por una gama de procesos, se convierten en el sujeto/objeto del trabajo real de la PS.

Los salubristas incluidos dentro de la API sostienen además que el tipo de AP manejada por los AMS y por instituciones internacionales como la UNICEF, aun a través de concepciones de APS, impulsan un tipo de PS vertical que puede tener éxito a corto o mediano plazo, pero en periodos más amplios pierde fuerza, se descontinúa, burocratiza y posibilita la reincidencia del problema que trató de abatirse y momentáneamente subsanó. De allí la necesidad de trabajar básicamente con la comunidad y sus propios grupos (véase Grodos y Bethume, 1988; Kroeger y Barbira-Freedman, 1992; Rifkin y Walt (eds.), 1988).

Estructuralmente la PS respecto del proceso s/e/a se realiza a través de microgrupos para los cuales estas actividades son parte del conjunto de prácticas y representaciones orientadas a asegurar la reproducción biosocial, es decir, son parte estructural de su desempeño como grupos. Además, debe asumirse que de los grupos construidos,¹⁷ los que tienen mayor eficacia, continuidad en el tiempo y que requie-

¹⁷ Para nosotros todo grupo social es construido, todos suponen un determinado nivel de intencionalidad a nivel del sujeto o del grupo, pero la construcción de determinado grupo, como el doméstico supone la inclusión no intencional sino estructural de toda una serie de actividades consideradas como parte intrínseca del mismo, mientras que otro tipo de grupo supone una decisión intencional de organizarse en torno a una actividad. Podríamos hablar de grupos construidos de primer y segundo grado. Véase más adelante.

ren un mínimo de organización para funcionar, son los conformados en torno a padecimientos específicos por los propios enfermos, sus familiares y amigos (cuyo modelo es Alcohólicos Anónimos). La posibilidad de que a partir de éstos se constituyan grupos mayores y que tengan cierta continuidad, aparece en grupos que se organizan a partir de características que los estigmatiza, margina o identifica negativamente (homosexuales, feministas) o de problemas coyunturales que dan lugar a movilizaciones coyunturales (movimientos del personal de salud por demandas salariales y laborales).

La transformación de estos grupos en otros con intereses genéricos o políticos constituye un proceso intencional, organizativo, voluntarista, etcétera, y debe incluir como factor limitante de los grupos y movimientos organizados en torno a un problema específico reducir su esfera de acción al mismo. Durante los años sesenta y setenta se depositaron expectativas en los promotores de salud y en los grupos de autoayuda como el germen a partir del cual constituir un movimiento que desde lo específico pasara a lo genérico. Hasta se realizaron experiencias en esta dirección; sin embargo, el proceso demostró que la inclusión de problemas no reconocidos como propios por los "enfermos", usuarios de servicios o estigmatizados, conducía a la disgregación de los grupos y perdían eficacia en términos curativos.

No obstante no negamos la posibilidad de que la PS en términos colectivos, intencionales, con objetivos específicos y genéricos se constituya en determinadas coyunturas y a través de determinados actores en instrumento/medio/sujeto de la transformación; pero no es un proceso mecánico y espontáneo ni la tendencia dominante, por lo menos hasta ahora.

Al respecto debe asumirse que el proceso s/e/a además de cotidiano es estructural e incluye tipos de PS muy disímiles. El problema está en comprender cómo a partir de dichas actividades, articuladas o no con otras, pueda constituirse un proceso de transformación que no se reduzca a la reproducción de la subalternidad. Una parte de los denominados movimientos urbanos populares ha centrado sus objetivos en el desarrollo de demandas específicas; serían los más frecuentes, aunque agotarían su participación "activa" en las demandas específicas, sin generar desarrollos de tipo más genérico y con mayor continuidad en el tiempo.¹⁸

¹⁸ "En términos globales, los movimientos reivindicativos aquí mencionados han carecido de una organización consciente y eficaz para impulsar y conseguir demandas

Respecto de esta situación uno puede interrogarse sobre si este tipo de interpretación de los movimientos sociales incluye realmente la especificidad como una dimensión significativa más allá de ser considerada como prioritaria o secundaria, o si lo que predomina es la antigua búsqueda del sujeto social de la transformación, pensado e investigado casi exclusivamente a través de lo político.

Ya señalamos que la bibliografía sobre movimientos sociales no incluye descripción ni el análisis de los grupos y movimientos organizados en torno al proceso s/e/a en México, pese a que en la década de los ochenta se constituyó un Movimiento Nacional de Salud Popular que realizó congresos nacionales desde 1981, se organizó en ocho regionales y llegó a tener, a fines de dicha década, alrededor de 400 grupos adherentes. Si bien durante el proceso se generaron escisiones, desencuentros, conflictos, abandonos, reconstituciones, etcétera, ello no explica por qué ha sido relegado por los estudiosos de los movimientos sociales.

Por otra parte deberían establecerse conclusiones —aunque sea provisionales— respecto de si de la lucha cotidiana por la supervivencia, en particular referida al proceso s/e/a, surgen transformaciones en términos existenciales referidas al sujeto y microgrupo, y a la situación de los conjuntos subalternos en los cuales participa. Debe profundizarse la propuesta teórica de que las estrategias de vida o supervivencia modifican la cultura y reconstituyen la estructura en cuanto se actualizan a través de los actores: observar si lo dominante es la producción/reproducción de los actores con modificaciones subjetivas y alterando la situación de subalternidad, o si lo que opera es la reproducción de las relaciones de hegemonía/subalternidad.¹⁹

La cultura puede ser *verdad* para un sujeto en términos de identidad y pertenencia, y ello puede ser útil para el desarrollo de estrategias de vida, pero también puede favorecer su dominación dentro de relaciones de hegemonía/subalternidad. La ps en términos ideológicos, es decir como voluntad intencional de modificación, puede usar o no su propia cultura para modificar la estructura; pero la cultura como verdad

fuera de su ámbito de acción. En ellos ha faltado cohesión e identidad para sostener y dar coherencia a sus demandas así como para permanecer siendo movimientos sociales en situaciones críticas. En otras palabras, la matriz constitutiva de actores en el ámbito en donde se han formado los actores sociales, ha carecido de elementos socioculturales que solidifiquen y dinamicen una conciencia del cambio" (Muro, 1994: 79).

¹⁹ Es obvio que no pensamos en situaciones dicotómicas sino en un espectro de situaciones en las cuales observar este proceso en forma puntual.

que no se constituye en ideología parece favorecer la reproducción subalterna de la estructura.

Las acciones, luchas, transacciones en salud colectiva existen, pero discontinuadamente; de allí la necesidad de que la PS sea mantenida como imaginario que tienda ideológicamente a recuperar la idea y/o las aspiraciones individuales y colectivas hacia la "autogestión" o hacia la "comunidad", para que en determinadas coyunturas se intente realizarlas. Además, este imaginario debe funcionar como referente de las propuestas "realistas", para contribuir, junto con otros procesos, a que dicho realismo integre/enfrente/confronte las necesidades y situaciones de los conjuntos subalternos.

Debe asumirse en toda su significación que los movimientos colectivos respecto de la salud que buscan la transformación social, en términos específicos o genéricos, son discontinuos y también que su trabajo y efecto práctico e ideológico duran un escaso tiempo por varios procesos, entre ellos el sistema de transacciones que deben realizar al interior y exterior del movimiento o grupo, para asegurar un mínimo de eficacia y su autorreproducción. Si además recuperamos la existencia de un proceso de constante deshistorización en la constitución de los sujetos y grupos, el referente de la PS como imaginario colectivo e individual se convierte, aún más, en necesario. En consecuencia, el trabajo participativo no debe ser pensado exclusiva y excluyentemente en términos de acción, sino también en términos teóricos e ideológicos.

Bibliografía

- CEPAL, Oficina de Asuntos Sociales, México, "Programas nacionales en el campo del desarrollo de la comunidad", manuscrito, 1960.
- Christemnsen, P. y S. Kalquist, "Impacto de los promotores de salud en una zona de barrios pobres de Pucallpa, Perú", en *Boletín de la OPS*, 109(2), 1990, 134 pp.
- Conrad, P. y J. Schneider, *Deviance and Medicalization. From Badness to Sickness*, St. Louis, The C. V. Mosby, 1980.
- Coreil, J. y J. Dennis Mull (eds.), *Anthropology and Primary Health Care*, Colorado, Westview Press, 1990.
- De Martino, E., *Furore, simbolo, valore*, Milano, Il Saggiatore, 1962.
- Elías, N. y E. Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de socialización*, México, FCE, 1995.
- Gouldner, A., *La sociología actual. Renovación y crítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- Grodos, D. y X. Bethume, "Les interventions sanitaires selectives: une piege pour les politiques de santé du Tiers Monde", en *Social Science & Medicine* 26(9), 1988, 879 pp.
- Gusfield, J., *Symbolic Crusade: Status Politics and the American Temperance Movement*, Urbana, Univ. Illinois Press, 1963.
- Katz, A., "Self-help and mutual aid: an emerging social movement", en *Annual Review of Sociology* 7, 1981, 129 pp.
- Katz, A. y E. Bender, *The Strength in us. Self-help Groups in the Modern World*, Nueva York, New Viewpoints, Franklin Watts, 1976.
- Kroeger, A. y Barbira-Freedman, *La lucha por la salud en el Alto Amazonas y en los Andes*, Cayambe, Ecuador, Centro de Medicina Andina y Ediciones ABYA-AYALA, 1992.
- Kroeger, A. y R. Luna (comps.), *Atención primaria de salud: principios y métodos*, México, PAX, 1987.
- La Forgia, G. M., "Fifteen years of community organization for health Panama: an assessment of current progress and problems", en *Social Science & Medicine* 21(1), 1985, 55 pp.
- Lavandenz, F., "Las organizaciones no gubernamentales y los sistemas locales de salud", en *Boletín OPS*, 109(5 y 6), 1990, 512 pp.
- McKinlay, J. B., "En favor de un nuevo enfoque hacia arriba: la economía política de la enfermedad", en E. G. Jaco (comps.), *Pacientes, médicos y enfermedades*, México, IMSS, 1982, 29 pp.
- Martínez, H. et al., "Experiencias en participación comunitaria para promover la educación en nutrición", en *Salud Pública* 35(6), 1993, 673 pp.

- Menéndez, E., *Cura y control. La apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica*, México, Nueva Imagen, 1979.
- , *Hacia una práctica médica alternativa. Hegemonía y autoatención (gestión) en salud*, México, Cuadernos la Casa Chata, 1983.
- , "Autoatención y automedicación, un sistema de transacciones sociales permanentes", en *Antropología médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones*, México, Cuaderno 179 de la Casa Chata, 1990 (edic. original 1982), 165 pp.
- , "Grupo doméstico y proceso salud/enfermedad/atención", en *Cuadernos Médico-Sociales* 59, Rosario, Argentina, 1992.
- , "Autoatención y participación social: estrategia o instrumentos en las políticas de atención primaria", en Roersch *et al.*, *Medicina tradicional 500 años después: historia y consecuencias actuales*, Santo Domingo, Instituto de Medicina Dominicana, 1993, 61 pp.
- , "Prácticas populares, grupos indígenas y sector salud: articulación cogestiva o los recursos de la pobreza", en *Publicar*, núm. 7, Buenos Aires, 1994.
- Muller, F., *Participación popular en programas de atención primaria sanitaria en América Latina*, manuscrito (hay edición por la Universidad de Antioquía, Colombia), 1979.
- Muro, V. S., *Iglesia y movimientos sociales*, Zamora, México, El Colegio de Michoacán, 1994.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU), *Participación popular en el desarrollo: nuevas tendencias del desarrollo de la comunidad*, Nueva York, 1972.
- Oakley, P. y D. Marsden, *Consideraciones en torno a la participación en el desarrollo rural*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo, 1985.
- Organización Panamericana de la Salud, *Metodología para la evaluación participativa*, Washington, D. C., 1994.
- Paganini, J. M. y M. Rice, *Participación social en los sistemas locales de salud*, manuscrito (hay edición de la OPS), s./f. (circa 1989).
- Rasmussen-Cruz, B., "La participación comunitaria en salud en el IMSS en Jalisco", en *Salud Pública* 35(5), 1993, p. 471.
- Rifkin, S., *Participación de la comunidad en los programas de salud de la madre y el niño y de planificación familiar: análisis basados en estudios de casos*, Ginebra, OMS, 1990.
- Rifkin, S. *et al.*, "Primary health care: on measuring participation", en *Social Science & Medicine* 26(9), 1988, 931 pp.
- Rifkin, S. y G. Walt (eds.), "Selective or comprehensive primary health care", en *Social Science & Medicine* 26(9), 1988.
- Touraine, A., *El regreso del actor*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987.

- Ugalde, A., "Ideological dimensions of community participation in Latin American Health Programs", en *Social Science & Medicine* 21(1), 1985, 41 pp.
- Ulate, J. y B. de Keijzer, "Sistemas de salud y participación popular: los casos de Nicaragua y México", en *Nueva Antropología* 28, 153 pp.
- Ware, C., *Trabajos prácticos en organización y desarrollo de la comunidad*, Washington, D. C., Unión Panamericana, 1962.



GLIFO DEL PUEBLO DE TLAPA. Detalle del *Códice Mendocino*

En el complejo panorama del poblamiento del México antiguo destacan dos acontecimientos migratorios: uno anterior al transcurrido como migración nahua, que llega del norte por vía terrestre, se registra en los documentos el que llega por el Atlántico a la costa del Golfo de México. En estas dos migraciones encontramos a los cohuixca-tlapa participando y aportando a la formación del horizonte cultural correspondiente.

Los cohuixca-tlapaneca

CARLOTA DIEZ LOREDO*
TAMARA YASCHINE Y CAPLAN**

Algunos documentos pictográficos se han convertido en soporte de información etnohistórica y en fuentes documentales de primera importancia para el conocimiento y avance de la antropología y de su intento por definir la imagen que los propios pueblos quisieron proyectar.

En algunos manuscritos pictográficos indígenas los tlapanecas, los cohuixcas y los yopes aparecen representados con una decoración facial¹ muy característica: una especie de antifaz o línea negra que les corre de sien a sien. Los jeroglíficos cifrados de las revoluciones venusinas entrelazan el vaivén de los mercaderes con el del planeta, cuestión que hace que para conocer a unos se necesite conocer los emblemas del otro. La principal característica de Venus,² es el antifaz, pintura que confería al que la usaba el nombre de *couhíxcatl* o *cuixcóc atl* y era señal de ser hombre valiente,³ significativos comentarios al grupo étnico que nos han llegado a través de los cronistas descendientes de la antigua nobleza nativa.

* Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH.

** Investigadora.

¹ En la *Historia tolteca-chichimeca*, Lám. VII, se encuentra una hilera de pies descalzos que conduce a la representación de una cueva con siete recintos interiores. En el centro se localiza un individuo sentado sobre una piedra; lleva en la mano derecha arco y flecha y en el rostro el antifaz o franja negra que caracteriza a los yope-tlapanecas. Una figura semejante de pie se encuentra a la entrada de la cueva. Kirchhoff, Odena y Reyes (eds.), 1989.

² Laurette Séjourné, *El pensamiento náhuatl cifrado por los calendarios*, México, Siglo XXI, 1987, p. 268.

³ Cuauhtlehuanitzin Chimalpahin, *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*, México, FCE, 1965, p. 27.

Mixtecos, nahuas y tlapanecos conviven aún en la cuenca del río Balsas, entre los 98 y 99° de longitud este y los 17 y 18° de latitud norte.

Los cohuixca-tlapaneca, ocupaban las provincias de Tlachmálac⁴ y Tepecuacuico⁵ al norte de Teotenanco⁶ (en el actual estado de Guerrero), aun cuando la Cohuixcatlapan⁷ sea propiamente la cuenca del río Tlapaneco y parte de la del alto Balsas.⁸

Una información etnohistórica respecto a los tlapanecas los ubica en el periodo Clásico temprano (0-500 d.C.): refiere que estando juntos los antiguos chichimecas⁹ en Aztlán, en 8-Acatl (83 d.C.), se inició la diferenciación entre otomíes, tenimes¹⁰ y cuextecas.¹¹

Los eztlapictin-teotenanca teochichimeca cuixcoca temimilolca ihuipaneca zacanca¹² salen de Aztlán Chicomóztoc y arriban a Teotenanco Cuixcoc Temimilolco Ihuipan Zacanco, tal vez a finales del siglo octavo.¹³

⁴ Véase Lám. 1, Glifo del pueblo de Tlachmálac. Véase Cooper, *Codex Mendoza*, vol. III: glifo 426. Ortográficamente el nombre del pueblo en Chimalpahin aparece escrito "Tlachmálac" y en el *Códice Mendocino* "Tlachmalacac".

⁵ En la tercera década del siglo xv, Izcoatl, cuarto señor de los aztecas, sometió Tepecuacuico. (Barlow, *Los mexicas y la Triple Alianza*, vol. III, 1990, pp. 69, 70). Véase también Lám. 2, Glifo del pueblo de Tepecuacuico. Cfr. Cooper, *op. cit.*, vol. III glifo 41.

⁶ En el glifo de Teotenanco el significado de los valores fónicos de los elementos gráficos de los glifos es: "antiguo recinto de piedra". Chimalpahin, *op. cit.*, pp. 320, 321 (n.t.)

⁷ Véase mapa 1. Región Cohuixcatlapan.

⁸ Chimalpahin, *op. cit.*, p. 27.

⁹ Quizá sea conveniente esbozar un acercamiento al territorio chichimeca dentro de su contexto geográfico; el área aproximada, al norte de la Meseta Central, se extiende hasta el suroeste de los Estados Unidos de Norteamérica y abarca una extensión de más de un millón de kilómetros cuadrados.

Para reconstruir no con suficiente precisión la prehistoria de este inmenso territorio, se pueden mencionar algunos puntos de referencia que se conocen hoy en día, del hábitat lacustre de Chametla; Sinaloa a las tierras cultivadas de Tamaulipas; de los refugios bajo las rocas de Chihuahua a las pirámides de La Quebrada; Zacatecas, de la cueva de Yecora; Sonora, a los petroglifos de Coamiles; Nayarit, como supuestos de la región que espera estudios y trabajos arqueológicos que nos descubran muchos más sitios, y nos den indicios de las diferentes culturas y sus portadores.

¹⁰ El cronista de la *Historia general de las cosas de Nueva España* fray Bernardino de Sahagún escribe el vocablo *tamime* o *tenime* indistintamente para referirse a lo que quiere decir "tirador de arco y flechas". Cfr. Sahagún, *op. cit.*, pp. 598, 599 y 608.

¹¹ Chimalpahin, *Relaciones originales...*, p. 127.

¹² Nombre completo de los antiguos chichimeca-tenanca. Cfr. Chimalpahin, *Memo-ria breve de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, México, 1991, p. 65.

¹³ *Ibidem*, XLI.

Algunos autores no consideran Chicomóztoc¹⁴ como un lugar preciso sino como el territorio de una cultura. Y no sólo eso, sino también como la Mesoamérica marginal norteña, que proveyó de sangre nueva durante el Posclásico, por la gran variedad de pueblos que se registran salieron de allí. Traduce la imagen de una matriz común a muchos pueblos, con diversas culturas, que participaron en la formación del horizonte cultural. El éxodo de cada uno y su larga peregrinación atañe a la investigación histórica. Lo que a primera vista se señala es el inicio de lo que nosotros acostumbramos nombrar horizonte Posclásico.

Así, Chicomóztoc es considerado como un lugar de origen pluriétnico. El dominico Pedro de los Ríos, quien subtituló¹⁵ el *Códice Vaticano A*, identifica a los cohuixca como uno de los grupos de los siete chichimecas de la caverna original.¹⁶ Estos grupos étnicos salieron de Chicomóztoc encabezados por siete jefes,¹⁷ identificados por Motolinía y Mendieta; a Xicalancatl se le data como el guía de los cohuixca.

En este contexto de migración de un lugar común, cuando los teotenancas llegaron a Teotenanco Cuixcoc Temimilolco, se llegaron a encontrar con los toltecas,¹⁸ y con el que los mandaba, "el de nombre

¹⁴ Marie-Areti Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas*, México, UNAM, 1989, pp. 190-191.

¹⁵ Christian Duverger, *El origen de los aztecas*, México, Grijalbo, 1989, p. 227.

¹⁶ Los otros grupos étnicos eran chichimechi, nonoalca, michiuacca, totonaca, cuexteca, olmeca xicalonga (*idem*, p. 227).

¹⁷ Los otros jefes eran Xelhua, Ténoch, Olmécatl, Mixtécatl, Otómitl y Quetzalcóatl (*idem*, p. 227).

¹⁸ Chimalpahin, *Memorial...*, 1991, p. 53. La civilización de los toltecas irradió a una extensa región. Se ha comprobado arqueológicamente que desde el fin del siglo v, es decir alrededor de cuatrocientos años después de la fundación de su capital, habían ya formado la vasta unidad cultural que se extendía más o menos sobre todos los territorios designados por los antropólogos de hoy bajo el nombre de Mesoamérica. Séjourné, *op. cit.*, p. 30.

Trazando el historiador Ixtlilxóchitl la ruta que los huey tlapaneas o toltecas hacen hasta llegar a Tula, después de ser desterrados de su patria; dice que dejaron colonias en los puntos en donde hicieron mansión. Su texto lo relata en las siguientes palabras:

Desterrados los toltecas de su patria, emprendieron su viaje por la costa, y pasando siempre tierras llegaron á la California en el mar que llamaron *Hueytlapallan* y que al presente se llama de *Cortés*, cuyo nombre le pusieron por parecer *bermejo*. Su llegada fue en el año CE *TECPATL* correspondiente al 387 de nuestra era. Siguiendo por la costa de *Xalixco* y toda la provincia de *Tochtepec*, que cae en la costa del mar del Norte; y habiéndola andado y ojeado, vinieron á parar en la de *Tolantzinco*, dejando colonias en los puntos donde hicieron mansión. Los tultecas fueron los terceros pobladores de esta tierra, contándose primero los gigantes y por segundos á los ulmecas y xicalancas. Estando en *Tolantzinco* contaron *ciento cuatro años* de haber salido de su patria. Los nombres de los siete caudillos que los conducían, y entre los cuales se turnaba el gobierno, eran: 1° *Tlacomihua*, que otros llaman *Acatl*: 2° *Chalchihumatzin*: 3° *Ahuecatl*: 4° *Coatzon*: 5° *Tiuhcoatl*: 6° *Tlapalhuitz*: 7° *Huitz*: los cuales después poblaron la ciudad de *Tollan*, cabecera de la monarquía. Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. I, 1965, pp. 27-28.



Lám. 1. GLIFO DEL PUEBLO DE TLACHMALACAC (Cooper Clark, *Codex Mendoza*, vol. III, glifo 426). El glifo representa un huso con algodón hilado y sin hilar, el ovillo está sobre un juego de pelota.

Topiltzin Acxítl Quetzalcóhuatl", quien hizo la guerra a los teotenanca deseando destruirlos.¹⁹ Los eztlapictin-chichimeca habitaron Teotenanco durante doscientos o trescientos años. Nuestra hipótesis es que estuvieron doscientos, pues la fundación (aproximada) de Tula fue en 900 d.C. y a los cohuixca se los menciona como uno de los veinte pueblos que eran "complemento" del tolteca.²⁰

En el complejo proceso de la transformación de un mundo teocrático a otro militarista, del origen de Tula y del surgimiento del Posclásico en general, tienen un lugar histórico las variadas poblaciones que salen de Chicomóztoc.

El relato de que los toltecas estuviesen en Teotenanco a finales del siglo VIII nos hace reflexionar sobre la posibilidad historiográfica de que los teotenancas hallan sido cofundadores de Tula.

En el año 1-Técpatl 856 se inicia el gobierno en la forma de alianza en el mando del *tlahtohuani* y el *tlahtoque teuhctli* desde tres lugares distintos.²¹

¹⁹ Ya que los eztlapictin-teochichimeca vinieron caminando, a partir de su territorio en Chicomóztoc y al llegar a Teotenanco Cuixcoc-Temimilolco se toparon con los toltecas, y Quetzalcóhuatl trató de eliminarlos, el periodo aludido de 200 a 300 años de poblamiento sólo puede situarse después del asentamiento de Tula en 710. Véase Chimalpahin, *Memorial...*, p. 53 y Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, FCE, p. 424; éste registra en un cuadro cronológico que la fundación de Tula ocurre en 856 d.C. y se prolongó hasta 1168 d.C.

²⁰ Kirchoff, *Historia tolteca-chichimeca*, México, FCE, CIESAS, 1989, pp. 131-132.

²¹ Chimalpahin, *Memorial...*, p. 7.



Lám. 2. GLIFO DEL PUEBLO DE TEPEQUACUILCO (Cooper Clark, *Codex Mendoza*, vol. III, glifo 41). El glifo del pueblo de Tepequacuilco es una cabeza de Couixcatl, pintada en púrpura, con el cabello atado con una cintilla de piel blanca y amarrado con una correa blanca a una trenza en la espalda, con el glifo de una colina.

Culhuacan, convertida en la principal autoridad, precedía la sede del mandato, junto con Tula y Otumpa. Estos tres grandes señoríos pactaron una coalición política, fundando una Triple Alianza²² que les permitió conservar el predominio sobre territorios conquistados. Las provincias ganadas aseguraban la ayuda mutua y la transmisión del poder legítimo. Este suceso nos permite suponer que el funcionamiento de las instituciones tlapanecas, a partir de la época tolteca, sucedió

²² *Ibidem*. La Triple Alianza entre Culhuacan, Tula y Otumpa se origina en 856 y termina en 1047 d.C.

Una segunda Triple Alianza se realiza entre Coatlinchan, Azcapotzalco y Xaltocan, iniciándose en el año de 1063 d.C. y termina en 1220 d.C. Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, p. 94.

El gobierno de una tercera Triple Alianza da comienzo en 1220 y se prolonga hasta 1430 d.C. entre Texcoco, Azcapotzalco y Culhuacan.

Antes de la conquista, la más conocida y estudiada de todas las Alianzas, es la cuarta (Cfr. Romero Galván, "Los dominios de la Triple Alianza", en *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, Ediciones Larousse, 1989, p. 159). Formada por Texcoco, Tlacopan y México/Tenochtitlan, conformada en 1430 termina en 1521, en el devenir de las formas de gobierno del Estado español en América y específicamente en el territorio que dominaba México/Tenochtitlan.

Véase mapa 2, en donde se localizan los asentamientos de los pueblos que formaban las Triples Alianzas, desde la primera hasta la cuarta, en el entorno de la cuenca de México.

en señoríos, bajo el mando de las Triples Alianzas, hasta llegar a aquella en la que presidían los mexicas.

La gran Tollan se integraba con veinte pueblos, que eran “complemento” del tolteca, entre los cuales estaba el cuixcoca.²³

La lengua y el linaje de los tlapanecas, de origen chichimeca, era el *tenime* y procedían de Aztlán.

Probablemente hacia el año 1000 d.C., un movimiento migratorio nahua teotihuacano se extendió desde la región de Chilpancingo y Chilapa hasta Ollinalan y Tlapa, en donde se amalgamó con los yopime.²⁴

En la Tercera Relación Chimalpahin refiere que al brujo sacerdote de los aztecas, en Aztlán Nauhtlan Colhuacatépec, en donde habitaban estos antiguos chichimecas, se le apareció el Tetzáhuitl Huitzilopochtli en el año 1-Pedernal (1064); el símbolo 1-Pedernal era el signo de la cuenta de sus años. En ese año fueron congregados los aztecas al aparecerse al brujo sacerdote el Tetzáhuitl Huitzilopochtli.

En su orden el primer *calpolli* (linaje) era el de los yopes.²⁵

Comenzaron a partir en el año 1-Pedernal, tomando la delantera cuatro personas, que eran las que cargaban a Huitzilopochtli.

Una variante en los relatos dice que en el año 5-Pedernal (1068), llegaron los aztecas al pie de un frondoso árbol; al disponerse los cuatro cargadores de la deidad a tomar un reposo, el árbol se rajó estrepitosamente. Entonces Huitzilopochtli, dirigiéndose a los cargadores mexicas les habló así:

Marchad, no permanezcáis más tiempo aquí, pues solamente por cuatro años podéis permanecer en cada lugar como observadores y después hay que proseguir el camino.²⁶

Con el cabello recogido y atado en lo alto de la cabeza, indicando que eran gente de guerra, en 1162 contemporáneamente a los totolimpanecas, llegan a la región de Chalco Amaquemecan los tenancas-tlayloltacas. Procedían (...) de Cohuixco, lugar(es) en que decían haber permanecido durante 118 años, es decir a partir de 1044.²⁷

²³ Kirchhoff *et al.*, *op. cit.* 1989, pp. 131-132.

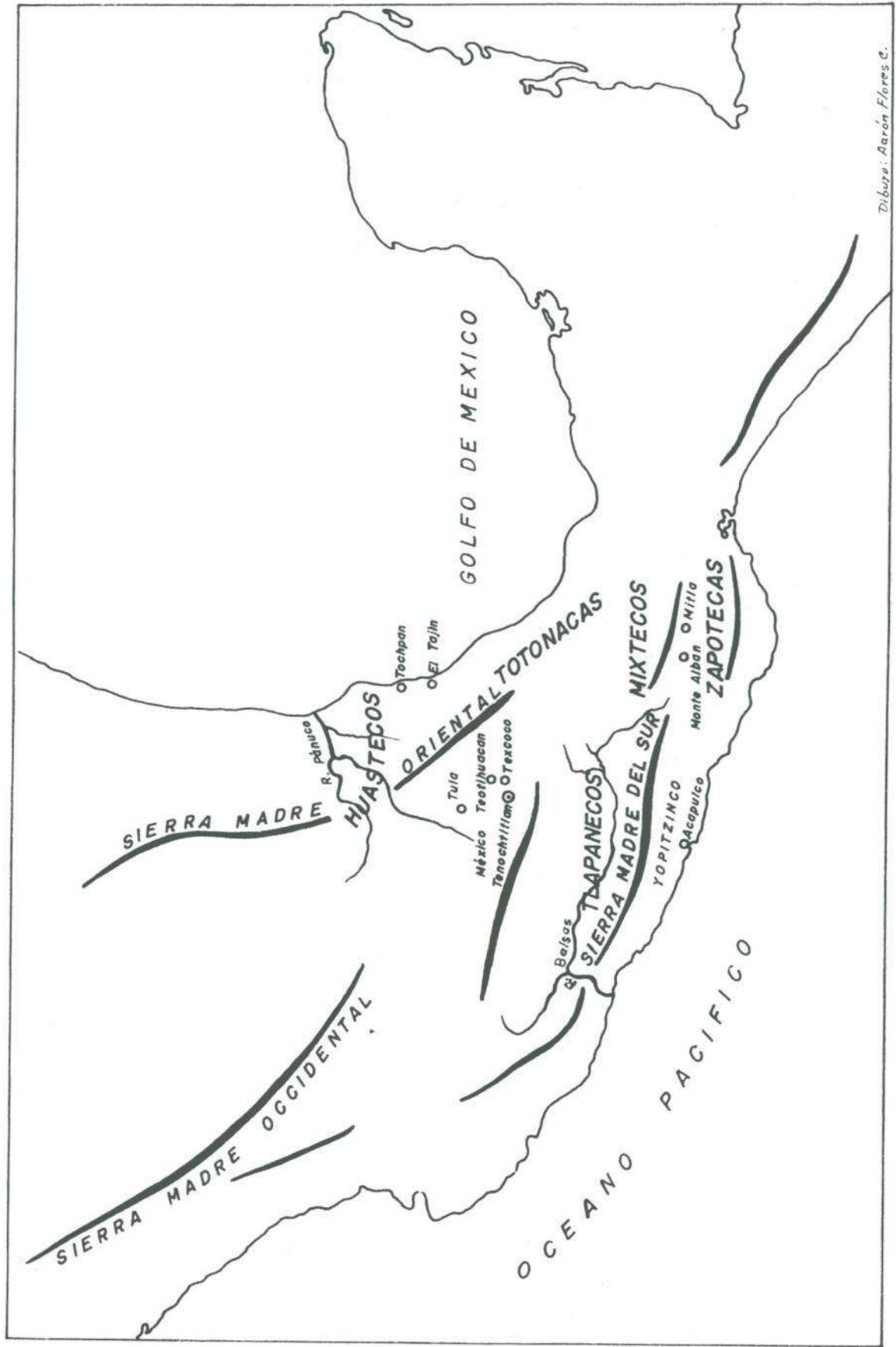
²⁴ *Enciclopedia de México*, t. XII, p. 199.

²⁵ Chimalpahin, *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*, 1991, p. 25.

²⁶ Chimalpahin, *Memorial breve de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, 1965, pp. 63-68.

²⁷ *Ibidem*, p. 27.

Mapa 1. Región Coahuilatlapan



Dibujó: Aaron Flores C.

Sahagún²⁸ dice que:

estos yopimes y tlapanecas son de los de la comarca de *Yopitzinco*, llámanles *yopes* porque su tierra se llama *Yopitzinco*, y llámanlos también *tlapanecas*, que quiere decir hombres almagrados, porque se embijaban con color, y su ídolo se llama *Totec Tlatlahuqui Tezcatlipoca*, que quiere decir ídolo colorado; porque su ropa era colorada, y lo mismo vestían sus sacerdotes, y todos los de aquella comarca se embijaban con color. Éstos tales son ricos, hablan lengua diferente de la de México, y son los que llaman propiamente *tenime*.

La nación o parcialidad de los tenancas tlaylloclacas atlahuhtecas fue una de las cinco naciones²⁹ que tuvieron "tecpan" o "palacio de gobierno" en Chalco³⁰ Amaquemecan. La expansión territorial alcanzada por estos grupos hizo que tuvieran más de una cabecera. Señores de ciudades tributarias, los tenancas tlaylloclacas tuvieron a Tzacualtitlan Tenanco Chiconcóhuac,³¹ Tzacualtitlan Tenanco Atlauhtlan³² y a Tzacuatitlan Tenanco Tlaylloclacan (Tlapa) como cabeceras.

Cinco diferentes naciones,³³ entre las cuales se encontraba la de los tenancas tlaylloclacas atlahuhtecas, en lo político o en lo étnico tuvieron representación a manera de Estados o naciones confederadas y a los tlaylloclacas atlahuhtecas se les refiere como chichimecas.

En 1170 (Nahui Acatl, 4-Caña) los tlaylloclacas,³⁴ que eran toltecas

²⁸ Sahagún, *op. cit.*, p. 608.

²⁹ Las otras cuatro naciones eran: nación de los totolimpas o totolimpanecas amaquemecan; nación de los chichimecas tecuanipas; nación de los nonohualcas, ramas tlahmanalca, chalca y acxoteca; nación de los poyauhtecas y panohuayas, también dichos nonohualcas. Chimalpahin, *Relaciones originales...*, p. 24.

³⁰ Véase Lám. 3. Glifo del pueblo de Chalco. Cfr. Cooper Clark, *Codex Mendoza...*, vol. III, glifo 10.

³¹ Chiconcuac (siete culebras) localizado en el actual Estado de México. Pueblo fundado en el siglo XIII. Dista 48 km de México y 121 de Toluca. Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. 11, 1963, p. 250.

³² Atlautla [n] (a orillas de las barrancas). Se localiza en el actual Estado de México al sur de Ozumba. Fundado en el año de 1552 por el "cacique" Cuaucaopotecatli, dista de México 146 km y 70 de Toluca, se hablaban español, mexicano y otomí. Riva Palacio, *op. cit.*, p. 62. Atlauhtlan "Lugar de los que tienen átlatl", n. t. *átlatl*, -tlan (disparador de dardos; locat. abund.). Chimalpahin (glosario), 1965, p. 299.

³³ Chimalpahin, *op. cit.*, 1965, p. 24.

³⁴ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. I, 1965, p. 289.

de la Mixteca, llegaron a Texcoco³⁵ para ofrecerle obediencia a Quinatzin³⁶ y pedirle tierras donde poblar.

El historiador Ixtlilxóchitl, tratando de configurar los orígenes de Texcoco relata que:

recien entrado que fue Quinatzin (primer rey de Texcoco) en su imperio, vinieron de las provincias de la Mixteca dos naciones [...] que eran del linaje de los toltecas [...] consumados en el arte de pintar y hacer historias.³⁷

Su caudillo era Tempantzin y tenían por ídolo a Tezcatlipoca. Eran más de dos mil hombres sin contar a las mujeres. A los mejores los hizo poblar en la ciudad de Texcoco. Ellos eran artesanos “especialmente en el arte de la pintura”. A cuatrocientos de ellos, con su caudillo Tempantzin, Quinatzin les mandó que poblaran adelante de Tetzcutzinco,

³⁵ Véase Lám. 4, Glifo de la ciudad de Tezcoco. *Cfr.* Cooper Clark, *op. cit.*, vol. III; glifo 15.

Pomar dice: “que después sobreviniendo los culhuaque, generación mexicana, poblando donde está agora esta ciudad, y corrompiendo el vocablo Tezcotl llamaron á la ciudad Texcoco, se derivó de Tezcotl, y al cerro llamaron Tezcotzinco, nombre diminutivo, tomándolo por cosa pequeña, como lo es á respe[c]to de otros cerros mayores, de suerte de Tetzcotl, puede ser verbo chichimeco. No se ha podido saber su verdadero significado, porque los chichimecas que primero le pusieron el nombre no sólo se han acabado, pero no hay memoria de su lengua ni quien sepa interpretar los nombres de muchas cosas que hasta agora en aquella lengua se nombran.” Pomar, *Relaciones de Texcoco y la Nueva España*, México, Salvador Chávez Hayhde, 1941, p. 6.

³⁶ Recordemos el linaje de Quinatzin. En 1015 d.C. Xólotl edifica Tenayuca. En ese mismo año decide extender su territorio y envía a su hijo Nopaltzin junto con seis señores “a tomar toda la tierra de una mar a otra”. Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. I, p. 86.

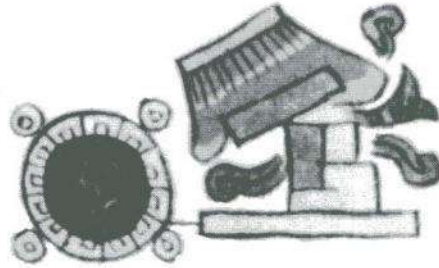
En 1063 Xólotl reúne a los seis señores y les reparte tierra, pidiendo para sí tributo anual. En ese mismo año después de haber repartido tierra, llegaron hasta él tres señores. *Ibidem*, p. 94: el primero y principal de nombre Aculhua; el segundo Chiconcuauh, y el tercero Tzontecoma y “dieron obediencia” y pidieronle tierras donde poblar. Les otorgó tierra y casó a dos hijas suyas con dos de ellos. A la mayor la casó con Aculhua fundando la cabecera del señorío Aculhua en Atzcaputzalco. A su hija Tzihuachóchitl la casó con Chicon Quauhtli fundando la cabecera de su señorío en Xaltocan. A Tzontecoma le dio por cabecera de su señorío a Cohuatlichan.

Xólotl, señor de Tenayuca, conforma la segunda Triple Alianza que se conoce en el altiplano con Azcaputzalco, Xaltocan y Cohuatlichan (1063-1220 d.C.).

Aculhua tío abuelo de Quinatzin lo hizo llamar en 1220 haciéndole jurar por gran Chichimecatl Tecuhtli en la ciudad de Azcaputzalco. A partir de esta fecha y hasta 1430 Texcoco, Azcaputzalco y Culhuacan formarán las cabeceras de los señoríos de la tercera Triple Alianza. *Ibidem*, pp. 118-119.

³⁷ Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. 2, pp. 69-70.

Lám. 3. GLIFO DEL PUEBLO DE CHALCO (Cooper Clark, *Codex Mendoza*, vol. III, glifo 10). El glifo representa una joya [chalchihuitl], o jadeita, que forma parte del Tonatiuh o símbolo del Sol. El significado de los valores fónicos de los elementos gráficos de los glifos es: "en el lugar de los Chalca".



en el barrio de Tlailotlapan. Los demás fueron repartidos en pueblos diferentes por barrios.³⁸

Parte de la herencia de alta cultura de estas gentes de ascendencia mixteca-tolteca, los tlayllotlaque,³⁹ fue el Xipe Totec. La significación histórico-cultural del pueblo tlayllotlaque, es evidente en una máscara de Xipe Totec encontrada, entre otros objetos, en la tumba 7 de Monte Albán.⁴⁰



Lám. 4. GLIFO DE LA CIUDAD DE TEZCUCO (Cooper Clark, *Codex Mendoza*, vol. III, glifo 15). El glifo representa una colina rocosa con dos pequeñas flores sobre tallos descubiertos. El significado de los valores fónicos de los elementos gráficos de los glifos es: "en el lugar de los Texcotli". La ciudad de Tezcucoc pertenecía a los acolhuaque.

³⁸ *Ibidem*, p. 70.

³⁹ O "regresados". Cfr. *Historia...*, t. IV, p. 739.

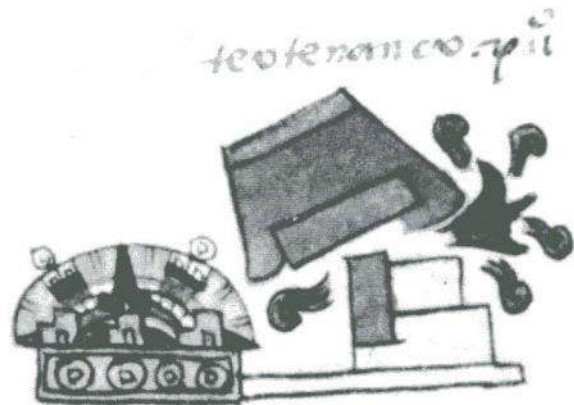
⁴⁰ *Historia...*, t. IV, p. 739.



Lám. 5. GLIFO DEL PUEBLO DE MIZQUIC (Cfr. Cooper Clark, *Codex Mendoza*, vol. III, glifo 5). Figura de un árbol de Mezquite, mostrando las espinas y las características vainas de chocolate. El significado de los valores fónicos de los elementos gráficos de los glifos es: "en los mezquites".

En el año 3-Calli (1209) "los antiguos a los que daban por nombre eztlapictin teotenanca teochichimeca cuixcoca temimilolca ihuipaneca zacanca"⁴¹ llegaron a asentarse "allí por Tizatépec [Cuitláhuac] en las inmediaciones de Tulyehualco".⁴² Los guaba Totoltécatl Tzompachtli, *Tlailotlacteuhctli*, y él venía "cargando" al dios al que ellos daban el nombre de Nauyoteuhctli. En Tizatépec estuvieron durante veinte años. Todos eran de Teotenanco, Temimilolco y Cuixcoc.⁴³

Y una vez que arribaron, que vinieron a instalarse allí en Cuitlatetelco⁴⁴ los antiguos tenanca chichimeca, inmediatamente se encaminaron y fueron a meterse a Mizquic.⁴⁵ Ya que fueron a dar con él, ya que está en pie, ya que



Lám. 6. GLIFO DEL PUEBLO DE TEOTENANCO (Cooper Clark, *Codex Mendoza*, vol. III, glifo 85). El glifo es la mitad de un disco solar o calendárico sobre una muralla. El significado de los valores fónicos de los elementos gráficos de los glifos es: "en el lugar de la muralla sagrada".

⁴¹ Cfr. nota de pie de página; Chimalpahin, *Memorial breve...*, p. 51.

⁴² *Ibidem*, p. 51.

⁴³ Chimalpahin, *Relaciones originales*, p. 69.

⁴⁴ Cuitlatetelco aún sobrevive como pueblo (Tetelco). Pertenece a la parroquia de San Nicolás Tolentino, en la delegación Tláhuac. Cfr. Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, 1986, pp. 74 y 107.

⁴⁵ Véase Lám. 5. Glifo del pueblo de Mizquic. Cfr. Cooper Clark, *op. cit.*, vol. III; Glifo 5.

está colocado el mezquite (por lo que ahora se llama al pueblo Mizquic), por allí fueron a conseguir el pequeño cercado, fueron a ligar los términos los antiguos tenanca. Pues allí precisamente se yerguen los linderos de los mencionados tenanca chalca; por eso emprendieron el regreso, de nueva cuenta vinieron a Cuitlatetelco, en donde llegaron a asentarse los tenanca, en donde hicieron otros diez años; allí estuvo asumiendo el mando la persona del Totoltécatl Tzompachtli, *tlailotlacteuhctli*; allí nacieron algunos de los hijos de los antiguos chichimeca, todavía de aquellos que habían venido de allá, del lugar de nombre Teotenanco Cuixcoc Temimilolco Zacanco.⁴⁶

En el año 6-Tochtli (1238) los tenanca chichimeca cuixcoca temimilolca ihuipaneca habían cumplido diez años en Cuitlatetelco. En ese año muere Tololtécatl Tzompachtli, e inmediatamente se concentran los tenanca diciendo:

—Puesto que murió el que nos estuvo mandando, la persona del *Tlailotlacteuhctli* Totoltécatl Tzompachtli, además de que todos los ancianos se han acabado, se han muerto, ¿acaso irá a haber silencio? ¡Que se ponga la estera, la silla! ¡Que se asiente el infante, el pequeñito, el hijo preciado del *tlatohuani* Totoltécatl Tzompachtli, el de nombre Cuahuitzatzin! Que sea *tlailotlacteuhctli*.⁴⁷

Los tlailotlaque o tlapanecos eran un *calpoltin* de Teotenanco,⁴⁸ como se registra en el Memorial de Culhuacan. “Partieron de Tizatépec [...] los teotenanca chichimeca en seis *calpoltin*: los tlailotlaque, los atlauhteca los de Tlacateopan, los amilca, los de Teuhctipan, los tepameca”.⁴⁹

En 1279 los tlayllotlacas erigen un adoratorio⁵⁰ y un templo en Toltteca Tzacualtitlan Tenanco Chiconcóhuac, al que habían conquistado en 1272. Lugar que fue su capital, pues en Amaquemecan sólo tuvieron un tecpan, con funcionarios representantes en la corte de totolimpas (nonohualcas).⁵¹

Cuahuitzatzin Tlayllótlac Teuhctli, señor y gran caballero del linaje chichimeca, fue quien congregó y estableció a los suyos en Tzacualtitlan

⁴⁶ Chimalpahin, *Memorial breve...*, p. 65.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 71.

⁴⁸ Quizá el glifo señale el año de la fundación de Teotenanco. Véase Lám. 6, Glifo del pueblo de Teotenanco. Cfr. Cooper Clark, *op. cit.* vol. III; glifo 85.

⁴⁹ Chimalpahin, *Memorial breve...*, p. 63.

⁵⁰ Chimalpahin, *Relaciones originales...*, p. 28.

⁵¹ En la formación y desarrollo histórico del señorío prehispánico de Cuauhtinchan, se cita a los totolimpaneca como un subgrupo inmigrante en Cuauhtinchan. Cfr. Reyes García, *op. cit.*, p. 31.

Tenanco Chiconcóhuac, erigiendo (8-Acatl, 1279) un oratorio a Nauhyo Teuhctli, "el Señor del Cuadrado".⁵² Congregó a la mitad de sus macehuales tenanca, a los que había dejado en Atenco, cerca de Ayotzinco.

Sobre el territorio seis *calpoltin* se organizan en un feudalismo jerarquizado. Tres jefes *teutlahtoque* representaban el poder local, confirmandose recíprocamente dentro del orden de una jerarquía con la persona del *tlahtohuani*, como lo demuestra este texto:⁵³

El primer *calpolli* [era] de tlailotlaque. El segundo *calpolli* de atlauhteca; el que manda a estos atlauhteca, el de nombre Illancuéitl, *atlahuhtécatl teuhctli*, solamente se quedó allí, en Atenco, entre los demás atlauhteca que allí se quedaron y que estuvo rigiendo. El tercer *calpolli* gente de Tlacateopan; éstos fueron a dar con quien los guía y manda como *teuhctli*, el de nombre Cuachipazoltzin, *tlacateuhctli*. El cuarto *calpolli*, de amilca; éstos también fueron a dar con quien los guía y manda como *teuhctli*, el de nombre Teccímit *amilcatl teuhctli*. El quinto *calpolli*, gente de Teuhctipan. El sexto *calpolli*, gente de Tepaman.

También en el año 8-Acatl (1279) en Tzacualtitlan Tenanco se hace el aposento al *tlacatecolotl*⁵⁴ "Tecolote humano".

El relato de la misma crónica alude a que en el año 1-Calli (1285), avanzaron los teotenancas sobre los mexica en Chapultepec, donde mataron a Cuauhtlequetzqui su *teomama* ("El que carga a dios").⁵⁵

En el mapa Quinátzin,⁵⁶ se ve a éste sentado en su *icpalli*, con sus armas y su tiara de señor, hablando a dos personajes que tiene al frente, cuyos jeroglíficos significan tlailotlaca y chimalpaneca, lo cual representa el arribo y establecimiento de estos pueblos en el señorío chichimeca. La leyenda a la izquierda dice: "en tiempo de Quinátzin llegaron los tlailotlaques, los chimalpanecas; hace ahora 162 años".⁵⁷

El lenguaje de la epigrafía en el glifo emblema de los tlailotlaque, destaca curiosamente sobre una estructura en forma de yugo, la impronta⁵⁸ divina, la cual significa la marcha en su acepción física. Se representa una canoa al inicio, que al parecer se ha dejado de utilizar.

⁵² Chimalpahin, *Relaciones originales...* p. 53.

⁵³ Chimalpahin, *Memorial breve...* p. 125.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 127.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 135.

⁵⁶ Véase Fig. 1 más adelante.

⁵⁷ Resulta que 1333, es la fecha de arribo de estos señoríos al valle, y esclarece que los chichimecas, con el signo 10-Calli, comenzaban su cuenta desde el año 1121. Cfr. Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. II, p. 32.

⁵⁸ Riva Palacio, *op. cit.*, t. II, 1981, p. 69.

Mapa 2. Triples Alianzas





Fig. 1. Mapa Quinátzin en el que se representa al Señor de ese nombre (11); en diálogo con dos personajes, cuyos jeroglíficos significan Tlailotlaca (12) y Chimalpaneca (13).

Indicando su asentamiento en el señorío chichimeca en 1333; el glifo emblema de los tlailotlacas, en el mapa Quinátzin, es semejante a la impronta que se encuentra tanto en la Matrícula de los Tributos como en el *Códice Mendocino*. La diferencia en el lenguaje de la epigrafía en el glifo emblema de los tlailotlaque es que aquí se encuentra la impronta de ambos pies sobre una estructura en forma de yugo.⁵⁹

Nezahualcoyotl de Texcoco, Totoquihuatzin de Tlacopan, Itzcoatl de Tenochtitlan, eran los señores que formaban la Triple Alianza hacia el primer tercio del siglo xv.

Nezahualcoyotl, en los postreros días de 1440, hace un llamamiento general a los ejércitos de la Triple Alianza al fallecer Itzcoatl.

⁵⁹ Véase Fig. 1.

Lograr la hegemonía del altiplano con la existencia de todos los asentamientos de la región parece haber sido el límite de una lucha constante tanto de sacerdotes como de señores territoriales. Son clara ilustración de ello las pretensiones por medio de manipulaciones dinásticas, o buscando el origen de los antepasados de los gobernantes en el imperio tolteca y los avances sustentados en el poderío militar.

El territorio de la Alianza lo amplía Nezahualcoyotl al morir Itzcoatl (1440),⁶⁰ e ir junto con Totoquihuatzin de Tlacopan sobre las provincias de Coahuixco, Oztoman,⁶¹ Quetzaltépec, Ixcateopan, Teozcahualco, Pochtépec, Tomazolapan, Chilapan,⁶² Quiauhteopan,⁶³ Ohuapan, Tzompahuacan y Cozamaloapan,⁶⁴ "habiéndolas sojuzgado y puesto debajo del imperio con otros muchos pueblos a ellos sujetos".⁶⁵

Así, entre los hechos más sobresalientes se encuentra la incorporación, en la costa del Pacífico, de diversos puntos que se integran al territorio de la Alianza.

Las parcialidades yopetlapanecas localizadas en el siglo XVI en las costas del mar del sur (hoy municipios de San Marcos y Teconoapan, Guerrero) eran popolocas. *Popoloca* significa en náhuatl "de lengua extranjera"; y *yopetlapaneca* "hablante de zapoteca".⁶⁶

Pobladores de Teotihuacan,⁶⁷ la primera⁶⁸ capital náhuatl, en 1580 son identificados como popolocas.⁶⁹ "Popoloca" es un término peyorativo para denominar en lengua náhuatl al que desciende de la familia lingüística mixe-zoque.

⁶⁰ Alva Ixtlilxóchitl, 1935-1985, t. II, p. 109.

⁶¹ En el momento de la conquista había una fortaleza en Oztoman, se hablaba tanto chontal como náhuatl. Predominaban las mismas lenguas en Ichcateopan. Gerhard, *op. cit.*, p. 156.

⁶² La población en su mayor parte hablaba una forma de náhuatl conocida como coixca. Mientras que en el sur, a lo largo del río Omitlán, predominaba el tlapaneca o yope. *Ibidem*, p. 113.

Situado en el oriente del actual estado de Guerrero, la Sierra Madre del Sur atraviesa su territorio en una de sus partes más bajas. Su territorio con elevaciones de 400-2 000 metros produce una variedad de climas en su mayoría calientes y secos. *Idem*.

⁶³ Guarnición mexicana que controlaba a Cuauhmoctitlan y Ollinalan. *Supra*, p. 330.

⁶⁴ Cozamaloapan está ubicado en la amplia llanura costera del valle inferior del río Papaloapan, es una región caliente y húmeda, cuya elevación no supera en ningún punto los 150 metros, en buena parte cubierta por selva lluviosa tropical. *Ibidem*, p. 87.

⁶⁵ Alva Ixtlilxóchitl, 1935-1985, t. II, p. 109.

⁶⁶ Chimalpahin, *Relaciones originales...*, pp. 27-28.

⁶⁷ Del Paso y Troncoso, 1914-1916, t. VI, p. 220. Cit. Chimalpahin, *supra*, p. 28.

⁶⁸ Séjourné, *op. cit.*, p. 94.

⁶⁹ "Que es el nombre propio de sus primeros pobladores". Popoloca significa "aquí", en náhuatl: "de lengua extranjera". Tevet, 1905, p. 12. Cit. Chimalpahin, *supra*, p. 28.

Jiménez Moreno sugirió que el lenguaje de los olmecas arqueológicos podía ser el zapoteca. Ignacio Bernal también piensa que existieron relaciones y afinidades antiguas y profundas entre la zona “metropolitana” olmeca y el país zapoteca. Por lo menos en la época preclásica (1500-1200 a.C.), habría que presuponer un prezapoteca.⁷⁰

Hemos de aludir a la tradición que eleva al rango de matriz primordial al mar oriental. El mar no es el mar en sí, sino el “mar celeste” *Illhuicáatl*, el Océano Atlántico. El complejo simbólico contextúa los acontecimientos que se asocian con el este, el agua y la canoa al origen y a la proyección del medio geográfico, que posibilitó el florecimiento de los grupos migratorios.

Como hemos hecho referencia, evidencia de esta tradición se encuentra en el glifo emblema de los tlailotlaque. El cronista Ixtlilxóchitl relata que el mundo fue habitado después del segundo Sol... ¡por los olmecas!

Los que poseían este nuevo mundo en esta tercera edad fueron los ulmecas y xicalancas; y según por sus historias se halla, vinieron en navíos o barcas de la parte de oriente hasta la tierra de Potonchan, desde donde comenzaron a poblarle; y en las orillas del río Atoyac, que es el que pasa entre la ciudad de los Ángeles [Puebla] y Cholula, hallaron algunos de los gigantes de los que habían escapado de la calamidad y consumición de la segunda edad.⁷¹

Duverger⁷² analiza y resalta la importancia del complejo simbólico del texto. En efecto, notemos que identifica los migrantes marinos con los olmecas y tlapanecas; circunscribe y localiza al área geográfica en la que surgen; la región que abarca desde el Potonchan hasta el río Atoyac, en la meseta de Puebla. El texto sitúa la época del acontecimiento: la “tercera edad”, que un viento mágico barrerá para dar paso a la “cuarta edad”, la cual se caracteriza por la llegada de los toltecas.

El contenido del texto nos permite afirmar un acontecimiento migratorio que llega por el mar y el este, muy anterior a la migración nahua que llegó del norte por vía terrestre.

El investigador de las migraciones aún está lejos de respuestas concluyentes. Las migraciones han tenido diversos contextos de interpretación: míticas, étnicas, arqueológicas e históricas. Todo con el propósito

⁷⁰ Soustelle, 1992, pp. 36-37.

⁷¹ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. II, pp. 7-8.

⁷² Duverger, *El origen de los aztecas*, México, Grijalbo, 1989, p. 270.

de acercarse a una explicación al aprendizaje de la vida civilizada de las culturas del México antiguo.

El debate sobre la configuración de los horizontes y periodos culturales está muy lejos de estar cerrado.

A los tlapa xicallanca los descubren las fuentes actuando como cofundadores de Tula, el centro ceremonial más famoso del Posclásico temprano.

A manera de conclusión podemos decir que lugares que no tienen aparentemente ninguna relación revelan aspectos que nos conducen hacia la opinión contraria: Quetzalcóatl, uno de los dioses máximos de Tula, es también un ejemplo de síntesis cultural.

La principal característica de Venus es el "antifaz" que encontramos en la representación de los tlapanecas. También encontramos al planeta Venus representado en la mañana por Quetzalcóatl y en la tarde por su hermano gemelo Xólotl. Esta identificación de las estrellas matutina y vespertina nos hace pensar que la principal actividad de los tlapanecas era el comercio y que sus dos puntos de referencia estelar eran Tula y Huexotla.⁷³

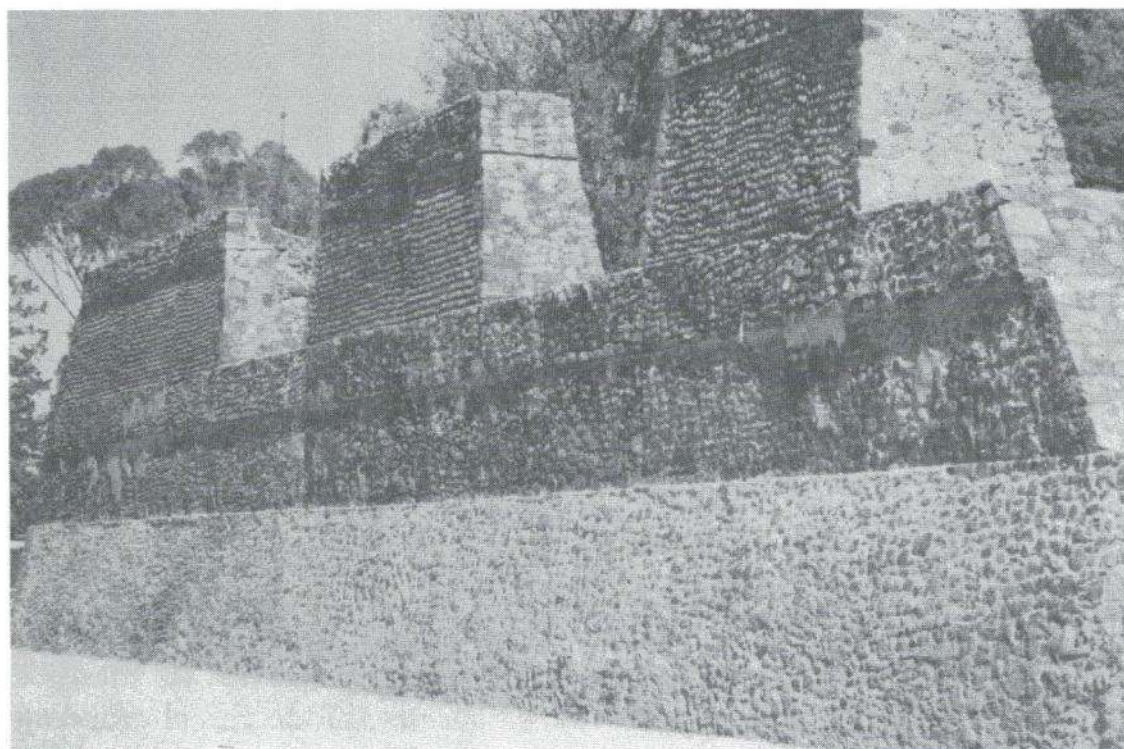


Fig. 2. Huexotla. Muralla reconstruida; en algunas partes aún muestra el estuco original.

⁷³ Véase Fig. 2.

Bibliografía

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*, 2 tomos, México, Editora Nacional, 1965.
- Barlow, Robert H., *Los mexicas y la Triple Alianza*, vol. 3, Jesús Monjarás-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés (eds.), México, INAH-UDLA, 1990.
- , *La extensión del imperio de los culhua mexicana*, vol. 4, Jesús Monjarás-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés (eds.), México, INAH-UDLA, 1992.
- Cooper, Clark James, *Codex Mendoza. The mexican manuscript known as The Collection of Mendoza and preserved in the Bodleian Library*, vol. III, Londres, Oxford, Waterloo & Sons Limited, 1938.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin y Francisco de San Antón Muñón, *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*, México, FCE, 1965.
- , *Memorial breve de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, México, UNAM, 1991.
- Duverger, Christian, *El origen de los aztecas*, México, Grijalbo, 1989.
- Enciclopedia de México*, México, Editora Nacional, 1978.
- Gerhard, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, 1986.
- Hers, Marie-Areti, *Los toltecas en tierras chichimecas*, México, UNAM, 1989.
- Historia de México*, t. IV, México, Salvat, 1978.
- Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García (eds.), *Historia tolteca-chichimeca*, México, CIESAS, FCE, 1989.
- Krickeberg, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, FCE, 1988.
- Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas, t. 11, México, Editora Nacional, 1963.
- , *México a través de los siglos*, t. II, México, Editorial Cumbre, 1981.
- Pomar, Juan Bautista, *Relaciones de Texcoco y la Nueva España*, México, Salvador Chávez Hayhde, 1941.
- Reyes García, Luis, *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI. Formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, México, FCE, 1988.
- Romero Galván, José Rubén, "Los dominios de la Triple Alianza", en *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, Ediciones Larousse, 1989.
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa, 1975.
- Séjourné, Laurette, *El pensamiento náhuatl cifrado por los calendarios*, México, Siglo XXI, 1987.
- Soustelle, Jacques, *Los olmecas*, México, FCE, 1992.

Agrarismo, nacionalismo e intervención federal: Yucatán, 1937¹

FRANCO SAVARINO*

En el verano de 1937 Yucatán fue sacudido por una de las experiencias más notables de su historia: la reforma agraria integral, realizada bajo la supervisión de Lázaro Cárdenas.

El presidente coordinó personalmente el fraccionamiento y el reparto de las grandes propiedades henequeneras, distribuyendo en pocas semanas 360 000 hectáreas de tierras a 23 000 campesinos; al mismo tiempo, lanzó una vigorosa campaña en contra de las fuerzas y los poderes regionales que desafiaban la autoridad del Estado nacional.¹

Esta acción radical revitalizó y actualizó el espíritu mismo de la Revolución mexicana, que muchos consideraban ya acabado, y suscitó vivas preocupaciones internacionales en un momento en que cualquier iniciativa de expropiación estatal era sospechosa como potencialmente "comunista".

Las interpretaciones históricas de la intervención federal de 1937 se han enfocado generalmente en esa acción agrarista, subrayando la necesidad que tenía el gobierno revolucionario de Cárdenas de acabar con los cacicazgos regionales y de dar sustancia y vigor a una reforma agraria paralizada y sabotada. En este contexto, la acción del presidente se interpreta como la lucha del Estado revolucionario en contra de su enemigo más encarnizado, la clase terrateniente. Así, la reforma política y económica de 1937 se manifiesta como el cumplimiento de las promesas de la Revolución a unas masas populares oprimidas por la antigua oligarquía agraria.

* Licenciatura en etnohistoria, ENAH, México.

¹ Una versión preliminar de este trabajo ha sido presentada en las XVII Jornadas de Historia de Occidente, Jiquilpan, Michoacán, 26-27 de octubre de 1995.

En el presente ensayo se propone indagar sobre el significado y los objetivos de la experiencia de 1937, situándola en el marco más amplio de las tensiones propias de una sociedad en rápido proceso de cambio económico y cultural. La meta última es desmistificar los paradigmas aún dominantes, proponiendo enfoques y perspectivas de análisis para estimular el debate alrededor de un episodio histórico fundamental, que ha generado hasta hoy más polémicas que estudios.

Es forzoso, por lo tanto, tomar como punto de partida las interpretaciones que se han dado de la reforma cardenista de 1937, presentando brevemente y en sucesión temporal los trabajos más significativos.

La primera etapa fue dominada por los testimonios de los intelectuales, políticos y técnicos que fueron testigos directos de los acontecimientos. En sus escritos se percibe la carga emocional suscitada por la acción presidencial y un estilo que refleja la vigencia de los postulados de la Revolución.

Los autores que escribieron durante o inmediatamente después de la visita presidencial fueron a menudo críticos severos de la acción de Cárdenas, como el ingeniero Gustavo Molina Font (1941) y el célebre intelectual Luis Cabrera (1937), quienes denunciaron los ruinosos ensayos "comunistas" llevados a cabo en Yucatán, violando la Constitución y traicionando incluso a la Revolución.² Aldo Baroni, uno de los componentes de la comitiva presidencial de 1937 y amigo tanto de Luis Cabrera como de Cárdenas, también criticó el programa agrarista.³

Fernando Benítez en cambio, presentó (1956) la imagen más conocida de Cárdenas, la del enemigo de los hacendados que decide barrer con toda resistencia a la acción agrarista. Suya es la cita de las palabras de Lázaro Cárdenas al entonces gobernador de Yucatán, López Cárdenas: "Ya basta de decir: estamos viendo, estamos observando, estamos estudiando; ya me cansé de que todo se arregle por los henequeneros con un cheque para los gobernadores".⁴

En la línea de Benítez se sitúan los ensayos de Enrique Aznar (1947), Antonio Betancourt Pérez (1968), Moisés González Navarro

² Molina Font, *La tragedia de Yucatán*, México, Jus, 1941 y Cabrera, *Veinte años después*, México, Botas, 1937; *Un ensayo comunista en México*, México, Polis, 1937. Cabrera subrayó la incompatibilidad entre el propósito originario de la Revolución —"Tierra y libertad"— y el colectivismo estatista y "comunista" de Cárdenas.

³ Baroni, *Yucatán*, México, Botas, 1937. Baroni, un italiano que participó en la Revolución mexicana, a pesar de ser un gran admirador de Cárdenas, señaló las contradicciones y los peligros económicos y sociales que comportaba el reparto agrario en Yucatán.

⁴ Cit. en Benítez, *Ki: el drama de un pueblo y de una planta*, México, FCE-SEP, 1985 (edic. orig. 1956), p. 122.

(1970), Laureano Cardos Ruz (1977) y Manuel Pasos Peniche (1980), quienes examinan la reforma de Cárdenas poniendo énfasis en la distribución de las tierras.⁵

El presidente agrarista y justiciero es también el protagonista del polémico ensayo de José Luis Sierra y José Antonio Paoli sobre el reparto de 1937, publicado en 1986.⁶ En esta obra desvanece finalmente el romanticismo de Benítez y presenta la realidad feroz de la lucha entre la antigua clase dominante y los trabajadores rurales sedientos de tierras.

Sierra y Paoli describen el clima político de los años 1934 a 1936 como dominado por la pugna entre la Asociación para la Defensa de la Industria Henequenera (ADIH) y las organizaciones agraristas campesinas. Alrededor de la primera, se movían los hacendados, el periódico *Diario de Yucatán*, el Partido Socialista del Sureste (PSSE), que se había vuelto antiagrarista. Del otro lado se situaban el Partido Comunista Mexicano (PCM), la Federación Sindical Independiente (FSI), otros grupos agraristas y el periódico *Diario del Sureste*. La lucha se analizaba en términos marxistas como el enfrentamiento de clases entre la burguesía y los sectores populares apoyados por el Estado.⁷

Los trabajos de Gilbert Joseph (1982) y de Marie Lapointe (1990)⁸ vuelven a una perspectiva más economicista y por lo tanto, agrarista, y sin embargo valoran también los aspectos culturales de la reforma agraria de 1937. Además, introducen abiertamente un elemento de crítica que había estado ausente en muchas de las obras anteriores. Joseph, sin embargo, presenta la acción federal de 1937 como la repetición —más exitosa— de la intervención militar constitucionalista de 1915: “Cuando la revolución agraria llegó a Yucatán, vino desde afuera.”⁹ Así, nie-

⁵ Betancourt Pérez, “Episodios históricos”, en *La Revista de Yucatán*, 1968-1969; Cardos Ruz, *El drama de los mayas. Una reforma social traicionada*, México, Libros de México, 1977; González Navarro, *Raza y Tierra*, México, Colmex, 1970; Aznar Mendoza, “Historia de la industria henequenera”, en *Enciclopedia yucatanense*, vol. III, Mérida, Gob. del Estado, 1947; Pasos Peniche, “Actualización de la historia de la industria henequenera desde 1945 hasta nuestros días”, en *ibid.*, vol. IX, 1980.

⁶ Sierra Villareal y Paoli Bolio, *Cárdenas y el reparto de los henequenales*, Mérida, SEP-Consejo Editorial de Yucatán, 1986.

⁷ Una de las limitaciones de esta obra es la utilización de términos como “los hacendados” y “la burguesía”, demasiado genéricos y poco definidos. Por otro lado, el manejo de las fuentes es francamente acrítico y parcial.

⁸ Joseph, *Revolución desde afuera*, México, FCE, 1992 (edic. orig. 1982); Lapointe, “El cardenismo en Yucatán”, en Baños R. (coord.), *Sociedad, estructura agraria y estado en Yucatán*, Mérida, UADY, 1990, pp. 341-377.

⁹ Joseph, *op. cit.*, p. 326.

ga o resta importancia al dinamismo histórico autóctono de los años veinte y treinta, el cual esquematiza —en forma tradicional— como el “letargo” de la Revolución entre las hazañas agraristas de Carrillo Puerto (1921-1923) y el reparto cardenista de 1937.

Los estudios de Ben Fallaw (1994) y de Othón Baños (1994), nos muestran como es posible analizar críticamente la empresa presidencial de 1937 desde diferentes puntos de vista.¹⁰ El primero pone énfasis en el proceso de aculturación de las masas campesinas dirigido por la Federación, y el segundo en la acción de organización autónoma y de lucha social desde abajo, durante los años que precedieron a la reforma agraria. Ambos rechazan la reducción del conflicto social de los años treinta a la fórmula “hacendados vs. campesinos” y en cambio señalan la importancia de otro polo dialéctico, el que se estableció entre estado (región) y Federación (centro), en el marco de la consolidación del Estado nacional mexicano.

De este sintético panorama pueden colegirse algunas cuestiones que constituyen la premisa y el punto de partida para indagar sobre el periodo cardenista en Yucatán. La primera es el contexto histórico: la relación del cardenismo con otras experiencias reformistas de los años treinta, y con la propia tradición revolucionaria mexicana. La segunda es la identidad de los sujetos protagonistas: Estado, Federación, sindicatos, Partido Socialista del Sureste, Partido Nacional Revolucionario, etc. La tercera y más importante es el significado de la acción federal de 1937, uno de los episodios más significativos de la experiencia de gobierno de Lázaro Cárdenas en el país.

El contexto: los años treinta y las ideologías

Los años treinta estuvieron caracterizados por la crisis del mundo occidental, atizada por el colapso económico de 1929 y por las experiencias políticas radicales que ocurrieron en Europa central, meridional y en Rusia. En aquellos años, el sistema liberal y capitalista fue desafiado como nunca antes por ideologías y movimientos políticos que proponían el dirigismo estatal en economía, la socialización de las instituciones en política y finalmente la creación de algún tipo de “hombre

¹⁰ Ben Fallaw, “Maya into mexicans...”, ponencia presentada al IX Congreso de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, México, 27-29 de octubre de 1994; Baños Ramírez, “El protagonismo histórico de los sindicatos rurales de Yucatán (1933-1936)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 3, 1994, pp. 129-150.

nuevo" distinto al burgués. Durante 1930-1932 la Rusia de Stalin llevó a cabo la colectivización de las tierras, exterminando o sometiendo a la población rural; en 1933-1934 Hitler, recién electo canciller, dio inicio a un vasto programa de intervención pública para sacar a Alemania de la crisis, de acuerdo con el proyecto nacional-socialista; en 1934-1935 Roosevelt, cumpliendo las promesas del "New Deal", aplicó un programa semejante para revitalizar la economía de Estados Unidos y Mussolini hizo lo propio en Italia, colonizando tierras marginales y buscando en 1935 nuevas tierras cultivables en África Oriental. La influencia de todas esas experiencias se hizo sentir en México, país que también fue afectado por la crisis mundial y que, por lo tanto, necesitaba urgentemente tomar medidas para generar empleos y aquietar el descontento social. Así, se buscaron soluciones que permitieran al Estado nacional una intervención más enérgica en el campo social, político y cultural, según parámetros estadistas inspirados en los ejemplos internacionales del momento: socialistas, fascistas o populistas. Cárdenas, quien asumió la presidencia en 1935, se orientó hacia un intervencionismo estatal de carácter socialista, con tintes populistas.¹¹

Bajo el efecto de la crisis mundial y frente al ejemplo ofrecido por la colectivización estaliniana —cuyas trágicas consecuencias aún no se conocían—, la tentación de crear también en México algún tipo de socialismo agrario era fuerte, especialmente en los sectores que querían rejuvenecer el ideal revolucionario. También había presión por parte de las organizaciones y los grupos socialistas y comunistas, que empezaron a pulular en México después de 1917, bajo el estímulo del golpe bolchevique de octubre en Rusia. Desde 1919 existía un Partido Comunista Mexicano, y en Yucatán, el Partido Socialista de Felipe Carrillo Puerto había proclamado, en 1921, la lucha de clases en contra del capitalismo mundial.¹² Durante 1921-1923 Yucatán se convirtió de hecho en un estado-laboratorio para ensayos comunistas radicales. Buscando las huellas de esa experiencia, el líder de la CTM, Vicente Lombardo To-

¹¹ Véase González, "Los días del presidente Cárdenas", en *Historia de la Revolución mexicana 1934-1940*, vol. 15, México, Colmex, 1981; y *cfr.* Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1974. El embajador de Italia en México señaló que el de Cárdenas era "un Gobierno de extrema izquierda, presa de la más desenfadada demagogia", sin embargo destacó que el objetivo del Cárdenas era "tomar el país en puño y sí dirigirlo hacia la izquierda, pero no hacia la extrema, y menos hacia el comunismo", cit. en Fama, "Pemex e Ansaldo: rapporti tra il Messico cardenista e alla fine degli anni '30", tesis de *Laurea*, Torino, Università di Torino, 1994, pp. 37 y 47 (La traducción es mía).

¹² Véase Paoli y Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI, 1977, pp. 139-152.

ledano, iba a escribir más tarde, en 1934, un dramático reportaje sobre las condiciones de trabajo en el sureste, siendo uno de los principales responsables del viraje hacia la extrema izquierda que sufrió la política cardenista en Yucatán.¹³

En principio, Cárdenas no estaba contra la propiedad privada, pero creía que una mejor redistribución de las tierras productivas beneficiaría a los campesinos y a la economía del país en general. Esta convicción se fortalecía en la medida en que el sistema productivo sufría el embate de la crisis económica internacional. Para salir de ella era tal vez necesaria alguna medida enérgica y simbólica por parte del Estado; en este clima maduró, finalmente, el proyecto de la reforma agraria con el objetivo de crear el ejido colectivo. Esto no era, por lo tanto, el producto del radicalismo ideológico del presidente, sino la condensación de una sensibilidad colectiva que aceptaba con agrado la acción enérgica del Estado hacia objetivos justicialistas y socializadores.

Al inicio de la década de los treinta por supuesto que el discurso político había absorbido gran cantidad de elementos ideológicos radicales. Estos configuraban una alternativa con respecto a la praxis del maximato callista, cuya fe revolucionaria había quedado en palabras, en papel o derretida en la sangre de los guerrilleros de Cristo Rey. Lázaro Cárdenas tenía la intención de cambiar la relación entre el Estado y los sectores populares, lanzando un ofensiva en contra de los "obstáculos" que entorpecían el progreso y la justicia social en el país.

Para hacer esto, le dio sustancia y vigor al mensaje revolucionario, comenzando casi una segunda revolución. La "antirrevolución" fue identificada y denunciada en un clima de alta tensión emotiva. El llamado a la movilización nacional, que acabaría dirigiéndose en contra de los capitalistas extranjeros en 1938, inició con la definición de los enemigos internos: eran los caciques corruptos del callismo, los especuladores y los nuevos ricos surgidos de la Revolución, los eternos "reaccionarios" y, en fin, los grandes empresarios agrícolas capitalistas.

Estos últimos, etiquetados de una manera infame como "latifundistas" y "hacendados", revistieron otra vez el papel de enemigos del pueblo trabajador, tal y como recitaba el mito fundacional de la Revolución de 1911, alimentado por la retórica pseudosocialista de los años veinte. La propaganda, por lo tanto, intensificó repentinamente los

¹³ Su reportaje salió en forma de diario de viaje con el título *El llanto del sureste*, México, 1934.

aspectos opresivos y malvados de los terratenientes, describiendo la lucha social como una guerra entre el bien y el mal.¹⁴

Condiciones socioeconómicas antes de la reforma

En realidad, los hacendados de Yucatán como grupo socioeconómico estaba en crisis desde hace mucho tiempo. Sufrieron el golpe de las crisis económicas de 1907-1909, 1919-1922 y 1929-1932, años en que la ruina fue agravada por disturbios sociales y políticos que asolaron la región. La producción de fibra de henequén bajó de 201 990 toneladas en 1916 a 128 142 en 1925 y 88 845 en 1935, y una disminución similar fue la que registraron los otros productos, como el azúcar.¹⁵ El mismo presidente Cárdenas reconoció públicamente la gravedad de la situación de la industria henequenera, cuando dijo que:

después de un periodo de auge extraordinario de la industria henequenera, registrado de 1887 a 1916, se inició su decadencia al grado de haber disminuido la superficie sembrada con henequén en un 50% durante los últimos veinte años, de modo que tal industria, en otro tiempo tan próspera, dejó de ser floreciente, a pesar de que seguían en vigor las condiciones de privilegio de que siempre disfrutaban los grandes propietarios.¹⁶

¿A qué se debía esta crisis histórica? ¿De dónde y cómo había surgido el problema agrario de Yucatán?

La industria del henequén había alcanzado su clímax ascendente a finales del siglo XIX e inicios del XX, cuando (1901) se produjeron 83 191 toneladas de henequén, y la superficie dedicada al cultivo de esa planta era de 87 600 hectáreas.¹⁷ El mercado sin embargo era inseguro, dependía de la comercialización de un solo producto, el henequén, hacia un solo país, Estados Unidos. Entre 1898 y 1907 Olegario Molina y un grupo de dinámicos empresarios intentaron con poco éxito diversificar la producción, modernizar los métodos productivos y controlar las fluctuaciones del precio de la fibra, fracasando con la crisis de 1907-

¹⁴ Por efecto de la propaganda "a los pobres sin tierras les salieron alas de angelito y a los latifundistas cuernos y cola de demonio", González, *op. cit.*, p. 93.

¹⁵ Baños Ramírez, *Yucatán: ejidos sin campesinos*, Mérida, UADY, 1989, p. 81.

¹⁶ Cárdenas, *Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos. 1928-1940*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 253-254.

¹⁷ Othón Baños, *Ejidros...*, p. 81. En 1895 se alcanzó el *máximum* histórico de 81 767 peones acasillados (80 311 en 1900).

1909. Desde entonces las haciendas tuvieron que transformarse radicalmente, expulsando a los peones y contratando jornaleros asalariados, proceso que fue impulsado aún más, y reglamentado, por los militares constitucionalistas, entre 1914 y 1917. El impacto de la transformación fue mitigado por el auge histórico del henequén provocado por la Primera Guerra Mundial, y por los pactos y arreglos entre Salvador Alvarado y los hacendados, que implicaban el paro virtual de la reforma agraria.¹⁸ La sangrienta guerra civil de 1919-1920 y la instauración del gobierno socialista y agrarista de Carrillo Puerto (1921-1923) supusieron un golpe tremendo para las haciendas. Las acciones radicales socialistas sembraron la desconfianza entre los empresarios, quienes dejaron de hacer inversiones y sobreexplotaron los cultivos, o abandonaron sus negocios. Así, a mediados de los años treinta, la antigua clase emprendedora estaba desgastada y en franca decadencia.

Por ejemplo, en la pequeña ciudad de Espita, cabecera de la otrora floreciente región azucarera, los repartos agrarios y la formación del ejido (1921), durante el gobierno socialista de Carrillo Puerto, llevaron a la quiebra a un gran número de hacendados que tuvieron que cerrar y abandonar sus propiedades. Otros redujeron al mínimo la producción y dejaron de hacer inversiones a largo plazo. Como resultado, el centro de Espita fue invadido por miles de peones que habían perdido sus trabajos, y los que quedaron en el campo, sufrieron una severa baja en sus niveles de subsistencia. Las familias de la antigua oligarquía perdieron su influencia, se fracturaron y sus miembros emigraron casi todos a Mérida. Los que quedaron pasaron a otras actividades económicas, como las profesiones libres y el comercio. A principios de los años treinta, la antigua oligarquía terrateniente de Espita había desaparecido por completo.¹⁹

El caso de Espita demuestra como el efecto combinado de las crisis económicas y de la acción del Estado, condujo al desastre a una próspera burguesía agrícola regional y, con ella, a los trabajadores que vivían de la economía de mercado. "Para los peones acasillados el periodo 1924-1934, fue, sin duda alguna, la peor época que jamás

¹⁸ En 1916 se produjeron 201 990 toneladas de henequén, encontrándose en cultivo 198 300 hectáreas. Sobre Alvarado véase Savarino, "Pueblos y nacionalismo. Del régimen oligárquico a la sociedad de masas en Yucatán. 1894-1925", cap. V.1., tesis de doctorado, México, UNAM, 1996.

¹⁹ Batt, "Capitalist Class Formation in Dependent Economies. The Case of Espita, Yucatan, Mexico", tesis de doctorado, Lexington, University of Kentucky, 1981, pp. 158-160.

hubieran vivido, ya que [...] recayó sobre ellos el peso de la decadencia de las haciendas".²⁰

En efecto, se había generado una cuestión agraria en la medida en que progresivamente aumentaba la población y paralelamente, se debilitaba la industria del henequén. El problema no era tanto la escasez de tierras para repartir, sino la escasez de empleos. Si consideramos que el estado tenía, en 1930, una superficie de 38 508 kilómetros cuadrados, casi todos cultivables, y una población de 386 096 habitantes, de los cuales tan sólo 81 000 ocupados en el sector primario, es innegable que no se podía hablar seriamente de un problema de tierras.²¹

Esto también era cierto para la subregión más productiva del estado: la zona henequenera. En esta área la población activa estaba compuesta de 55 171 trabajadores, divididos en 30 000 peones y jornaleros y 25 000 campesinos. De estos últimos, alrededor de 20 000 ya estaban adscritos al sistema ejidal.²² Los campesinos trabajaban en su mayoría en la agricultura de subsistencia tradicional, pero competían a menudo con los jornaleros para trabajos de temporada en las haciendas henequeneras. El sistema podía funcionar bien en condiciones normales, regulando el flujo de la mano de obra de la industria agrícola a la agricultura de subsistencia, que actuaba como un sistema de compensación al absorber el excedente laboral durante las temporadas muertas y las bajas periódicas del mercado. Desde 1929, sin embargo la crisis económica se agudizó y se convirtió en una tendencia destinada a perdurar, llevando al derrumbe al sistema económico de la zona henequenera. Los conflictos agrarios que se registraron entonces fueron primero la manifestación de una lucha por el empleo entre los trabajadores agrícolas y los campesinos, lucha que se tornó dramática por la intervención de las organizaciones políticas y sindicales, y por la carga ideológica que adquirió la lucha.

En los años treinta, de hecho, se produjo una verdadera guerra entre pobres para disputarse los decrecientes recursos económicos, que la historiografía tradicional había disfrazado como una lucha entre los "hacendados" y el "pueblo".²³ Marie Lapointe demostró cómo esta lucha era también una lucha de tipo étnico. Los campesinos y los peones de las haciendas estaban en etapas diferentes de aculturación y mestizaje. Los peones habían perdido más elementos de identidad indígena

²⁰ *Ibidem*, p. 93.

²¹ Quinto Censo de Población, 1930.

²² Lapointe, *op. cit.*, p. 346.

²³ *Cfr.* sobre todo Sierra y Paoli, *op. cit.*

y se podían ya casi considerar un proletariado agrícola, al principio de la década de los treinta.²⁴

Los peones y los jornaleros eran unos verdaderos obreros agrícolas que deseaban continuar ganando un salario, en vez de convertirse en campesinos. Sin embargo, el Estado revolucionario hizo a menudo caso omiso de esta aspiración, e intentó varias veces imponer un anacrónico regreso a la tierra y a formas colectivas de explotación de ésta, en contra del espíritu individualista que caracterizaba no sólo al peón sino también al campesino indígena. Carrillo Puerto, en los primeros años veinte, vio fracasar su reforma agraria por no haberse percatado de esto.²⁵ Diez años más tarde, otros gobernantes incluyendo el presidente Cárdenas, volvieron a impulsar políticas que, si bien estaban dictadas por el anhelo de justicia social, se oponían a la idiosincrasia cultural de las poblaciones rurales.

En realidad, la situación política y social, a principios de los años treinta, era más compleja que la simple contraposición binaria entre peones y campesinos. Othón Baños sugiere que existía una dialéctica conflictiva entre cuatro actores: peones, campesinos, hacendados y Estado, destacando la importancia de la contraposición entre los dos primeros y los dos segundos.²⁶ Se puede incluso sospechar que el conflicto peones *vs.* campesinos fue en parte forzado y exagerado por el Estado, para frenar una movilización popular espontánea potencialmente peligrosa.

Según esta perspectiva, a principios de los años treinta se produjo en Yucatán una acentuada proletarización tanto de los peones y jornaleros, como de los campesinos y de los obreros industriales, sectores duramente afectados por la crisis económica. Esto condujo a un acercamiento obreros-peones-campesinos que todos los gobiernos revolucionarios —desde Alvarado, a Carrillo Puerto y los gobernadores “callistas”— habían tratado de evitar porque cuestionaba el control desde arriba de los procesos políticos y dificultaba la aplicación de los nuevos programas de desarrollo económico y social.

Carrillo Puerto logró por breve tiempo incorporar la movilización de los trabajadores en las Ligas de Resistencia del Partido Socialista de Yucatán, utilizando abundantemente la violencia y aplastando a los

²⁴ Lapointe, *op. cit.*, pp. 346-347.

²⁵ Savarino, “Pueblos, élites y dinámica política local en el proceso revolucionario. El caso de Abalá, Yucatán, 1915-1924”, en *Historias*, 30, 1993, pp. 61-77; *Unicornio*, 166, 1994, pp. 3-11.

²⁶ Baños, *op. cit.*, 1994, pp. 129-150.

sindicatos anarquistas que rechazaban la sumisión.²⁷ El golpe delahuertista de 1923-1924 y la división del Partido Socialista en dos facciones rivales deterioraron la capacidad de control del Estado revolucionario sobre las organizaciones de los trabajadores. Éstos aprovecharon la legislación laboral expedida en Yucatán durante 1915-1918, fortalecida más tarde por la *Ley Federal del Trabajo* de 1931, que les permitió luchar legalmente por medio de los sindicatos. Como resultado de la lucha sindical, hacia 1934 los hacendados aceptaron pagar a los peones y jornaleros el salario mínimo por ocho horas de trabajo.²⁸ Muchas comunidades rurales, por otro lado, estaban satisfechas con la repartición de tierras efectuada casi sin afectar a los henequenerales, a partir de 1917; en 1935 existían en el estado 222 ejidos, con 28 000 campesinos ejidatarios.²⁹

La formación de organizaciones sindicales independientes fue estimulada por la decadencia del Partido Socialista y por la incorporación paulatina de este en el PNR, expresión de la progresiva injerencia de la Federación en el estado. El PNR pretendía disolver las ligas de resistencia e incorporarlas en su red de secciones municipales, poniendo fin a la gestión autónoma de la política en la región. Así, a partir de 1930 muchas de las más de 400 ligas de resistencia se separaron de la Liga Central, y se crearon nuevas organizaciones independientes, algunas de las cuales se pronunciaron a favor del Estado, y otras —la mayoría— en su contra. La Federación Sindical Independiente (FSI), fundada en 1934 y de tendencias francamente comunistas, agrupó a numerosas exligas y sindicatos, orientándose a favor del gobierno nacional y de la política agrarista. En cambio la Confederación General del Trabajo (CGT), anarquista, fundada en 1921, que agrupó a miles de trabajadores industriales y henequeneros, fue opositora del gobierno y del reparto agrario. El intervencionismo federal, en pocas palabras, tenía en su contra a los hacendados por un lado y al sindicalismo independiente por el otro. El avance del Leviatán nacional tendría que esperar una conjuntura favorable, que debilitara al estado yucateco y a las fuerzas de oposición.

²⁷ Savarino, *op. cit.*, cap. V.2., 1996.

²⁸ Baños, *op. cit.*, 1994, pp. 138-139.

²⁹ Lapointe, *op. cit.*, pp. 346 y 348.

La crisis, 1935-1936

La conjuntura se produjo en 1935-1936. Un año antes, se había presentado el Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario. En este proyecto, el partido oficial habló explícitamente de "liberar" a los peones acasillados, otorgándoles tierras y de fraccionar las grandes propiedades sustituyéndolas por los ejidos.³⁰ Una vez más, se pasaba por alto las movilizaciones autónomas y las aspiraciones de los sectores rurales, para imponer desde arriba un programa estatal.³¹ El 30 de noviembre del mismo año, Cárdenas había tomado posesión de la presidencia, pronunciándose en favor de la reactivación de un agrarismo más enérgico.

Para Yucatán, esto significaba la afectación inminente de las haciendas henequeneras, puesto que el mismo Cárdenas durante su visita a la península como candidato presidencial había pronunciado discursos en este sentido:

Por lo que respecta a Yucatán, se me ha informado que existen expedientes de la resolución presidencial detenidos hace mucho tiempo, sin que se haya cumplido el mandato de dotación que con todo derecho han pedido los pueblos [...] ¿Qué no se han dado las dotaciones en Yucatán, porque las tierras afectadas por la Resolución Presidencial están cultivadas de henequén? Digo a ustedes a nombre de la Revolución que las tierras deben dárselas para que ustedes mismos sigan cultivando el henequén.³²

Casi un año después de la visita de Cárdenas, el gobernador de Yucatán, César Alayola Barrera, de quien se decía que estaba en contra del agrarismo, renunció a su cargo, quedando como interino Fernando López Cárdenas. Éste manifestó en breve tiempo tendencias agraristas radicales, alarmando a los sindicatos y a los empresarios henequeneros.

El 7 de diciembre de 1935 fue ampliado el ejido de Tixkokob y en junio del año siguiente les tocó a los ejidos de Dzizantún, Euán, Ekmul

³⁰ *Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario*, México, 1937, pp. 11-17.

³¹ Nunca se les preguntó a los peones si deseaban cambiar sus empleos por la participación en la organización ejidal, y en cambio "por decreto fueron transformados en ejidatarios", Baños, *op. cit.*, 1989, p. 100. En febrero de 1934, un grupo de vecinos del pueblo de Dzemul, dirigieron un telegrama al presidente Cárdenas diciéndole: "Nosotros no queremos que se toquen los henequenales de la finca Sacapuc, sino que se nos den tierras para nuestras milpas, sin perjuicio de aquéllos henequenales, de tal manera que esta finca pueda suministrarnos trabajo como lo ha venido haciendo", cit. en Askinasy, *El problema agrario de Yucatán*, México, Botas, 1936, p. 60.

³² *Diario del Sureste*, 12-III-1934.

y Seyé, por un total de 7 000 hectáreas de henequén: los primeros repartos masivos de henequenales en la historia de Yucatán.³³ López Cárdenas, sin embargo, no fue desafiado por los exasperados hacendados, sino por los trabajadores de los sindicatos independientes, afiliados a la CGT. En mayo de 1936 estalló una huelga de los “trabajadores del volante” (choferes) de Mérida, inmediatamente respaldada por otras organizaciones, incluyendo peones y jornaleros de las haciendas. Los huelguistas, que llegaron en cierto momento a 20 000, bloquearon las calles principales de la ciudad, reuniéndose en masa en los alrededores del palacio de gobierno. El 1 de julio se produjo un sangriento incidente frente al palacio, con un saldo de 14 muertos y numerosos heridos, acribillados por la policía. López Cárdenas, que no estaba en su oficina, tuvo que dimitir, solicitando licencia indefinida. Dos días después, durante los funerales de las víctimas, una enorme muchedumbre pedía el castigo e incluso “la cabeza” del exgobernador “asesino del pueblo”.³⁴

La oposición que había suscitado la actuación de López Cárdenas, y la actitud poco agrarista de su sucesor, Palomo Valencia, precipitaron la intervención directa del poder federal. El 5 de junio de 1937 Narciso Bassols escribió un virulento artículo en la revista capitalina *Hoy*, diciendo:

Si los mayas fueran otra cosa que espectadores inconscientes de sus propias desgracias, durante los veinte años que han corrido desde que Alvarado fue a Yucatán, habrían enloquecido cien veces, ante los cien episodios de infamia, de mixtificación socialista, de asesinatos en masa, de enriquecimientos impúdicos ostentosos, de banquetes de funcionarios, de orgías romanas practicadas por “compañeros socialistas”, de cheques sobre Nueva York [...] de bailes de relumbrón y palabras sucias de demagogo.³⁵

Las palabras de Bassols eran una admonición y una advertencia siniestra dirigida a los políticos y a los empresarios regionales. Lo que quedaba de la desgastada y desmoralizada clase emprendedora apeló al presidente Cárdenas para que desistiera de los repartos de heneque-

³³ López Cárdenas, *Revolucionarios contra la Revolución*, México, 1938, pp. 11-29.

³⁴ *Diario de Yucatán*, 3-VII-1936. Los sucesos del 1º de julio son analizados —con una perspectiva oficialista— en Iglesias, “Los acontecimientos de 1936 en Mérida: ¿Movimiento popular campesino o contrarreformismo agrario de los hacendados henequeneros?”, en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, México, UNAM, 1987, pp. 259-272.

³⁵ Cit. en López Cárdenas, *op. cit.*, p. 12.

nales, denunció como éstos hubieran completado el hundimiento de la agricultura comercial, y por tanto, arrastrado a la miseria a miles de trabajadores. El 8 de agosto de 1937, la Asociación para la Defensa de la Industria Henequenera publicó un memorándum dirigido al presidente, que cinco días antes había llegado a la ciudad de Mérida. En este documento aclaraba cómo hasta 1930 las dotaciones ejidales de la zona henequenera sumaban 465 000 hectáreas, más que suficiente para las exigencias de 100 000 trabajadores, es decir, muchos más de los que existían en la zona. Luego se hacía una propuesta, en ocho puntos, para llegar a un compromiso que dejara en vida a la moribunda industria henequenera.³⁶ Sin embargo Cárdenas, que ya había tomado su decisión y recomendó a los propietarios "que se dediquen a nuevas actividades"³⁷, hizo caso omiso de toda solicitud y dio inicio al reparto agrario. Fue llevado a cabo de prisa por ingenieros foráneos y afectó 360 436 hectáreas, de las cuales 91 000 estaban sembradas con henequén. Los 272 ejidos colectivos que así se formaron, recibieron en su mayoría tierras inutilizables, sembradas con henequén demasiado viejo o demasiado joven y, sobre todo, no recibieron las maquinarias para procesar la fibras de henequén, las cuales quedaron, junto con 300 hectáreas de tierra, en manos de los viejos propietarios. El reparto agrario terminó, como se reconoce generalmente, en un rotundo fracaso desde el punto de vista técnico-económico, agravado al año siguiente por la formación de un único, enorme ejido, Henequeneros de Yucatán, controlado por el gobernador Canto Echeverría.³⁸ El fraccionamiento de las tierras, en efecto, fue realizado "en una forma que sugería la ausencia de criterios racionales en la planeación y en la ejecución de la reforma."³⁹ Presenciando el primer reparto de tierras, un observador expresó sus amargos presentimientos a uno de los integrantes de la comitiva presidencial de Cárdenas:

³⁶ *Diario de Yucatán*, 8-VIII-1937.

³⁷ *Diario de Yucatán*, 4-VIII-1937.

³⁸ Véase por ejemplo Molina Font, *op. cit.*, 1947; F. Benitez, *op. cit.*, pp.134-152; Medina, *Yucatán. Sus actuales condiciones económicas, políticas y sociales*, México, Jus, 1965; Manero, *La anarquía henequenera de Yucatán*, México, 1966 y Joseph, *op. cit.*, pp. 326-330. A pesar de su fracaso técnico, la reforma agraria tuvo un éxito político para el Estado nacional, si consideramos que deterioró el poder de los sindicatos independientes, atenuó el descontento de ciertos sectores campesinos y creó un verdadero mito justicialista. En los mismos años en que México realizaba sus reformas —conviene recordarlo— España se hundía en una guerra civil atizada también por el problema agrario.

³⁹ Joseph, *ibid.*, p. 328.

En Temozón [primera hacienda afectada] se ha celebrado hoy la primera fase del entierro de la prosperidad yucateca. El corte de la última hoja de henequén de los actuales plantíos marcará el fin de una producción que arrancó durante casi un siglo, oro de la tierra, oro de Yucatán y oro para México todo.⁴⁰

Dos años más tarde (1939) un grupo de ejidatarios de Umán sintetizó en una conversación con un visitante foráneo su triste condición actual:

- “En tiempo de los patrones ganábamos más”.
- “Pero ahora son ustedes dueños de la tierra”.
- “Sí, pero lo que ganamos no nos alcanza para comer”.⁴¹

Reforma, nacionalismo e indigenismo (1937)

La acción federal de 1937 no se limitó al reparto de las tierras, sino que cumplía con un plan mucho más ambicioso, elaborado por Cárdenas y el Partido Nacional Revolucionario.

El viaje presidencial fue justificado oficialmente de dos maneras. Primero, como una acción decisiva en favor de la justicia social, que cumplía con los ideales más profundos de la Revolución. En segundo lugar, fue presentado como la apertura de una nueva perspectiva para el renacimiento del pueblo maya.⁴²

La segunda motivación remite al indigenismo radical proclamado por Lázaro Cárdenas como parte esencial del mensaje revolucionario. En su discurso del 8 de agosto de 1937, el presidente denunció enfáticamente: “la difícil situación en la cual ha vivido siempre la clase campesina de Yucatán, formada en gran parte por indígenas que tanto en la vida colonial [...] como en la época independiente [...] permanecieron en deplorables condiciones de atraso y miseria”.⁴³ El año anterior,

⁴⁰ Aldo Baroni, *op. cit.*, p. 110.

⁴¹ Ocampo, *Diez días en Yucatán*, México, Botas, 1941, pp. 50-51. Los ancianos ejidatarios entrevistados por Marie Lapointe (1982) “dijeron que estaban mejor en tiempos de la esclavitud [...] Ellos se sentían nostálgicos acerca de los “buenos tiempos”, cuando tenían relaciones personales con los hacendados aun cuando estos últimos los trataban de vez en cuando de una forma muy dura...”, *op. cit.*, p. 364.

⁴² Cfr. Ben Fallaw, *op. cit.*

⁴³ Cárdenas, *op. cit.*, 1978, p. 253.

Cárdenas había fundado el Departamento de Acción Social y Cultural y de Protección a los indios, con el fin de impulsar una política específica para los grupos rurales indígenas. Los mayas yucatecos monolingües eran, en 1930, 33.7% de la población mayor de cinco años. Si a ello sumamos el 38.5% de los indígenas bilingües, se deduce que el 72.2% de la población yucateca era "maya" en sentido amplio.⁴⁴ Cualquier política en favor de los sectores populares en Yucatán tenía que considerar el factor étnico, para negarlo y combatirlo, o para valorarlo.

Cárdenas se orientó hacia la valoración. El presidente en efecto quería rescatar a los indios en cuanto grupo étnico, superando la política asimilacionista de sus antecesores. Esto se obtendría primero mediante la política de distribución de tierras, como indicó Cárdenas cuando señaló: "en 1937 [...] pasaremos a resolver integralmente el problema agrario de Yucatán [...] para salvar de la miseria la raza indígena."⁴⁵ Más tarde, el 3 de agosto de 1937, Cárdenas proclamaría explícitamente que la revolución estaba por llegar a los indios "después de noventa años de iniciada la última tragedia de la raza maya [...] a entregar con los henequenales, una mínima compensación por la sangre derramada en sus luchas por la tierra".⁴⁶ De esta forma, la acción agrarista y la acción indigenista de protección étnica en gran medida coincidían. Cárdenas sin embargo, continuó recibiendo presiones para que utilizara la reforma agraria para integrar y asimilar a los campesinos mayas, como evidencia la carta abierta al presidente del 18 de agosto, del profesor Humberto Peniche Vallado:

LA INCORPORACIÓN DEL INDIO A LA CIVILIZACIÓN ES LA OBRA COMPLEMENTARIA DEL REPARTO EJIDAL. [...] Mi criterio, en concreto, señor presidente, es que al indio en su desenvolvimiento, precisa llevarlo de la mano. No hay que esperar que, por el curso natural de los acontecimientos, su evolución tenga lugar. Precisa incorporarlo desde luego a la civilización, como muchas veces se ha dicho muy bien, sin que se hubieran puesto hasta hoy los medios de hacerlo.⁴⁷

⁴⁴ *Quinto Censo de Población*, 1930.

⁴⁵ Cárdenas, *Apuntes*, vol. I, México, UNAM, 1972-1974, pp. 361-362.

⁴⁶ *Diario de Yucatán*, 4-VIII-1937.

⁴⁷ Cit. en S.A., *Unificación campesina en Yucatán (1938)*, Mérida, edición conmemorativa del estado de Yucatán, 1987, p. 94. Peniche Vallado destacó también, del indio, "su indiferencia en cuanto atañe a la civilización", "lo rudimentario de los sentimientos que posee", "su bajo nivel intelectual", etc., juicios que el indigenista Cárdenas no podía compartir.

Naturalmente Cárdenas hizo caso omiso de toda propuesta que declarara abiertamente y en forma tan burda un objetivo paternalista y asimilacionista. El indigenismo cardenista y su "Cruzada del Mayab" se acercaban más bien al indigenismo de Felipe Carrillo Puerto, el gobernador socialista que en los años veinte proclamó el renacimiento del pueblo maya.⁴⁸ Ambos veían al indígena como un sector especial de las clases trabajadoras y al contrario de lo que hicieron antes los constitucionalistas, fomentaron el acercamiento entre indios y mestizos bajo la bandera de la Revolución, con llamados que anticipaban curiosamente ciertos lemas de la unidad entre ciudad y campo propios del maoísmo.⁴⁹ Cárdenas por ejemplo invitó a los obreros, los maestros y la "juventud revolucionaria" a "ir a los campos de cultivo a decir a vuestros hermanos, los peones acasillados, que [...] ha llegado la hora de su liberación definitiva".⁵⁰ Carrillo Puerto y Cárdenas coincidieron también en la imagen del indio que proyectaron a sus "hermanos" trabajadores. Estos indios remitían a un modelo ideal típico de indígena, moldeado *ad hoc* para actuar en el papel del pueblo tiranizado y deseoso de rescate.

Se mostraba a un maya todavía orgulloso de sus hazañas en la guerra de castas y heredero consciente de su pasado prehispánico. A finales de agosto, Cárdenas dijo que "la riqueza arqueológica del estado [de Yucatán] es elocuente símbolo de la capacidad creadora de su pueblo".⁵¹ En el discurso oficial se mencionaba además la lucha secular del indígena por la justicia y la distribución equitativa de las tierras, naturalmente pasaba por alto el papel de los caciques en la guerra de 1847, así como el carácter milenarista de ésta. Tampoco se mencionaba la resistencia que opusieron los mayas noroccidentales —que permanecieron fieles a los criollos— en contra de los mayas orientales y meridionales levantados.

En realidad el discurso indigenista de Cárdenas, aún más que el de Carrillo Puerto, se refería genéricamente a "indios" no a "mayas". Era un mensaje nacionalista, solidario, y estaba dirigido a legitimar la

⁴⁸ Sobre el indigenismo de Carrillo Puerto véase Savarino, "Identità etnica e processo di modernizzazione in Yucatán", tesis de *Laurea*, Torino, Università di Torino, 1991.

⁴⁹ Tales acercamientos culturales, sin embargo, contrastaban con la convergencia de intereses que ya se habían producido *espontáneamente* entre trabajadores henequeneros y obreros urbanos, bajo las banderas del anarcosindicalismo. El programa cardenista miraba también a incorporar y controlar esos contactos.

⁵⁰ *Diario de Yucatán*, 4-VIII-1937.

⁵¹ Cárdenas, *op. cit.*, 1978, p. 263.

acción reformadora del Estado y la movilización popular para impulsarla y defenderla. El presidente llegó a amenazar a los hacendados que si se resistían a entregar sus tierras, los indios se levantarían en armas repitiendo las masacres del siglo anterior.⁵²

En las actas y ceremonias públicas que acompañaron su estancia en Yucatán, Cárdenas insistió a menudo con énfasis en el tema indigenista.

El 3 de agosto de 1937, cuando proclamó la reforma agraria, dispuso que en el podio estuviera presente una anciana mujer maya, vestida con su traje tradicional: el huipil. La mujer era la única que hablaba maya entre los ponentes, y desempeñaba el papel simbólico de representante y "delegada" de todo el pueblo maya.⁵³ Después de haber denunciado las dificultades económicas de los campesinos, ella hizo una invitación ritual al presidente para que lanzara la reforma agraria. Cárdenas contestó paternalmente, agradeciendo a la representante de los trabajadores indígenas y haciendo un llamado para que ayudaran al Estado en su tarea de entregar las tierras a los campesinos mayas de Yucatán.⁵⁴

Dos días después de la ceremonia, hubo un espectáculo oficial de danzas populares en el cual actuaron los estudiantes de Mérida en los papeles de campesinos o personajes prehispánicos imaginarios.⁵⁵ Más tarde, Cárdenas encontró finalmente a los verdaderos campesinos y peones indígenas durante una serie de excursiones que realizó en los pueblos rurales del interior.

En sus giras rurales, Cárdenas puso de manifiesto otro aspecto del programa cultural de su gobierno. Desde la época de Salvador Alvarado la Revolución fue presentada como la acción moralizadora que acabaría con los vicios tradicionales del alcohol y del juego. Atrás había en realidad, un historial más largo de intervenciones del Estado republicano y porfirista para poner bajo control las prácticas culturales populares.⁵⁶ Cárdenas, por lo tanto, continuó una antigua tradición pero adoptando un estilo nuevo.

En el pueblo de Hunucmá recibió con agrado una solicitud de un grupo de mujeres para que cerrara las cantinas.⁵⁷ En Yohtolín distribu-

⁵² *Diario del Sureste*, 7-VIII-1937. El mensaje oculto tras las palabras de Cárdenas era que el gobierno —que ya había distribuido armas entre los campesinos agraristas— hubiera dado su respaldo a las acciones armadas que se hubieran emprendido para defender la reforma.

⁵³ *Diario de Yucatán*, 4-VIII-1937. Cfr. Ben Fallaw, *op. cit.*, p. 26.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Diario de Yucatán*, 6 y 7-VIII-1937.

⁵⁶ Cfr. Savarino, *op. cit.*, 1996.

⁵⁷ Baroni, *op. cit.*, p. 136.

yó ayudas a los vecinos porque "se opusieron a la apertura de cantinas y al vicio del juego".⁵⁸ Otros funcionarios federales que viajaban con él, llegaron a ordenar el cierre de cantinas y a amonestar a los funcionarios que las toleraban.⁵⁹

Antes, las campañas antialcohólicas de los gobiernos revolucionarios iban acompañadas generalmente con la propaganda anticlerical, a veces antirreligiosa. Sin embargo Cárdenas no hizo nada a este respecto. A pesar de haber sido en su momento un "comecuras" al estilo de Mújica o de Tejeda, en este periodo se resistía a la tentación de atacar a una Iglesia debilitada, ya que por un lado comprendía la importancia de respetar a las culturas populares incluso en la religión, y por otro lado quería matizar su distancia del jacobinismo extremista de Calles.⁶⁰

Yucatán había sufrido una de las experiencias más traumáticas de la violencia anticlerical entre 1915 y 1918, cuando el general Salvador Alvarado había desencadenado su "campana desfanatizadora". En los años siguientes, después de un relativo periodo de paz durante los gobiernos de Carrillo Puerto, de Iturralde Tracónis y de Álvaro Torre Díaz (1921-1930), la tormenta jacobina se abatió nuevamente sobre Yucatán durante los gobiernos de Bartolomé García Correa y de César Alayola Barrera (1930-1935) e incluso después hubo ráfagas ocasionales de anticlericalismo. Sin embargo desde finales de 1935 se podía notar una perceptible distensión de las relaciones entre Estado, Iglesia y población católica.⁶¹ El clima era favorable para superar definitivamente el conflicto religioso de la época callista, retirando el tema anticlerical de la agenda revolucionaria.

En efecto, Cárdenas no hizo más que sustituir el burdo jacobinismo "de choque" tradicional con otras formas más sutiles y modernas de secularización y aculturación de las masas desde arriba.

La actividad deportiva organizada por el estado por ejemplo, desempeñó la función de sustraer espacios a la iglesia y de vincular más estrechamente a la población con el nacionalismo oficial. Para establecer

⁵⁸ *Diario del Sureste*, 22-VIII-1937.

⁵⁹ Ben Fallaw, *op. cit.*, p. 28.

⁶⁰ Hay que interpretar el comportamiento de Cárdenas sobre todo en contraste con el de Calles. Éste había sido un caudillo arrogante, maniático y autoritario, heredero auténtico de la tradición *chauvinista* antipopular de las élites decimonónicas, pero con un estilo mucho más burdo y fanático. Cárdenas en cambio era un hombre amable, sencillo, respetuoso de las expresiones de la cultura popular: un auténtico líder de la nación. Se ganó la estima y el cariño de muchos "enemigos", incluida una parte de la Iglesia y de la sociedad católica, que habían sufrido antes por los delirios del jefe máximo.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 23-24.

la nueva función que adquiriría el deporte, Cárdenas escogió la ciudad de Izamal, en donde, en septiembre de 1937, fue inaugurado un nuevo estadio deportivo. Izamal revestía un papel simbólico particular, ya que poseía unas importantes ruinas prehispánicas que hablaban de su pasado maya, y también el convento más grande de la península, testimonio de su fe católica tenaz y conservadora. Izamal había sido igualmente la sede de una importante burguesía provinciana, y permanecían suficientes hacendados para que pudiera ser tomada como símbolo agrarista. Izamal, en suma, permitiría la combinación del agrarismo, del anticonservadurismo y del indigenismo revolucionario.

Fue significativo además que el nuevo estadio fuera edificado sobre unas ruinas mayas, y llevara un letrero en la puerta principal que mencionaba la vinculación entre los ejidatarios actuales y sus antepasados prehispánicos. Los muros, por otro lado, llevaban letreros que exaltaban la salud, el higiene, la fuerza física y el bienestar económico, en perfecta consonancia con el espíritu vitalista de los años treinta.⁶²

Conclusiones

Al finalizar esta breve síntesis del estado de la investigación sobre el cardenismo en Yucatán, podemos extraer algunas conclusiones. Primero, la investigación se ha desprendido de sus raíces apologéticas para alcanzar un nivel más científico. Esto ha permitido multiplicar los enfoques y los temas, descubrir nuevos aspectos de la breve —pero intensa— experiencia de Cárdenas en 1937. Ha sido puesto en evidencia el carácter de la intervención federal como reducción e incorporación de las autonomías del estado regional y de las organizaciones sindicales independientes. La inmaculada lucha justiciera del mito cardenista significó también, paradójicamente, un retroceso en las luchas laborales y la virtual extinción del anarcosindicalismo, bajo el impacto de la brusca imposición desde arriba y desde afuera de la organización ejidal. Sin embargo, en tiempos recientes la nueva sensibilidad que ha nacido para lo simbólico y lo religioso, ha permitido dar el primer paso para valorar el lado inmaterial de las reformas cardenistas. Si bien es cierto que la reforma agraria en sí fracasó, existen otros aspectos de la actuación presidencial que fueron más perdurables y exitosos, como el indigenismo.

⁶² *Ibid.*, pp. 29-30.

Cárdenas tuvo más éxito que Carrillo Puerto en su política cultural e indigenista, porque en los años treinta el proceso de mestizaje había avanzado más respecto a la década de los veinte. Por lo tanto, su propuesta de una reelaboración estilizada y folklórica de la identidad indígena estaba más acorde con la tendencia que prevalecía entonces en los sectores campesinos, y que llevaba a la disolución de la etnicidad y al mestizaje cultural. Un síntoma de ello es el aumento de la población bilingüe maya-español del 25.7% en 1921 al 38.4% en 1930, que es indicio del creciente contacto y fusión entre los antiguos estamentos étnicos yucatecos.⁶³

Esta población en vías de convertirse en un sector popular tendencialmente homogéneo, terminó por aceptar el mensaje de Cárdenas, a pesar de sus idealizaciones e ingenuidades. El hecho de que muchos campesinos aceptaran con gusto el título honorífico de “mayas” y de “indios” con los rutilantes llamados al orgullo etnohistórico, significa una sola cosa: que ya habían dejado de ser indígenas para convertirse en mestizos.

Esto condujo finalmente a un acercamiento ulterior entre el Estado nacional y los sectores subalternos, proceso que había comenzado antes de la Revolución y que los gobiernos constitucionalistas “jacobinos” habían manejado de una forma a menudo tosca y *chauvinista*. Una vez que se abandonaron esos prejuicios, con Cárdenas fue posible iniciar una nueva síntesis cultural mediante el diálogo, que al final acabaría forjando la identidad nacional con esa mezcla de mitos y ritos políticos que dan sustancia al imaginario popular, así como ha venido conformándose a través del tiempo.

⁶³ *Censos de Población, 1921 y 1930.*

Bibliografía

- Askinasy Sigfried, *El problema agrario de Yucatán*, México, Botas, 1936.
- Aznar Mendoza, Enrique, "Historia de la industria henequenera", en *Enciclopedia yucatanense*, vol. III, Mérida, Gobierno del Estado, 1947.
- Baños Ramírez, Othón, *Yucatán: ejidos sin campesinos*, Mérida, UADY, 1989.
- , (coord.), *Sociedad, estructura agraria y estado en Yucatán*, Mérida, UADY, 1990.
- , "El protagonismo histórico de los sindicatos rurales de Yucatán (1933-1936)", en *Revista Mexicana de Sociología*, 3, 1994, pp. 129-150.
- Baroni, Aldo, *Yucatán*, México, Botas, 1937.
- Batt, Laura, "Capitalist Class Formation in Dependent Economies: The Case of Espita, Yucatan, Mexico", tesis de doctorado, Lexington, University of Kentucky, 1981.
- Benítez, Fernando, *Ki: el drama de un pueblo y de una planta*, México, FCE-SEP, 1985 (edic. orig. 1956).
- Betancourt Pérez, Antonio, "Episodios históricos", en *Revista de Yucatán*, 1968-1969.
- Cabrera, Luis, *Veinte años después*, México, Botas, 1937.
- , *Un ensayo comunista en México*, México, Polis, 1937.
- Cárdenas, Lázaro, *Apuntes*, vol. I, México, UNAM, 1972-1974.
- , *Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos. 1928-1940*, México, Siglo XXI, 1978.
- Cárdenas, López, *Revolucionarios contra la Revolución*, México, s. e., 1938.
- Cardos Ruz, Laureano, *El drama de los mayas. Una reforma social traicionada*, México, Libros de México, 1977.
- Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1974.
- Censo General de Habitantes, 30 de noviembre de 1921. Estado de Yucatán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928.
- Fallow, Ben, "Maya into mexicans...", ponencia presentada al IX Congreso de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, México, 27-29 de octubre de 1994.
- Fama, Davide, "Pemex e Ansaldo: rapporti tra il Messico cardenista e l'Italia fascista alla fine degli anni '30", tesis de *Laurea*, Torino, Università di Torino, 1994.
- González Luis, *Los días del presidente Cárdenas. Historia de la Revolución Mexicana 1934-1940*, vol. 15, México, Colmex, 1981.
- González Navarro, Moisés, *Raza y tierra*, México, Colmex, 1970.
- Iglesias, Esther, "Los acontecimientos de 1936 en Mérida: ¿Movimiento popular campesino o contrarreformismo agrario de los hacendados henequeneros?", en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, México, UNAM, 1987, pp. 259-272.

- Joseph, Gilbert, *Revolución desde afuera*, México, FCE, 1992 (edic. orig. Cambridge, 1982).
- Lombardo Toledano, Vicente, *El llanto del sureste*, México, s.e., 1934.
- López Cárdenas, Fernando, *Revolucionarios contra la Revolución*, México, s.e., 1938.
- Manero, Enrique, *La anarquía henequenera de Yucatán*, México, s.e., 1966.
- Medina, Alfredo, *Yucatán. Sus actuales condiciones económicas, políticas y sociales*, México, Jus, 1965.
- Molina Font, Gustavo, *La tragedia de Yucatán*, México, Jus, 1941.
- Ocampo, María Luisa, *Diez días en Yucatán*, México, Botas, 1941.
- Paoli, Francisco José y Enrique Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI, 1977.
- Pasos Peniche, Manuel, "Actualización de la historia de la industria henequenera desde 1945 hasta nuestros días", en *Enciclopedia yucata-nense*, vol. IX, Mérida, Gobierno del Estado, 1980.
- Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario*, México, 1937.
- Quinto Censo de Población, 15 de mayo de 1930. Estado de Yucatán*, México, Secretaría de la Economía Nacional, 1930.
- S.A., *Unificación campesina en Yucatán (1938)*, edición conmemorativa del Estado de Yucatán, Mérida, 1987.
- Savarino, Franco, "Identità etnica e processo di modernizzazione in Yucatán", Tesis de *Laurea*, Torino, Università di Torino, 1991.
- , "Pueblos, élites y dinámica política local en el proceso revolucionario. El caso de Abalá, Yucatán, 1915-1924", en *Historias*, 30, abril-sept. 1993, pp. 61-77.
- , "Abalá, un pueblo revolucionario", en *Unicornio*, 166, 29-V-1994, pp. 3-11.
- , "Lázaro Cárdenas en Yucatán", ponencia presentada en las "XVII Jornadas de Historia de Occidente, Jiquilpan, Michoacán, 26-27 de octubre de 1995.
- , "Pueblos y nacionalismo. Del régimen oligárquico a la sociedad de masas en Yucatán, 1894-1925", tesis de doctorado, México, UNAM, 1996.
- Sierra Villareal, José Luis y José Antonio Paoli Bolio, *Cárdenas y el reparto de los henequenerales*, Mérida, SEP-Consejo Editorial de Yucatán, 1986.

Periódicos

Diario del Sureste
Diario de Yucatán

Diarrea infantil complicada y redes de apoyo

ADRIÁN ACEITUNO, SELENE ÁLVAREZ,* VÍCTOR GARCÍA, SARA JUÁREZ
TOMÁS LUNA, MA. AMALIA MÉNDEZ, SILVIA MORALES,
LULÚ OLÁN Y RODOLFO REYES

Introducción

Las enfermedades diarreicas son uno de los retos más importantes que la sociedad y la medicina enfrentan en el intento de abatir la enfermedad y la muerte anual de tres millones de niños menores de cinco años. Los países en vías de desarrollo aportan el mayor número de defunciones causadas por deshidratación. Esta muerte es inexplicable desde una perspectiva técnica, ya que es prevenible en el 95% de los casos, si se rehidrata al niño con suero oral.

En México, las enfermedades diarreicas han permanecido invariablemente dentro de las primeras causas de muerte; aun cuando la mortalidad por diarreas se ha reducido significativamente (descendió entre 1984 y 1993 un 71.5%).¹

Además del problema que representa la cantidad de pacientes que mueren durante los episodios de diarrea, la mayoría de los que sobreviven quedan con algún grado de desnutrición.

Los niños menores de cinco años presentan tres episodios de diarrea en promedio al año,² constituyendo una de las causas más frecuentes de consulta médica en esta edad.³

El suero de hidratación oral está incluido como parte esencial de la terapia de hidratación oral (THO). Entendiéndose como THO, la adminis-

* Centro INAH, Veracruz.

¹ Secretaría de Salud, "Programa estatal de control de enfermedades diarreicas", Veracruz, 1994.

² Secretaría de Salud (Unidad de Planeación), "Registros estadísticos", Veracruz, 1993a.

³ Guiscafre y Gutiérrez, *Hidratación oral en un sistema de hospitales rurales en México*, México, Hospital Infantil de México, 1985, pp. 196-198.

tración del vida suero oral (vso), el aumento de líquidos, el manejo de la alimentación y el reconocimiento de los signos de deshidratación y gravedad del episodio diarreico* para la búsqueda de consulta médica oportuna.

A pesar de la difusión sobre el manejo y tratamiento realizada por el sector salud, la utilización del vso⁴ no es aún suficiente para contrarrestar el problema.⁵

El manejo* de la diarrea en el hogar puede ser satisfactorio siempre y cuando se incremente el consumo de líquidos, se use el suero oral y se continúe con la alimentación, ya que muchos de los episodios de diarrea con este manejo evolucionan favorablemente y no necesitan atención médica.⁶ Sin embargo, sabemos que existe una percepción* tardía por parte de algunas madres ya que se encuentran sometidas a un exceso de información contradictoria, proveniente de muy distintos canales que van desde la familia hasta el médico, lo que entorpece la solución del problema, sobre todo en el momento en que éste se complica. La confusión entre deshidratación y diarrea conlleva a prácticas de tratamiento utilizadas no sólo por la población sino también por los médicos privados, institucionales y tradicionales. En general, cuando hay atención incorrecta en algún episodio de diarrea aguda infantil, es porque se está curando la diarrea (que no se cura pues es autolimitada) y no previniendo la deshidratación.⁷

Por otro lado, se trata de curar la diarrea a través de una serie de tratamientos que no sólo no sirven sino que hacen daño a los niños. El uso de los llamados medicamentos antidiarreicos frecuentemente se asocia con efectos colaterales indeseables que pueden ocasionar hasta la muerte de los niños.⁸ El abuso de antibióticos es causa de diarreas prolongadas.⁹ El

* Los términos marcados con asterisco son definidos en el Glosario de términos al final del texto.

⁴ En 1946 se corroboró en el mundo la eficiencia de los sueros para prevenir la deshidratación. En México empezó a utilizarse a partir de 1959 y en 1970 se descubrió la fórmula actual, que es altamente eficiente.

⁵ Secretaría de Salud, "Salud infantil y preescolar. Evaluación. Cumbre Mundial en Favor de la Infancia", México, 1992.

⁶ World Health Organization, *Programme for Control of Diarrhoeal Diseases, Interim Programme Report*, Suiza, 1992, p. 42.

⁷ Selene Álvarez, "Sobrevivencia infantil. La terapia de hidratación oral en México", tesis doctoral en Sociología, México, UNAM, 1989.

⁸ H.F. Mota, "Abuso de antimicrobianos y otros conceptos erróneos en el tratamiento de diarreas en niños", en *Bol. Méd. Hosp. Infant. Méx.*, 44, 1987, pp. 577-579.

⁹ Kassem, El Araby, Massoud *et al.*, "Effect of antibiotics on duration of diarrhoea and speed of rehydration", en *Gazette Egypt Paediatr Assoc*, 31, 1983, pp. 117-128.

ayuno lleva a la aparición o al agravamiento de la desnutrición infantil, que a su vez condiciona una mayor frecuencia y gravedad de episodios diarreicos.¹⁰ Estudios realizados en varios países demuestran que el empleo de medicamentos no apropiados es más frecuente que el del VSO. El uso de fármacos es de dos a cuatro veces más frecuente que el uso de VSO, y no es raro que se receten cuatro o más medicamentos.¹¹ Además, la administración de antidiarreicos y antibióticos tiene muchos inconvenientes, sobre todo desvía la atención del tratamiento correcto de la enfermedad. Cuando recetan, venden y administran un medicamento, el médico, el farmacéutico y la madre pueden creer que han hecho lo mejor para el niño, descuidando sin embargo la prevención de la deshidratación, la alimentación y la vigilancia.¹²

En el estado de Veracruz, para el año de 1993, la tasa de mortalidad por diarreas en menores de cinco años fue de 54.4 por 100 000 habitantes menores de cinco años.¹³ Se sabe también, a través de las autopsias verbales que se han realizado en el estado de Veracruz, que un número importante de niños enfermos de diarrea no recibieron VSO porque el médico no lo indicó y otros tantos no regresaron a consulta ante los signos de alarma por la misma causa. Una gran cantidad de niños fueron llevados muy tardíamente a consulta; otros, aunque llevados oportunamente, murieron porque la prescripción o las indicaciones fueron incorrectas. Casi todos los niños que murieron por diarreas recibieron atención médica previa. Las autopsias verbales reportan también una influencia importante de la familia en el manejo* de esta situación, destacando la autoprescripción incorrecta.

En la capital del municipio de Jalacingo, Veracruz, en el último año se presentó una tasa de mortalidad por diarreas sumamente elevada, con 431.0 por 100 000 menores de cinco años. En esta pequeña localidad con acceso a servicios de atención médica, ocurrieron cuatro muertes por diarrea, dos de ellas en el hogar y dos en unidad médica.

Consideramos muy importante estudiar el manejo de situaciones de diarrea en el hogar y sus redes sociales de apoyo, ya que a partir de ello tendremos un mayor conocimiento que sirva para un mejor manejo de

¹⁰ Condom, Cravioto, Johnston, De Licardif, Scholl, "Morbidity and growth of infants and young children in a rural Mexican village", en *Public Health*, 67, 1977, p. 651.

¹¹ Organización Mundial de la Salud, "El uso racional de medicamentos contra la diarrea en la infancia", en *Foro Mundial de la Salud*, vol. 12, núm. 3, s.f., pp. 382-383.

¹² Koss, *La etnomedicina en la salud mental en la comunidad*, 1992, p. 155.

¹³ Secretaría de Salud (Dirección General de Epidemiología), "Sistema de vigilancia epidemiológica", 1993b.

los procesos diarreicos en el hogar y, así, pueda transmitirse a la comunidad, en especial a las madres de los menores de cinco años y personas cercanas. Por lo que se llevó a cabo una investigación etnográfica en Jalacingo para comprender el manejo real de las situaciones de diarrea complicada dentro del hogar en niños menores de cinco años y su relación con las redes de apoyo* que los rodearon.

Marco teórico

La reproducción social de los hombres está impregnada por relaciones entre sistemas de lenguaje, prácticas sociales y necesidades de adaptación al entorno; o sea, está inmersa en un ambiente de transmisión cultural. Los hechos orgánicos están íntimamente relacionados con el entorno cultural socialmente estructurado.¹⁴ En este sentido, tradición, instituciones, costumbres, creencias, etcétera, son elementos constitutivos de la relación del individuo con su entorno, con otros individuos, con distintos grupos sociales, y por lo tanto, de las prácticas sociales.

Así, las concepciones de la salud y de la enfermedad se establecen con base en relaciones entre pensamiento, necesidades y prácticas; no solamente con indicadores clínicos. Las prácticas que inciden en los procesos mórbidos o en la procuración de la salud son resultantes de un largo proceso histórico que puede identificarse y estudiarse, pero siempre en relación con las formas de concebir los fenómenos e inmersas en relaciones sociales entre grupos e individuos.

Las maneras específicas en que los hombres se relacionan entre sí, sus percepciones, acciones y transformaciones de la realidad social y de su salud, se reproducen en la vida cotidiana. Ésta se concibe como el conjunto de prácticas que caracterizan la reproducción de los hechos particulares, los cuales a su vez crean la posibilidad de la reproducción social.¹⁵ La vida cotidiana es, entonces, el ámbito de la reproducción y se lleva a cabo al interior de un microcosmos: la familia. La familia ha sido el núcleo de reproducción del individuo por excelencia. La familia nuclear está conformada por el padre, la madre y los hijos, pero existen otras personas que comparten estrechamente las vivencias de cada familia. En el cuidado de los hijos se presentan diferentes prácticas generales y acciones ante

¹⁴ Altan, *Uomo e società. Manuale di antropologia culturale, storia e metodo*, 1973, p. 333.

¹⁵ Agnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1977, pp. 19, 21-23.

situaciones específicas que van conformando el conjunto de eventos que hacen posible la reproducción histórica de la familia.

En México, la situación de salud de las familias campesinas e indígenas es precaria y está caracterizada por altos índices de morbilidad y mortalidad debidos a enfermedades prevenibles que han sido llamadas enfermedades de la pobreza, principalmente desnutrición, diarreas y enfermedades respiratorias. Dentro de las enfermedades que minan la salud de la mayoría de los integrantes de dichas familias, en especial de los hijos —que son los más vulnerables—, las diarreas agudas complicadas tienen un lugar predominante en los daños a la salud de estos grupos.

En nuestro país, las madres indígenas son las responsables del cuidado de los hijos, desempeñan un importante papel en la atención de los procesos diarreicos. Estas madres tienen una serie de importantes obligaciones sociales dentro del proceso de reproducción, al igual que el resto de las mujeres en el país. Sin embargo, su pertenencia a grupos sociales especialmente desprotegidos y vulnerables hace que tengan menos instrumentos para su desempeño en el proceso reproductivo; por ejemplo, los altos índices de analfabetismo y desnutrición. Para estas madres, la enfermedad y la muerte de sus hijos es un problema significativo, y aunque existen posibilidades de prevenirlas, éstas siguen estando lejos de su alcance.

Las madres encargadas del proceso de atención* de los episodios de diarrea aguda complicada son auxiliadas por distintas personas que están alrededor de ellas: se les conoce como redes sociales. Existe un acuerdo unánime en cuanto a la importancia de estudiar las redes de apoyo, o redes sociales, que rodean a las madres y cuidadores de niños en torno al manejo de las distintas enfermedades. Además existe una necesidad consensuada de que los aspectos cualitativos de estas redes deben ser esclarecidos para que puedan ser potenciados como opciones de atención en la sobrevivencia infantil.¹⁶

La mayoría de los investigadores piensan que es necesario que existan seis elementos en una relación para considerarla como red de ayuda: 1) acuerdo entre creencias, 2) expresión de afecto, 3) apoyo a través de la expresión de las creencias y los afectos, 4) asistencia instrumental a través de tareas específicas, 5) provisión de ayuda material y 6) que la persona pertenezca a la red social del entorno de manera confirmada. Las

¹⁶ Margareta Thernlund y Gunilla Samuelsson, "Parental social support and child behaviour problems in different populations and socioeconomic groups: A methodological study", en *Social Science and Medicine* 36(3), 1993, pp. 353-360.

redes de ayuda están íntimamente ligadas con las percepciones, y es importante determinar "quién" provee "qué", pues no necesariamente las acciones que tratan de ayudar son realmente percibidas como ayuda efectiva.¹⁷

El reconocimiento de un problema de diarrea es un proceso psicológico y de comportamiento mediado por factores sociales y culturales. Varios elementos de la reproducción familiar, como rutinas, hábitos de alimentación, representaciones de la enfermedad, competencia por los recursos, etcétera, son relevantes para el reconocimiento de la enfermedad (diagnóstico) y su consecuente tratamiento*. El actual conocimiento sobre el proceso familiar de reconocimiento-tratamiento indica que éste se divide en dos fases. En la primera, se dan remedios caseros y se espera a que "se pase" el síntoma. Si continúa, ocurre una transición en la situación que hasta aquí era controlada por los padres o encargados, y el episodio se convierte en público. Aquí es donde la designación pública de que se trata de un episodio de diarrea lleva a los padres a una "carrera de tratamientos", por lo general inapropiados, al entrar en relación con el ambiente social que los afecta.¹⁸

Objetivo general

Conocer el manejo real que las madres realizan en casos de diarrea complicada en niños menores de cinco años dentro del hogar y su relación con las redes sociales que los rodean y su desenlace.

Objetivos específicos

- I. Identificar a las familias con niños menores de cinco años.
- II. Identificar las situaciones de diarrea complicada.
- III. Seleccionar las situaciones.
- IV. Describir las situaciones identificadas anteriormente.
 - a) Identificar lo que la madre reconoce y describe como diarrea y deshidratación.

¹⁷ Holly Anne William, "A comparison of social support and social networks of black parents and white parents with chronically ill children", en *Social Science and Medicine* 37(12), 1993, pp. 1509-1520.

¹⁸ P. Berman, "The household production of health: Integrating social science perspectives on micro-level health determinants", en *Soc. Sci. Med.*, 38, 1994, pp. 205-215.

- b) Identificar si las madres reconocen estar capacitadas o informadas sobre el manejo de los episodios de diarrea.
 - c) Identificar los tratamientos utilizados en los casos de diarrea implicados.
 - d) Identificar las percepciones hechas por la madre en los casos de diarrea.
 - e) Identificar la preamenaza y la amenaza percibidas por la madre en los casos de diarrea.
 - f) Identificar las decisiones que las madres toman en las situaciones de diarrea complicada.
 - g) Identificar los desenlaces de los episodios de diarrea complicada.
- V. Identificar y describir las redes sociales y como influyen en la madre en el manejo del episodio de diarrea complicada.
- a) Identificar y describir la red de apoyo familiar.
 - b) Identificar y describir la red de apoyo social.
 - c) Identificar y describir la red de apoyo institucional.
- VI. Relacionar las percepciones y acciones de las madres con las redes de apoyo en el manejo de diarrea complicada y su desenlace.

Metodología

Se realizó un estudio etnográfico. Este tipo de estudio de carácter exploratorio-descriptivo permite captar información abundante y básica de problemas dentro del proceso salud-enfermedad que no pueden explicarse deductivamente.

Se llevó a cabo del 12 de octubre al 1° de noviembre de 1994 en la localidad de Jalacingo, municipio del mismo nombre. El universo estudiado fueron todas las madres de Jalacingo con hijos menores de cinco años, vivos o muertos, que presentaron situaciones de diarrea complicada. La localidad se encuentra dividida geográficamente desde su fundación en cuatro zonas denominadas: cuartel primero, cuartel segundo, cuartel tercero y cuartel cuarto.

El grupo de trabajo estuvo conformado por cuatro equipos, asignándole a cada uno de ellos los cuarteles mencionados anteriormente, en los que se realizó la selección de las situaciones de diarrea.

Los criterios para seleccionar las diferentes situaciones fueron: 1) Cuando la madre percibe la gravedad del episodio* de diarrea y clínicamente lo es; 2) cuando la madre percibe la gravedad del episodio de diarrea

y clínicamente no lo es; 3) cuando la madre no percibe la gravedad y clínicamente lo es; 4) cuando las situaciones reportadas de diarrea complicada ocurrieron durante el periodo comprendido entre el 1° de octubre de 1993 al 30 de septiembre de 1994.

Este periodo de tiempo fue seleccionado porque los episodios de diarrea aguda son menos comunes que los de diarrea aguda complicada, y aunque existe el problema de sesgo de memoria en las informantes, se pensó que el hecho mismo de ser episodios especialmente complicados haría que las madres los recordaran con claridad en la mayoría de los casos.

Inicialmente se pensó seleccionar a las familias con niños menores de cinco años a partir del Censo Nominal de niños menores de cinco años del Programa de Vacunación Universal, que se encuentra en el Centro de Salud de la localidad; pero al visitar los hogares señalados se detectó que no estaba actualizado el censo ya que no coincidían las casas reportadas con niños menores de cinco años con los hogares visitados. Por decisión del grupo investigador se realizó un censo casa por casa en los cuatro cuarteles, para identificar los hogares donde existían niños menores de cinco años. En un primer momento se visitaron 754 casas, de éstas se seleccionaron 437, el resto de las casas fueron excluidas por no existir menores de cinco años (162), casas ocupadas como negocio (33), casas en las que al realizar la visita no se encontró a la mamá (38) y casas cerradas (84).

A las madres con niños menores de cinco años se les realizó una entrevista con un cuestionario de preguntas abiertas descriptivas como instrumento para seleccionar las situaciones que cumplieran con los criterios del estudio. Se identificaron 238 madres con niños que presentaron diarrea, las cuales quedaron divididas en 114 madres que percibieron situaciones de diarrea complicada y 124 madres que no percibieron la situación de diarrea complicada. Al momento de seleccionar las situaciones de diarrea, se invitó a las madres a participar en el estudio voluntariamente en un segundo momento, explicándoles que se les realizaría una entrevista. De las 114 situaciones se excluyeron del estudio 23 por no haberse podido realizar la segunda entrevista. A las 86 restantes se les integró en dos categorías: a) 76 madres que percibieron situaciones de diarrea complicada* y clínicamente lo fueron, y b) 10 madres que percibieron situaciones de diarrea complicada y clínicamente no lo fueron. Del grupo de 124 madres que no percibieron situaciones de diarrea complicada, se incluyeron al estudio dos situaciones que clínicamente sí lo fueron. A las 88 madres se les realizó una segunda entrevista de tipo abierta semiés-

estructurada con una guía de preguntas (instrumento de preguntas generadoras). En el transcurso del desarrollo de la entrevista hubo la necesidad de efectuar preguntas directas a la madre que no estaban previstas, para obtener información sobre la descripción y reconocimiento de diarrea y deshidratación (todas las entrevistas fueron grabadas). Posteriormente se escucharon las grabaciones tantas veces como fue necesario agrupando la información por categorías previamente establecidas, se delinearon patrones de atención y se relacionaron las percepciones de las acciones* y las distintas redes de apoyos con los desenlaces* de las situaciones de diarrea complicada.

Resultados

Reconocimiento de la diarrea

Las 88 madres reconocieron la diarrea como: “hacen suelto o aguado y muchas veces” y la asocian con “alimentos que les caen mal”, “se caen y se les voltea la pancita, o se les cae la mollera”.

Reconocimiento de la deshidratación

La mayoría de las madres (86) describieron la deshidratación como: “es cuando dejan de comer, de beber, adelgazan, están pálidos, tienen los ojos hundidos, tienen sed, lloran sin lágrimas y tienen la boca seca, están zonzos y sin ganas de nada, no quieren comer ni beber, orinan poco y se les sume la mollera”. Sólo dos de las 88 madres (2%) describieron la deshidratación como “pérdida de líquidos y sales minerales”.

Las madres no asocian la deshidratación con pérdida de líquidos, ya que la confunden con los síntomas de la misma; así deshidratación la describen como “mollera hundida”, “ojos consumidos” y “demacrados”. Esta confusión entre síntomas de la deshidratación y su causa hace que, aunque el tratamiento de tés y atoles utilizado implica aumento de líquidos (véase más adelante), éste no se asocia específicamente con la reposición de líquidos necesaria para prevenir la deshidratación, sino como formas de mejorar o curar la diarrea. Por lo anterior, la necesidad del uso de VSO, que es un complemento básico para el proceso de rehidratación

de los casos de diarrea aguda complicada, no es tan evidente como podría ser si se identificara pérdida de líquidos con deshidratación.

Tratamientos

En cuanto al vso, que es imprescindible en el manejo de los episodios de diarrea aguda complicada, se encontró que de las 88 situaciones estudiadas sólo 33 lo refieren (38%) y de éstas, 12 (14%) sí lo proporcionaron a sus hijos. Sin embargo, de estas doce solamente en 4 (5%) casos el uso fue oportuno y correcto (en vez de automedicar o como prescripción correcta del médico). La razón más importante que expusieron las madres para no usar el vso fue que a sus hijos no les gusta y lo vomitan (33.3%). Sólo una madre dijo que "no se lo da a su hijo porque es caro".

De las 88 situaciones de diarrea complicada estudiadas, sólo en doce (14%) de ellas el médico incluyó en el tratamiento la hidratación a base de vso. Asimismo, se encontró que en ninguna de las situaciones la madre haya referido que el médico tratante le indicara que al ver que su niño se agravaba o que ella reconociera signos de alarma, regresara de inmediato a consultarlo.

Las madres que recurrieron a la práctica tradicional consideran que el proceso diarreico es causado por la "pancita volteada" en su mayoría, y el tratamiento que se les prescribió a sus hijos fue la "sobada", este procedimiento consiste en: "se unta aceite en la pancita, se frota el aceite con un masajito hasta que se endereza, se colocan hojitas de yerbabuena y ruda y se faja a la criatura, se nota cuando la pancita se voltea en que un lado de la barriguita está más hundido y se toca una bolita".

Otra práctica utilizada fue la "tronada de empacho", ésta consiste en que "se ve que al niño se le achica un ojito y los huecos de la pantorrilla se ven dispares, por lo cual se debe tronar el empacho, esto se hace con un masaje y se jala el cuerito de la espalda, hasta que truene, si no truena es que no es empacho, se utiliza para despegar lo que se le pegó a las tripitas". La "chupada de mollera" consiste en que "se le coloca café en la cabeza en el sitio de la mollera, se le chupa fuerte y después se le coloca azúcar con un papelito, para que levante la mollerita".

Detectamos también un uso importante de remedios caseros por la mayoría de las madres, las cuales incluyeron tés, principalmente de manzanilla; sin embargo, lo realmente alarmante es la utilización indiscriminada de otro tipo de medicamentos como la terramicina y la ampicilina. La proporción del uso de estos medicamentos y la de vso fue de siete a

uno en Jalacingo, situación que rebasa los estudios realizados en varios países. El empleo de medicamentos fue más frecuente que el del vso oral, tanto en la prescripción médica como en la automedicación, donde se administraron antibióticos como terramocina y penicilina, y antidiarreicos como Kaomicyn y Kaopectate.

La mayoría de las madres acudieron principalmente a solicitar atención médica privada, aunque en la localidad existe un Centro de Salud que cuenta con un médico. La mayoría de los médicos particulares e institucionales no incluyeron en el tratamiento de la diarrea terapia de hidratación oral con vso; prescribieron principalmente antibióticos, antidiarreicos, antiparasitarios y antieméticos.

De acuerdo con las autopsias verbales reportadas en las estadísticas que proporcionó la jurisdicción sanitaria núm. IV de Martínez de la Torre, Veracruz, deberían haber sido cuatro niños fallecidos. Sin embargo, en el recorrido sólo se encontró uno; con respecto a los otros, una muerte correspondía al mes de febrero de 1993, una no se localizó a la familia y otra era de un niño que no murió en esta localidad.

En la única defunción que se encontró, el niño había recibido atención médica previa en dos ocasiones durante el proceso de la enfermedad y el tratamiento incluía vso. Sin embargo la madre nos refirió que el niño no lo aceptaba, ocurriendo dicho desenlace*. Por lo general, la madre reconoce el agravamiento del niño, pero acude a otra instancia por considerar que el tratamiento indicado no dio buenos resultados; otra vez, buscando acabar con la diarrea y descuidando la deshidratación.

Es importante notar que a través de esta investigación se confirma que la mayoría de los tratamientos (independientemente de quien los prescriba) se dirigen constantemente hacia lo mismo: la curación de la diarrea, mas no hacia la prevención de la deshidratación.

Alimentación

La mayoría de las madres refirieron no haber suspendido la alimentación durante el periodo de diarrea y administraban té o atole de arroz tantas veces como lo pidiera el niño, explicando su uso por haberles enseñado así sus madres.

Capacitación

Uno de los objetivos del estudio fue investigar si las madres se encontraban capacitadas o informadas sobre el manejo de los episodios de diarrea. Las madres de la localidad de Jalacingo, no reconocen estar capacitadas, sólo algunas refieren estar informadas sobre la preparación y uso del VSO, esta información es obtenida durante las campañas de vacunación. El 69% de las madres consideran que están informadas por el personal del Centro de Salud de esta localidad, el 6.8% por el IMSS, el 4.5% por el médico privado y dos madres refieren estar informadas por mensajes televisivos y del radio. El 19% manifestaron no tener información.

Percepción

Durante el desarrollo de la investigación encontramos diferentes percepciones de la enfermedad por parte de la madre:

- 1) Preamenaza temprana con amenaza temprana.
- 2) Preamenaza temprana con amenaza no percibida.
- 3) Preamenaza temprana con amenaza tardía.

En el primer caso la madre se da cuenta de la enfermedad del niño y actúa rápidamente, por lo que la amenaza llega cuando el niño no presenta signos de deshidratación. La red de apoyo familiar influyó a través del esposo que es quien se encarga de tomar la decisión de llevar al niño a recibir atención médica y el encargado de proporcionar el apoyo económico. La suegra recomienda el uso de la automedicación a base de té de manzanilla o atención médica. Las redes de apoyo social más importantes son las vecinas quienes aconsejan té o sobadas de pancita. En este caso las acciones que se toman son pocas (menos de dos) y el tratamiento médico utilizado es a base de VSO, suspensiones y antibióticos.

En el segundo caso se presentan dos situaciones: en la primera, la madre se da cuenta de la enfermedad y actúa rápidamente, realiza pocas acciones. Las redes de apoyo que influyen son la familiar, en especial el esposo quien recomienda atención médica, los hermanos y cuñada la automedicación a base de té; en la red de apoyo social las vecinas influyen recomendando automedicación y la práctica de la medicina tradicional ("sobada de la pancita"). El médico privado instituye tratamiento

a base de VSO con lo que el niño no presenta signos de deshidratación y por lo tanto no se presenta la amenaza.

En la segunda situación, la madre percibe la enfermedad y actúa rápidamente, toma muchas acciones (más de dos); la red de apoyo que influye es la familiar, sobre todo la mamá y la suegra, recomendando automedicación y práctica de la medicina tradicional (“tronada de empacho”); el niño presenta signos de deshidratación y la amenaza no es percibida por la madre, acudiendo en última instancia al médico privado, que instituye tratamiento a base de antibióticos y suspensiones y el desenlace es hacia la deshidratación.

El tercer caso consiste en la percepción de la enfermedad y la primera acción es rápida, pero no adecuada, cuando se presentan los signos de deshidratación la madre los percibe tardíamente, las acciones que se toman son varias (más de dos), aunque las redes de apoyo familiar como el esposo influyen recomendando atención médica; la madre y la suegra recomiendan automedicación, es más importante la percepción tardía de la amenaza para que el desenlace sea hacia la deshidratación, aunque la red de apoyo institucional instale tratamiento a base de suspensiones, jarabes, antibióticos, y a veces el VSO.

Redes de apoyo y desenlace

En este estudio podemos ver como la madre se encuentra sometida a un exceso de información en relación a la utilización de distintos tratamientos que provienen de sus diferentes redes de apoyo, como madre, esposo, suegra, cuñadas, vecinos, que asocian la diarrea con conceptos como “volteada de pancita” y recomiendan la atención por parte de los practicantes de la medicina tradicional y la automedicación que incluye el uso de suspensiones y antibióticos.

Aunque las madres son las responsables del cuidado y atención de los niños dentro del hogar, toman la decisión de automedicación y prácticas de medicina tradicional que son de bajo costo, pero no así cuando hay que recurrir a otra instancia que implica mayor pago económico —esta decisión es tomada por el esposo ya que él administra la economía familiar. Generalmente es el esposo quien toma la decisión de llevar al niño a recibir atención médica privada y es quien proporciona el aporte económico.

Por lo general el resto de la red familiar recomienda a la madre la automedicación y la atención por parte de los practicantes de la medicina tradicional. Las vecinas recomiendan la automedicación, medicina

tradicional y atención médica. La red institucional en la mayoría de las veces actúa como instancia de atención, proporcionando tratamiento a base de antibióticos y antidiarreicos y muy pocas veces se utiliza VSO.

La atención médica es proporcionada principalmente por el médico privado y muy pocas veces se acude a médicos institucionales. Éstos prescriben en forma inadecuada el tratamiento, así como los practicantes de la medicina tradicional quienes aplican tratamiento a base de "sobadas de pancita" y "tronada de empacho", sin prevenir la deshidratación.

La percepción de la enfermedad en forma temprana, el aumento de líquidos, el proporcionar VSO y la influencia positiva de las redes de apoyo ayudan al buen desenlace del cuadro diarreico. Sin embargo, cuando la madre toma muchas decisiones porque su hijo no mejora, el desenlace en muchos casos es hacia la deshidratación.

Patrones de percepción, acción y desenlace

Con base en la anterior descripción se delinearon tres distintos patrones secuenciales entre la preamenaza,* la amenaza,* las acciones y el desenlace que se presentaron como "carreras del enfermo" repetidas.

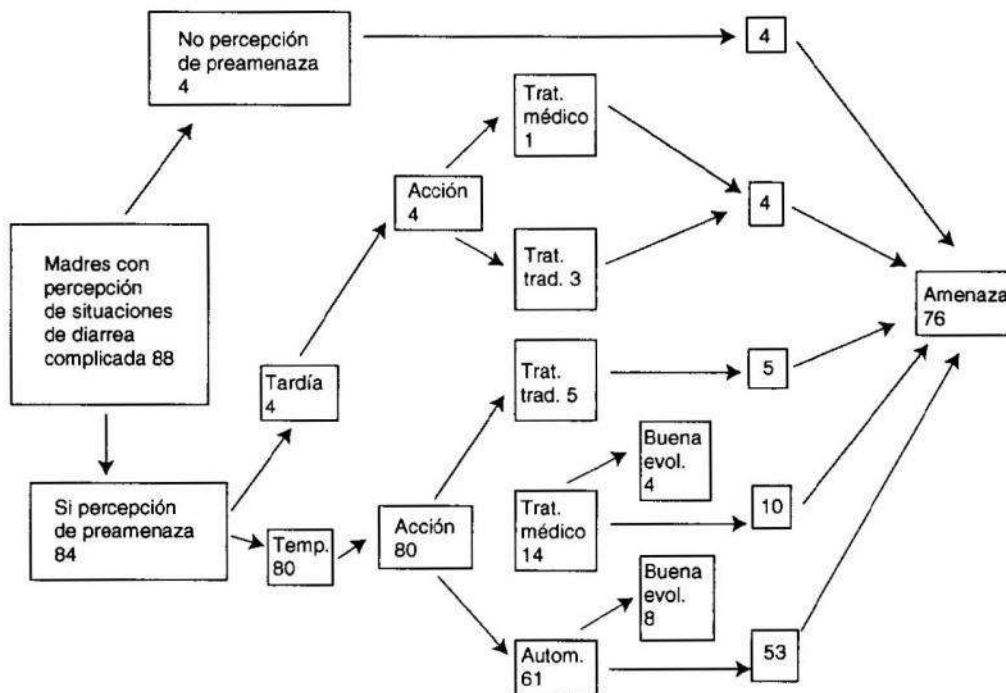
Para ver la relación entre percepción de preamenaza y acciones observamos el cuadro 1; del total de las 88 madres que reportaron un número igual de situaciones de diarrea complicada, 80 (91%) realizaron una primera acción que nos permitió clasificarlas en el grupo de percepción de preamenaza temprana y cuatro (4.5%) en el de percepción de preamenaza tardía. El resto, cuatro madres (4.5%) no percibieron la preamenaza y no hicieron nada.

Como tipos de primera acción, tenemos que de las 80 madres del grupo de preamenaza temprana, 61 (76%) recurrieron a la automedicación, 14 (18%) al médico privado que les dio antibióticos, antidiarreicos y antiparasitarios, y cinco madres (6%) utilizaron medicina tradicional como "sobada" (tallar la pancita con hierbas y aceite y fajar al niño).

De este grupo de 80 madres que reportaron un tanto igual de situaciones, tenemos que doce de las situaciones (18%) fueron evolucionando favorablemente en las siguientes horas; ocho habían recurrido a la automedicación y cuatro a tratamiento médico (dos de éstos al médico institucional).

Por lo que se refiere al resto del grupo de 80 situaciones, 68 (85%) empeoraron en las siguientes horas y las madres empezaron a percibir la amenaza, principalmente por el aumento de la pérdida de líquidos ;sin

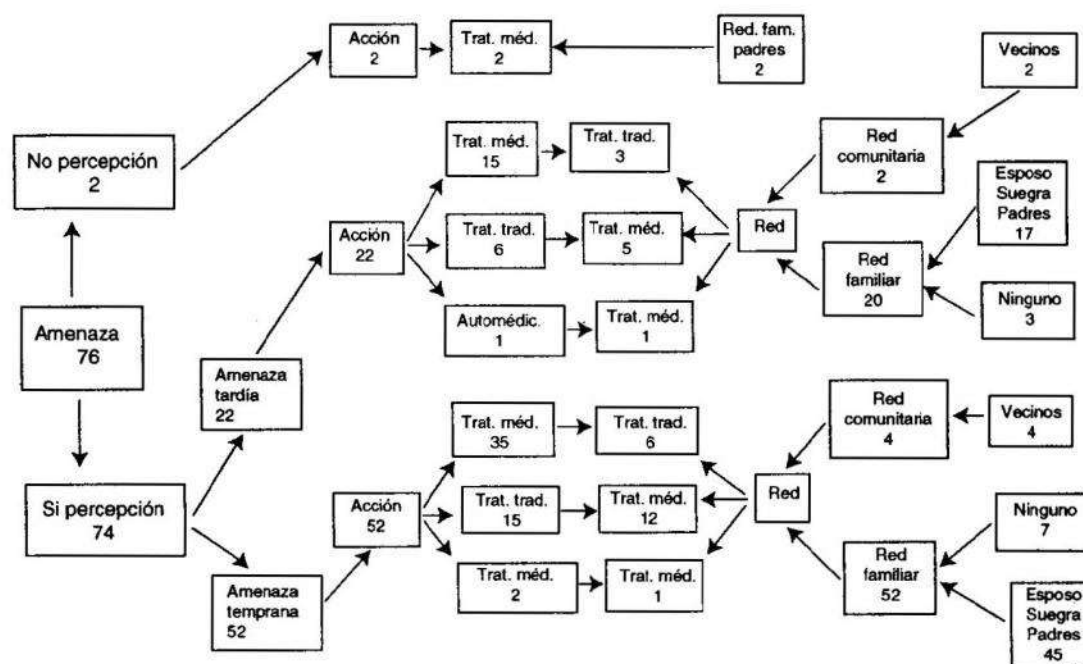
Cuadro 1



por esto relacionar pérdida de líquidos con deshidratación! Estas madres junto con otras cuatro y que no percibieron la preamenaza pasaron al grupo de percepción de amenaza, quedando un total de 76 (86%) situaciones de las 88 originales.

En el cuadro 2, tenemos la evolución de la percepción de amenaza, sus acciones correspondientes y su relación con las redes de apoyo. Nos encontramos con 76 situaciones clasificadas dentro del rango de amenaza. Dentro de éstas, dos (3%) no percibieron la amenaza y se recurrió al tratamiento médico por insistencia de la familia. Del grupo de 74 situaciones restantes, en 52 de éstas la percepción de la madre fue temprana (70%), y en 22 (30%) tardía. Como segunda y tercera acciones por parte de las madres clasificadas dentro de la categoría de percepción de amenaza temprana (la primera fue la que seguía a la preamenaza), tenemos que 35 (67%) recurrieron al médico y de éstas todavía seis (17%) utilizaron tratamiento tradicional. De las 52 madres, quince de ellas (29%) recurrieron al tratamiento tradicional como segunda acción, y doce, 15 (80%) como tercera acción, recurrieron al médico. Las otras dos del grupo de 52, automedicaron como segunda acción, y como tercera acción, una de ellas fue al médico institucional.

Cuadro 2



De las 52 madres con percepción de amenaza temprana, 45 (87%) recibieron apoyo de la red social familiar a través del esposo, suegra y padres principalmente; las siete (13%) restantes no contaron con este apoyo. En sólo cuatro (8%) de las situaciones de percepción de amenaza temprana se contó con el apoyo de la red comunitaria, además de la familiar.

De las 22 madres que percibieron la amenaza tardíamente, las acciones segundas tomadas fueron: quince (68%) tratamiento médico, seis (27%) al médico tradicional, una (5%) automedicación. De estas 22, nueve (41%) madres realizaron aún una tercera acción: tres fueron al médico tradicional (salieron del grupo de quince que había utilizado tratamiento médico), cinco madres —de las seis que habían optado por tratamiento tradicional— cambiaron a tratamiento médico, y, finalmente, la madre que había automedicado como segunda acción recurrió a la medicina tradicional como tercera.

De estas 22 madres, 17 recibieron apoyo de la red familiar y tres no recibieron apoyo ninguno por parte del esposo, suegros o padres. Sólo dos madres contaron con el apoyo de la red comunitaria.

Es importante notar que la mayoría de las madres recurre principalmente a los médicos privados, seguido por los practicantes de la medicina tradicional, y finalmente, a la medicina institucional.

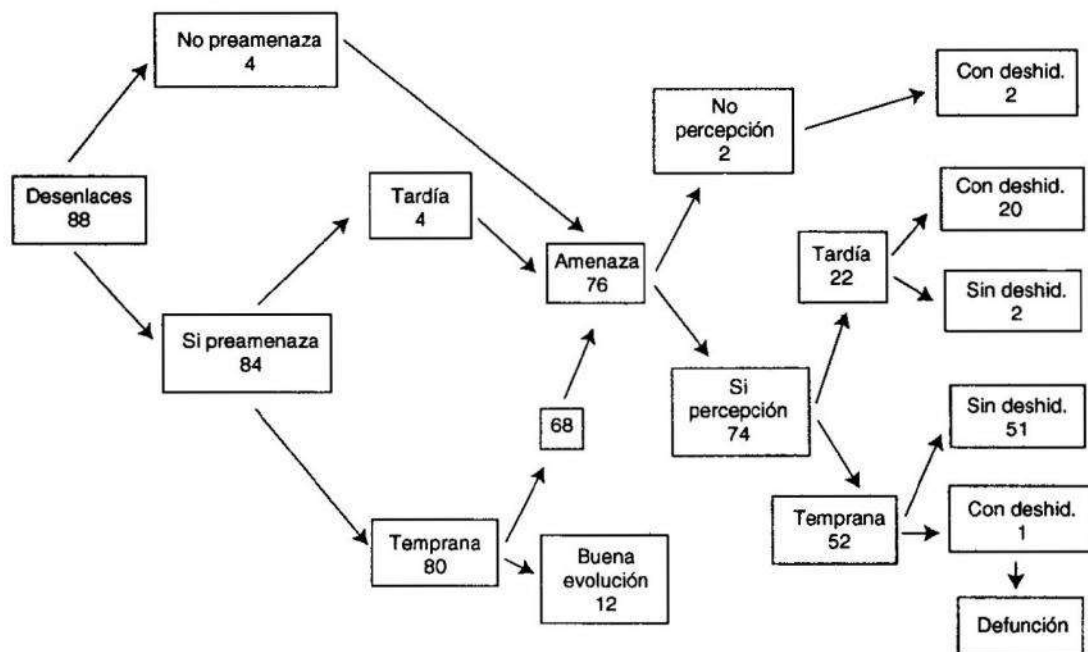
Si vemos el cuadro 3 podremos observar los desenlaces finales y su relación con los patrones arriba descritos. Se presentó deshidratación clara en 24 (27%) situaciones (uno murió) y no se presentó deshidratación clara en el resto (73%).

Es importante destacar que el desenlace de deshidratación no tiene que ver con los patrones de percepción, ni con los de acción. Solamente el uso de vso está relacionado con un buen desenlace de prevención de deshidratación.

Lo anterior tiene sentido si pensamos que la diarrea es autolimitada y el desenlace dependerá de la severidad de la diarrea y por lo tanto de la cantidad de líquido que el niño pierda. Además, el único tratamiento efectivo para prevenir la deshidratación es el aumento de líquidos y el uso del vso.

También es fundamental señalar que los distintos patrones tienen que ver más con una búsqueda de alternativas (las cuales se reducen a lo que ofrece el entorno pues no hay más opciones) para curar la diarrea y en ese sentido no tiene que ver tampoco con el desenlace. Esta carrera está normada, más bien, con la percepción equivocada de la madre, de los médicos y de las redes comunitarias quienes no enfocan la consecuencia más grave: la deshidratación.

Cuadro 3



Discusión y conclusiones

Los resultados de esta investigación indican que el reconocimiento de la preamenaza y la amenaza no es un problema generalizado pues existe en la mayoría de las madres. Por otro lado, si se presentan como problemática la concepción de la deshidratación y las prácticas y acciones a las que conlleva. Esto nos conduce a la necesidad de que en la educación que se imparta a las madres se haga énfasis sobre la etiología de la diarrea y sus efectos, para lograr que ellas entiendan que la deshidratación es por pérdida de líquidos y por consiguiente el tratamiento debe estar asociado a la reposición de los mismos, y no a la curación de la diarrea. También es esencial que los procesos educativos se impartan por parejas, con los demás miembros de la familia que viven ahí o son cercanos, y con los vecinos.

De igual forma la capacitación a médicos institucionales, médicos particulares, farmacéuticos y a practicantes de la medicina tradicional para que traten la deshidratación con suministro de líquidos y VSO, sigue siendo todavía una imperiosa necesidad. El tipo de capacitación que se les proporciona es técnica exclusivamente; sería importante que conocieran los patrones y "carreras de los enfermos" para ubicarse con mayor claridad en los problemas que surgen en el manejo en casa.

En investigaciones posteriores será importante determinar las razones por las cuales las madres no acuden al Centro de Salud cuando sus hijos tienen diarrea y privilegian la atención médica privada.

Los resultados concuerdan igualmente con el conocimiento sobre el proceso familiar de reconocimiento-tratamiento mencionado en el marco teórico en lo que respecta a la primera fase; sin embargo, no sólo se dieron remedios caseros en esta fase, sino que la mayoría de las veces se combinó con algún medicamento de patente contraindicado, por lo tanto es necesario determinar con mayor precisión los montos de la creciente automedicación y los efectos que tiene en los niños, que además se ven afectados por la enfermedad y su complicación.

Las situaciones que continuaron y se fueron convirtiendo en amenazas se hicieron "públicas" convirtiéndose en una "carrera de tratamientos", muchas veces inapropiados para prevenir la deshidratación. En esta "carrera de tratamientos" las relaciones sociales importantes en las acciones no fueron las redes comunitarias, las cuales prácticamente no tuvieron peso. Sin embargo, las redes comunitarias aparecen fuertemente unificadas en lo que se refiere a las concepciones y prácticas en las diarreas agudas complicadas.

La influencia más poderosa en relación a las acciones de la madre en la atención de las diarreas agudas recayó fuertemente en la red familiar. Esta red tuvo características de apoyo a través de la expresión de las creencias y los afectos, la asistencia instrumental a través de tareas específicas y la provisión de ayuda. La red de ayuda familiar principal es el marido, quien provee la ayuda económica. Esta situación, sin embargo, nos habla también de la dependencia de las mujeres —en la toma de decisiones* y acciones— del apoyo económico o la sanción familiar para actuar. Es importante seguir estudiando cómo se relacionan las concepciones y las prácticas maternas sobre la enfermedad diarreica aguda de los niños y su conexión con las relaciones familiares.

Glosario de términos

Acción: es la actividad realizada por la madre dentro del desarrollo del episodio.

Amenaza percibida: es cuando una madre considera que la vida de su hijo está en peligro. La dividimos en temprana y tardía; se considera *temprana* cuando la madre percibe que el episodio de diarrea se agrava, pero sin llegar a presentar signos de deshidratación, y *tardía* cuando la madre percibe que el episodio de diarrea se agrava y ya existen algunos signos de deshidratación.

Atención: es la instancia a la que la madre solicita ayuda o el lugar donde se le proporciona tratamiento.

Desenlace: puede ser; niños sin deshidratación, niños con deshidratación y muerte.

Episodio clínico grave: es aquel donde la madre refiere evacuaciones diarreicas en número mayor de cinco en 24 horas y percibe uno o más de los siguientes signos: fiebre, fontanela hundida, vómitos frecuentes y abundantes, sangre en las evacuaciones, sed, respiración rápida, irritabilidad, llanto sin lágrimas, orina escasa y de color oscuro, ojos hundidos y dolor abdominal. Estos signos pueden ser percibidos o no como graves por las madres.

Episodio diarreico complicado: son los episodios que la madre percibe como graves, reporta haberse asustado y necesitado ayuda de terceros.

Manejo: son las actividades que realiza la madre, éstas incluyen el tratamiento suministrado en el hogar, el cual está relacionado con el desenlace que tendrá el episodio diarreico y con el tipo de atención solicitada.

Percepción: es la forma en que la madre distingue una situación y la expresa verbalmente al reconocerla. La percepción que la madre tiene en los casos de diarrea complicada anterior a la grave la denominaremos preamenaza.

Preamenaza: se define como el momento en que la madre se da cuenta de la enfermedad y realiza alguna acción de cualquier tipo. Puede ser *temprana* cuando la madre actúa dentro de las primeras 24 horas de haber percibido la enfermedad, y *tardía* cuando la madre actúa después de las 24 horas de haber percibido la enfermedad.

Redes de apoyo: son las intervenciones de las personas o instituciones que surgen cuando aparecen los síntomas del niño. Las redes de apoyo se dividen de la siguiente manera:

Familiar: integrada por el esposo, padre, madre, abuelos, suegros, hermanos y en general por los que participan directamente en el proceso de reproducción familiar.

Social: constituida por vecinos y otros miembros de la comunidad que influyen en la situación de manera específica.

Institucional: conformada por las instituciones de salud, médicos privados y practicantes de la medicina tradicional.

Toma de decisiones: es la conjunción de concepción mental que motiva a la madre para realizar una acción específica en situaciones determinadas, y la acción misma.

Tratamiento: es el tipo de sustancias administradas o prácticas terapéuticas realizadas en los pacientes menores de cinco años con episodios de diarrea.

Bibliografía

- Altan, C.T., *Uomo e società. Manuale di antropologia culturale, storia e metodo*, 1973.
- Álvarez, Selene, "Sobrevivencia infantil. La terapia de hidratación oral en México", tesis doctoral en sociología, México, UNAM, 1989.
- Berman, P., "The household production of health: Integrating social science perspectives on micro-level health determinants", en *Soc. Sci. Med.*, 38, 1994.
- Condom, P.D., J. Cravioto, F.E. Johnston, E.R. de Licardif, T.O. Scholl, "Morbidity and growth of infants and young children in a rural mexican village", en *Am. J. Public Health*, 67, 1977.
- Guiscafre, G.H. y T.G. Gutiérrez, *Hidratación oral en un sistema de hospitales rurales en México*, México, Med. Hosp. Infant. Méx., 1985.
- Heller, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1977.
- Kassem, A.S., I. El Araby y B.Z. Massoud, "Effect of antibiotics on duration of diarrhoea and speed of rehydration", en *Gazette Egypt Paediatr Assoc*, 31, 1983.
- Koss, J.D., *La etnomedicina en la salud mental en la comunidad*, temas de salud mental en la comunidad (Serie Paltex para ejecutores de programas en salud, núm. 19), Ed. I. Levav OPS, 1992.
- Mota, H.F., "Abuso de antimicrobianos y otros conceptos erróneos en el tratamiento de diarreas en niños", en *Bol. Med. Hosp. Infant. Méx.*, 44, 1987.
- Organización Mundial de la Salud, "El uso racional de medicamentos contra la diarrea en la infancia", en *Foro Mundial de la Salud*, vol. 12, núm. 3, s.f., pp. 382-383.
- Secretaría de Salud, "Salud Infantil y Preescolar. Evaluación. Cumbre Mundial en Favor de la Infancia", México, Secretaría de Salud, 1992.
- Secretaría de Salud (Unidad de Planeación), "Registros estadísticos", Veracruz, Secretaría de Salud, 1993a.
- Secretaría de Salud (Dirección General de Epidemiología), "Sistema de vigilancia epidemiológica", México, Secretaría de Salud, 1993b.
- Secretaría de Salud, "Programa estatal de control de enfermedades diarreicas", Veracruz, Secretaría de Salud, 1994.
- Therlund, Gunilla y Margareta Samuelsson, "Parental social support and child behaviour problems in different populations and socio-economic groups: A methodological study", en *Social Science and Medicine* 36(3), 1993, pp. 353-360.

Williams, Holly Anne, "A comparison of social support and social networks of black parents and white parents with chronically ill children", en *Social Science and Medicine* 37(12), 1993, pp. 1509-1520.

World Health Organization, *Programme for Control of Diarrhoeal Diseases, Interim Programme Report*, Suiza, 1992.

Mijaíl Bajtín y las nuevas orientaciones de análisis en las ciencias sociales (la cultura cómica popular)

JESÚS ANTONIO MACHUCA RAMÍREZ*

Importancia y ubicación de la obra de Bajtín sobre la cultura popular carnavalesca

El estudio de Mijaíl Bajtín sobre *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*,¹ aparecido primero en 1940 como un estudio sobre Rabelais y publicado 25 años más tarde, en 1965, tiene un significado especial para la reorientación de la investigación en las ciencias sociales del último tercio del siglo XX.

Se puede considerar a Bajtín como un estudioso de la cultura popular medieval, y un predecesor de las transformaciones que se producen en el objeto de diversas disciplinas, como la historia de las mentalidades, la antropología y la sociología. Estos cambios, que representan una recomposición de los campos de estudio, ponen en evidencia lo artificial de algunas demarcaciones limítrofes que, en ciertos aspectos, han surgido ligadas a dichas temáticas.

Lo más significativo del hecho es que Bajtín logra la conexión transdisciplinaria de estas delimitaciones formales, desde la precisión interna de un objeto de estudio y no como una articulación externa con otras materias y campos. Las manifestaciones carnavalescas de la cultura popular representan a este respecto un medio esencial para dar cuenta de la naturaleza de la sociedad medieval.

Al remontarse en el estudio de esta realidad cultural, Bajtín no establece conceptos "científicos" formalizados o *ad hoc* para el nuevo campo.

* Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS), INAH.

¹ Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, "El contexto de François Rabelais", México, Alianza Universidad, 1990.

Su conceptualización es original, pues nos remite más a principios y modelos referenciales, como son los estilos y las "corrientes" (entre ellos el del "realismo grotesco", la figura del "rebajamiento", la "negación cronotópica" y la "risa carnavalesca"), que permiten recuperar las particularidades fenoménicas, tanto connotativas como denotativas, de una cultura, captan las condiciones propias de la inmediatez y son, al mismo tiempo, temas figuras y categorías de orientación topológica: como un mapa de la cultura. No son pues, conceptos teóricos abstractos de orden nomotético, sino medios de articulación simbólica de lo concreto que nos aproximan más al modo de percepción del arte que al de las ciencias lógico-formales y cuantitativas.

Bajtín no se ocupa tanto por redefinir un campo conceptual como por suministrar los elementos que den cuenta de una especie de "fenómeno social total" (recordando el término de Marcel Mauss),² en función de referentes o parámetros de una concepción simbólica amplia, que constituyan el gran tema de las fiestas y los sitios religiosos en una cosmovisión vitalista: lo alto y lo bajo; el derecho y el revés (dialéctica de la inversión general, podríamos decir); la sucesión como renovación y la resurrección. En fin, serán los elementos que conformen la "otra" faceta que todo orden o fenómeno posee.

Las nociones de análisis que se derivan de lo anterior, son duales y topológicas, abarcan en un mismo registro tanto las expresiones fenomenológicas más inmediatas (la risa y la fisiología, por ejemplo), como las formas simbólicas y arquetípicas de la cultura: aparecen en las expresiones de lo dionisiaco, lo paródico, lo dramático, en el sentido cíclico de muerte y renacimiento, y van desde la cosmogonía a la materialidad más próxima (las satisfacciones corporales). Esta perspectiva abarca un campo mayor del que se le adjudica al materialismo histórico, orientado principalmente hacia el análisis de la base económica, o al de otros enfoques, como el modelo "ideal tipo" de Max Weber.³

Resulta interesante advertir también, de qué manera el estudio de Bajtín muestra la íntima conexión entre lo físico, lo corpóreo y lo simbólico, como hecho cultural. Además de la dimensión y efecto de profunda fractura que representa la risa en el orden social, como expresión psíquica primaria. Porque para Bajtín, en las culturas populares, la risa tiene una función social de crítica cultural y depuración irónica: de catarsis.

² Marcel Mauss, "Sobre los dones", en *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979, pp. 7-15.

³ Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amarrortu.

Constituye un modo existencial de socializar a los miembros de una sociedad en el contexto de la dramatización cotidiana.

Este emplazamiento cognoscitivo y perceptivo que hace Bajtín del fenómeno social, era inconcebible, por heterodoxo, en el periodo y el ambiente político e ideológico en que le tocó vivir. Un enfoque como el suyo, adquiere además relevancia y actualidad mayores cuando se le compara con las preocupaciones de la investigación histórica y social predominantes hoy, por ejemplo, en el campo de los estudios sobre la vida cotidiana.

Esto se confirma de manera sorprendente aun en el caso de la micro-sociología norteamericana que podría suponerse tan alejada de los motivos y preocupaciones bajtinianos. Ambas tendencias coinciden en la importancia que dan a los contactos interpersonales y al desempeño de "actores sociales" con papeles actuados, en tanto son asumidos. Tal es el caso de la llamada "puesta en escena" de Erwin Goffmann,⁴ adecuada para hacer un diagnóstico sociológico, en tanto nos permite romper heurísticamente con las separaciones absolutas entre dramatización y realidad de los sujetos, lo formal y lo informal, lo ritual y lo cotidiano.

Para Bajtín, los elementos de la materia carnavalesca como la ambivalencia o dualidad, los deslizamientos de sentido, la inversión, la confusión entre el ámbito de los preceptos y la realidad cotidiana subvertida, la interpenetración de los espacios de lo simbólico y lo cotidiano, la catarsis y proyección social de los conflictos, ponen de manifiesto lo incierto de las fronteras existentes entre toda representación simulada y las situaciones propias de la vida diaria y rutinaria. En su dinamismo estos elementos expresan, con una especie de función de develamiento paradójico, lo que hay de realidad en una puesta en escena, así como lo que hay de representación de papeles en todo desempeño social (familiar, religioso o laboral).

A este respecto, Bajtín nos introduce en un campo de estudio que desborda las demarcaciones convencionales de lo real, tal y como lo establece la objetividad científica habitual. Lo objetivo y lo subjetivo se trasminan en un espacio social simbólicamente eficaz, donde los comportamientos humanos tienen una objetividad indiscutible, si bien efímera y perentoria, como el caso de la fiesta o el carnaval.

Al recuperar la importancia de la risa, Bajtín ha tocado también un aspecto del inconsciente en la dramatización de lo social cotidiano, tan relevante, por cierto, para el psicoanálisis. Sin embargo no lo enfoca co-

⁴ Erving Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amarrortu, 1981.

mo mecanismo psíquico (como Freud o Bergson)⁵ o como una apología energética y comunicativa (como Jean Fourastié):⁶ la risa constituye el elemento sobresaliente de una cosmovisión catártica. El interés por caracterizar a las ideologías y la cultura como cosmovisiones se debe, creemos en gran parte, al condicionamiento teórico de todo un periodo histórico en el que la categoría de "Weltanschauung" constituía para la filosofía y hasta para la sociología europeas un referente paradigmático forzoso (por ejemplo, Alfred⁷ y Max Weber;⁸ y desde Lukács hasta Heidegger).⁹

La cosmovisión ha sido un enmarcamiento totalizador y comprensivo, campo de intersección entre ciencia y filosofía, entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, y se transforma en piedra de toque de una articulación acremente rebatida. Aceptable para los emplazamientos wagnerianos y nietzscheanos, hasta los de Heidegger y el propio marxismo, en la noción de cosmovisión podía haber todo sentido representacional del mundo como totalidad. Pero es, creemos, en un enfoque como el de Bajtín, en el que podría adquirir plena carta de legitimidad heurística.

No obstante, la vaguedad denotativa de la noción de cosmovisión, y aunque Bajtín no la hubiese sometido a una prueba de precisión terminológica de acuerdo con la exigencia positivista lógica de un Carnap¹⁰ o un Wittgenstein,¹¹ la categoría cosmovisión permite el acceso a una comprensión del simbolismo cultural del carnaval y la risa, como fenómeno expansivo y totalizador, de relación empática con el mundo y de transfiguración.

Una mirada irónica sobre el mundo (como la que da el humor grotesco) nos relaciona de distinta manera con él, y nos ofrece como estado anímico la posibilidad de una representación desmitificadora y desolemnizadora de todo aquello que da lugar, bajo una forma críptica o represiva, al miedo, al odio o a la adoración: se trata efectivamente del elemento de una cosmovisión. Es lo que destaca Bajtín de la cultura

⁵ Cfr. Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1990; y Bergson, *La risa*, Madrid, Espasa Calpe, 1973.

⁶ Jean Fourastié, "Reflexión sobre la risa", en *Diógenes*, núm. 121, México, 1983, pp. 129 y 142.

⁷ Alfred Weber, *Historia de la cultura*, México, FCE, 1974.

⁸ Max Weber, *Economía y sociedad*, t. I, México, FCE, 1974, pp. 403-404.

⁹ Pierre Bourdieu, "La ontología de Martín Heidegger", en *Campo de poder y campo intelectual*, Argentina, Folios Ediciones, 1983

¹⁰ J. J. Katz, *Filosofía del lenguaje*, Barcelona, Edit. Martínez Roca, 1976, p. 37.

¹¹ L. Wittgenstein, *Tractatus lógico-philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

popular carnavalesca; el humor carnavalesco como cosmovisión es la herramienta de su valoración.

La metodología analítica de Bajtín sería, en este sentido, “inmanente”: desglosa las herramientas de su propio objeto. Justamente se podría considerar criticable epistemológicamente la falta de distinción entre una categoría y el objeto de análisis; pero creo que en Bajtín, esa diferencia sí existe, sólo que no está formalizada. Así, Bajtín aparece como un historiador de la cultura, pero deshilvanando su descripción ya a través de un tamiz.

En la obra de Bajtín, destaca también la importancia de la literatura como ingrediente interpretativo sustancial para la comprensión de la realidad sociocultural. La literatura no se encuentra aquí en relación de exterioridad, como algo que viene simplemente a reflejar (mal que bien) la realidad social en el registro épico-protagónico, sino como un momento más de la vida social, recurrente y constantemente recreada por ella. De ser “escritura”, captura cristalizada de la condición humana, vuelve de nueva cuenta a revertirse en lo social, como sucede en el caso de Rabelais.

De modo reciente (incluso en la ciencia política),¹² se descubre en las manifestaciones diversas de la política de masas, una serie de aspectos de ritualización profana y una mitificación perseguida, renovada: el desorden subyacente en el orden.

Esto nos recuerda ese empalme de Bajtín-Rabelais en relación con la presencia revivida del espíritu carnavalesco en las expresiones más diversas de lo social en las que busca manifestarse. Incluso la política (revestida de seriedad) ha llegado a ser ocasión de manifestaciones y tentativas de ruptura simbólica y festiva. Hoy, esto constituye también un objeto de investigación.

Actualidad del enfoque de Bajtín: la etnografía posmoderna

El enfoque de Bajtín, es también referente básico de las inquietudes de la vertiente posmoderna que descubre el entrelazamiento multidisciplinario: la disolución del objetivismo, la revaloración de la vida cotidiana y los ámbitos informales de la diversidad, y la desolemnización. Todo esto representa precisamente el objeto de interés naciente de los estudios en

¹² Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986, pp. 33 y 35.

la última década, aun cuando no se esté identificado o ubicado en el vértice de la vertiente posmoderna, se participa de una atmósfera impregnada por estas inquietudes.

Por otro lado, la etnografía moderna, encuentra en Bajtín a un precursor. Podemos ver, cómo la "antropología dialogal" o la "etnografía experimental" de autores como Dennis Tedlock, James Clifford y Stephen Tyler¹³ (con la dialógica, la polifonía y la heteroglosia) adquieren un impulso inspirado en buena medida en Bajtín.

En su consideración de que ninguna metanarrativa es posible, el diálogo como modelo del discurso (frente al monólogo etnográfico) aparece para éstos, como un proceso continuo y dinámico. Se persigue así la dialógica, la polifonía (multiplicidad de los discursos y los lenguajes) y la autoría dispersa.

Y es que en Bajtín, como dice Carlos Reynoso,¹⁴ la dialógica se opone a una concepción monológica del lenguaje, que separa a las expresiones del contexto dialógico en que ocurren. Cualquier expresión, no es más que un momento de un diálogo, un fragmento en el proceso continuo de la comunicación verbal o intertextual. También señala Reynoso que "en la analítica de Bajtín los contenidos connotativos de un signo no están dados de una vez y para siempre", más aún: "El signo se dinamiza y se constituye en terreno de la lucha de clases",¹⁵ es decir, del discurso y el lenguaje de cada sector social.

Hay una multiacentuación social del signo, de modo que la multiplicidad bajtiniana de los significados proviene no tanto de una inestabilidad inherente al lenguaje —y en este aspecto creemos se distingue de los posmodernos—, como de la función del discurso en tanto campo de fuerzas de un choque de intereses. Y en efecto, así lo vemos en *Problemas de la poética de Dostoievski*,¹⁶ donde Bajtín atribuye a Dostoievski la creación de la novela polifónica (término tomado de la música) en la que "los elementos más dispares... se distribuyen entre varios mundos y varias conciencias con derechos iguales (y) no se dan en un horizonte sino en varios, completos y equitativos". Y añade que, toda opinión en la obra de Dostoievski se convierte en "un ser vivo y es inseparable de la voz humana que la personifica. La opinión introducida en un contexto abstracto, sistemático y monológico deja de ser lo que es", una "unión de elementos

¹³ Cfr. Clifford Geertz et al., *El surgimiento de la antropología posmoderna*, México, Gedisa, 1991.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 25 y 28.

¹⁵ *Ibidem*, p. 5.

¹⁶ Mijaíl Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, FCE, 1986.

heterogéneos e incompatibles con la pluralidad de centros no reducidos a un común denominador ideológico": la polifonía.¹⁷

En este aspecto Bajtín, apoyándose en Dostoievski, rebasa la concepción estrecha del materialismo ideológico dominante entonces, que habría de remitir toda literatura o lenguaje al significado último de su correspondencia unívoca con una clase social y su ideología. Orientándose en teoría de la novela con una concepción multipolar, distinta de la concepción épico-protagónica del sujeto central de George Lukács, por ejemplo.

Resulta curioso que Bajtín hubiese de incidir, como historiador desde el campo de la cultura popular, de manera transdisciplinaria sobre la propia teoría de la novela, pues: "En una obra polifónica el punto de vista debe pertenecer directamente a los personajes que participan en los acontecimientos narrados...".¹⁸ Además, el mismo aspecto es el que influye, simultáneamente, en la postura de los etnólogos posmodernos como Clifford Geertz; para quien cuenta sobremanera la diversidad de interpretaciones sobre un hecho dado.

Bajtín incursiona en el campo de la historia y la cultura popular, y lo trasciende en la teoría literaria. Curiosamente ello nos conduce al terreno en donde la etnología se preocupa por las versiones del dato etnográfico, dadas a través de la naturaleza multidiscursiva del acontecer dialógico. Un eslabón principal que engarza esta secuencia es el representado por la estructura y la construcción literaria de la información cultural, pues de ella hemos pasado a la hermenéutica, la etnografía y la construcción social de las versiones de la realidad.

Este aspecto dialogal, nos acerca incluso, a una concepción flexible de la estructura comunicativa, en un sentido similar al de la intención que mueve por ejemplo a autores como Jürgen Habermas (*Teoría de la acción comunicativa*).

De hecho no es tanto por el lado de una historia de la cultura popular que Bajtín ha ejercido influencia, por ejemplo en los partidarios de una visión crítico-deconstructiva y descentralizadora de la compleja relación Estado nacional-lengua única. En especial, cuando se trata de un intento de reestructuración interpretativa y de una lectura nueva (multilingüística) de lo que ha podido ser la génesis de la lengua en su relación con la formación de la conciencia nacional.

Es más bien por el lado de la teoría dialógica (conjuntamente con Voloshinov) que Bajtín ha influido en esta concepción plurilingüística de

¹⁷ Mijaíl Bajtín, *op. cit.*, pp. 30-31.

¹⁸ *Ibidem.*

la entidad nacional que está adquiriendo hoy una importancia crucial, ante el reconocimiento creciente de las diversidades culturales en el interior de los estados nacionales.

Literatura y superación de la centralidad del sujeto

Al incursionar en el campo literario, Bajtín se acerca al proceso moderno de la novela sin sujeto dominante, por lo menos a aquella sin sujeto protagónico individual (lo que para algunos llegaría a ser la "antinovela").

A diferencia de una tradición de tipo historicista y pesimista que viene de Walter Benjamin (según el cual la novela alude a la soledad de las clases medias) y desemboca en los representantes de la escuela de Frankfurt, Adorno y Horkheimer, para quienes "la novela es una épica negativa" e incluso para Lukács es "una épica degradada que busca su totalidad perdida", como dice Prabhakara Jha,¹⁹ Bajtín se dispara hacia alternativas contextuales diversas y la multiplicidad lo salva del fatalismo.

La novela para Bajtín no es, como para Lukács, una expresión de decadencia como el romanticismo desilusionado. Lo curioso e irónico es que Lukács procede amparado por el concepto de "totalidad", que es equiparable al de cosmovisión. Un ejemplo claro de esta diferencia, es la distinta interpretación que hacen estos autores sobre *El Quijote* de Cervantes. Para Lukács el heroísmo del Quijote debe volverse grotesco por efecto de la pérdida de significado del mundo. *El Quijote* de Bajtín, por el contrario, se reivindica en Sancho como "correctivo popular de la gravedad unilateral", pues Sancho es nada menos que lo carnavalesco: uno debe morir para renacer en el otro; es la línea de degradación paródica: cuerpo-tierra-grotesco, aunque ya hay —para Bajtín— en ese desdoblamiento en la dualidad que denota Cervantes, un inicio de debilitamiento del principio vital.

¹⁹ Prabhakara Jha, "Lukács, Bajtín y la sociología de la novela", en *Diógenes*, México, UNAM, 1985.

La literatura como hermenéutica y la realidad cultural como texto

En colindancia muy estrecha con una concepción y revaloración más profunda de la literatura. Bajtín tiene como apoyo en su investigación tanto lingüística como de la cultura popular, el referente literario: Dostoievski y Rabelais. Pero también es coincidente con los antropólogos posmodernos como Clifford Geertz,²⁰ que reestablecen un tipo de densidad y textura de la cultura concebida como “urdimbre”, y materia de la etnografía, de la misma naturaleza que el texto literario.

Una vertiente de la antropología posmoderna y la filosofía, expresan una preocupación hermenéutica por el conocimiento de otras culturas y la comunicación intercultural —si bien aceptando las limitaciones inherentes a ello confían también en la perspectiva de un alcance revelador (Habermas)— al considerar los distintos modos de percepción cultural como una diversidad de discursos sobre una realidad: esta tentativa sigue una orientación muy similar a la de Bajtín. Un ejemplo del acercamiento antropológico a los problemas de estudio, que echa mano de los elementos aportados por la literatura, lo vemos en el primer capítulo de la obra *El mundo de los bienes*, de Mary Douglas y Baron Isherwood.²¹

La importancia del acercamiento literario para el objeto de estudio de Bajtín, es triple: en primer lugar, en cuanto a la dimensión literaria refleja, influye y confirma los aspectos menos sistematizados, como son los dialógicos, pero no por ello menos efectivos de la vida social. En segundo lugar, en la diversidad de sentidos que devela el enfoque de la “polifonía”, basándose en la construcción literaria de Dostoievski. Además de efectuar, como recurso heurístico en el análisis de la obra de Rabelais, cortes y conexiones de expresiones culturales que no llevan a cabo —por su limitación epistemológica— las disciplinas analítico-formales, científicas; en este sentido se acerca más a la concepción nietzscheana que al positivismo.²²

Por ello es que, si como se pretende, la naturaleza del tejido cultural es análoga a la literaria, la orientación que nos lleva a un cambio y adap-

²⁰ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa, 1989, pp. 19 y 24.

²¹ Mary Douglas e Baron Isherwood, *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, Grijalbo, 1990.

²² Jürgen Habermas, “La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche”, en *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, México, REI, 1993. Puede verse a este respecto, la radical contraposición y ruptura que representa el pensamiento nietzscheano frente a la tradición científico-positivista.

tación del enfoque cognoscitivo sobre este material, se justifica plenamente. No es casual que uno de los estudios más brillantes y acertados en relación con el carácter mimético de la literatura respecto a la realidad social, como es el de Erich Auerbach,²³ y escrito más o menos por los mismos años que *La cultura popular en la Edad Media* de Bajtín, dedique un capítulo a la obra de Rabelais: "El mundo en la boca de Pantagruel", que coincide de manera sorprendente y original con la interpretación de Bajtín.

Auerbach hace de la lectura de *Gargantúa y Pantagruel* un verdadero mapa del contenido social que se refleja en esta obra, así como de la complejidad de las influencias contradictorias que se vierten en el estilo medieval y a veces canónico de Rabelais. La lectura, que a su vez hace Auerbach de Rabelais, no es menos encomiable que la de Bajtín.

Cultura y sustrato popular

Se ha creído encontrar en la obra de Bajtín, la "camisa de fuerza" de la ideología de Estado del materialismo histórico. "El dogma de la materialidad" dice por ejemplo Jean Duvignaud,²⁴ que sería la manifestación de las clases populares u oprimidas. Y dice que "Bajtín inventa un mito ontológico que sería el pueblo, imagen poco marxista que aquí sustituye a la de clases".

También critica en Bajtín, el hacer del "escritor" el portavoz de los oprimidos, siendo una idea que resulta de un "etnocentrismo político" (que Duvignaud no explica) y de la hipótesis inverificable de que el escritor sería la expresión de una conciencia colectiva en el terreno de la escritura individual. Para Duvignaud, esa representación del escritor desconoce la experiencia, elaboración y riqueza de lo imaginario, cuya circulación se efectúa entre los grupos y en la tensión que los opone, más que en un gran recipiente confuso, que sería el de la cultura popular; mito equivalente al del inconsciente colectivo.

Duvignaud identifica a estos sectores que en Bajtín aparecen como una mítica conciencia popular con las fuerzas de una "conciencia errante" que obran fuera de toda cultura establecida. Y que —refiriéndose a Rabelais— no se trata de creación literaria, sino de una "invasión de la escritura por los movimientos diversos y, si no oprimidos, al menos ignorados de una fuerza imaginaria". A nombre de este "imaginario colectivo",

²³ Erich Auerbach, *Mímesis*, La Habana, Arte y Literatura, 1986, pp. 249 y 266.

²⁴ Jean Duvignaud, *El sacrificio inútil*, México, FCE, 1983, pp. 198 y 202.

Duvignaud imputa a Bajtín el conformismo de querer proyectar en el pasado sus categorías con la mirada del presente.

Sin embargo, allí donde Duvignaud critica el "invento" mítico del pueblo de Bajtín, es donde precisamente encontramos el acceso a un objeto social, todavía en gran parte desconocido. Bajtín parece estar respondiendo, a su vez, a una tradición cultural, política e intelectual, arraigadamente rusa que viene del populismo y pasa por Chernychevsky e incluso Dostoievski: la del pueblo (el "narodnost") como fundamento de socialidad, productor de cultura y base constitutiva de la nación, y que le sirve de sustento como *humus* regenerador.

Desde una perspectiva postmoderna distinta, vemos otro acercamiento a Bajtín, en Michel Maffesoli.²⁵ Éste toma distancia con respecto a la concepción simplista o maniqueamente contestataria de la cultura popular frente al poder. En la burla, la ironía, la risa, se constata más bien la ambigüedad que se encuentra en la figura del Polichinela como un ser versátil, una veleta. Maffesoli alude al pueblo como:

masa informe, a la vez populachera e idealista, generosa y mezquina, en una palabra, una mezcla contradictoria que, como todo lo que está vivo, descansa en la tensión paradójica [...] masa algo caótica, indeterminada, que de manera casi intencional tiene como único proyecto el de perdurar en su ser.²⁶

Según la mentalidad correspondiente a dicho conjunto social, no se cambia al mundo, sino se le torea. Esta actitud muestra cierta alienación y resistencia, mezcladas de su parte. Los miembros de las clases populares son siempre unos "epicúreos de la vida cotidiana", dice Maffesoli citando a R. Hoggart. Es decir, que estos sectores participan y, al mismo tiempo, guardan distancia. Son veleidosos, y por tanto, nunca asimilables del todo. Por eso dice Maffesoli que: "a través del silencio, la astucia, la lucha, la pasividad, el humor o la irrisión sabe resistir con eficacia a las ideologías, enseñanzas o pretensiones de quienes intentan ya dominar, ya realizar la felicidad del pueblo".

Este concepto de Maffesoli, nos remite a una concepción del "pueblo" como "potencia" y fuerza subterránea que precede a todas las formas de estructuración de lo social instituido que se elevan a partir de ella, ya como cultura y sus instituciones diversas, ya como una intencionalidad adjudicada (del proyecto político) o como fuerza revolucionaria. Para Maffesoli, este elemento no tiene un sentido, sólo el de su autopre-

²⁵ Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria, 1990, pp. 99 y 106.

²⁶ *Ibidem*.

servación como fundamento de reproducción vital. Hay un fuerte vitalismo, podríamos decir, en la visualización de Maffesoli sobre el "pueblo".

De ahí que perciba también una cierta irreductibilidad en la simultánea ambigüedad y la actitud de escarnio que denota esta capa social hacia el poder. No hay ataque frontal, dice Maffesoli, sino astucia o rodeo: se practica la burla, la broma, la risa, que de manera subterránea contraviene a la normalización o a la domesticación, pues la ironía impide que ésta sea total, testimonia la no adhesión, introduce un fallo en la lógica de la dominación. Y en esto se acerca bastante a la constatación bajtiniana.

La cultura popular —como lo muestra Carlo Ginzburg—²⁷ en los análisis históricos de la literatura popular, en la cotidiana de toda índole: hagiográfica y profana mezcladas, resulta irreconocible si se le quiere ver como mero efecto de una supuesta ideología dominante, o por el contrario, como una forma subalterna pura y articulada como contracultura.

Y es que, tal y como lo muestra Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*,²⁸ donde arraiga la cultura popular es un difuso substrato cultural ecléctico que puede venir de un basamento originario muy anterior, cosa que trata justamente de demostrar Ginzburg cuando da cuenta de la perplejidad de la Inquisición ante la originalísima cosmología de un molinero italiano contra quien dirige un proceso. Esto es precisamente a lo que alude Bajtín cuando se refiere a los antecedentes del carnaval en las Saturnales y demás tipos de celebraciones que vienen de tiempo atrás.

Cualidad heurística del enfoque de Bajtín

Epistemológicamente, el enfoque de Bajtín presenta un reto a disciplinas que han trabajado con categorías objetivistas y formal-abstractas, al lograr un enfoque de la cultura popular que transita, sin menoscabo de su rigor, por la expresividad humana en sus más diversas facetas: siendo la del humor, la más sobresaliente. Distante por supuesto de la idea bergsoniana más centrada, como de Freud en la mecánica psicológica, para Bajtín la risa es una especie de cosmovisión.

El alcance heurístico de la obra de Bajtín corona la ambición weberiana de acceder a una "sociología comprensiva", así como de superar los límites rígidos entre lo objetivo y lo subjetivo, lo individual y lo so-

²⁷ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, España, Muchnik Editores.

²⁸ *Ibidem*.

cial, lo conceptualizado y lo vivido, entre actor y espectador, realidad y juego, lo chusco y lo ritual, formalidad y cotidianidad, macro-universo (cósmico y social) y micro-universo (corpóreo y fisiológico).

Sólo que en Weber, como posiblemente también en autores como Alfred von Martin, la pretensión de lograr una "sociología comprensiva" (*verstehen*) venía ya, como intento de la clasificación neokantiana que encontramos en Windelband y Rickert,²⁹ entre ciencias del espíritu y ciencias naturales. Weber quería hacer una sociología de rigor científico-racional intentando conciliarla con la herencia neorromántica de una aprehensión cognoscitiva empática e íntegra de la realidad (según el modelo intencional de los sujetos de la acción), más sin desplazarse para ello hacia una perspectiva de análisis —como el bajtiniano— que lo habría hecho posible. Weber se encaminaba, en este caso, hacia un paso cerrado.

Una solución que intenta Weber es, por ejemplo, la separación entre el político y el científico, reintroduciendo de este modo subrepticamente y dentro del esquema de la acción racional a Dostoievski como la base subyacente de justificación de su tipología política (legado acaso de su participación en el círculo de Heidelberg).³⁰

Bajtín, por el contrario, está inmerso en la atmósfera vitalista de las cosmovisiones arcaicas, en cuanto a la materialidad fisiológica y la atención a los aspectos precisamente contrarios a aquellos componentes de los que la sociología ha querido hacer su objeto: las instituciones y sus jerarquías, las categorías de sujetos sociológicos abstractos, el aspecto racional vinculado a la existencia de los códigos (a los que se remite Weber para distinguir al Occidente así como a un tipo de racionalidad).³¹

Tomando distancia crítica con respecto al romanticismo, desde las formas de la ironía, Bajtín se ocupa de la fiesta, el desorden, la irreverencia, la parodia y la burla, el escarnio y la diversión. Es decir, su objeto son las manifestaciones humanas con las que se encuentran vinculadas las capas sociales subalternas. Luego, de ahí surge la posibilidad de una caracterización de la cultura popular y el espíritu carnavalesco con los elementos de su propia materia, uno de cuyos recursos de valor heurístico sobresaliente, creemos, es el modelo de inversión mimético-parodial.

²⁹ Puede verse en H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa Calpe, 1965.

³⁰ Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1975; también en Michel Löwy, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 40-42.

³¹ Por ejemplo, en Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969.

El modelo de inversión mimético-parodial

De hecho, el modelo de inversión y trastocamiento mimético-parodial, se encuentra en el propio Rabelais, y con ello nos desplazamos al terreno de la literatura, al ámbito de la ficción operativa. Al hacer aparecer las cosas hiperbólicamente o como su contrario, por ejemplo Jonathan Swift en las aventuras de Gulliver o el Barón de Münchhausen, se patentiza y pone al descubierto un aspecto de la naturaleza latente de todo fenómeno cultural.

Por eso es que, como lo muestra Erich Auerbach en "El mundo en la boca de Pantagruel", en el pasaje donde Alcofrybas descubre el primer habitante bucal del gigante, se percibe la resonancia o efecto que tiene el descubrimiento reciente de América: de "un nuevo mundo con todo el asombro, los desplazamientos del horizonte y los cambios en la imagen del mundo que tal descubrimiento trae consigo", como uno de los grandes temas del Renacimiento.³²

Lo sorprendente aquí, es la constatación de Alcofrybas: "comprendí cuán cierto es lo que se dice: que la mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad", y luego descubre que: "Todo [es] igual que entre nosotros". Por eso dice Auerbach que "lo asombroso y absurdo de este mundo gorgiástico es, precisamente, que lejos de ser del todo diferente, resulta exactamente igual que el nuestro hasta en los más nimios detalles, y sólo le supera porque en él tienen noticias del nuestro [...]".

Y es que Rabelais trastoca los papeles, haciendo aparecer al campesino de las coles que encuentra Alcofrybas, como un indígena europeo. Vemos entonces cómo en este encuentro entre personajes de dos mundos distintos, hay proximidad de lo distante y a pesar de ello alteridad. Lo curioso es que los personajes de la boca de Pantagruel aparecen como los "otros" que el etnólogo estudia, pero los "otros" (aborígenes) son el propio campesino europeo: lo propio que se presenta como extraño.

Estas transformaciones del tipo de las onírico-simbólicas tienen un contenido crítico que podría ser contemporáneo, por la toma de distancia que establece en un sentido que se ha atribuido como privilegio de la modernidad. Pues Rabelais nos muestra al campesino europeo, visto asimismo con los ojos del protagonista como el "otro", el extranjero. Sin dejar de ser europeo, el protagonista ve al europeo como aborígen desde una facilidad de permutación y distancia paródica, que usa el absurdo y la

³² Erich Auerbach, *op. cit.*, pp. 254-255.

ficción cómico-grotesca como un instrumento realista, mas sin la pretensión de reducirlo a lo real y a su moraleja.

Este modelo mimético parodial, se relaciona íntimamente con la utopía. Tal es el caso del "concepto-límite" de Franz Hinkelammert, como "lo imposible que delimita lo posible" mostrando a la utopía como un elemento constitutivo de la realidad presente, y referente trascendental, a partir del cual aprehendemos y otorgamos sentido a la realidad (como dice a propósito de esto Norbert Lechner).³³

Un tipo de "concepto límite" lo encontramos por ejemplo en la figura y tradición de las amazonas, como construcción invertida simétricamente al estereotipo de la mujer según los griegos, deviniendo en un modelo de la antimujer junto al bárbaro, una mujer que se masculiniza y se opone al orden de su dominación sexual. Se trata de una construcción ficticia, elaborada con fragmentos de la realidad. Con ello empero, se sugiere de manera ambivalente la virtualidad de una condición emancipatoria, y por fin, distinta de la mujer, percibida apenas en el horizonte liminal de la ficción y la leyenda, colindante con el territorio de lo incierto o lo imposible.

Estas tomas críticas de distancia, permiten desvanecer verdaderas ecuaciones de la conciencia. A esto es a lo que nos referimos, al hacer alusión al valor heurístico del modelo de inversión mimético-parodial, que vemos en el fenómeno carnavalesco como expresión quintaesencial de la cultura popular, y que expresa el entrelazamiento de lo que se encuentra separado desde una perspectiva conceptual formal. Así entre juego y rito, entre lo solemne y lo lúdico o las representaciones del universo como las del cuerpo, vinculadas analógicamente con aquéllas.

De hecho, Bajtín incursiona en el terreno de lo simbólico social, no lo confronta en el nivel de especificidad que lo define como un campo sistemático, pero no pierde de vista su carácter metafórico y alcance como cosmovisión en donde lo general se relaciona analógicamente con lo particular. Un fenómeno de inversión, se produce asimismo en la representación carnavalesca cuando los requisitos del mundo real se ponen al servicio de las exigencias propias de la simulación simbólica, la cual se impone de hecho, de forma tan real como los primeros. Dicha inversión es general y constituye el mecanismo de la ritualidad profana en cada una de las figuras que representa.

³³ Cfr. Norbert Lechner, *op. cit.*, pp. 166-167.

La utopía del “futuro anterior” y la crítica implícita del stalinismo

La percepción bajtiniana de la cultura logra establecer un modelo paradójico, proveniente del pasado medieval, se define como recurso anticipatorio. En él destaca, como hemos dicho, la función mimético-parodial que expresan los componentes de la cultura cómico-popular (carnavalesca) como denotativos de una concepción específica del mundo, por oposición a los preceptos, ritos y jerarquías del orden social dominante.

No es casual la trágica incompatibilidad y contraposición entre el humor y el poder que aparece por ejemplo en la obra de Milan Kundera o la reivindicación antitotalitaria de la capacidad de reír en la sociedad musulmana integrista que manifiesta un escritor como Ben Jelloun.

A este respecto, el análisis de Bajtín bien podría aparecer irónicamente como la revelación doblemente paródica de la rigidez propia de la sociedad soviética bajo el régimen stalinista, en analogía más que casual, por su formalismo, con la medieval; aunque por otra parte, poseedor de una fuerza utópica prometedora. En particular, bajo esa forma de prefiguración de formas de vida, de “futuro anterior”, hace pensar en los escritos de Ernst Bloch, como en *El principio esperanza*.

De lo anterior, deriva su fuerza pero también su limitación, dado que Bajtín llega a idealizar a su vez, en cierto grado, la cultura popular medieval como el sustrato genuino y no contaminado por desviaciones y adulteraciones históricas subsecuentes, tal como sucede en su confrontación con las concepciones del grotesco romántico, el grotesco modernista o el grotesco realista.

Sin necesidad de forzar la realidad, el develamiento de la cultura popular carnavalesca aparece como una alegoría y antimodelo de lo que llegó a ser el socialismo de Estado en tanto sociedad rígida y burocratizada. En este sentido, el estudio de Bajtín nos muestra también la capacidad de pensar, conjeturar y proyectar el futuro en el espejo del pasado.

Por ello es que, también en este aspecto el objeto de estudio de Bajtín es paradigmático: en el pasado encontramos los cabos sueltos y las cuentas no saldadas de toda virtualidad histórica. Resulta oportuno, recordar lo que David Tuchsneider recoge de la declaración de un aymara de Bolivia: “que todo lo que uno hace en la vida implica mirar hacia adelante e ir hacia atrás, simultáneamente [...] el pasado está frente a nosotros porque lo conocemos y podemos mirar hacia él. Y el futuro está detrás

porque no sabemos lo que nos depara. Por eso nos movemos hacia el futuro, pero nos movemos hacia atrás".³⁴

Esto coincide con lo dicho por el historiador Jacques Le Goff, cuando asienta que "El pasado es una construcción constante y tiene un futuro que forma parte integrante y significativa de la historia".³⁵ Es como si el pasado —en una elaboración siempre pendiente— apareciese como el ajuste condicional permanente de la constitución y emplazamientos del presente.

La validez de la paradójica utopía de un "futuro anterior", está relacionada aquí con la inversión mimética que reviste la crítica de toda sociedad actual. Mediante dicho procedimiento encontramos en la cultura popular carnavalesca de la Edad Media la alusión negativa de la estructura social dominante: un *de te fabula narratur* en virtud del cual el orden actual se ve confrontado con una imagen en la que se refleja como "otro y el mismo". Ello explica que históricamente se suela apelar contradictoriamente al pasado, tanto para rescatar los asideros de una identidad reivindicada (colectiva o nacional), como para confrontarlo en tanto alteridad; es decir, ya como lo propio, ya como "lo otro" o lo distinto.

Desde esta segunda perspectiva Jean Chesnaux señala ante el hecho de que la sociedad moderna nos encierra en el presente, que: "El pasado es importante no por su anterioridad sino por su alteridad". Permite relativizar el presente y negar la pretensión del presente de ser la única forma posible de civilización. Visitarlo hace posible vislumbrar un futuro con libertad política.

Esto es lo que Chesnaux llama la "función terapéutica de la historia".³⁶ Es la inversión como distinción en el tiempo, desgajamiento histórico de la identidad, distancias históricas que aparecen como configuraciones distintas y alteridades deseables.

Y es que, el enfoque de Bajtín y el interés de lo que descubre se encuentra ante la cerrazón ideológica del stalinismo, como en su caso la cultura popular carnavalesca se topaba con la rigidez del feudalismo. Bajtín vivió y padeció como "lo actual" al régimen stalinista, mientras la cultura popular medieval y renacentista representaba la alteridad reveladora de potencialidades, que por cierto, no siempre se localizan en el futuro deparado.

³⁴ David Tuchsneider, "Profundizar las alternativas", en *El Nacional*, 17 de septiembre de 1993.

³⁵ Jaques Le Goff, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 28.

³⁶ Jean Chesnaux, "La función terapéutica de la historia", en *La Jornada Semanal*, 4 de abril de 1993.

El de Bajtín, no es ya el emplazamiento de la confrontación capitalismo-socialismo en el que Estado y clase (proletariado) se amalgaman. Hay un desprendimiento potencial y siempre latente, representado por una cultura popular que no es la "cultura proletaria" (*proletkult*), ni el realismo socialista, sino algo que ha sido negado por decreto y no encaja en el esquema totalizador y homogeneizador de la realidad imperante.

La "utopía" frustrada del socialismo estatal, es la antípoda de lo social informe y la actualización proteica de lo popular-carnavalesco. La rigidez austera y estoica de la moral comunista es la antiutopía del culto de lo dionisiaco: lo bajo, lo chusco y desolemnizador. Lo opuesto de un mundo efectivamente más prometedor y libre del que se alejó irónicamente el régimen social estatal, conforme avanzaba sobre un presente desencantado.

Bibliografía

- Auerbach, Erich, *Mímesis*, La Habana, Arte y Literatura, 1986.
- Bajtín, Mijaíl, *Problemas de la poética de Dostoievski*, FCE, México, 1986.
- , *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, El contexto de François Rabelais, México, Alianza Universidad, 1990.
- Bergson, Henri, *La risa*, Madrid, Espasa Calpe, 1973.
- Bordieu, Pierre, "La ontología de Martín Heidegger", en *Campo de poder y campo intelectual*, Argentina, Folios Ediciones, 1983.
- Chesnaux, Jean, "La función terapéutica de la historia", en *La Jornada Semanal*, 4 de abril de 1993, México.
- Douglas, Mary y Baron Isherwood, *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, Grijalbo, 1990.
- Duvignaud, Jean, *El sacrificio inútil*, México, FCE, 1983.
- Fourastié, Jean, "Reflexión sobre la risa", en *Diógenes*, núm. 121, México, 1983.
- Freud, Sigmund, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa, 1989.
- Geertz, Clifford et al., *El surgimiento de la antropología posmoderna*, México, Gedisa, 1991.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos*, España, Muchnik Editores.
- Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrotu, 1981.
- Habermas, Jürgen, "La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche", en *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, México, REI, 1993.
- Katz, J.J., *Filosofía del lenguaje*, Barcelona, Edit. Martínez Roca, 1976.
- Lechner, Norbert, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.
- Le Goff, Jacques, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1992.
- Löwy, Michel, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios*, México, Siglo XXI, 1976.
- Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria, 1990.
- Mauss, Marcel, "Sobre los dones", en *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979.
- Prabhakara Jha, "Lukács, Bajtín y la sociología de la novela", en *Diógenes*, México, 1985.
- Rickert, H., *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa Calpe, 1965.
- Tuchsneider, David, "Profundizar las alternativas", en *El Nacional*, 17 de septiembre de 1993, México.
- Weber, Alfred, *Historia de la cultura*, México, FCE, 1974.

- Weber, Max, *Economía y sociedad*, t. I, México, FCE, 1974.
- , *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1975.
- , *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu.
- , *La ética y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969.
- Wittgenstein, L., *Tractatus lógico-philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

Liborando lo popular del economicismo

MÓNICA LACARRIEU*
ÓSCAR GRILLO**

Introducción

El propósito de este ensayo es reflexionar acerca de la manera de reconocer y leer los comportamientos y prácticas de los sectores populares urbanos. En pos de ese objetivo, confrontaremos las orientaciones teóricas propuestas por algunos autores que consideramos clave, con el producto de un conjunto de trabajos empíricos enclavados en la ciudad de Buenos Aires.

No es nuestra intención debatir la pertinencia de las acepciones de "pobres", "marginales" o sectores populares urbanos, que de cualquier modo se constituyen en ámbitos de disputa constante dentro y fuera del ámbito académico, sino que la idea es ir más allá de las categorizaciones, así como de inquietudes que aún permanecen en el seno de las ciencias sociales, como por ejemplo las posibilidades de integración de estos sectores o la profundización de la exclusión social que los acosa.

Repensando las categorías teóricas

Consideramos que es necesario repensar estos sectores, más allá de categorías teóricas y globales, como "pobreza y marginalidad". Observemos entonces, de manera sucinta, el lugar desde donde se han constituido las mismas. En primera instancia, coincidimos con Jaume en que "po-

* Departamento de Ciencias Antropológicas y de Trabajo Social (UBA).

** Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.

breza" se construye como categoría totalmente descriptiva, y en este sentido, poco o nada sirve en relación a la posibilidad de cierto nivel de explicación.¹ De hecho, se ha convertido en una categoría que por connotación censal, religiosa o política, varía históricamente y estereotipa a aquellos que supuestamente pueden englobarse bajo la misma.

Respecto a "marginalidad", su desarrollo rinde cuenta de nuestra percepción. Fue construido como concepto para las ciencias sociales entre los años cincuenta y sesenta, remitiendo al fenómeno histórico de la migración rural-urbana y al origen de asentamientos "villeros";² la inquietud que regodea a los investigadores desde este surgimiento refiere a la génesis de estos sectores y su probable cambio social. De hecho, por esos años la gran pregunta, por ejemplo de la teoría desarrollista (Desal), refiere a la pertenencia o exclusión que tienen estos sectores con respecto a la sociedad, y por ende a su posible integración. Esa teoría suponía que el proceso de industrialización en los países de América Latina permitiría a los "marginales" acceder al sistema. Además, señalaba a la marginalidad como un fenómeno transitorio, basada en una perspectiva dualista de la sociedad, que la dividía en tradicional y moderna, del mismo modo que los países eran de centro o de periferia. Pero la "modernización" no se produjo, y los "marginales" persistieron como tales (por supuesto más allá de dicha categoría).

Otra vuelta de tuerca fue el intento de la llamada "teoría de la dependencia" (Nun, Murmis, Quijano), que colocó el eje de la cuestión en el ámbito de la producción, y por tanto en la desocupación como fenómeno del capitalismo dependiente. Aun con cierto avance en su conceptualización (ya la "marginalidad" no es un estado sino un proceso), dicha categoría se convierte por efecto de esta óptica en un elemento estructural del capitalismo dependiente, y más tarde del capitalismo global, en su fase monopolista. Sería arduo proseguir en este texto con las críticas a esta teoría realizadas por estudiosos del desarrollo brasileño en los años

¹ Jaume, "El concepto de marginalidad", en *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 1, Buenos Aires, 1986, p. 3.

² Por "villeros" se entiende un fenómeno urbano que se produjo en Buenos Aires hacia los años cuarenta-cincuenta. Por efecto de la migración del campo a la ciudad, se conformaron asentamientos irregulares en tierras fiscales o privadas, en las que sus habitantes autoconstruyeron sus casillas. Las "villas miseria" o "villas de emergencia" son similares a las "favelas" en Brasil, por ejemplo. De aquellas primeras, por efecto de ciertas políticas de gobierno, algunas fueron erradicadas (principalmente durante los gobiernos militares), mientras otras se consolidaron (en la actualidad radicadas a través de políticas municipales). En los últimos años, nuevos asentamientos han sido ocupados fundamentalmente en la periferia de la capital.

setenta.³ Asimismo resultaría denso y sin sentido retomar las críticas, por cierto redituables, que Bernholdt-Thompson ha hecho respecto a estas elaboraciones tan marcadas por el marxismo ortodoxo.⁴ Lo que sí nos parece necesario recalcar es el recorte sesgado que se hace del problema: la focalización en las relaciones de producción subyacente a estos planteamientos.

Resumiendo: ¿cuál es la pregunta que orienta a las ciencias sociales en los inicios de un problema palpable fundamentalmente desde la empiria? Indudablemente la misma tiende a dar cuenta del origen, las causas y al futuro de esta “masa humana” asentada en lugares geográficamente determinados. Si bien ésta se constituye en una preocupación permanente y consistente, la pregunta es: ¿dónde están los verdaderamente “marginales” en las explicaciones teóricas comentadas? Explicar estos problemas en términos macrosociales es importante, pero no basta para saber quiénes son los que realmente viven en tales condiciones. Leyendo dichos postulados, pensamos en pobladores inexistentes y en la constitución de una categoría que define en forma abstracta la situación social.

Uno de los pocos intentos (además del realizado por Larissa Lomnitz) que atañe a la vida cotidiana de estos “pobres” proviene del campo antropológico. Óscar Lewis culturaliza la pobreza, ensimismándola y desarticulándola de la sociedad global. Su análisis, que sin duda promueve otro enfoque y permite saber mucho de las familias mexicanas en vecindades, resulta empirista y por supuesto adolece de los “vicios antropológicos clásicos”: observar sociedades pequeñas o subculturas con pautas propias perpetuables mediante el fenómeno de la “endoculturación”. Aunque desde otro ángulo, vuelve sobre la idea ya comentada —que con tanto éxito ha interpenetrado incluso el conocimiento vulgar—, acerca de dos polos opuestos: lo tradicional y lo moderno.

Silvia Sigal manifiesta que:

³ Basados en la observación del supuesto “milagro económico brasileño”, refutaron la teoría de la dependencia, indicando la posibilidad del desarrollo capitalista en los países periféricos, y negaron que la desocupación fuera un elemento estructural del capitalismo, sino una determinada fase del mismo (Bernholdt-Thompson, 1981, 1511).

⁴ Bernholdt-Thompson, en su artículo sobre la teoría de la marginalidad, organiza una crítica a las deducciones y los postulados que los estudiosos de la problemática construyen con base en el modelo marxista. Si bien aquí no haremos un detalle exhaustivo de esta problemática, vale la pena recalcar el punto de partida de la autora: el retorno (por parte de los que atienden a la marginalidad) a los supuestos marxistas respecto del modo de producción capitalista, que la propia historia se encarga de refutar (*Ibid.*, p. 1518).

Las reacciones contra el concepto de marginalidad lo son sin duda alguna contra la idea de una separación radical con respecto a la sociedad y contra la imagen de un dualismo en el medio urbano entre dos economías y dos sociedades, una central e integrada, otra marginal y ampliamente autosuficiente.⁵

Sin embargo, consideramos que dichas reacciones no abarcan sólo este aspecto, sino también a aquel que remite al nivel de generalidad planteado para comprender un fenómeno gestado en torno a la urbanización.

A mediados de los años setenta, como bien señala Hintze,⁶ se desplazan los ejes teóricos y metodológicos en torno de los cuales se intenta comprender el fenómeno de la "marginalidad". De hecho, el interés ya no se focaliza en el origen de estos sectores, ni en el posible cambio social. Como manifiesta la autora: "parece bastar con saber que aquí están y sin conflictos demasiado evidentes ni tensiones masivas logran sobrevivir".⁷ Es decir, el nudo problemático se construye desde una afirmación contundente basada en la sobrevivencia recalcitrante del capitalismo. De la misma surge la preocupación subyacente a los nuevos estudios: la *reproducción social*.

El nuevo enfoque aparece íntimamente relacionado con el concepto de *estrategia* —ya sea familiar, de supervivencia, de existencia—, a través del cual se tiende a responder la gran interrogante de la época: ¿cómo subsisten estos sectores que no ven satisfechas sus necesidades? En este sentido, resulta una modalidad de abordaje mediante la cual se incorpora el nivel de la microescala, y en consecuencia cierta caracterización de la vida cotidiana de los sectores populares. De hecho, en su primera etapa esta categoría tiende a operar descriptivamente, sin articulación con la sociedad en su conjunto; mientras que en estudios posteriores, como señala Hintze, la relación que se establece entre las condiciones de reproducción de los sectores populares y de la sociedad, es lo que permite reflotar la óptica de las estrategias.

Si bien esta postura teórica logra superar cuestiones como la existencia de los sujetos y su cotidianidad, articulando este plano con el ámbito de lo social general, y por tanto no "culturalizando la pobreza" como habíamos observado en Lewis, no deja de ofrecer cierto flanco débil. Acaso ¿sólo se trata de sobrevivir?, ¿el problema es sólo de subsistencia

⁵ Silvia Sigal, "Marginalidad espacial, Estado y ciudadanía", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, núm. 4, México, octubre-diciembre de 1981, p. 1556.

⁶ Susana Hintze, "La reproducción de los sectores populares. Estrategias y reivindicaciones", mecanoscrito, Buenos Aires, 1987, pp. 1-2.

⁷ *Ibidem*, p. 3.

material? Persiste, a nuestro entender, cierto recorte economicista del problema, que finalmente coloca al conjunto de los “pobres urbanos” en pos de un “techo”, de la alimentación u otro consumo colectivo no satisfecho. Si bien no negamos la necesidad de considerar los aspectos materiales, creemos que esta visión —omitiendo otros aspectos—, tiende a homogeneizar a los sectores populares urbanos en los mismos intereses, objetivos y necesidades. Por tanto, reiteramos que desde este lugar, aún no logramos arribar al reconocimiento de dichos sectores en sus intercambios cotidianos.

No es que desechemos los aportes provenientes del largo camino atravesado por las ciencias sociales en su conjunto, sino que consideramos importante repensar el lugar que ocupan estos sectores en su contexto urbano y sociopolítico. Sobre todo cuando las ciudades muestran un proceso de transformación que impone la obligación de reflexionar sobre nuevos problemas y algunos viejos que hasta el momento sabemos poco.

El Estado, ¿enseña o “desenseña”?

Centrada en el fenómeno específico de las invasiones de terrenos,⁸ Silvia Sigal destacó en 1981 la tensión de las conductas marginales en el terreno de la contradicción legalidad-ilegalidad de tal actividad. Les atribuyó una finalidad de carácter general, un objetivo unívoco y homogéneo en el que acabamos reconociendo la experiencia social de un derecho de la ciudadanía.

Así, la búsqueda por obtener un derecho es colocada en el centro de la definición de marginalidad como pauta que moldea y orienta las conductas de los marginales en una sola dirección: hacia el Estado. Éste, “garante de todo derecho”, deviene ocasional o parcialmente en adversario, y por tanto, realimenta su condición de mecanismo específico de dominación social, que reproduce la despolitización y la fuerte dependencia de masas marginales hacia el Estado y el sistema político.

⁸ La autora restringe el concepto de marginalidad espacial al fenómeno específico de las invasiones de terrenos, desestimando las otras opciones de hábitat pobre, es decir, el tipo tradicional de localización en zonas centrales o relativamente centrales de la ciudad, tipo “conventillos”, y el tipo de viviendas en barrios periféricos, ya sea por iniciativa del Estado o autoconstrucción, donde los movimientos colectivos ya no tienen por objetivo la normalización y el acceso al estatuto de ciudadano urbano, sino el fin de la segregación espacial (Sigal, *op. cit.*, pp. 1567-1577).

Atrapadas entre una acción reivindicadora de derechos y una acción de presión a fin de obtener beneficios institucionalizados, las conductas marginales, insertas en una trama institucional, no logran mantener la relación de oposición a un adversario, relación fácilmente transformada en una relación entre estado protector y colectividad asistida.⁹

Al reaccionar quizás exageradamente contra el “mito” de la marginalidad revolucionaria (Fanon), y aun contra la hipótesis de la capacidad explosiva o disruptiva de los marginales respecto del sistema, Sigal terminó atribuyendo al Estado una eficacia capaz de “desenseñar” a las clases dominadas a producir cambios.¹⁰

No obstante, el rigor con que dirige la mirada hacia el campo de relaciones entre el Estado y los marginales, permite identificar situaciones de intenso intercambio y disputa por los significados —no explorados por la autora— que los marginales atribuyen a su actividad.

¿Sólo se trata de (sobre)-vivir?

En la medida en que empeoran los datos “duros” y las condiciones “objetivas de primer orden” vistas como restricciones o vallas que los sectores populares deben sortear para asegurar su existencia cotidiana, se hacen más acuciantes e incómodas ciertas preguntas que formulan los estudios sobre estrategias.

Este enfoque, tal como lo ha sistematizado Hintze (1987), orienta para el registro detallado de estrategias o actividades en relación con los demás agentes sociales y a distintos niveles.¹¹ Claro que una vez mapeada la manera de sortear las restricciones impuestas aparece una pregunta más general, donde interesa resaltar que los comportamientos individuales y familiares no pueden ser comprendidos al margen del espacio macrosocial donde están inscritos: ¿cómo se relacionan las condiciones de reproducción de estos sectores con la reproducción de la sociedad en su totalidad?

⁹ *Ibid.*, p. 1570.

¹⁰ *Ibid.*, p.1577.

¹¹ Según enumera la autora: las actividades internas de la familia, el estilo de división del trabajo sexual y generacional, los vínculos con otras familias, en redes, la inserción alcanzada en el mercado de trabajo y consumo, y en grado creciente de complejidad y agregación, las relaciones que establece con miembros e instituciones de la sociedad civil y el Estado (Hintze, *op. cit.*, p. 5).

El problema de esta óptica es que se restringe a la descripción de actividades y coloca en un segundo plano el sentido que los sujetos les atribuyen. Esta limitación se hace más evidente en la medida en que se pretende articular lo observado en la cotidianidad con cualquier otro nivel de la realidad social, donde aparezcan otros actores (retomamos este aspecto más adelante).

Hintze sugiere dos caminos para escapar de la "cotidianidad de la sobrevivencia" donde se concentra la óptica de las estrategias. El primero es mediante la articulación de éstas con los estudios de los movimientos sociales urbanos, discriminando las necesidades-estrategias de las necesidades-reivindicaciones. La autora percibe que detrás de las reivindicaciones se encuentra un denso sistema de relaciones que las articula con las estrategias en un solo proceso y postula la conveniencia de incorporar una visión de conjunto capaz de atender los problemas de los flujos y reflujos de las luchas sociales.¹²

En nuestro medio, el análisis de los movimientos sociales tomó fuerza más como moda intelectual de adhesión a un discurso "heroico" de los mismos, que como corriente que se preocupara por conceptualizar consistente y rigurosamente los fenómenos sociales investigados.¹³

El segundo invita a sumergirse en las relaciones entre el orden social y las prácticas incorporadas de los individuos. Puesto que Bourdieu denominó *habitus*.¹⁴

La doble vida de las clases sociales: clases "en el papel" versus grupos reales

Parafraseando a Bourdieu puede decirse que los sectores populares urbanos existen de alguna manera dos veces: en primer lugar en las distribuciones de las propiedades materiales, la "objetividad de primer orden"

¹² *Ibid.*, p. 12.

¹³ Agostinis (1991) evaluando los datos de la investigación empírica más completa que se conoce sobre las ocupaciones de tierras en el Gran Buenos Aires (la periferia), ha discutido con los observadores que atribuyeron a estos movimientos reivindicativos urbanos, posibilidades de transformación que los vinculaban a la imagen construida de los "nuevos movimientos sociales". La autora prefiere la denominación de "movimientos de sobrevivencia" a estas movilizaciones sociales, que sin duda marcan nuevas formas de hacer ciudad y son el potencial organizativo de los sectores populares urbanos.

¹⁴ Bourdieu (1988) desarrolla este concepto como mediatizador entre lo social y lo individual. De este modo, por *habitus* entiende las disposiciones adquiridas por la experiencia, el juego social inscrito en lo individual.

registrada en las estadísticas sociales y los estudios recientes sobre los cambios en la estructura social argentina, que han planteado las magnitudes del aumento de la pobreza, su creciente heterogeneidad y los fenómenos de movilidad descendente (nuevos pobres).¹⁵ La segunda existencia, la de las clasificaciones y representaciones, evidencia el sentido mismo que adquieren las diferentes experiencias de marginación y pobreza para los distintos actores directa o indirectamente involucrados.

Nuestro propósito es revisar algunas iniciativas de comprensión de los fenómenos de pobreza y marginalidad, destacando su aporte al reconocimiento de estos sectores populares urbanos y a la lectura de sus comportamientos y prácticas. Sin olvidar que Bourdieu también subrayó que ambos modos de existencia de las clases no son independientes.

Claro que gran parte del conocimiento sobre estos sectores debe provenir de su lugar en las relaciones sociales de producción, así como del que poseen en el plano de su reproducción.¹⁶ En este sentido, la producción reciente que mencionábamos se esfuerza por delimitar la composición social de la pobreza en la actualidad, estableciendo desde allí demarcaciones importantes acerca de los "pobres estructurales" y de los "nuevos pobres". Por ello no dudamos que este comienzo en pos del reconocimiento de estos sectores se hace imprescindible, pero sí dudamos de que tan sólo con este aspecto podamos dar cuenta de quiénes son, qué hacen, qué dicen, cómo se relacionan.

Que los sectores populares urbanos no son, como bien dice Romero,¹⁷ sólo trabajadores se hace comprobable con sólo mirarlos de cerca en sus intercambios cotidianos. De hecho, si nos quedáramos con este aspecto deberíamos poder decir de ellos que se constituyen como grupo monolítico, con conductas previsibles y homogéneas por oposición a los grupos dominantes. Mientras que en un contexto en el que con mayor frecuencia lo imprevisible se torna común, observándolos moverse en terrenos sumamente sinuosos e inesperados, mezclados conflictivamente entre los diversos "otros" que también habitan y configuran la ciudad, la apre-

¹⁵ Véanse por ejemplo los trabajos compilados en el volumen colectivo *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Unicef-Losada, 1992.

¹⁶ A partir de esta referencia Villarreal define a las clases sociales, añadiendo a su posición en las relaciones de producción —punto de partida básico—, el nivel de circulación-reproducción. Para el autor, desde esta acepción puede observárselas dinámica y fragmentariamente (Villarreal, "Los hilos del poder", en *Crisis de la dictadura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985, p. 221).

¹⁷ Romero, "Los sectores populares urbanos como sujeto histórico", en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 13, Buenos Aires, 1988, p. 91.

ciación anterior resulta incompleta. Incompleta e inviable. Porque, retornando a Bourdieu, nos habla de un espacio social que caracteriza como *espacio de relaciones*, en el que no se pueden ocultar las diferencias económicas y culturales, pero aún menos la posibilidad de otras formas de diferenciación según otro tipo de criterios (étnicos, etcétera). El autor vuelve sobre esa imagen que anteriormente comentábamos imposible de seguir sosteniendo en el contexto actual, y reflexiona:

clases en el sentido lógico del término, es decir, conjuntos de agentes que ocupan posiciones semejantes y que, situados en condiciones semejantes y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses semejantes y de producir, por lo tanto, prácticas y tomas de posición semejantes. Esta clase "en el papel" tiene la existencia *teórica* propia de las teorías...¹⁸

Pensamiento que redundaba sobre la necesidad de observar "grupos reales" y no estancarse en clasificaciones "duras".¹⁹

La lucha por el consumo y el espacio

En la ciudad actual coexisten los diversos sectores sociales en lucha permanente por el consumo y el espacio público. Sitios creados con pretensión de homogeneidad, se ofrecen a los habitantes de la ciudad como "anodinos", donde no hay tiempo ni espacio, donde la "diversidad" se vuelve una "especie en extinción", y al mismo tiempo se presentan como "espacios mágicos".²⁰ Es cuando se constituyen como reflejo de una sociedad fragmentada y móvil.²¹ Tan móvil que hasta en los *shoppings*, centros por excelencia del consumo aparentemente dedicados a sectores medios y altos de la sociedad, los sectores populares urbanos logran filtrarse y no basta con recurrir a las "viejas artimañas antropológicas" de trasladar las *trobians* a Buenos Aires, aislándolos en villas miseria o barrios pobres para poder conocerlos más profundamente. Se encuentran en "conventi-

¹⁸ Bourdieu, "Espacio social y génesis de las 'clases'", en *Revista Espacios de Crítica y Producción*, núm. 2, julio-agosto, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA), 1985, p. 25.

¹⁹ De manera similar, Romero (*op. cit.*, p. 234) apunta la necesidad de superar las categorías fijas construidas por las ciencias sociales, para comenzar a percibir *procesos*.

²⁰ Ferraroti, *La historia y lo cotidiano*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990, p. 15.

²¹ *Ibid.*, p.14.

llos”,²² villas, casas tomadas, centros comerciales, lugares laborales, en fin, en los diferentes intersticios sociales donde desenvuelven su cotidianidad. De allí que las situaciones sociales que los científicos intentamos develar sea resultado (como indica García Canclini) de un “tejido complejo”, donde si bien no implica pensar en relaciones igualitarias, conduce a desechar oposiciones mecanicistas entre dominantes y dominados, y a comprometerse con la idea de múltiples actores sociales interviniendo a la hora de construir relaciones y situaciones sociales.

En ocasión del “acontecimiento Villa 31” —sobre el que volveremos con más detalle—,²³ en la editorial de un matutino se calificaba el proceso como la “historia de dos ciudades”, en clara alusión a la “guerra” desatada entre los barrios y los villeros de la capital.²⁴ Del mismo modo, era planteado por un concejal de la ciudad, cuando remarcaba: Buenos Aires, la del shopping y las villas...²⁵ Creemos resueltamente que siguiendo la línea de pensamiento planteada hasta aquí, este tipo de formulaciones —aunque válidas en tanto provenientes de medios de difusión— no

²² Los “conventillos”, también denominados casas de inquilinato, “convoyos”, “yotivencos”, “conventos” o “patios”, son casas colectivas semejantes a las vecindades mexicanas. Las mismas se conformaron como tipología de vivienda peculiar en Buenos Aires, a fines de siglo y principios de éste. Fueron los inmigrantes europeos, quienes las construyeron con ese fin por ejemplo en el barrio de La Boca (hechas de madera y chapa) o bien fueron los dueños de las casonas coloniales del barrio histórico quienes las convirtieron en conventillos, para el alojamiento de estos inmigrantes.

²³ El acontecimiento Villa 31 (una villa miseria que fue erradicada durante el proceso militar (1976-1983) y repoblada a partir de 1984), acaeció en los primeros meses de 1994, como consecuencia del intento de traslado originado en el seno del Plan Nacional Arraigo (se trata de un Programa Urbano de Gobierno), con anuencia de la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires. Dicho traslado consistiría en la relocalización de los villeros en trece barrios de la capital, seleccionados previamente por los funcionarios del gobierno. Cabe recordar que en 1990 por la firma del decreto 1001, todas las villas de capital serían consolidadas en su lugar. La transgresión al decreto, en este caso, se motivó por la privilegiada ubicación de esta villa (zona Retiro, vecina al puerto de Buenos Aires y al Sheraton), que por efecto de la renta del suelo se ha propuesto para una urbanización sin villeros. Sin embargo, los vecinos, movilizadas de los distintos barrios, concejales de partidos opositores, medios de comunicación que difundieron el caso, sumados a tiempos preelectorales, llevaron a una revisión de la situación y a un “no innovar” propuesto por el intendente de la ciudad. Sin embargo, meses después se inició una negociación —que continúa hasta la fecha— entre villeros y funcionarios municipales, la que ha llevado a que algunos regresen a sus lugares de origen, otros —con dinero de por medio— hayan adquirido otro lugar, mientras aún restan familias que resisten la medida.

²⁴ “Historia de dos ciudades” (editorial), *Clarín*, Buenos Aires, jueves 17 de febrero de 1994.

²⁵ Eduardo Jozami, “Vecinos contra vecinos” (sección Opinión), *Clarín*, Buenos Aires, jueves 10 de febrero de 1994.

hacen más que colocar las situaciones de esta ciudad en términos de blanco o negro, sin lugar a los matices. Hoy ya no nos es posible hablar de dos ciudades y punto. Buenos Aires (como el resto de las ciudades actuales), es mucho más que dos o cuantas ciudades uno quiera plantear, en realidad se constituye mediante una trama compleja de relaciones sociales, que es justamente la que uno debe observar a la hora de plantearse qué sucede en torno a los sectores populares urbanos.

En este sentido, si nuestra intención es conocer y reconocer con mayor exactitud el comportamiento que priva en los sectores populares, la observación no sólo ha de focalizarse en ellos sino simultáneamente en el resto de los actores sociales que interactúan en la construcción de la ciudad: nos referimos al Estado, las instituciones, los partidos políticos, los inmobiliarios, los vecinalistas, los medios, etcétera.

Cuando este Estado se va...

Ya lo marcaba Sigal: en los escenarios urbanos, el contexto de interlocución de los sectores populares con múltiples actores sociales y estatales exige la exploración de las influencias recíprocas. Lo cual genera el problema de tener que averiguar conductas y orientaciones de los actores al nivel y en el escenario donde la interlocución se produce. Y no bastan, por supuesto, las caracterizaciones generales acerca del Estado y los partidos políticos; hay que averiguar sus orientaciones en los diferentes niveles en que se construye la arena de relación con los sectores pobres, efectuando una cuidadosa discriminación.

Una breve referencia al papel del Estado, especialmente a nivel local: las políticas de ajuste implican por definición una retirada del Estado de cuestiones sociales y asistenciales. Mas el efecto no se restringe únicamente a una reducción de fondos, ni al desmantelamiento de ciertos programas asistenciales, sino que pasa a primer plano comprender *el tipo de Estado que se retira*. Esto es, muy sintéticamente: si el que se retira es un Estado fuerte, con capacidad de implementar políticas, dotado de una burocracia integrada y eficiente, o por el contrario, se trata de un Estado débil, de escasa capacidad de implementar políticas, con burocracias redundantes, superpuestas y competitivas, colonizadas por diversos grupos partidarios y de interés.

Los escenarios y problemas que involucran a los sectores pobres están poblados por los productos de el segundo tipo de Estado, y en consecuencia la retirada verificable a nivel del sistema político global, no

implica necesariamente ausencia de organismos estatales y paradójicamente en algunos casos produce un aumento en la densidad y diversidad de agencias estatales que se despliegan para asistir a los sectores pobres. En otras palabras: cuando este Estado se va, no deja un espacio vacío, sino una superficie poblada por mutantes institucionales que hoy, tienden a ser producto de diversas combinaciones entre agentes del mercado, agencias estatales y facciones políticas que las controlan. En este contexto de interlocución indudablemente se generan influencias recíprocas, incluyendo equívocos, malentendidos y mutuas clasificaciones, puesto que el control que imponen dichas agencias sobre los recursos públicos reclamados por los sectores pobres estimula en ellos diferentes y cambiantes estrategias.

Algo similar ocurre en relación al sistema político-partidario. Preponderancia de los medios de comunicación, predominio del profesionalismo, de la política espectáculo y restricción de la agenda política a la agenda del *establishment*, son apenas algunos de los trazos gruesos con que se puede caracterizar la escena política nacional. A nivel de los barrios "marginales", podríamos pensar abandonada la veta representativa y que la actividad de los partidos políticos desaparece, pero no es así. El control territorial sigue siendo un ámbito significativo de disputa partidaria, en el sentido de mantener o acrecentar clientelas territoriales que sirvan de soporte para la lucha interfacciones dentro de los partidos y en el Estado. Desde soportes específicamente políticos obtienen diversos grados de penetración en el tejido social, se proyectan en los escenarios barriales, dividen territorios y generan prácticas competitivas que se plasman en discursos, proyectos y acciones múltiples vinculadas a la asistencia, la articulación cooptativa o la representación. El clientelismo no cede paso, sino que se reubica como el escalón más bajo del sistema empresarial de partidos. Con esta combinación entre la redundancia del Estado y la pauta de relación entre grupos políticos y agencias estatales interactúan los sectores pobres; los "juegos del lenguaje" construidos en esa realidad son sus herramientas para interpretarla.

No sólo el Estado y los partidos

Sin embargo, como bien recalca Paula Montero: "la comprobación de que no basta comprender al Estado, las instituciones y los procesos de producción, para comprender tanto la acción social como la eficacia del

poder";²⁶ remite a la importancia que adquiere lo simbólico y su relación con lo cotidiano. Creemos, con base en los referentes empíricos conocidos, que secundarizar el complejo tema de la construcción de identidades sociales en el ámbito de la ciudad moderna, tendría como resultado un análisis oscurecido de los acontecimientos que ocurren social y urbanísticamente. Porque en realidad, el espacio social en torno al cual se estructura el espacio urbano tiende a funcionar "como un espacio simbólico [...], donde el mundo social se presenta [*como un sistema simbólico que está organizado según la lógica de la diferencia*"]".²⁷

En "este mundo en movimiento" señala Maura Penna, contradictorio, los sujetos sociales "interactúan en varios grupos y espacios sociales" simultáneamente, el "agente social se inviste y reviste de múltiples identidades sociales", siendo reconocido y reconociéndose bajo diversas facetas de sí mismo.²⁸ Dichas facetas se constituyen respecto de sistemas de clasificaciones relativos a las diferentes posiciones sociales de los sujetos, en un fluir cambiante e inestable mediante el cual los sujetos y los grupos sociales no son para siempre.²⁹

De allí que, para entender a los sectores populares en el contexto de esta ciudad (y presuponemos en el de otras afectadas por el mismo tipo de transformaciones), hace falta internarse por este camino. Para llevarlo a un ejemplo reciente en el caso del traslado de la Villa 31, consideramos que uno de los puntos focales que de alguna manera provocó el desenlace, fue justamente la identificación "transitoria" que para esta ocasión construyeron los diferentes actores involucrados. Los vecinos de Colegiales, Lugano y Mataderos³⁰ se emblocaron bajo intereses comunes, legitimando un punto de vista, una determinada concepción del mundo, en buena medida centrada en la construcción social del estereotipo villero como representación colectiva, aun cuando esto haya sido negado. En relación a los villeros —y muy en desmedro de una identidad villera única—, éstos aparecieron en principio fragmentados en dos, y más allá

²⁶ Montero, "Reflexiones sobre una antropología de las sociedades complejas", en *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, año II, núm. 24, México, UAM, 1991.

²⁷ Bourdieu, *Cosas dichas*, 1988, p. 136; las cursivas son nuestras.

²⁸ Penna, "O que fazner nordestino", en Mónica Lacarrieu, Leticia Lahitte y Victoria Barrera (trads.), *Identidades sociais, interesses o "escandalo"*, Brasil, Cortez Editora, 1992.

²⁹ Romero, *op. cit.*, 1988-1991.

³⁰ Son diferentes barrios de la ciudad de Buenos Aires. Colegiales se halla ubicado en la zona norte, por ende es más residencial, habitado por sectores medios y medios altos, mientras Lugano se halla en la sur, primordialmente habitado por sectores medios bajos residentes de monoblocks (condominios) construidos por el municipio y Mataderos se encuentra en la zona oeste, fundamentalmente habitado por sectores populares.

“rotos en mil pedazos” para esta coyuntura, lo que no significa imposibilidad de lucha por un reconocimiento social en otro contexto. Este breve recuento de lo sucedido señala la trascendencia que adquirió la constitución de identidades sociales como fronteras demarcadoras de la cohesión de algunos diferenciados de otros, y su potencialidad para definir con quién y cómo interactuar por lo menos para el contexto de dicha situación.

La pregunta que surge es: ¿podríamos comprender a los villeros en tanto sectores populares urbanos, sin considerar esta arista del problema? Es decir, ¿podríamos dar cuenta del acontecimiento Villa 31, con sólo mirar el accionar del Estado en este caso, por ejemplo?³¹

No sólo las identidades

Creemos que no. Sin embargo, con sólo mirar las identidades sociales podemos caer en “vicios de los viejos estudios etnográficos”. Volvamos sobre esto, pero mirémoslo ahora desde otro ejemplo. En un trabajo realizado recientemente en la ciudad de Bahía (Brasil), los autores remarcaban:

Hay una gama de representaciones simbólicas que permean el imaginario colectivo de los barrios y que se expresan a través de organizaciones asociativas, denominadas afrobahianas [...] que asumen papeles de agentes de movilización, de afirmación de identidades [...] Destacamos aquí la fuerza que esos núcleos y manifestaciones al interior de la sociedad bahiana, en cuanto poder de movilización y organización [...] esa cultura se expresa de manera distinta en los tres barrios, pero se presenta, idealmente, como respuesta al problema de afirmación de una identidad étnico-cultural y en cierta medida, como búsqueda de solución para las dificultades socioeconómicas y políticas de esos barrios.³²

Salvando las distancias, que sin duda esa ciudad presenta por su historia y características propias —ausentes en nuestro espacio urbano—, nos parece interesante señalar algunas cuestiones.

³¹ Aunque, como hemos desarrollado en otro trabajo resulta imposible explicar las estrategias identitarias de los villeros sin describir el efecto de fractura que tienen las múltiples agencias estatales que actúan en sus barrios sobre el tejido social.

³² Tania Fischer *et al.*, *Espacio, etnicidade e cultura associativa em Salvador da Bahia*, inédito, Brasil, Universidade Federal da Bahia, Universidad del País Vasco y Universidad Complutense, 1993.

¿Sólo se define el ser bahiano a partir de esa identidad reconstruida? ¿O hay otras cosas que definen la bahianidad? Desde la óptica de los autores, si sólo se tratara de identidad (en este caso étnica), el resultado sería la homogeneización de los tres barrios estudiados, aun con la lista de constataciones sólidas que en el trabajo se presentan. De hecho, el análisis se queda en una imagen homogénea de la bahianidad, y trabaja desde un punto de partida y de llegada sumamente idealizados: la base social donde privan las relaciones de parentesco, amistad y la ciudadanía homogénea. Indudablemente, en este caso se obvian las mediaciones del sistema político-institucional, la coexistencia de diferentes clases sociales, el conflicto por lo material y lo simbólico, los sentidos provenientes de la sociedad global; en suma, se construye una "aldea" armónica y equilibrada, sin contaminación de contradicciones, estereotipos, ambigüedades, etcétera. Es decir, tampoco basta con mirar sólo la constitución de identidades sociales, o de penetrar en el terreno de lo simbólico. Todo depende de como uno se interne, por un lado; y se hace necesario, como señala Montero, relacionar lo simbólico con las transformaciones económicas y políticas más amplias.

Regresando al problema de las identidades sociales en la ciudad de hoy, el punto no es mirar lo simbólico, sino partir no ya de una única identidad fuerte y predominante que uniforma a todos los sujetos, sino de la coexistencia de múltiples identidades, que interactúan conflictivamente, y finalmente se reinventan para la nueva ocasión. De allí que los sectores populares urbanos no constituyan un grupo homogéneo, con idénticas visiones del mundo, intereses, comportamientos y prácticas. De tal modo, como ya manifestamos, ni siquiera los villeros ante determinada coyuntura se presentan monolíticamente. Asimismo, entre los inquilinos-ocupantes del barrio de La Boca, las "máscaras" se van dejando caer según el contexto y el interlocutor.³³ En ocasiones, hay que unificarse como grupo para llegar al "no desahajo". Sin embargo, cotidianamente al interior del conventillo, la maleabilidad de las identificaciones es la característica: diferenciarse del "ser villero" es una, identificarse con los "más antiguos del barrio" es otra, contrastarse con los ocupantes más ilegales, distinguirse del ser conventillero como estigma o definirse en el

³³ La Boca como ya señaláramos es un barrio de la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, donde predominan conventillos de madera y chapa, habitados por inquilinos con contrato, gente que tuvo contrato y dejó de pagar, subinquilinos u ocupantes ilegales. El caso La Boca fue estudiado por Grillo entre 1985-1987 y por Lacarrieu entre 1986-1993.

“ser boquense” mediante la apropiación de símbolos negativos (la murga, el fútbol).³⁴

Comprender en la actualidad a los sectores populares urbanos en el ámbito de esta ciudad propia de la crisis, implica superar la categoría global para observarlos en su especificidad, maleables en su cotidianidad, aunque al mismo tiempo condicionados por la sociedad en su conjunto y la coyuntura política del ajuste. Creemos importante señalar aquello que hace a los comportamientos y prácticas ambiguos, contradictorios, sinuosos que dichos sectores generan día a día, y no porque el segundo aspecto pierda importancia, sino porque es sobre el que la mayoría de los científicos sociales recalcan. En este sentido, finalmente sabemos más sobre ellos en los términos que menciona Bourdieu: como “registro de distribuciones [...] de indicadores materiales referente a una lectura de la realidad desde un uso objetivista de la estadística”,³⁵ que “respecto del conocimiento práctico que poseen los agentes al producir las divisiones individuales o colectivas”.³⁶

Un juego incorporado socialmente

Las prácticas que los sectores populares urbanos generan no poseen una única “esencia”, homogénea y repetible, sino que son resultado de la confrontación entre el *habitus* y el acontecimiento social, en el que dichos sectores aparecen insertos. Si las prácticas, entonces, no son de una vez y para siempre, es porque el acontecimiento tampoco es reiterativo.

En realidad aquéllas son particulares a un “sentido del juego”,³⁷ que no es otro que el juego social en el que los sujetos se mueven. Es en el corazón mismo de éste, conocido y reconocido por los jugadores involucrados, donde los actores sociales desenvuelven de manera “picaresca” las más diversas maniobras, “astucias” y estrategias a manera de “inventar

³⁴ La murga constituye la comparsa de carnaval, que en dicho barrio es característica de los sectores populares. Mientras el fútbol ocupa un lugar muy especial, no sólo para el barrio en cuestión sino para la ciudad en general, pues en La Boca se halla emplazada la cancha del club Boca Juniors (uno de los equipos más importantes junto con River, su constante rival simbólicamente hablando).

³⁵ Bourdieu, “Capital simbólico y clases sociales”, en Emilio Tenti Fanfani (trad.), *Georges Duby, L'Arc*, núm. 72, París, 1978, pp. 13-19.

³⁶ *Ibid.*, p. 3.

³⁷ Bourdieu (*Cosas dichas*, 1988, pp. 68-69) identifica el sentido del juego con el dominio práctico de la lógica o de la necesidad inmanente de un juego que se adquiere por la experiencia y que funciona más acá de la conciencia y del discurso.

lo cotidiano" ante las limitaciones propias de la sociedad urbana.³⁸ Ser parte de un juego no implica jugadas idénticas para todos los involucrados. Si así fuera podríamos prever la dinámica propia de los sectores analizados de aquí para siempre.

Señala Bourdieu que la posibilidad de invención que ofrece el juego social es la misma que puede observarse en cualquier partida deportiva. Del mismo modo, las limitaciones producto de regularidades existentes conocidas por los que juegan, también se asemejan a una partida de ajedrez por ejemplo. De hecho, sólo algunos juegan cierto juego, sólo algunos perciben el sentido práctico de dicho juego, sólo algunos son los "buenos jugadores". Por tanto, frente a determinado grupo social, son ciertos sujetos los que poseen el sentido de la necesidad y de la lógica del juego.³⁹

En un ejemplo cada vez más frecuente en nuestra ciudad, determinados grupos pertenecientes a sectores populares, practican el juego de las ocupaciones ilegales de casas.⁴⁰ Ante la necesidad insatisfecha del consumo colectivo de vivienda, cierto sector ha recurrido preferentemente al uso social del conventillo o casa desocupada, estrategia habitacional producto del sentido práctico como sentido del juego. En el caso estudiado, La Boca, hablar en estos términos de la rotación constante de conventillo a conventillo, de la "rotura de candados", o del "reviente de un convoy", remite a las posibilidades incorporadas en el barrio que cierto grupo de inquilinos-ocupantes acuerdan para referirse al "cómo habitar" La Boca.⁴¹ En este sentido, los participantes perciben la necesidad inmanente del juego para permanecer en el barrio y tener un "techo". Desde dicha percepción son ellos los que inventan su cotidianidad mediante la implementación de estrategias varias, aunque sin duda limitados por las propias reglas que hay que cumplir y por los condicionamientos sociales generales (nos referimos principalmente al marco jurídico general). La

³⁸ Michel de Certeau (1990) habla de "astucias de las artes de hacer", que son las que permiten a los individuos sometidos a las coacciones globales de la sociedad, por una suerte de *bricolage* cotidiano, trazar en ellas su decoración y sus itinerarios particulares.

³⁹ Bourdieu, *op. cit.*, p. 72.

⁴⁰ Por ocupaciones ilegales de viviendas entendemos el fenómeno que comenzó a generalizarse en la ciudad de Buenos Aires, con el advenimiento de la democracia, a partir de 1983. En este sentido, casas desocupadas por sus dueños han sido "intrusadas" en distintos barrios, aunque mayoritariamente en aquéllos habitados por sectores pobres: a partir de la intrusión se han convertido en un tipo de casas colectivas, en las que se comparte el baño y cada uno tiene su pieza.

⁴¹ Grillo, *Articulación entre sectores urbanos populares y el estado local: el caso del barrio de La Boca*, Buenos Aires, Centro de Estudios de América Latina, 1988, p. 29.

práctica de la ocupación ilegal remite a la presencia de una "red invisible" que encuentra en dicha práctica una de las estrategias en pos del control y disputa por la apropiación del conventillo.⁴² Los que intervienen se reconocen "jugando el juego" y se identifican como tales ante el acontecimiento particular.

El juego implica improvisación, picardía, cambio de "máscaras". No obstante, no todos intervienen con los mismos recursos, que, como señala Bourdieu, se encuentran desigualmente repartidos. Este "sentido del juego" remite al concepto de estrategia y se torna operativo —a nuestro criterio— para reconocer a los sectores populares urbanos en su diversidad, desarrollando determinadas prácticas y relaciones sociales visibles en el plano de lo cotidiano.

Aceptar el concepto de estrategia, no implica quedarnos con una categorización estancada vinculada directamente a la satisfacción de necesidades, en tanto estrategias de reproducción que conlleva cierto economismo, limitando así la importancia de los otros niveles. Justamente si el concepto acuñado por Bourdieu se vuelve interesante es porque permite superar dicha acepción, complementándola con aquella que se refiere a las manipulaciones que los actores sociales desarrollan en pos de su legitimación social. Los sectores populares urbanos ponen en juego prácticas y estrategias simbólicas manipuladoras de sus identidades.

El sentido del juego, es entonces también el sentido práctico, a partir del cual estos sectores producen maniobras diversas en pos de identificaciones inestables y dinámicas, con el objetivo del reconocimiento social. Volviendo sobre el caso de La Boca, la rotación necesaria y generalizada se constituye —como vimos— en un juego con estrategias, aunque no unívocamente planteado para resolver la cuestión habitacional. El conventillo y el barrio como primero y segundo nivel de la "tierra prometida" se convierten en recursos por los cuales generar una "lucha silenciosa" para apropiárselos diferencialmente. Es entonces cuando el "arraigo" o adscripción a dichos niveles no se manifiesta en el control económico, material e histórico, que pertenece a los otros del barrio. En pos de legitimar su lugar mediante el reconocimiento de su existencia en el sistema social del barrio, es que unificados o fragmentados según la coyuntura, desarrollan tácticas y estrategias identitarias,⁴³ procederes mediante los

⁴² Lacarrieu, "Luchas por la apropiación del espacio y políticas de vivienda: el caso de los conventillos de La Boca", cap. V, tesis de doctorado, Buenos Aires, 1993, p. 237.

⁴³ Maura Penna al respecto retoma a Bourdieu: estrategias interesadas de manipulación simbólica que van a determinar la representación (mental) que los otros pueden

cuales se apropian de bienes simbólicos propios de los "otros", o de aquéllos menospreciados por éstos.

Dicha cuestión expresa finalmente las luchas que los actores sociales encarnan por el reconocimiento social de la diferencia. Luchas provenientes de una disputa por la pertenencia a determinado sistema de clasificación, en el que cierta visión del mundo aparece como impuesta, por lo menos para ese momento. Esta disputa es parte, entonces, del dinámico juego por el reconocimiento, por el que inevitablemente regresamos al tema de las identidades sociales. Las mismas deben develarse como elementos de ese complejo juego.⁴⁴

Epílogo

Por este camino se nos revela la forma de aprehender la lógica de los sectores populares urbanos, quienes como grupo heterogéneo, crean y recrean comportamientos y prácticas particulares en su vida cotidiana. Consideramos que este ángulo de la problemática debe ser resaltado por lo olvidado que ha sido, aunque complementándolo con las estructuras objetivas que condicionan y limitan las representaciones y relaciones sociales de los sujetos.

De todos modos, creemos haber sugerido en estas páginas que cuando el juego de los actores accede al primer plano, algo más puede decirse más allá de verificar su inserción en el aparato de producción y reproducción de la sociedad. Y, paulatinamente, ir liberando lo popular del economicismo.

hacerse (Bourdieu, 1980, p. 65). La autora continúa: "Cuando determinados rasgos y prácticas culturales son seleccionados como 'símbolos' de identidad, su naturaleza es alterada [...] tornándose rasgos diacríticos en la construcción colectiva de la identidad del grupo. Ese proceso [...] confiere nuevos significados a esas prácticas [...] Si la adopción de emblemas de identidad va a marcar la especificidad del grupo, puede haber estrategias inversas, en el sentido de evitar la imputación de identidad con base en ciertos elementos materiales [...] y visibles." Maura Penna, *op. cit.*, p. 77.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 76.

Bibliografía

- Agostinis, Silvia, *Las tomas de tierras en el Gran Buenos Aires: una lectura desde los movimientos sociales*, inédito, Buenos Aires, PROHA, 1992.
- Auge, Marc, *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Barcelona, España, Gedisa, 1993.
- Bernholdt-Thompsen, Verónica, "Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría", en *Revista Mexicana de Sociología*, núms. 4/81, México, 1981.
- Bourdieu, Pierre, "Capital simbólico y clases sociales", en Emilio Tenti Fanfani (trad.), *Georges DUBY, L'Arc*, núm. 72, París, 1978.
- , "Espacio social y génesis de las clases", en *Revista Espacios de crítica y producción*, núm. 2, julio-agosto, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1985.
- , *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988.
- Carrión, Fernando, "La investigación urbana en América Latina. Una aproximación", en *Nueva Sociedad* 114, Caracas, 1991.
- Centro de Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), *Marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico*, Barcelona, Herder, 1969.
- Certau, Michel de, *L'Invention du quotidien*, París, Gallimard, 1990.
- Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1963.
- Ferrarotti, Franco, *La historia y lo cotidiano*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.
- Fischer, Tania et al., *Espacio, etnicidade e cultura associativa en Salvador da Bahia*, inédito, Brasil, Universidade Federal da Bahia, Universidad del País Vasco y Universidad Complutense, 1993.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1990.
- , "Desigualdad cultural y poder simbólico. La sociología de Pierre Bourdieu", en *Cuaderno de Trabajo 1*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986.
- Grillo, Óscar, *Articulación entre sectores urbanos populares y el estado local: el caso del barrio de La Boca*, Buenos Aires, Centro de Estudios de América Latina, 1988.
- Hintze, Susana, "La reproducción de los sectores populares. Estrategias y reivindicaciones", mecanoescrito, Buenos Aires, 1987.
- , "Consecuencias de la crisis en los sectores populares de Buenos Aires", en *Proceedings of the International Seminar Metropolitan Areas: Network Dynamics and Sustainable development*, Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires, Institute de Recherche sur L'Environnement construit, Ecole Polytechnique Federale de Lausanne, 1992.

- Jaume, Fernando, "El concepto de marginalidad", en *Cuadernos de Antropología Social*, 1, Buenos Aires, 1986.
- , "El concepto de marginalidad", en *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 2, núm. 1, Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA (sección Arqueología Social), 1989.
- Lacarrieu, Mónica, "Luchas por la apropiación del espacio y políticas de vivienda: el caso de los conventillos de La Boca", tesis de doctorado, Buenos Aires, 1993.
- Montero, Paula, "Reflexiones sobre una antropología de las sociedades complejas", en *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, año 11, núm. 24, México, UAM, 1991.
- Murmis, Miguel, "Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 2, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1969.
- Nün, José, "Superpoblación relativa, ejército de reserva y masa marginal", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 2, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1969.
- Penna, Maura, "O que fazer nordestino", en M. Lacarrieu, L. Lahitte y V. Barreda (trads.), *Identidades sociais, interesses e o "escandalo" Erundina*, Brasil, Cortez Editora, 1992.
- Quijano, Aníbal, *Nota sobre el concepto de marginalidad*, Lima, Multicopiado, 1966.
- Romero, Luis A., "Los sectores populares urbanos como sujeto histórico", en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 13, Buenos Aires, 1988-1991.
- , "La identidad de los sectores populares: una aproximación histórico-cultural", en Cecilia Hidalgo y Liliana Tamagno (comps.), *Etnicidad e identidad*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- Sigal, Silvia, "Marginalidad espacial, Estado y ciudadanía", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, núm. 4, México, octubre-diciembre de 1981.
- Villarreal, Juan, "Los hilos del poder", en *Crisis de la dictadura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985.

La invención de los horizontes políticos: la palabra zapatista

RAYMUNDO MIER*

Guerra y acto de palabra

El conflicto armado en Chiapas que irrumpió en el espectro político en las primeras horas de 1994 como una “anomalía”, como un desafío *incalificable*, como la presentación tangible del estupor que dominaba en forma latente la expectación y la vida del país, reveló de manera inusual y elocuente la particular trama de tensiones del régimen político mexicano. La significación del conflicto, abrupta e incalculable, ha sido también densa, elusiva y equívoca: hizo evidente la exacerbación y la lenta fermentación de una revuelta imperceptible y difusa, de una experiencia de confinamiento, de doblegamiento cuyos contornos exceden los del conflicto mismo; señaló los umbrales de un tiempo y una etapa políticos y emergió de las fracturas de una cultura que se ha forjado y alimentado a lo largo de toda su historia de la negación violenta de la presencia indígena, de su exclusión y la transformación de su carne en mero monumento; el régimen actual de las instituciones nacionales ha incitado formas capilares y ubicuas de la exclusión de fervores étnicos, pero incluso de prácticas económicas —producción agrícola, técnicas artesanales—, formas de propiedad, de culto, de ejercicio político y jurídico.

El movimiento armado, en particular el manifiesto del *¡Basta!* lanzado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), quebrantó desde la selva chiapaneca estrategias privilegiadas del régimen de subor-

* Profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, en el área de Semiótica y Filosofía del Lenguaje y profesor en las áreas de Lingüística y Etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

dinación y anticipó los nuevos perfiles de la descomposición de la legitimidad gubernamental; aparecieron, bajo signos apenas perceptibles unos meses antes, tendencias larvadas durante decenios —quizá siglos— del desaliento social y de la resistencia ante formas arcaicas del cacicazgo y de la corrupción; el gesto del levantamiento exhibió de inmediato su fundamento: la degradación económica, ética, política y cultural del régimen, y la incesante violencia política, cultural, económica y étnica dirigida contra un segmento amplísimo y constitutivo de la trama cultural de la nación.

Pero el movimiento del EZLN hizo visibles también condiciones, facetas, recursos, estrategias y expresiones del despotismo gubernamental hasta ahora veladas: las formas particulares de la corrupción de las organizaciones campesinas organizadas en torno del aparato partidario de la burocracia política; el papel de los cacicazgos locales en el sostenimiento de formas de producción, tenencia de la tierra, regímenes de explotación del trabajo, que preservan patrones arcaicos erigidos sobre un vasto y diversificado proyecto de etnocidio que se extiende mucho más allá de las fronteras de Chiapas y caracteriza patrones de relación con los grupos étnicos en distintos territorios nacionales; la formación y despliegue de cuerpos paramilitares que exacerbaban la exclusión racial y étnica con el asesinato selectivo —tampoco patrimonio chiapaneco. El movimiento zapatista exhibió la vastedad de la simulación inherente a las retóricas gubernamentales que buscaron velar durante años el quebrantamiento estructural del orden económico de las tentativas modernizadoras —particularmente en zonas campesinas e indígenas—; el zapatismo puso de relieve, incluso, la vacuidad y futilidad de las aproximaciones académicas de una antropología atenazada y doblegada por su servilismo al aparato gubernamental, así como las proclividades cortesanas de la élite intelectual del país; el EZLN hizo visible el crepúsculo de la lucidez política en México, tanto como la extenuación de la legitimidad política del control gubernamental; hizo evidente que la fragilidad del régimen mexicano era ocultada y contrarrestada sólo mediante una cada vez más exacerbada corrupción en el aparato gubernamental llevada hasta las tramas capilares del tejido social —sindicatos, escuelas, universidades, familia, iglesia—, hasta los ámbitos más íntimos y las formas más insignificantes de la gestión del ejercicio ético y jurídico en la vida privada; una corrupción que recorría la red de las formas éticas del ejercicio del poder desde los más bajos estratos de la estructura burocrática hasta el presidente de la República; el EZLN hizo visible la fuerza casi intangible, el carácter “natu-

ral" que ha logrado adquirir el cinismo como fundamento del ejercicio político en todas las estrategias del poder en México.

La fuerza del zapatismo, no obstante, sólo indicó, de manera incierta y global los alcances imprevisibles de una fractura moral y cultural, cuya amplitud y extensión, cuya magnitud y manifestaciones, tuvieron y seguirán teniendo consecuencias políticas y económicas de resonancias incalculables.

La dualidad del acto de lenguaje: la violencia como acto de habla

Uno de los rasgos característicos —quizá de los más inquietantes— de la explosión de la lucha política del EZLN fue que conjugó dos cualidades: la acción militar se fundió con los actos de lenguaje, la reivindicación étnica cobró las dimensiones de una respuesta moral sin precedentes, que encontró formas de expresión arraigada en los giros y el lenguaje de los grupos tzotziles, tzeltales, tojolabales, choles, en sus pautas de intercambio y formas de cortesía, en sus perspectivas sobre el fundamento moral de la reciprocidad, que se exhibieron no sólo en la confrontación bélica, sino en el despliegue narrativo y en expresiones y argumentos éticos que infundieron un aliento mítico y dieron a su palabra el sentido de una urgencia política sin precedentes. El 13 de enero, el ejército zapatista confirmaba:

nos deja más bien inamovibles toda la parafernalia militar con la que el gobierno federal trata de tapar la gran cloaca de injusticia y corrupción que nuestras acciones destaparon.¹

El acto del EZLN, más que un acto de provocación bélica, forzó los límites de la visibilidad política, inventó una forma de visibilidad que hizo patentes los límites de las estrategias de control político de la burocracia nacional; hizo visible también el lugar que ocupa, en los países ínfimos de la red del despotismo financiero internacional, *la guerra local moderna*: la creación de una atmósfera difusa e incierta, pero persistente de *intimidación* a la población civil ante la acción política y una acción

¹ "Comunicado del subcomandante Marcos", 13 de enero de 1994, en *EZLN. Documentos y comunicados*, pról. Antonio García de León, crónicas de Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, México, ERA, 1994, p. 71 (En adelante citado como EZLN).

específica de despoblación —entendida como un recurso para despojar a las colectividades de los fundamentos y medios para la acción colectiva, para el ejercicio político autónomo— a gran escala en momentos específicos: la doble faceta de la eficacia política del control militar pasa por el vasto repertorio de las estrategias de intimidación —jurídica, política, económica, militar— hecha de signos que se multiplican, construyen objetos y territorios amenazados —la ciudad, la vida personal, el futuro, el amor, el trabajo—; son la amenaza que se funda en la inminencia de una muerte vasta, de una muerte también capilar —la muerte del intercambio económico, la muerte de las potencias del cuerpo, la muerte del deseo, la insignificancia del pensamiento— y diseminada, virtual o eficaz. Esta *intimidación* aparece como una irrupción irracional, ingobernable, accidental, la forma contemporánea de la fatalidad; no obstante, esa *intimidación* está arraigada en formas precisas del ejercicio político cuya finalidad específica no es otra que la *visibilidad* y la *intensificación* del *riesgo*: el desasosiego suscitado en las colectividades por el dominio de la irracionalidad como forma general de acción y convertida en espectáculo de destrucción se convierte en estrategia privilegiada del ejercicio político —de ahí el carácter específico del amedrentamiento civil que puede o no acarrear una sutil o incluso flagrante destrucción arbitraria, intempestiva, de los otros. El *riesgo* se funda en el quebrantamiento de la identidad propia y en la exigencia de exterminio y la purificación de “los otros”. En el caso de Chiapas, los “otros” conjugan múltiples identidades: son los otros raciales, étnicos; pero también son los “otros” aquellos cuya voz y cuya acción son *impensables para la burocracia política*; esos otros que carecen incluso de figura en la estrategia de estas burocracias y que emergen como los inconformados —extraño eufemismo inventado por el discurso estatal para encubrir con giros de lenguaje el despliegue de acciones militares encaminada al control y, a largo plazo, al exterminio étnico y político—, como la presencia ominosa de la disidencia *real*.

La guerra en Chiapas —la única real, la del Estado contra el grupo indígena— desplegó una estrategia dual: iniciada como *purificación*, como cruzada contra la amenaza a la estabilidad política, culminó con la exhibición de la razón de Estado: el allanamiento de las diferencias políticas. La guerra moderna asumió su fisonomía íntima: en los países ínfimos el ejército existe como agente de devastación interna, de control de la propia población, de sofocamiento político: disipar la “impureza” interna, hacer impensable, irreconocible la exacerbación de actos sociales cuyo rasgo revelan un arraigo profundo en la clausura de los horizontes de vida de las colectividades, silenciar su fuerza expansiva, su

lenta gestación, su transformación en formas contenidas de violencia recíproca.

La eficacia del control interno por la vía militar se funda en la paradoja de la argumentación política del despliegue irracional de la racionalidad disciplinaria militar. Esta paradoja culmina en la exaltación mítica de la *purificación*. Esa irracionalidad, en países como México, se transforma en la abierta aniquilación física o política de las voces —que en nuestros países, con fuerzas militares irrisorias comparada con otras potencias más agresivas, no puede señalar sino un otro interior, un riesgo surgido del enrarecimiento interno de las pautas de legitimidad y encarnado en voces específicas: el ejército no puede ser sino un recurso para la gestión de la intimidación y la disolución de sujetos políticos, una voluntad autónoma cuya eficacia se funda en una soberanía propia, indiferente a las formas de legitimidad y que determina los alcances y los objetos de su regulación; la soberanía de esas fuerzas de control internas se imponen sobre el orden social, irreductibles a las formas del funcionamiento democrático, son su negación irreflexiva y mecánica, indiferente no sólo a los recursos implantados por la legitimidad de la representación social; estas formas de la guerra, ni ilegítimas ni legítimas, sino fundadas en su propia soberanía, son ajenas incluso a la perversión jurídica de las policías ordinarias. La *economía* de la represión militar se funda en una escenificación exuberante: el uso del asesinato como una de las bellas artes, explotado como despliegue escénico: el discurso de la guerra adquiere un sentido ambiguo, se convierte en una teatralidad sombría, al mismo tiempo ostentación de la irracionalidad del asesinato, y velo de esta irracionalidad que se ampara en las ambigüedades de la racionalidad política de la razón de Estado. El asesinato de los disidentes y la devastación de los órdenes morales de la vida civil queda silenciado por la estridencia del carácter anónimo y masivo de víctimas de la agresión de esas fuerzas internas y que carecen de otra identidad que la de su proximidad con los sujetos condenados.

En la guerra interna, la lógica de la intimidación se confunde con una gestión de la proximidad entendida como contagio: todo aquel que tenga alguna cercanía —simbólica, espacial, territorial, étnica, política— con quienes son el blanco de la represión selectiva, se convierte también en objeto potencial de esa “racionalidad propia” de la aniquilación militar: se exalta el carácter obsceno, escandaloso, del exterminio de las voces civiles, y el etnocidio se incorpora a la invención de los criterios de gobernabilidad.

Las burocracias modernas han llevado a extremos sin precedentes el

uso de las guerras escénicas, espectaculares, como recurso discursivo de intimidación tanto interior, en su propia población, como exterior a los gobiernos y las comunidades ajenas. Pero, a partir de la dispersión de la guerra fría en múltiples focos de conflicto, las estrategias han ganado en sutileza. La dispersión de los conflictos, de los antagonismos bélicos, habla de una intimación más cubierta, capilar, de una intimidación inscrita en la materia de la vida íntima. Los ejércitos, cada vez más, cobran el carácter emblemático de una amenaza interior. El estallido bélico *crea* el significado de la proximidad, se sirve de la imagen mítica del contagio para significar como impuros actos inocuos —expresar opiniones, dar clases, escribir, asistir a una reunión pública—; enrarece su sentido, les atribuye una intención opaca, incalificable, que los inscribe en el orden de lo prohibido, que los convierte en agente de riesgo. El estallido bélico generaliza el código del riesgo para entonces hacer legibles, según ese código, los actos ínfimos; los convierte en irracionales en sí mismos; la gestión de la intimidación es pues, también, la *creación de irracionalidad* y de amenaza ahí donde antes había legitimidad plena; convierte los actos cotidianos en contaminantes virtuales y los actos inocuos, cotidianos, en emblemas de un terror inminente, de un contagio capaz de extenderse al ámbito mismo de la intimidad.

El EZLN, en efecto, en su irrupción militar de los primeros días de enero de 1994 hizo uso de esa teatralidad, de esa escenificación moderna, sólo que dejó a un lado su rasgo fundamental: la *indiferenciación* ante la gestión de la muerte. En consecuencia, la *guerra moderna*, contra lo que se ha dicho, ha hecho de la muerte o la amenaza de muerte de la población civil su objetivo político específico: esa es su arma esencial. Sólo de manera escénica se enfrentan los ejércitos; los militares muertos engendran y sostienen un escándalo que alimenta el delirio y la legitimidad de la guerra. En la guerra moderna sólo ocasionalmente el ataque es contra otro ejército y siempre, de manera abierta o indirecta, contra la población civil: diseminar la muerte de modo indiferente, hacerla una realidad inminente, cerrar el horizonte del tiempo vital para todo sujeto. Sin ello, la guerra perdería una de sus dimensiones constitutivas, su capacidad de hacer del terror un instrumento de control. Las nuevas regulaciones internacionales que pretenden proteger a la población civil no sólo son un simulacro incapaz de detener la masacre generalizada e indiferente; más aún, son condición esencial para intensificar la *gestión del espanto*, que hace de la guerra la celebración exuberante de la muerte indeterminada como restauración del orden, de la distribución azarosa del pánico como fuerza del sometimiento político.

En el caso del EZLN, la amenaza, al dirigirse única y enteramente al ejército, renuncia a este carácter global intimidatorio de la guerra moderna; se reduce a un conjunto de acciones cuya resonancia es menos militar que ética o política: su única amenaza expresada textualmente fue declarar la guerra al gobierno y a su ejército, cumplida cabalmente hasta donde sabemos, pero su sentido fue exhibir las estrategias de devastación que la burocracia gubernamental ha hecho de las formas culturales que son encaradas como resistencia al proyecto modernizador, y que por consiguiente, son construidas como *irracionalidad*. El EZLN exhibió el uso gubernamental de la degradación política, económica y cultural de las formas de vida colectiva —y en especial indígena y campesina— como instrumento político de sometimiento; mostró de manera extrema cómo la burocracia moderna convierte a los pueblos indígenas y a diversos sectores sociales en materia inerte, en un vacío de voz y de potencia política en el espectro de las estrategias de poder. La nueva visibilidad de los recursos de intimidación fue evidente desde los primeros días del conflicto.

El alzamiento militar zapatista tiene un carácter extraordinariamente complejo porque restaura la memoria, las evocaciones, de una respuesta ancestral de los grupos indígenas al colonialismo y hace resurgir la revuelta de la memoria de su propia abatimiento histórico; permite así la *creación* de una identidad étnica surgida de la lucha política misma.² A pesar de todo lo que se ha dicho acerca de sus múltiples raíces en otros movimientos revolucionarios de décadas pasadas, es posible afirmar que tanto la organización como los recursos estratégicos del EZLN carecen de antecedentes. Como toda revuelta que *crea* y *se nutre* de sus propias reminiscencias históricas y étnicas, el alzamiento del EZLN es una repetición y un quebrantamiento de su propia historia, surge de una certeza y un desasosiego ante su propio pasado, restaura atavismos y trastoca las tramas de la aniquilación cultural de los indígenas, inventa tramas de solidaridad colectiva y reclama un “diálogo” cultural erigido sobre *valores extremos iluminados por la presencia de la muerte* —único recurso para darles vigencia y eficacia real sobre el fondo de su exclusión burocrática del espectro político.

Los tiempos de la guerra zapatista parecen invertir los de la racionalidad política dominante y devolver la guerra a su condición de forma de intercambio extrema, de estrategia radical de construcción de identidad.

² Es quizá necesario insistir en que la identidad étnica nunca determina y precede la acción política, sino que emerge de la lucha política misma.

des colectivas: la vida no está antes de la guerra; la guerra no clausura la vida sino que ésta surge durante y después de la guerra. Es ésta la que da nombre y vida a los hombres, la que les confiere identidad y raíz, un cuerpo y una legitimidad para arraigarse en la tierra. La guerra, *en esas condiciones*, revoca la lógica íntima de la guerra moderna; se transforma en la forma extrema de la reciprocidad, en el fundamento del intercambio de lenguaje y de prestigio; es el marco mismo de la comunicación; deja de ser una guerra de aniquilación para ser una guerra de creación: creación de identidad, de tiempo, de memoria, de palabra. Y sin embargo, a pesar de su esfuerzo por aclarar la naturaleza particular, la fertilidad de su empresa bélica, la guerra zapatista queda sometida a la lógica de la guerra de las burocracias modernas, no ha podido escapar a su lógica. El sentido del conflicto bélico ha sufrido incesantemente una redefinición en el proceso de la confrontación. El sentido de la guerra moderna ha prevalecido y ha confinado a interpretaciones marginales el sentido de la guerra como condición del intercambio étnico en condiciones de dominación. Es esta interpretación impuesta desde el aparato de Estado la que, a pesar de todo, ha impuesto su sentido a la confrontación bélica del zapatismo chiapaneco. No hay guerra hoy que escape al sentido y la lógica intimidatoria del acto bélico de Estado, alimentada por la intimidación generalizada y arbitraria de las burocracias bélicas. La afirmación del sentido creador de la guerra zapatista persiste sólo como una palabra marginal, enrarecida, incluso sospechosa, contaminada, peligrosa; deriva en un gesto solipsista. La guerra zapatista tiende a convertirse, en virtud de la propaganda del discurso de la burocracia política y según la lógica de las sociedades modernas, sólo en un momento de la guerra burocrática contra la población civil, contra toda la nación, sustentada en el acto bélico tomado como un hecho abstracto, despojado de sus raíces, de sus alcances étnicos. El sentido de la guerra zapatista ha sido trastocado, desgastado y deformado por el sentido de guerra moderna y la razón de Estado a medida que la guerra burocrática toma la ofensiva como recurso de intimidación general de la población civil.

La guerra como fatalidad: lenguaje y ética de los límites

No obstante, en los primeros momentos del alzamiento zapatista, la guerra acentuó de manera inaudita el intercambio de discursos políticos. De hecho hizo surgir ese intercambio entre la burocracia política y los sectores indígenas *por primera vez*. La guerra fue, al mismo tiempo, una con-

minación a escuchar una palabra silenciada durante siglos, una exigencia de presencia del sector indígena y de otros sectores aniquilados, excluidos del universo político, y un reclamo de presencia y autoridad en ese desafío al soliloquio incansable que domina a la burocracia política.

Fue necesario que *hablara el fusil* zapatista para que México escuchara la voz de los pobres chiapanecos.³

La guerra deja de ser la irrupción de una mera violencia orgánica, de una máquina de guerra incierta, irascible, ininteligible, vindicativa; ese primero de enero no leíamos en los periódicos el informe de una incalificable destrucción programática, de una demolición mecánica de los edificios gubernamentales o el desencadenamiento de un ataque contra la población civil, no evocábamos un gesto de desdén ante el pacto constitucional expresado desde una rabia dogmática; no era una refutación a las reglas de la política, sino un extraño y elusivo acto de guerra que conservaba un cierto anacronismo de la *cortesía* bélica; una comprensión ya en bancarrota de la guerra como *desafío y como pugna por la supremacía, un acento simbólico sobre la primacía de un universo de creencias sobre otro, una afirmación ritual de la identidad que resurge ante la inminencia de la degradación y la desaparición*. La guerra fue menos un acto de violencia que una estrategia para devolver su sentido a las palabras, para sustraerlas de la insignificancia social y política. De ahí la extraña resonancia poética y épica del acto de guerra zapatista y el aura de significación que lo enmarcó. El acto bélico como la búsqueda de condiciones para construir una interlocución de la palabra; el acto bélico como un cálculo meticuloso de la argumentación admisible y legítima. No fue un quebrantamiento en el régimen del conflicto político sino una acción al amparo de una interpretación admisible de las normas del conflicto y la violencia políticos. La guerra apareció como una puntuación sobre el lenguaje; le impuso a la burocracia política la necesidad de reconocer una identidad; fue sobre todo una señal exigente, un reclamo para la fundación precipitada de una ética del diálogo. La brutal inversión de las estrategias del lenguaje impuestas por la toma zapatista de la palabra iluminaron, repentinamente, el crepúsculo político de un régimen construido sobre una credibilidad exhausta. La "toma del lenguaje" por el zapatismo se transforma en un imperativo de escucha, una reconstitución de los recursos de la

³ "A otras organizaciones indígenas. Comunicado del 20 de enero de 1994", en EZLN, p. 102.

palabra. Esta "toma" no surge como una consecuencia de los actos militares, aunque otorga a éstos otro sentido. *El acto militar aparece como un acto de fundación del lenguaje*. Éste es el punto de partida crítico en el marco de la quiebra estratégica del ejercicio político del Estado mexicano. Esta "toma del lenguaje", una toma del lenguaje del que estaban excluidos los grupos indígenas, puso de relieve la medida en la que la estabilidad de estas burocracias depende de la cancelación de una ética del diálogo para consolidar su dominio sobre los ámbitos civiles. Paradójicamente, la guerra, la apuesta al exterminio y la indiferencia ante él, se muestra como la *exigencia perentoria* de condiciones para un diálogo: funda una ética del diálogo —algo inadmisibles para las burocracias políticas modernas— y una identidad de la voz indígena —no menos inadmisibles aún que la ética del diálogo. Pero esa demanda violenta de escucha no puede dejar de acompañarse de una pregunta crucial. Marcos la formula expresamente:

¿Qué ocurre en nuestro país que es necesario matar y morir para decir unas palabras pequeñas y verdaderas *sin que se pierdan en el olvido*?⁴

La guerra aparece como el recurso límite, pero *ineludible*, para conjurar el olvido. Esta conjugación de una ética de los límites como condición *necesaria* para preservar la memoria y la ética de la palabra, es quizá uno de los rasgos más significativos del gesto zapatista. Pero también revela la devastación provocada por el *olvido* como recurso privilegiado de las burocracias para el sometimiento político. La disyuntiva es extrema: o bien, la vida como certeza de desaparición, de enmudecimiento, de olvido, o bien la muerte como condición para la palabra, como restauración del vínculo, como el resurgimiento de una ética de la palabra. Esta disyuntiva que acompaña en diversos grados y en distintas manifestaciones tantas formas de la lucha, adquiere otra resonancia con el factor étnico. El *olvido* étnico señala un modo brutal de la exclusión. No es sólo una manifestación de ese complejo fenómeno que llamamos *discriminación*, señala también una forma extrema del ejercicio del poder político, una forma sutil de exterminio de la diferencia cultural que perturba los consensos gestionados mediante las formas modernas del mercado y el consumo; pero es también y sobre todo una particular estrategia de *despoblación*, una modalidad imperceptible del asesinato político, un asesinato sin agentes: el olvido se confunde con el furor devastador de la

⁴ EZLN, p. 164.

naturaleza, de su fatalidad, adquiere la violencia de la ley natural, contempla a las colectividades como la resistencia de lo ya inerte; el olvido *étnico* parece guardar el mismo silencio que exhiben la erosión o el decaimiento y la extinción de las especies; la despoblación étnica parece conjugarse con la conciencia amortiguada de la *extinción y evanescencia* natural de seres cuya inexistencia, sin embargo, se ha fraguado de antemano.

La disolvenca de la palabra y la memoria colectivas ofrece sólo una salida: la tragedia; asumir esa muerte ya experimentada, ya presente, ya íntimamente impregnada en la mirada, que se mira en el reflejo de la mirada del otro.

Ese silencio, ese asumir la muerte, hace más vivo y sin embargo más urgente enfrentar un dilema: o bien, admitir como fatal esa desaparición progresiva que impregna el propio lenguaje, admitir esa memoria ya estéril, la vida extinta de antemano de los que nos rodean, un horizonte de vida devastado que se lee cotidianamente en la fragilidad de los actos cotidianos; admitir el quebranto de los vínculos, de la identidad que se disipa en esa implacable pendiente, en la lenta disipación del aliento; o bien, *habitar* el tiempo mismo de la muerte; ese tiempo-lugar donde el futuro no tiene sino un nombre: la memoria, la memoria de los muertos, el retorno a los muertos, cuando el futuro se confunde con esa sombra del pasado; queda como recurso admitir el carácter limítrofe de *la palabra que sólo significa al ser pronunciada desde esta recuperación de la memoria, desde esta admisión de una muerte anticipada pero fértil*. En el momento de la bienvenida a la Convención Nacional Democrática (CND), el EZLN, en el discurso de Marcos, advierte:

No es nuestro tiempo, no es la hora de las armas, nos haremos a un lado, pero no nos vamos. Esperaremos hasta que se abra el horizonte o ya no seamos necesarios, hasta que ya no seamos posibles, nosotros, los muertos de siempre, los que tenemos que morir de nuevo para vivir.

Esperamos de esta CND una oportunidad, la oportunidad que nos negaron los que gobiernan este país, la oportunidad de regresar con dignidad después del deber cumplido a nuestro estar bajo tierra. La oportunidad de volver otra vez al silencio que callamos, a la noche de la que salimos, a la muerte que habitamos. La oportunidad de desaparecer de la misma forma en que aparecimos, de madrugada, sin rostro, sin futuro. La oportunidad de volver al fondo de la historia, del sueño, de la montaña.⁵

⁵ "Discurso del subcomandante Marcos ante la CND", 8 de agosto de 1994, EZLN, p. 311.

Es el momento de la supresión de las alternativas, de la extinción del propio futuro, de fundar el futuro de la comunidad en la propia muerte. Es la muerte la que convoca la presencia del pasado, pero convoca también la vida que emana de esa memoria que busca arrancarse de la extinción; restaurar la memoria que es el vínculo primordial de las colectividades, el momento constitutivo de todos los otros vínculos.

La extinción de la palabra es la degradación de las identidades y de los lazos de intercambio. La experiencia indígena del desdén burocrático ante ese vasto proceso de degradación no orilla más que a una solución extrema para la restauración del vínculo, a una alternativa que ofrezca un sentido distinto a la desaparición: o bien, la muerte en el olvido, la separación y desintegración de las comunidades indígenas por las migraciones forzosas, la diseminación entre los grupos étnicos de una memoria baldía; o bien, la guerra como alternativa para el surgimiento de una memoria fundada en la vigencia plena del vínculo de donación, es decir, de la vida. Como la separación es a la vez imposible o indeseable, cuando la separación no es más que un episodio intermedio que habrá de arrastrar a la guerra, la disyuntiva es simple: elegir la guerra como recurso final del intercambio, o la muerte en la anomia, en la insignificancia, elegir la extinción real y simbólica de la vida. La guerra zapatista no es ajena a *ese escándalo que es elegir la guerra misma como un recurso para la vida*; tener que "matar o morir" para restaurar el vínculo de la palabra o para suplantarla como recurso de intercambio. De ahí quizá la insistencia con que aparecen en el discurso de los zapatistas —no sólo en los textos de Marcos— las expresiones que señalan a la guerra como fatalidad y no como estrategia. No es posible la elección del mutismo o de la propia inexistencia. No es tampoco una elección admisible el olvido, esa muerte tajante, absoluta, irreparable incluso en términos de vestigio, de identidad, de pasado para una cultura.

Ética y verdad: el despotismo contra la gestión política sustentada en la moral de los límites

Representatividad e identidad

El tema del olvido emerge explícitamente en el discurso del EZLN en el momento en que busca formular las condiciones precarias para el diálogo; se inscribe también en la interrogación sobre la veracidad de las palabras gubernamentales. El *vínculo de gobierno* debería involucrar, cuando

menos formalmente, un *imperativo de veracidad*, implícito en la noción de *representatividad*. No obstante, no es así.

La representatividad pone en escena una presencia paradójica: la significación de una palabra sustentada por un cuerpo que reviste una identidad personal y una voz tangible, individual, que se pretende eco y materia de una voz imaginaria de la colectividad. En el vínculo legítimo de representatividad, la voz de la colectividad ha de resonar en esa voz que la exhibe y sin embargo, inevitablemente se desprende de ella, incluso la abandona; el cuerpo individual del representante hace presente ese cuerpo virtual, imaginario de la colectividad, pero hace también patente la irreductible singularidad del cuerpo que habla, de su historia y su marca individual. Ambas voces se diversifican, se confrontan y se confunden en la gestión representativa, los cuerpos también. Por el contrario, en las “democracias” burocráticas la distancia entre esas voces y esos cuerpos se ahonda y su diferencia se hace insuperable. La diversificación de las voces exhibe el simulacro de la representación política. Los individuos buscan la eficacia de la propia voz y se pliegan a las condiciones imperantes del discurso político, adoptan sus modalidades, sus figuras, su retórica, se mimetizan con sus identidades. La voz individual cesa y adopta otra identidad: el representante de la colectividad troca su vínculo originario por un mimetismo con las formas expresivas y las identidades convencionales del universo político, indiferente a las identidades representadas. Esta proliferación de voces, de mimetismos, hace visible no sólo la monotonía del discurso político, sino el brutal simulacro carnavalesco de la *representación política* que rige esa ficción indolente y desalentadora que llamamos “democracias occidentales” y que en México despliega sus rasgos más grotescos. Tomás Segovia justamente puso el acento, en su reflexión sobre el alzamiento de Chiapas, sobre una de las condiciones estructurales de las democracias modernas: la estructura asimétrica, esencialmente opaca y constitutivamente paradójica, de la *representación política* y su irreversibilidad. “Esta irreversibilidad es el fundamento de la oscuridad del poder”,⁶ escribe Segovia.

La representación política: la metáfora de la traducción

Frente al simulacro dominante que hace de la *representación política* la usurpación y la imposición de identidades —de las identidades que se

⁶ Tomás Segovia, “Utopía y protesta”, en *La Jornada*, 30 de enero de 1994, p. 19.

adjudica e impone a su vez quien es investido con la fuerza de la representación— la voz zapatista hizo patente, durante todo 1994, la fuerza de algo que podríamos llamar una *representación negativa*. Para el zapatismo, la representación política no era sino el imperativo de hablar en nombre de los otros desde el *eclipse de la identidad* que habla. La *representación negativa* no extingue la identidad de la voz representante —como no priva a Marcos de sus reiteraciones, de su lúcida imaginación política, de su deslumbrante apropiación de resonancias míticas de las narraciones indígenas, como tampoco de su eventual protagonismo, de la densidad afectiva de sus invocaciones, de su elocuencia para expresar vívidamente la condición trágica de los grupos indígenas, de su patetismo clasemediero, de sus proclividades a la literatura lacrimosa o sus nostalgias y sus inclinaciones a la farándula— sino que la priva de una identidad capaz de avasallar la identidad y la fuerza de aquellos a los que representa. La identidad de Marcos es un accidente, una materia permeable, una materia resistente que, no obstante, hace de la fuerza de una identidad indígena, forjada por la guerra y replegada en los márgenes de la escucha política, una presencia inaudita. La fuerza imperativa de las múltiples y contrastantes voces de Marcos hace evidente el rasgo más propiamente político de la *representación negativa*: la *voz propia* es sólo una mera *traducción* de otra voz, fundante, irrenunciable, primordial; es el desenlace de una estrategia compleja de interpretaciones. Paradójicamente, la voz propia no es más que la interpretación de la voz indígena en términos admisibles para quienes han sustentado y alentado su degradación y su olvido; pero Marcos también interpreta, en clave tzotzil, tzeltal, tojolabal, chol, las voces convergentes y divergentes de la algarabía indócil y deshilvanada de la “sociedad civil” y del discurso gubernamental para hacer posible una alternativa de intercambio simbólico. La narrativa equívoca de Marcos revela ese tránsito incesante de una mirada a otra, ese mimetismo oscilante de la interpretación, esa mirada que volteía alternativamente hacia ambos mundos que se vacía, desde una identidad propia que hace suya esa posición limítrofe, la identidad en la no identidad, en el puro tránsito de voces; esa identidad fronteriza del traductor, privado de voz propia, pero capaz de hacer suya todas las voces, las del autor y del lector; en los comunicados resuena en esa escritura limítrofe que ha dado su eficacia a la *representación negativa* de Marcos. Tomás Segovia recalcó ya esa identidad incierta, extraterritorial del representante político en la democracia, semejante a la del traductor: la traducción obliga a admitir la representación no como un simulacro de identidad sino como una mimesis múltiple, bifronte e incesante, que no es jamás una ruptura tajante.

te del vínculo con los representados, como tampoco es una *delegación* que extingue en la voz del traductor el texto de origen; más bien, *en la voz y el cuerpo del traductor, del representante, encarna una fuerza irreductible y contradictoria de las identidades en diálogo*. La representación, tal como emerge de la presencia zapatista, revela una mutación sin reposo de las interlocuciones, hace de la imaginación que rige el abandono de la identidad propia un impulso de creación, hace admisible la *representación negativa* como una condición de la representación legítima.

Una tensión adicional se añade al acto de lenguaje expuesto por el zapatismo. La representación legítima, ese acto de interlocución entre el zapatismo y la sociedad civil se enfrenta a las exigencias de las estrategias de la simulación política de la burocracia estatal.

Las paradojas de la representatividad

La palabra zapatista se enfrenta a la necesidad de contrarrestar las formas particulares de representatividad en las burocracias modernas que hacen incompatible la figura de la representatividad como *traducción*. La representatividad en las burocracias políticas modernas involucra *dos paradojas*: la paradoja del *imperativo de secreto* inherente a la estructura de las burocracias modernas y la paradoja de la *soberanía de la individualidad representativa*, es decir, la consagración de la "individualidad" de quien asume la representación de los otros y su "libertad" que involucra el ejercicio de una autonomía en la decisión derivada de la diferencia que lo separa de la identidad atribuida a la colectividad que lo eligió. El imperativo de *secreto* ha sido claramente explorado por Max Weber. Para él, el imperativo de eficacia propio de la estructura burocrática no puede sino dejar en la sombra, al margen de la reflexión, del análisis, de la deliberación pública, sus procedimientos, las raíces de sus decisiones, las particularidades de su racionalidad. Ese imperativo de secreto intrínseco a las burocracias corta los vínculos de representación con quienes se mantienen más allá de sus márgenes; quebranta las identidades, engendra personalidades e impone lenguajes y códigos; el lenguaje cifrado de la burocracia, sus condiciones de eficacia intangibles y a cubierto de la acción colectiva, violentan todo acto de representación.

Por otra parte, la paradoja surgida de la tensión entre *individualidad* y *representación*, trastoca cualquier noción directa de la noción de veracidad. En el vínculo legítimo de representación, la voz y la presencia propias *determinan su identidad por su capacidad de hacer presente y audible la voz*

de otro; sin embargo, surge el juego paradójico de la presencia: quien *representa* eclipsa casi inevitablemente con la propia identidad la identidad representada, sin dejar de eclipsar, al mismo tiempo, la propia identidad con la ineludible evocación de los ausentes. Los perfiles de la propia identidad y la presencia evocada, virtual de los representados se funden y eclipsan en un mismo contorno indeterminado. Esa tensión entre ausencia y omnipresencia de los otros cuyas voces se han asumido en la voz singular del individuo, ese conflicto entre la preservación de la ineludible singularidad de la voz y la disolución de la identidad propia —el imperativo moderno de ser uno mismo, asumiendo sin embargo la voz imaginaria de la colectividad—, se transforma en el imperativo de hacer presentes esas ausencias, construyendo la ausencia misma de la individualidad presente.

Ambas paradojas intrínsecas a la forma burocrática de las democracias contemporáneas le confieren una particular ambigüedad, evidencian el carácter *imposible* de la representación, el espejismo del contrato de veracidad que funda la representación política en los sistemas políticos modernos. Pero al mismo tiempo, es esta ambigüedad del vínculo lo que confiere una relevancia decisiva a la fundación simbólica de la autoridad —es decir, de la legitimidad de la palabra— para la significación del pacto de veracidad: la autoridad es lo que funda la veracidad que a su vez hace posible la representación. La veracidad no surge de una relación del sujeto con su propio lenguaje, no es un gesto de “honestidad”, subjetivo, individual, unilateral: está capturada en un ciclo contradictorio, complejo, que lleva de la colectividad al individuo, de la colectividad a la significatividad del lenguaje, a la espera de que se cumpla un acto de donación cuya materia es la palabra, la palabra es el objeto de un gesto de reciprocidad, devolver a los otros *la materia* de la verdad: la autoridad surge de la fundación recíproca de las identidades colectiva e individual, para dar fundamento al ejercicio de poder. El EZLN expresa esta paradoja en otra circularidad particular, en la circularidad de la obediencia y el mandato.

Fue nuestro camino siempre que la voluntad de los más se hiciera común en el corazón de hombres y mujeres de mando. Era esa voluntad mayoritaria el camino en el que debía andar el paso del que mandaba. Si se apartaba su andar de lo que era razón de la gente, el corazón que mandaba debía cambiar por otro que obedeciera. Así nació nuestra fuerza en la montaña, el que manda obedece si es verdadero, el que obedece manda por el corazón común de los hombres y mujeres verdaderos.⁷

⁷ “Comunicado del subcomandante Marcos”, 26 de febrero de 1994, EZLN, p. 176.

La identidad del que manda surge, según la expresión del zapatismo chiapaneco, desde la supremacía del autoridad construida y otorgada como don simbólico por la colectividad, sometido a los imperativos surgidos de esa "voz" colectiva. Esta circularidad paradójica hace imposible el olvido y hace inadmisibles que la palabra se sustraiga al compromiso de veracidad. La circularidad evocada por los zapatistas: *mandar obedeciendo*, involucra *presencia* y *palabra*. Pero también *presencia* se confunde con *memoria*. Presencia y palabra no son simplemente cuerpos tangibles: la presencia invoca el nombre, el linaje, la confluencia de reciprocidades forjadas en el pasado, íntimamente fundidas en el presente; *presencia* es la confrontación y la congruencia de las identidades pensadas en términos de acto y memoria. Olvido y mentira exhiben su enlace íntimo como recursos privilegiados en el ejercicio despótico del poder. La mentira en el orden político es una estrategia, una modalidad del olvido, un quebrantamiento del vínculo con el otro, el desprecio o la indiferencia respecto al vínculo de reciprocidad, su insignificancia; la mentira, usada como instrumento de sometimiento, involucra la desaparición de la identidad del otro, y con ello la vacuidad del vínculo comunitario. El vínculo comunitario hace de la memoria, un momento en el surgimiento de las identidades, y con ello funda la veracidad que funda la palabra verdadera, el vínculo de gobierno. La reciprocidad primordial como fundamento de la autoridad en el orden comunitario.

...el que manda obedece si es verdadero, el que obedece manda por el corazón común de los hombres y mujeres verdaderos. Otra palabra vino de lejos para que este gobierno se nombrara, y esa palabra nombró "democracia" este camino maestro que andaba desde antes que caminaran las palabras.⁸

La palabra *democracia* nombra para los zapatistas ese vínculo de autoridad cuyo fundamento irrenunciable es la reciprocidad. De ahí el diferendo irresoluble entre su noción de democracia —esa "palabra que vino de lejos" — interpretada según esta conjugación tensa de reciprocidades, y la democracia *eficaz administrativamente, sometida al imperativo burocrático*, fundada en la soberanía de los representantes y el eclipse de la representación, la disipación de la delegación y el quebrantamiento del vínculo recíproco.

La noción de *democracia* evocada por el zapatismo es por completo ajena a nuestro régimen contemporáneo, "moderno", de representativi-

⁸ *Ibidem*.

dad por delegación y sus atribuciones soberanas. La brecha entre ellos no es simplemente léxica; no es una diferencia de posiciones, de alternativas de gestión política, sino la señal de una confrontación y de una incompreensión entre un régimen fundado en la autoridad como producto de una donación simbólica, señalado por la reciprocidad, aunque desdeñoso o inadvertido de los imperativos de eficacia del régimen de control político propio de la *governabilidad*⁹ moderna, y un régimen fundado en una resguardo de la eficacia administrativa de un inmenso aparato de gestión económica, demográfica y sus dispositivos de control político; la distancia entre universos culturales irreductiblemente heterogéneos. Esta posición de la reciprocidad en la conformación simbólica de la autoridad política confiere a su vez sentidos inconmensurables entre sí a la noción de veracidad. Es posible así, entender la veracidad como adecuación pragmática, eficaz del sujeto soberano del poder político con los fines de su propio universo, por el contrario reconocemos en la figura de la veracidad implícita en el zapatismo la respuesta al imperativo de donación recíproca de la palabra. En el universo de la democracia moderna, la reciprocidad toma un carácter marginal, insostenible, dada su carga inherente de *ineficacia administrativa* y su inadecuación a las exigencias de control. Sólo cabe el olvido para esta insistencia en una gestión de reciprocidades. El olvido político descansa en una perversión de la memoria de la palabra, de su sentido; olvidar lo que las palabras significan es también olvidar su capacidad de engendramiento. La palabra política hace un uso privilegiado de la capacidad del lenguaje para la postergación, para la suspensión de los actos, para la explotación política del pasado, para la construcción vacua de lo real. El acto incumplido de promesa en la esfera política hace del olvido una clave para la gestión estratégica del poder; es un recurso para la gestión política no sólo de la desesperanza, sino también del deseo; posterga de manera indefinida la prueba de reciprocidad y hace de esa postergación la exhibición obscena del poder.

La insistencia zapatista en la palabra *verdadera* juega con dos sentidos de la palabra: la palabra *verdadera*, según la tradición, es la propia, la que compromete la identidad y la persistencia del vínculo social, pero es también la palabra veraz, la que compromete simultáneamente a quien la pronuncia y a su entorno, la que funda la autoridad en la reciprocidad de

⁹ Debo este magnífico término también a los vaivenes de la moda y a la preocupación moderna por la *eficacia* de la gestión burocrática, la exactitud de las respuestas que produce el aparato burocrático en el curso de los procesos colectivos, la capacidad de *prospección* (aportación de lexicografía modernizadora) en el control de los dispositivos de control, etcétera.

los actos. Los zapatistas, en voz de Marcos, expresan esta discordia de la veracidad en términos de una alternativa ética de los límites. Escuchamos:

Es el mundo otro mundo, no gobierna ya la razón y voluntad de los hombres verdaderos, pocos somos y olvidados, encima nuestro caminan la muerte y el desprecio, somos pequeños, nuestra palabra se apaga, el silencio lleva mucho tiempo habitando nuestra casa, llega ya la hora de hablar para nuestro corazón y para otros corazones, de la noche y la tierra deben venir nuestros muertos, los sin rostro, los que son montaña, que se vistan de guerra para que su voz se escuche, que calle después su palabra y vuelvan otra vez a la noche y a la tierra, que hablen a otros hombres y mujeres que caminan otras tierras, que lleve verdad su palabra, que no se pierda en la mentira.¹⁰

El acto de lenguaje no podrá surgir sino de la tierra y de la muerte, únicas garantías para la significación de su palabra. La guerra es sólo una iluminación súbita del lenguaje, iluminación transitoria, mero fulgor cuya permanencia está dictada por la resonancia de esa veracidad de la lengua zapatista en los otros. Los reclamos zapatistas hicieron desde el principio la crónica del uso perseverante de la mentira gubernamental como estrategia política, la crónica del lenguaje gubernamental, crónica de la exhibición cínica de la mentira burocrática como recurso de intimidación y como construcción de un horizonte político que impone la necesidad del exterminio de las comunidades indígenas como condición de eficacia para la "gobernabilidad" del sistema. Casi al inicio del conflicto, en una narración desconcertante, "Chiapas: el sureste en dos vientos, una tormenta y una profecía", Marcos narraba el destino monótono de las tentativas indígenas para lograr un acuerdo con la burocracia gubernamental:

Comisiones negociadoras van y vienen. El conflicto se soluciona aparentemente, las causas subsisten, y con la misma apariencia todo vuelve a la calma.

[Desde el inicio de nuestra guerra de liberación] hemos sido calumniados por el gobierno federal y estatal y por algunos medios de comunicación masiva que pretenden, desvirtuando nuestra lucha, engañar al pueblo de México [...]

El Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN hace un llamado de atención al pueblo de México para no dejarse engañar por las declaraciones del gobierno federal que, como muestran los acontecimientos de hoy, no pasan de ser palabras de engaño.¹¹

¹⁰ "Comunicado del subcomandante Marcos", 26 de febrero de 1994, *EZLN*, p. 176.

¹¹ *EZLN*, pp. 49-66.

La palabra del EZLN cuenta esa crónica de la mentira, de la degradación de la fuerza de la palabra como artificio deliberado para el sometimiento político. En este contexto la tensión entre el diálogo tentativo con la "sociedad civil" y la tensión con las estrategias discursivas que exhiben el despotismo de Estado, revelan condiciones imposibles para la palabra zapatista.

Los recursos míticos de la legitimidad zapatista

La *Declaración de la Selva Lacandona* se inicia con una afirmación épica de identidad, que es al mismo tiempo reivindicación de un origen y restauración de un linaje:

Somos producto de 500 años de luchas: primero contra la esclavitud, en la guerra de Independencia contra España encabezada por los insurgentes, después por evitar ser absorbidos por el expansionismo norteamericano, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al Imperio Francés de nuestro suelo, después la dictadura porfirista nos negó la aplicación justa de las leyes de Reforma y el pueblo se rebeló formando sus propios líderes, surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros a los que se nos ha negado la preparación más elemental para así poder usarnos de carne de cañón y saquear la riqueza de nuestra patria sin importarles que estemos muriendo de hambre y enfermedades curables, sin importarles que no tengamos nada, absolutamente nada.¹²

La afirmación resurge repetidamente en los textos zapatistas, con frecuencia en las rápidas enumeraciones de los héroes patrios recobrados para la historia ejemplar. Esta historia sumaria se transforma en linaje mítico del movimiento y en clave de identidad nacional. Leemos en los comunicados del EZLN esos recuentos sumarios, esa síntesis mítica de una historia de México expresada en una épica sumaria de las insurgencias y del recuento emblemático de los agravios que subyacen a ellas. La memoración zapatista reconoce su propia identidad en el linaje de esta historia de luchas, en la filiación de sus nombres y sus gestas. Deriva de ellas la identidad y la legitimidad de la lucha; la épica de las luchas que modelaron la nación mexicana adquiere un sentido ejemplar, pedagógico, fundante; la trama de las gestas confiere a los actos del zapatismo no sólo un fundamento sino un destino, hace reconocible en la expresión bélica

¹² *Idem.*, p. 33.

del zapatismo la resonancia de una voz que busca convertirse nuevamente, después del eclipse y el desahucio de la respuesta política de la sociedad mexicana, en acto de identidad.

La irrupción del EZLN se sustentó desde el inicio en una confrontación de identidades y legitimidades. La guerra parte de esa dialéctica que se establece entre el anonimato del pueblo, de la reciprocidad como régimen amparado por cuerpos indiferentes, y la identidad visible, memorable, de nombres surgidos de la guerra misma; otra vez, es la guerra misma la que crea los nombres y las identidades individuales; una vez más, los nombres no preceden a la guerra, surgen de su culminación, pero sobre todo de la memoria colectiva; las figuras míticas, terrestres y nocturnas, cobran entonces un perfil; los silencios de los vivos y las dilatadas y carnales voces muertas resurgen con una identidad de la materia misma de los cuerpos que han cerrado el ciclo de la guerra. Y sin embargo, aun en el anonimato, esos cuerpos ensombrecidos, velados, en la antesala de la guerra, no carecen jamás de una identidad fundamental, de un destino, aunque se fundan en un cuerpo anónimo, solamente que esa identidad se funde en la memoria con el universo moral y simbólico de los ancestros. La identidad de los cuerpos anónimos es esa: fundirse en la matriz de la génesis, en la gran cadena de los linajes. La equiparación del anonimato, de los rostros indiferentes, con la inexistencia de identidad política es un mero recurso de control propio del despotismo político en la modernidad. Por el contrario, es la larga historia de las voces atávicas, de las memorias de ancestros fundidas en masas anónimas que resurgen momentáneamente en los nombres nocturnos de los hombres que bajan de la noche, las que hablan una voz íntima, apenas audible, pero que arrastra consigo, con la memoria, la fuerza de la vida.

El zapatismo forja su legitimidad desprendiéndola de esa larga historia de voces en que se funden todas las voces desaparecidas, las voces sin nombre de los abuelos, de los padres que ha alimentado la multitud anónima de los pueblos; es ella la que conforma la identidad de la resistencia política. Esa memoria de las voces íntimas, de las voces que impregnan los tiempos de espera por la tierra, son las que resplandecen apenas, son las que suscitan la resonancia mítica de amplios y cardinales pasajes de los textos del EZLN.

La lucha parece surgir de esta conjugación de los silencios, los tiempos y las apariciones; también de su fuerza y decaimiento. El silencio tiene sentidos múltiples: "volver al silencio" se convierte en el horizonte utópico del acto de guerra; resguardar en el silencio de la memoria muda esa palabra iluminada súbitamente por el acto violento de reivindicación;

pero también el acto de guerra es la recuperación de la palabra sofocada, excluida; la guerra parece no ser otra cosa que esta restauración: una palabra por otra, un silencio por otro.

La palabra de los rostros *nocturnos* y *amordazados* emerge para desmentir el silencio de la palabra doblegada por el olvido degradante, impuesto y forjado por los otros. Hay en el discurso zapatista una evocación mítica del silencio originario, de las voces ancestrales que antecede al silencio impuesto a todas las voces de la tierra; ese otro silencio, producto de la exclusión y la condena tiene sin duda un carácter brutal; hace evidente el sentido de la guerra porque hace reconocible, en esa otra voz que los sofoca, la historia de despojo y devastación de las selvas y las tierras y la apropiación de su riqueza que experimentan cotidianamente; esa suplantación del silencio ancestral por el silencio de la condena hace comprensible la muerte lenta por la desnutrición, la desmemoria, el desarraigo y la enfermedad, el enmudecimiento al que se ve sometido su memoria. Pero ese silencio al que han sido condenados, surge del silencio mismo de los otros, de su palabra vacía, de su insignificancia, de su mentira. Hace comprensible también la vacuidad de los pactos de reciprocidad, de su insustancialidad y degradación como lazos simbólicos. Por eso la palabra gubernamental está marcada por una ilegitimidad esencial, una mentira irreparable.

El discurso zapatista recobra la fuerza del mito como historia, como restauración de las voces atávicas, pero toma, en esa confrontación con la palabra vacía de los otros, una identidad limítrofe: entre fábula y denuncia, entre exigencia ética y sarcasmo, entre fantasía política y definición de alternativas de acción, entre ficción y construcción argumentativa de la legitimidad; se convierte en instrumento reflexivo para encontrar en la acción militar una reflexión sobre su propia identidad. Y ese momento de reflexión, la guerra como acto reflexivo, como acto fundador de identidad, como acto de memoria, inaugura y rescata, paradójicamente, una historia propia, restaura la fractura de las identidades colectivas; anuncia la clausura de un ciclo de silencio, de suspensión de las palabras, de abatimiento del sentido que es también el anuncio de la restauración de un vínculo con el pasado. La palabra zapatista no está pronunciada hacia el futuro, sino vuelta hacia la restauración del arraigo, del linaje: la restauración de la dignidad, reclamo zapatista enfático, es la reconstrucción de un *tiempo y una historia propios que se ha eclipsado con el silencio de la memoria y de la tierra*, de un linaje, de un arraigo.

La marca que ha dejado en el discurso esa construcción de la historia se transforma en un imperativo ético: *dignidad*. Esa palabra marca un

límite, señala el crepúsculo de un periodo, las fronteras de un universo ético en el que se gesta el apego a la memoria, los bordes que los pueblos ponen a la anulación de su presencia.

El quebrantamiento del cinismo político: la dignidad zapatista como moral de los límites

Es posible pensar que toda estrategia política sustenta su legitimidad en la veracidad de un lenguaje capaz de fundar marcos éticos que crean e involucran identidades políticas. No obstante, las burocracias políticas *violentan* ese imperativo: orientadas hacia la disolución de las identidades políticas, ponen en juego un entreverado juego retórico cuya culminación es el vaciamiento, la fatiga del sentido y la indiferencia política. El lenguaje gira sobre sí mismo, forjando mimetismos, reflejos de sí que engendran un vértigo capaz de romper toda posible reciprocidad discursiva. El lenguaje de la burocracia recurre privilegiadamente a una operación dual: simular y disimular la simulación; inscribiendo en esa simulación *la denuncia moral de la simulación*, simular la vigencia de un régimen ético para producir en sus márgenes simulacros de identidad política: el laberinto de la simulación; las burocracias políticas hacen un uso perverso de la paradoja como recurso para engendrar la indiferencia. La verdad del discurso político de la burocracia es su capacidad para engendrar indiferencia, petrificación de las identidades políticas, parálisis de la respuesta crítica. La única verdad del discurso político mexicano es el vaciamiento de las estrategias de verdad y la disolvencia de las identidades. El discurso de la burocracia política mexicana añade a estas estrategias de disolución de las identidades un rasgo extremo: la exhibición sin velos, jactanciosa, de esa estrategia; la ostentación obscena de sus estrategias de engaño, la exaltación y el ensalzamiento público y desembozado de la simulación. El cinismo no se expone sólo como un rasgo de la palabra o los actos políticos, sino también como una amenaza que se sustenta en la potencia soberana, impune, de la capacidad del régimen para la condena, la transgresión de las propias leyes, la invención de legitimidades o el asesinato, el ejercicio autónomo del despotismo político del régimen.

En el ámbito mexicano, el cinismo ha cobrado un carácter inusitado, se ha convertido en *condición de validez de la palabra política*: jactarse de la impotencia del otro ante la transgresión de las normas éticas, discursivas, políticas realizada sistemáticamente y sin ocultamiento por las fuerzas de

preservación del Estado; exhibir como rasgo de poder la revocación ilegítima de cualquier impugnación legítima; negar y exhibir la irracionalidad de la razón de Estado como forma irrevocable de acción política; presentar explícitamente, sin subterfugios discursivos o estrategias de ocultamiento y como *fundamento* del poder político, cualquier muestra de la ilegitimidad de los actos de gobierno; consagrar como condición privilegiada de la estrategia política la eficacia del discurso cínico. El cinismo se torna laberinto de espejos: la burocracia política denuncia la irrelevancia y la insignificancia de la denuncia de los otros; o bien, priva arbitrariamente de legitimidad la revocación de la legitimidad que hacen los sujetos políticos de los actos gubernamentales; exagera la violencia ante la exacerbación de la denuncia de la violencia, exhibe como evidencias de legitimidad las evidencias de ilegitimidad. El desenlace final de esta reflexividad laberíntica y distorsionada de actos y lenguajes de poder, que oscila entre la autoparodia del discurso gubernamental y la devastación de los fundamentos de significación del acto político, asume como estrategia la degradación del horizonte moral de la acción política y desemboca en la extenuación y el vacío políticos en todos los ámbitos sociales.

La degradación cínica del discurso y la acción políticos tiene un costo históricamente incalculable, aunque sus efectos sean aún inciertos. La instauración del cinismo como régimen absoluto de eficacia política edificado sobre la vacuidad de los marcos de validación y legitimación política tiene efectos contradictorios en los despotismos locales, en las diferentes manifestaciones del caciquismo y la corrupción políticos, les confiere una impunidad sólo limitada por los principios cínicos de eficacia.

La construcción unilateral y determinada de la identidad del otro constituye el fundamento de ese movimiento envolvente de esa reflexividad cínica.

En sociedades en las que ya no se ofrece ninguna alternativa afectiva moral más y en las que potenciales antipotencias están implicadas en su mayor parte en los aparatos de poder, no hay nadie que pueda rebelarse contra los cinismos de la prepotencia. Cuanto más carente de alternativas aparezca una sociedad moderna, tanto más se permitirá el cinismo. Al final, ironiza sus propias legitimaciones.¹³

¹³ Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Miguel Ángel Vega (trad.), presentación de Fernando Savater, 2 vols., Madrid, Taurus, 1989.

La densidad laberíntica del discurso cínico de la burocracia política mexicana crece a medida que se adelgaza el horizonte político de las colectividades. De ahí el acrecentamiento y la sofisticación de estas hablas quebrantadas, volcadas sobre sí mismas en un abismamiento progresivo, en una espesura cuyo centro es el vacío radical de sentido. Sloterdijk escribe:

[la razón cínica] desarrolla una ética no imperativa, que incita al poder en lugar de embarullarnos [*emberlificoter*] en las complicaciones depresivas del deber.¹⁴

Esta suspensión del carácter imperativo de la regla ética está, sin embargo, gobernada por otro imperativo: la respuesta inmediata, adecuada a la obtención del máximo beneficio. No se trata de una supresión de una norma por otra, sino de la sustitución de una regla ética por una regla de rendimiento que usurpa su lugar social; el vaciamiento de la ética y la instauración de su simulacro. El cinismo se rige por esta conjugación entre el vacío ético, el simulacro de la preservación de la norma ética y la primacía del pensamiento estratégico regido por el espejismo de la calculabilidad del beneficio futuro individual. Es quizá este espejismo el que impregna el lenguaje del cinismo político. El cinismo conjuga dos actos de lenguaje discordantes, dos exigencias de significación inconmensurables: reclama la garantía de un sentido que haga posible el cálculo del propio bienestar futuro, y la capacidad individual para degradar, vaciar, violentar, tergiversar o mutilar arbitrariamente las formas y el sentido del lenguaje, para someterlo a los imperativos de las fantasías propias, para subordinar imaginariamente su lenguaje a las flexiones de sentido exigidas en cada momento. El horizonte privilegiado del cinismo es esa primacía de la acción sobre la fragilidad del sentido que hace *inútiles* los imperativos éticos. El discurso político en México responde plenamente a las condiciones contradictorias del cinismo.

Para el universo cínico el sentido de los actos es indiferente, su marco normativo se disipa; cada acto es válido o inválido según su eficacia inmediata, según la ligereza de su significación, según su vocación a la inmemoria; su legitimidad o ilegitimidad transitoria la define el cálculo de una moral de circunstancia, sin rastros, sin huellas; el cinismo rehusa la memoria y los linajes, elude la insistencia y el arraigo del ritual; sus ceremonias son meras escenificaciones transitorias, consagradas a la sonoridad estentórea, a la gesticulación espectacular, al estremecimiento

¹⁴ *Idem*, I, p. 393.

grandilocuente; el cinismo formula un imperativo vinculado a la eficacia inmediata; por eso es renuente a la promesa y adicto a su simulacro, a su eficacia puntual, a la conmoción implicada en su enunciado, pero apuesta al olvido, a la postergación de su cumplimiento, a la disipación del compromiso; la promesa, para el acto cínico, no tiene que ver con el virtual imperativo de su satisfacción, sino con el impacto inmediato de su enunciación; esa eficacia precaria le es imprescindible, como le es indispensable el olvido. De ahí la exacerbación de la promesa en el discurso político, el recurso insistente a su fulgor espectacular, de ahí la explotación irrestricta de la resonancia estéril de su expresión. La promesa es un acto privilegiado de sometimiento político: su cumplimiento se convierte de inmediato en algo intangible, insustancial, carente de fuerza imperativa; adquiere entonces alcances políticos estratégicos para lograr la saturación, el enmudecimiento, la condescendencia, la indiferencia y la intimidación políticos.

En efecto, la eficacia particular de las estrategias cínicas del discurso de la burocracia gubernamental no reside esencialmente en la prohibición de decir. Más bien, la eficacia emerge de la acción política donde la exuberancia inerte del lenguaje se conjuga con las modalidades meramente escénicas, mudas, del amago, donde domina una ética de la urgencia, de la eficacia, apenas insinuadas en el acto de lenguaje. El ejercicio de despotismo gubernamental acude a la saturación negativa de la palabra: engendrar el vacío de la palabra por la proliferación y la indiferencia de las regulaciones del sentido, por la reiteración exorbitante de lenguaje indiferente. La noción misma de transgresión en la ética política pierde su sentido. El hábito de un decir sin horizontes, evanescente, indiferente al sentido, a la congruencia, a la veracidad, capaz incluso de contravenir expresamente la evidencia reconocible. La intimidación y la disuasión políticas surgen de la posibilidad *soberana* de conjugar en un mismo acto de lenguaje juicios no sólo contradictorios entre sí, sino ajenos a las evidencias visibles o a contrapelo de todos los marcos reguladores del intercambio colectivo y al alcance de la memoria de los actos que permanecen al margen de la interpretación, confinados en un olvido inmediato, tajante.

La legitimidad de la burocracia de Estado vive de esa algarabía y de esa estridencia del discurso, de la exacerbación de su insignificancia, de la densidad implacable que consagra la incongruencia como figura primordial de la argumentación "legítima". El aparato gubernamental no neutraliza el vértigo provocado por la parodia ambigua de sí mismo; más bien al contrario, hace de la exuberancia, de la exacerbación de esa parodia de sí mismo, el fundamento de una concepción escénica, pero eficaz;

intimidatoria, del poder que permea con su solemnidad todo el ámbito del ejercicio político. Esa escenificación paródica, pero brutal del despotismo político se despliega privilegiadamente en la narrativa del cinismo.

De ahí la vacuidad crítica de discurso de la oposición política o de otras tentativas contrainstitucionales. El aparato de Estado instaura un espacio compacto de signos vacíos, virtualmente discordantes, incongruentes, baldíos, apela a signos interpretables sólo por sus intensidades, hecho de residuos de lenguaje, de gestos, de señas, de guiños, que permite la conjugación, en un espectro infinito, del autoritarismo y su legitimación. La aberración del discurso burocrático confina toda palabra proferida en el ámbito político a la insignificancia, todo acto crítico queda inmerso en ese juego equívoco de signos, en la permanente insubstancialidad de sus actos, en el horizonte de la impureza y el ensombrecimiento de toda identidad, en el vértice de la desaparición.

El discurso zapatista niega en sus fundamentos el movimiento del discurso cínico, capaz de fundar arbitrariamente la identidad del otro, fraguándola según esta lógica envolvente y especular. La reivindicación de la palabra verdadera, surgida de la condición indígena del zapatismo, fundada sobre la ética de los límites, arrojada hacia los márgenes de la identidad, de la intimidad con la desmemoria, la insubstancialidad, el mutismo, hace creíble una ética del diálogo, ajena al cinismo de la "veracidad" gubernamental que emerge de los laberintos crepusculares de la palabra proferida por la burocracia gubernamental. La palabra zapatista hace visibles, irreparables por fin los resortes que apuntalan la eficacia política de la palabra equívoca, de la promesa intemporal, insignificante, intransitiva, ambigua, referida a esperanzas vacías; la palabra zapatista muestra la vacuidad de descripciones inverificables que contravienen no sólo lo vivido sino incluso el menos adiestrado sentido común, la invención política de mundos intangibles que acrecientan la violencia abrupta y la arbitrariedad de las designaciones y de la construcción fantástica de los universos políticos. La palabra zapatista exhibe, al conminar perentoriamente al aparato burocrático a un intercambio inmediato, abierto, ineludible, de preguntas y respuestas, de silencios y desmentidos, de exhibición inapelable de evidencias, la estulticia estratégica, la mala fe del lenguaje, una estrategia de devastación de la palabra que va mucho más allá del uso simple y sistemático de la mentira. Las armas son un recurso más lingüístico que bélico, no señalan una transgresión de la legalidad, sino esa exterioridad respecto de la veracidad cínica; exhiben la decisión de preservar hasta el límite la validez de su propio horizonte moral.

Esa "moral de los límites", esa moral al filo de la memoria, esa moral sustentada desde la restauración de la voz, hace inmediata, tangible, incluso necesaria, la presencia de la muerte en su propio lenguaje; porque esa voz ha emergido de una condena a la inexistencia, a la no identidad, ha emergido de una muerte ya impuesta desde el cinismo burocrático, e irrenunciable. Tonos cambiantes y vuelcos obsesivos: la moral de los límites se expresa como presencia obsesiva de la dignidad; la dignidad es la expresión ética del resurgimiento de la identidad y el retorno de la vida en la elección de la muerte. El tema obsesivo de la dignidad señala la vida carente de alternativas, la resurrección de la memoria en el acto de guerra y la fulguración de la palabra después del olvido. La guerra digna es la guerra más allá de la muerte, capaz de cancelar míticamente toda guerra futura; la alternativa extrema: elegir la muerte para negar la muerte a la que se ha sido condenado, elegir la muerte para conjurar la desaparición, cuya última degradación es el olvido; elegir la muerte que crea el nombre y la identidad para encontrar una muerte propia que haga posible la memoria y, con ella, la vida misma. Los tonos se funden, las historias se condensan en la irrupción de una genealogía de gestas heroicas. Los orígenes del movimiento guerrero recuperan la raíz nocturna del acto mítico de la creación indígena, los mitos de los orígenes, el "dulce" resplandor de la propia identidad, y como centro de esa identidad, el episodio de la muerte como restauración de los linajes. Esa no es una concepción zapatista, sino es la encarnación de convicciones atávicas en la palabra zapatista:

La muerte define al antepasado, antaño, ayer y ahora. Ya sea que llegue prematuramente o a su hora, al servicio del poder o deliberadamente provocada por los abusos del mismo —este ambiguo poder que hoy ampara y mañana masaca—, la muerte nutre en permanencia el cortejo de las almas, fuente inagotable del río de lo ancestral, al llevar el registro de aquellas muertes, las palabras del discurso ritual son las vías de la memoria indígena.¹⁵

Surge en el discurso zapatista, una diferencia en el vasto territorio de la muerte. La muerte insignificante, "muerte inútil", progresiva, inadvertida, cotidiana, privada de la fuerza de los vínculos primordiales, es una muerte sin muerte, sin ritualidad, sin pasado y, por consiguiente, estéril. La otra muerte, la que hace significativa la vida, la muerte en el seno de una ritualidad sustentada en la vigencia del vínculo colectivo,

¹⁵ Alain Breton, "Una infinita necesidad de antepasados", en Alain Breton y Jacques Arnaud (comps.), *Los mayas. La pasión por los antepasados y el deseo de perdurar*, México, CNCA, 1994, p. 153.

esa muerte desaparece con la palabra vacía impuesta desde fuera. La recuperación de la palabra, la guerra, es también la recuperación de la muerte, la muerte capaz de hacer significar el tiempo vital.

...nuestro corazón no era ya sólo pena y dolor, llegó el coraje, la valentía vino a nosotros por boca de nuestros mayores ya muertos, pero vivos otra vez en nuestra dignidad que ellos nos daban. Y vimos así que es malo morir de pena y dolor, vimos que es malo morir sin haber luchado, vimos que teníamos que ganar una muerte digna para que todos vivieran, un día, con bien y razón.¹⁶

Desde la Declaración del 1º de enero, el *¡Basta!* que define el sentido del acto de guerra testimonia la exacerbación de un imperativo, un límite. Pero no era sólo el límite de una paciencia centenaria impregnada de la devastación y del sojuzgamiento de las colectividades, era un límite surgido de una paradoja: *la exacerbación del vacío que impregnaba la palabra y vaciaba a la muerte de su sentido ético, de su arraigo en la historia de las reciprocidades*. Esa respuesta ante el vacío fue ética: la dignidad como expresión de la restauración del sentido de la muerte, como invención de una significación que habrá de llenar el vacío dejado por la devastación cínica de las identidades.

La dignidad es la afirmación de un límite que opone la identidad colectiva a la voluntad de extinción que emana de la razón burocrática. Es una condición que no admite tránsitos porque compromete la exigencia colectiva, radical, de identidad. Es un borde puro; la exigencia de dignidad es un acontecimiento absoluto, radical, es el punto en el que la estrategia política se extingue, donde no hay concesión posible, donde la latitud de las normas se adelgaza hasta la intolerancia, y sin embargo, la dignidad es la expresión de la tolerancia que se funda en una memoria del sometimiento. La dignidad invoca la restauración del vínculo entre memoria e identidad, una identidad amenazada o allanada, una degradación de las normas que subyacen al reconocimiento como instancia de la palabra.

Si la dignidad puede desembocar en la extinción del diálogo, lo hace en virtud de esta ética de los límites; de esta imposibilidad de transigir con el simulacro, de la capacidad de anticiparlo, del recuerdo de la insubstancialidad de la palabra; la inflexibilidad de la dignidad como valor límite surge de la certidumbre y la memoria de su propia y brutal extinción gestada en la esfera cínica de la burocracia política. La dignidad res-

¹⁶ "Carta del subcomandante Marcos al Consejo 500 años de Resistencia Indígena", 6 de febrero de 1994, *EZLN*, p. 119.

taura míticamente, confiere a la palabra la densidad de la presencia primordial, la palabra emerge en su pureza primigenia, es la presencia después de su eclipse, su degradación e insignificancia. Por eso quizá esa demanda aparece como voluntad pura de memoria, de densidad temporal, como deseo de historia y de relato. No hay dignidad sin esta restauración de la fuerza mítica del origen. No hay otro amparo de la presencia plena, de la identidad paradójica de la voz que dialoga, que la memoria recrudescida en la frecuencia de la muerte, en la restauración de los orígenes, en la plenitud de los valores soberanos de la colectividad que ha sido devastada. Paradójicamente, esta voz que expresa la dignidad exige un reconocimiento incondicional como condición para la fundación de cualquier diálogo.

La demanda de dignidad se enuncia no ante la posibilidad de la muerte, sino desde el seno de la muerte misma. La voz indígena no anticipa ni augura el etnocidio. Es desde un etnocidio ya prácticamente consumado, desde la desaparición misma, desde donde se señala la condición última de la palabra: el respeto a la dignidad. Esta exigencia de que sea reconocida la dignidad étnica es quizá el último testimonio de una presencia que se yergue frente a un horizonte sin otra alternativa que su propia desaparición.

De ahí las dimensiones exasperantes de la presencia de la muerte como tema que irrumpe, abierta o solapadamente, en cada reclamo de la palabra. La muerte es, en el instante de la voz zapatista, más un recuerdo que una anticipación.

Sin duda, en la guerra de Chiapas no se enfrentan dos contingentes desigualmente armados; se enfrentan por lo menos dos identidades y dos historias, dos genealogías, dos patrias extrañas una a la otra. Sólo que esa extrañeza en la historia es también la que separa nuestros criterios de legitimidad, nuestras cosmogonías, nuestro desarraigo y su apego mítico, esencial, a la tierra, nuestros lenguajes y nuestros universos éticos en el fundamento de la autoridad. Es posible reconocer en la palabra zapatista el reclamo por el olvido de esta distancia, de esta frontera que nos separa, y de la fertilidad de esa distancia. Es posible reconocer en esa inmensa memoria de agravios que se revela en esa visión de la historia tejida con los nombres de los héroes de guerra, el uso brutal y degradante del olvido al que se los ha condenado. La patria de los zapatistas, esa a la que ellos reclamaban un olvido centenario, también nos separa. Aun cuando son los mismos personajes, los mismos actos de libertad los que pueblan su historia y la nuestra, se trata de historias incomparables, irreductibles la una a la otra. Aunque nos amparen los mismos nombres,

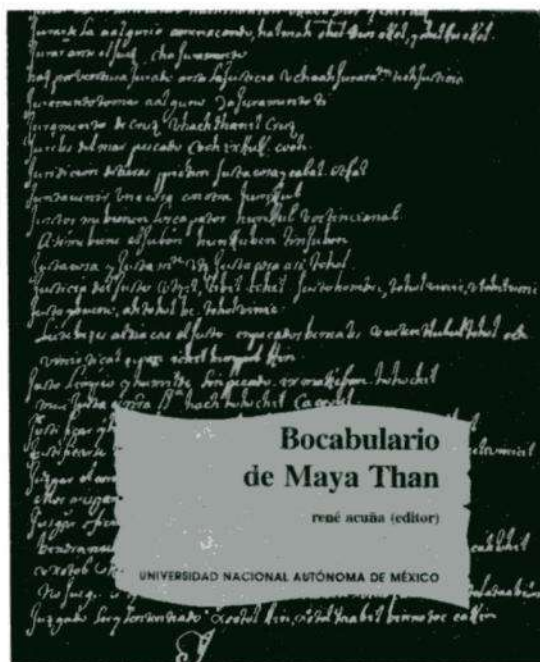
nuestras memorias son inconmensurables, nuestras muertes también. Y sin embargo, esa patria que ha olvidado a los zapatistas no es tampoco la nuestra, no es la que acoge nuestro desarraigo. La legitimidad de la lucha zapatista se alimenta de una negación: nos han despojado de una historia común, de una memoria común, de un lenguaje común; sólo nos vincula un signo más violento y más íntimo, la certeza de que todos hemos sido desarraigados de la patria; y no obstante, la patria reaparece como el gran emblema de aquello que subsiste más allá de la degradación de la vida colectiva, de la gestión pública y de la palabra política.

RESEÑAS

René Acuña (ed.); David Bolles y Sergio Reyes Coria (asesoría y ayuda técnica); Moisés Aguirre (dibujos)

Bocabulario de maya than[;] Codex vindobonensis N. S. 3833[;] facsímil y transcripción crítica anotada

México, D. F., Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM (Fuentes para el estudio de la cultura maya, 10), 666 pp. + facsímil del manuscrito original que ocupa 204 páginas sin numeración propia.



Este es el más reciente de una ya larga lista de documentos coloniales de suma importancia para el conocimiento de las lenguas y la historia del México colonial que ha salido de la péndola del insigne filólogo universitario René Acuña. Se trata de una edición del manuscrito también conocido como el "vocabulario de Viena", puesto que el original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Austria de esa ciudad, donde ha estado desde 1916. Un facsímil de este manuscrito se publicó en Austria en 1972 (Mengin, 1972), y una versión invertida maya-español fue publicada en 1978 (Heath, 1978),¹ pero ésta es la primera publicación que contiene, además del facsímil, una transcripción del mismo.² La edición consta de una "Introducción" (pp. 13-36), la "Transcripción crítica anotada" (pp. 37-635), el "Facsímil" (204 páginas sin numeración).

¹ Incomprendiblemente, Acuña no hace ninguna mención de esta curiosa edición.

² Acuña tampoco menciona la existencia de otra transcripción hecha por Barrera Vásquez, con la cooperación de Heath de Zapata, que se hizo "como trabajo preliminar para una edición anotada y a su vez invertida en una segunda parte, que el entonces director del Instituto Nacional Indigenista don Alfonso Caso se había comprometido a publicar, pero nunca cumplió su compromiso ni devolvió los originales". (Barrera Vásquez et al., 1980: 25a; también mencionada por Heath de Zapata, 1978: 5, que evidentemente es la versión invertida aludida.)

ción propia entre las páginas 50 y 51), la "Bibliografía" (pp. 637-642), un "Glosario" (pp. 643-662), y un "Índice analítico" (pp. 663-666).

El *Bocabulario de maya than* es un vocabulario bilingüe español-maya yucateco de autor anónimo que ocupa 199 folios. Según los cálculos del editor, contiene alrededor de 14 000 entradas y unas 40 000 acepciones en maya (p. 16). La biblioteca donde reposa propone una fecha el *Bocabulario* en la segunda mitad del siglo XVII, opinión compartida por autoridades como Alfredo Barrera Vásquez y Ernst Mengin (p. 23). En cambio, Ralph L. Roys lo consideró de las primeras décadas del siglo XVII (p. 23) y Eulalia Guzmán, investigadora de la SEP en los archivos europeos quien "descubrió" el manuscrito para los investigadores mexicanos, consideró que su caligrafía tiene características de escritura de fines del XVI o principios del XVII (Priego de Arjona, 1939, *apud* Barrera Vásquez *et al.*, 1980, p. 23a). Acuña, basándose en las filigranas del papel —círculos coronados—, en los cambios en la ortografía del español de una más antigua que sirvió como base del orden alfabético originalmente riguroso, y en el desconocimiento tanto del español como del maya de parte de los amanuenses,³

³ Acuña nunca expresa claramente su opinión sobre la identidad y lengua de los amanuenses. Aparentemente lo que quiere decir con la afirmación tan estrafalaria de que no entendían ni el español ni el maya es que, además de ser descuidados, no dominaban el español y que la modalidad escrita y las diferencias provocadas por un siglo de cambios en su lengua materna, el maya, provocaron otros problemas. Sin embargo, la fluidez, el estilo y la soltura de la escritura hacen evidente que los que la produjeron tenían amplia experiencia con la palabra escrita.

cree que es una copia, hecha a finales del XVII o principios del XVIII, de otro manuscrito más antiguo, inclinándose por la fecha más reciente (pp. 18, 20). Acuña cree, sin embargo, que el prototipo fue compuesto en la segunda mitad del siglo XVI (p. 18) y que fue utilizado como fuente para otras obras de importancia para la lexicografía del maya colonial: el calepino maya de Motul (Ciudad Real, 1984),⁴ el diccionario español-maya de Motul (anónimo, s.f.) y el diccionario de San Francisco (Michelon, 1976). Esta fecha temprana, consistente con la conclusión de Heath de Zapata (1965), se basa en el orden de entradas (que, como ya se dijo, implica una ortografía original más arcaica), en la falta de referencias a artes y ejemplos ilustrativos que implicarían la existencia de una literatura eclesiástica ya desarrollada, en la riqueza de vocablos que se refieren a varios campos léxicos como, por ejemplo, las nociones de religión yucateca antigua, y en la morfología.⁵ Propone que se elaboró en Maní, puesto que ese centro importante de franciscanos se menciona once veces en el texto.

El facsímil, de letra menuda, es de calidad desigual pero nunca fácil de leer. Algunos planos son borrosos, otros más nítidos, unos claros, otros oscuros, algunos tienen buen nivel de contraste, otros no. Mucho más legible, en cambio, es el

⁴ Acuña se burla del gran mayista J. E. S. Thompson por haber sugerido que el vocabulario de Viena podría haberse basado, en parte, en el diccionario de Motul (p. 23).

⁵ En realidad, Acuña simplemente enumera los tipos de evidencias en que se basa su fechamiento del manuscrito, pero no desarrolla sus argumentos de manera explícita. Por ejemplo, no dice cuáles aspectos de la morfología se pueden interpretar como indiciativos de la fecha de composición ni por qué.

facsimil que publicó Mengin (1972), tanto por la calidad superior de la impresión (el de Acuña tiene los puntos muy abiertos, fácilmente visibles sin lupa) como por el hecho de haberse publicado en tamaño natural, puesto que en la edición de Acuña, se redujo 20%. La única ventaja que ofrece este nuevo facsimil es que incluye, además del manuscrito entero de Viena, la hoja 199 faltante, que Acuña descubrió en 1977 extraviada en la Colección Garrett de la Biblioteca Firestone de la Universidad de Princeton.⁶ Por desgracia, la nueva hoja está mal colocada: las reproducciones de los folios 198 verso y 199 verso están intercambiadas. Llama mucho la atención que ni en el caso del manuscrito de Viena ni en el de la hoja de Princeton se reconoce el permiso de las instituciones que poseen dichos documentos para incluirlos en esta edición.

La transcripción que ofrece Acuña intenta ser crítica. En sus propias palabras:

Se respetan, hasta el límite de lo tolerable, los textos español y maya y, cuando se alteran o corrigen los mismos, o se interpolan entradas omitidas por los copistas, tales cambios van acusados por visibles corchetes ([]) y, en general, acompañados al pie por una nota justificante. [...] Debo advertir [...] que he introducido, sin notas justificantes, un sistema de puntuación conforme a mi entendimiento personal de los textos y, además, que mi transcripción de los textos mayas es analítica (p. 27).

⁶ En la "Introducción" (p. 17), Acuña da la impresión de que no había podido conseguir la placa fotográfica correspondiente, motivo de cierta invectiva mordaz en contra de los funcionarios de la Biblioteca Firestone, si bien merecida cuando preparaba esas líneas, ociosa y poco elegante en la versión publicada.

En otras palabras, Acuña ha metido mucho su cuchara. Si bien lo hace con el afán de facilitar la comprensión de un documento seriamente adulterado por los errores de los copistas, quiere decir que el usuario tendrá que cuidarse para distinguir entre lo que dice el manuscrito y lo que dice el editor. Afortunadamente, la presencia del facsimil permite hacerlo. Por ejemplo, Acuña no dice nada acerca de su manera de transcribir el texto maya. Sólo al examinar el facsimil, se descubre que ha hecho dos sustituciones: la *c* con *h* herida, <ch>, que se usó para representar la africada alveopalatal eyectiva /c'/, se transcribe como *chh*, y la *c* al revés, <ɔ>, que se usaba para representar la africada alveolar eyectiva /c'/, se transcribe como *dz*.

Para poder juzgar mejor el tipo de operaciones editoriales no señaladas pero hechas en esta edición, cotejé la transcripción de la hoja 50 con el facsimil correspondiente.⁷ Encontré que acentúa el español según las reglas actuales, normaliza el uso de mayúsculas, cambia la <v> a <u>, y usa cursivas para una palabra en español que parece ser un préstamo del maya. Hay una serie de entradas relacionadas con la forma *chuy*, que frecuentemente se escribe como *chuy*. Acuña corrige esta forma, con una nota al res-

⁷ Curiosamente, en la "Introducción" Acuña dice que "los textos, facsimil y transcripción anotada, se presentan por separado en volúmenes que, de haber dependido de la voluntad del presente editor, habrían sido sin duda manuales" (p. 28). Pero, por consideraciones económicas (Sergio Reyes, comunicación personal), a fin de cuentas todo se publicó en un solo volumen. Además, el facsimil está orientado de manera apaisada, lo cual hace que el cotejo con la transcripción sea bastante incómodo.

pecto, la primera vez que aparece, pero en las otras entradas relacionadas hace la corrección en silencio. También hay cambios leves, pero no señalados, en el texto español; algunos son correcciones (*casecha - cosecha*) pero otros tienen motivos menos obvios (*coso o contraecha de pierna - col]lo y contraecho de pierna*, señalando la corrección únicamente en la primera palabra). Curiosamente, agrega la expresión [l.l.], una abreviatura del latín *vel 'o'*, en muchos casos donde el manuscrito original simplemente tiene una lista de equivalencias posibles del español en el yucateco, separadas por comas. Este tipo de cambios artificialmente arcaizantes me parece totalmente gratuito. Además, el uso de esa abreviatura fue significativo en algunos vocabularios novohispanos. Por ejemplo, Iuan de Cordoua (1578, Aviso XII) dice que:

Es necessario que se aduertia, que donde quiera que entre dos dictiones ò verbos se hallare este. l. se da a entender por el, el verbo ó diction q[ue] precedio, v.g. Tòniaquelahuel lóba, l. quelanal lóba. l. quelacol lóba. l. quelatil lóba, todos estos quieren dezir vsar el barrer y no tienen mas que vn verbo que es tònia, de manera que en cada . l. destes se incluye el verbo precedente. De donde le saca, que aunque las comas, cisuras, ó cerillas q[ue] esta[n] entre vn vocablo y otro son para distinguir el vno del otro, sie[m]-pre el. l. en los mas lugares se adelanta, porque significa y quiere dezir q[ue] refiere la diction ó vocablo precedente, como consta en el exemplo puesto.

Por lo tanto, la decisión de poner [l.l.] en lugar de comas merece una justificación o, por lo menos, una aclaración que diga que la distinción no es significativa. En mi opinión, sería conveniente describir todas las operaciones editoriales de este tipo de manera más explícita en la introducción.

Quizás el aspecto más llamativo de esta edición es el aparato crítico. Va nutrido con casi 4 000 notas. Allí es donde Acuña explica y justifica sus modificaciones del texto original, requeridas debidas a los muchos errores de los copistas, a quienes califica como "ignaros", "incompetentes" e "ignorantes"; opina que "se limitaron [...] a transcribir malamente lo que malamente entendían" (p. 24) y que "su gruesa ignorancia de las lenguas que trasladaban está a la vista" (p. 18). Para hacer sus correcciones, Acuña acude sobre todo al calepino maya de Motul (Ciudad Real, 1984), pero también a otras fuentes como el diccionario Cordemex (Barrera V. *et al.*, 1980), el diccionario español-maya de Motul (anónimo, s.f.), y el diccionario de San Francisco (Michelon, 1976). Corrige la ortografía, repara *lapsus calami*, suple texto elidido y comenta sobre el significado literal del maya. Si bien las notas están sobrepobladas con conjeturas, inferencias, reconstrucciones y lecturas discrecionales, éstas hacen una contribución importante al entendimiento cabal de este texto tan viciado, por lo cual Acuña merece nuestro agradecimiento.

Bibliografía

- Anónimo, *Diccionario maya de Motul*, manuscrito custodiado por la Biblioteca John Carter Brown, Providencia, Rhode Island. [Según Acuña (Ciudad Real, 1984, p. xiv), existe otra copia idéntica en la Sociedad Hispánica de Nueva York, donde está atribuida a Alonso de la Solana.]
- Barrera Vásquez, Alfredo et al., *Diccionario maya Cordemex[;] maya-español[;] español-maya*, Mérida, Ediciones Cordemex, 1980.
- Ciudad Real, Antonio de, *Calepino maya de Motul*, edición de René Acuña, 2 tomos, Filología: Gramáticas y diccionarios, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- Cordoua, Iuan de, *Vocabulario en lengua çapoteca*, Pedro Charre y Antonio Ricardo, México, 1578.
- Heath de Zapata, Dorothy Andrews, "Estudio comparativo para determinar cuál es el diccionario maya más antiguo", en *Revista de la Universidad de Yucatán*, año 8, vol. 7, 1965, pp. 134-142. Reproducido en parte en Heath de Zapata, 1978.
- Heath de Zapata, Dorothy Andrews, *Vocabulario de mayathan*, Coordinado con el Diccionario de Motul, Introducción de José Díaz-Bolio, Área Maya/Mayan Area, s.l., 1978.
- Mengin, Ernst (ed.), *Bocabulario de mayathan[;] das Wörterbuch der yukatekischen Mayasprache[;] vollständige Faksimile-Ausgabe des Codex vindobonensis S.N. 3833 der Österreichischen Nationalbibliothek*, Bibliotheca lingüística americana, 1. Akademische Druck- u. Verlagsanstalt, Graz, 1972.
- Michelon, Oscar (ed.), *Diccionario de San Francisco*, Bibliotheca lingüística americana, 2. Akademisch Druck- u. Verlagsanstalt, Graz, 1976.
- Priego de Arjona, Mireya, "Un nuevo vocabulario español-maya", nota presentada al Congreso Internacional de Americanistas, en su XXVII sesión, verificada en la ciudad de México del 5 al 15 de agosto de 1939, y publicada en *Boletín de bibliografía yucateca*, núm. 10, noviembre-diciembre, 1939.

Thomas C. Smith Stark
Centro de Estudios Lingüísticos
y Literarios,
El Colegio de México

Mario Humberto Ruz
y Julieta Aréchiga (eds.)
Antropología e interdisciplina.
Homenaje a Pedro Carrasco
Lineal de la XXIII Mesa Redonda
de la Sociedad Mexicana de
Antropología, Presentación
de Mario Humberto Ruz,
México, Sociedad Mexicana
de Antropología, 1995, 570 pp.
+ 9 ilustraciones.



En el presente volumen se ofrecen los textos de las intervenciones en la Mesa Homenaje a Pedro Carrasco¹ y los relativos a las ponencias (que incluyen las exposiciones resumidas de éstas y las discusiones reflexivas a que dieron lugar) presentadas en las sesiones lineales matutinas de la XXIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (SMA),

¹ Coordinador Jesús Monjarás-Ruiz; ponentes: Pedro Carrasco, Jesús Monjarás-Ruiz, Johanna Broda, Luis Reyes García, Teresa Rojas Rabiela y Santiago Genovés, quien también actuó como moderador (pp. 17-56).

realizada en la ciudad de Villahermosa, Tabasco, en agosto de 1994, dedicada al tema "Antropología e Interdisciplina".² Textos precedidos por la merecida nota en memoria y reconocimiento a Enrique Arechavaleta, a quien se dedica el volumen; le siguen la presentación de Mario Humberto Ruz y los agradecimientos de los editores; además, para romper la monotonía de la letra impresa, se intercalan dos exposiciones fotográficas.³

² Los aspectos tratados, referidos al tema central de la mesa, se agrupan en cinco grandes apartados:

a) "La interdisciplina en la antropología mexicana: un balance" (cuatro ponencias más la presentación y discusión, pp. 57-129), moderador Carlos García Mora; ponentes: Leopoldo Valiñas, María Eugenia Peña Reyes, Eyra Cárdenas Barahona, María de los Ángeles Romero Frizzi y Guillermo de la Peña.

b) "Poblamiento, migraciones y mestizaje" (cinco ponencias más presentación y discusión, pp. 133-323), moderador Brigida von Mentz; ponentes: Beatriz Braniff C., Lourdes Márquez Morfín, Juan Manuel Pérez Zevallos, María Guadalupe Rodríguez Gómez y Geroganne Weller Ford.

c) "Sistemas agrícolas y patrones alimenticios" (cinco ponencias más presentación y discusión, pp. 24-368), moderadora Brigitte Boehm; ponentes: Emily McClung de Tapia, Judith Zurita Noguera, Teresa Rojas Rabiela, Virginia García Acosta, Perla Petrich, Rosa María Ramos Rodríguez, Fernando Montiel, Emma Paulina Pérez López y Ernesto Camon Healy.

d) "Sistemas simbólicos" (cinco ponencias más presentación y discusión, pp. 369-473), moderador Roberto Varela; ponentes: Raymundo Mier, Alfredo López Austin, Eduardo Matos Moctezuma, José Carlos Aguado Vásquez y Ruth Behar.

e) "La interdisciplina en la antropología mexicana: perspectivas" (cinco ponencias más presentación y discusión), moderadora Xóchitl Leyva; ponentes: Alfonso Sandoval Arriaga, Linda Manzanilla, E. Fernando Nava L., Juan Pedro Viqueira y Esteban Krotz.

³ La primera de María del Rosario Domínguez Carrasco, titulada "La cerámica del Ca-

El libro, por medio de sus editores, materializa la primera parte de los esfuerzos de múltiples instituciones y la entusiasta participación de más de 400 investigadores ligados directa o indirectamente con el quehacer antropológico y la SMA.⁴ Indudablemente responde a los esfuerzos de sus editores y marca un hito con la puntualidad de su aparición. Aunque —no pueden faltar los peros— hubiera sido bueno evitar algunas repeticiones innecesarias en las transcripciones de las presentaciones orales, y tampoco hubiera estado de más agregar una lista de las instituciones participantes. Vale la pena resaltar la riqueza propositiva de las discusiones.

En su presentación (pp. 11-14), Mario Humberto Ruz da cuenta de los propósitos, problemas y resultados obtenidos en la reunión. En su evaluación crítica de la misma, si bien parte de la premisa de que, dada la complejidad social que enfrenta la antropología, la interdisciplinariedad es concomitante a las investigaciones que realiza y hace patente el peligro de incomunicación que estraña la superespecialización alcanzada por el quehacer científico. Para evitarlo y lograr el entendimiento y un cierto grado de integración interdisciplinaria, se hace necesaria la búsqueda o, por qué no, la invención de un idioma común.

Aunque la tarea se antoja difícil, Mario Humberto en su símil musical apunta

lakmul, Campeche" (pp. 233-241), y la segunda de Edward Montañez Pérez y Francisco Fernández Repetto sobre "Días de fiesta" (pp. 475-481).

⁴ Véanse los "Reconocimientos" (pp. 15-16). Próximamente aparecerá un segundo volumen con una selección de los trabajos presentados en las sesiones vespertinas.

como solución la necesidad de asignar los instrumentos para, a continuación, encontrar una partitura, no única pero sí común, posibilitadora de una participación comunicativa. Así, frente a la pesimista visión quimérica de la interdisciplina, haciendo eco a los indicios positivos, se pronuncia por la "deseable utopía" comunicativa no sólo entre las subdisciplinas antropológicas, sino entre éstas y las ciencias sociales, las físicomatemáticas, las químico-biológicas, las humanidades, las artes y la tecnología.

En las exposiciones de la Mesa Homenaje se ofrece un panorama, si bien general en algunos aspectos preciso, de la vida y obra de Pedro Carrasco, en particular de la segunda. El marco de referencia lo dan el cómo, el porqué y el cuándo se despertó su interés por el mundo mesoamericano en general y el México indígena en particular, y la manera en que éste se materializó académicamente. Independientemente de las circunstancias de las épocas de su formación académica y de su vida tanto en México como en Estados Unidos, el énfasis está puesto en sus contribuciones a la etnología y la etnohistoria, destacándose algunos aspectos metodológicos y teórico-aproximativos empleados en sus investigaciones que cubren un amplio espectro temático, encaminadas, entre muchas otras preocupaciones, a resolver la especificidad de la conformación socio-político-territorial de la Triple Alianza.

Como acertadamente lo sintetiza Johanna Broda (pp. 34-35):

La riqueza de las aportaciones de Pedro Carrasco sobre la sociedad y la religión mexica reside en la combinación entre el minucioso manejo de las fuentes históricas, la aplicación de una metodología

rigurosa y la interpretación en términos de una perspectiva holística propia de la antropología. Así, sus trabajos son factuales y detallados a la vez que abstractos y teóricos. El enfoque holístico integra la organización social, la economía, la estructura política, la religión y el ritual en una sola perspectiva de interpretación antropológica.

Carrasco en su intervención (que clausuró la sesión) puso de manifiesto que los ponentes en sus presentaciones habían dejado de lado la valoración crítica de su obra, considerando sólo los enfoques teóricos por él seguidos, frente a las corrientes teóricas y las tendencias de moda en los momentos de sus investigaciones. Por lo que, tanto en su versión oral como en la escrita, nos ofrece una autobiografía académica en la que expone los principales temas que ha trabajado y, de manera importante, las polémicas suscitadas por sus escritos, debidas en su mayor parte a una falta de entendimiento del desarrollo de sus concepciones por parte de sus oponentes académicos. Asimismo consideró que, más allá de las meras definiciones, el valor de los estudios etnohistóricos "depende en buena medida de lo que contribuyan a la discusión de los problemas generales de las ciencias sociales" (p. 20).

A continuación, basándome en las ponencias presentadas en los apartados dedicados al balance y las perspectivas de la interdisciplina en la antropología mexicana, sin pretender agotar la riqueza descriptiva, analítica y propositiva de las mismas, me ocuparé de algunos aspectos que considero relevantes.

De hecho, el punto de partida y comparación se remonta a los orígenes de la antropología mexicana moderna, en

donde el enfoque interdisciplinario, generalmente individual, fue condición necesaria.⁵ Sin embargo, pareciera que hoy en día, al referirnos a la interdisciplina, lo hacemos con un dejo de melancolía, evocando una remota, tal vez perdida o incluso utópica "edad dorada". Totalidad extraviada, la cual, a pesar de todo, parece ser en buena medida recuperable.

La supuesta o efectiva pérdida de la interdisciplinariedad de la antropología mexicana puede explicarse, entre otras causas, por la necesidad de acercamientos más especializados; por la imposibilidad de conocer y estar al día en los avances de cada una de las subdisciplinas antropológicas; por la delimitación tan específica de los temas de estudio; por la superespecialización teórica y metodológica y, sobre todo, por el discurso, a veces, indescifrable que la acompaña.⁶

Existe consenso en que la interdisciplinariedad no es el agregado de temas o de resultados, ni la simple agrupación de investigadores de diferentes especialidades antropológicas o de éstos con los de otras áreas. En todo caso sería la interacción entre conceptos, enfoques y métodos de subdisciplinas diferentes. Leopoldo Valiñas (p. 60) propone los siguientes grados o niveles de participación interdisciplinaria:

⁵ Aunque, como lo apunta la sugerente ponencia de Guillermo de la Peña (pp. 88-91), de alguna manera la interdisciplina también ha estado presente, en mayor o menor medida, en los estudios antropológicos subsecuentes. El acercamiento o alejamiento de ella ha dependido de los enfoques teórico-metodológicos utilizados en los diferentes momentos de su desarrollo.

⁶ Véase por ejemplo: De la Peña, p. 90 y Viqueira, p. 522.

- a) "Débil": a partir de la disciplina generadora de la investigación, las otras participan únicamente como auxiliares.
- b) "Paralela": en ella se observa una especie de división del trabajo, en la cual cada una de las disciplinas participantes "jala" por su lado, para, al final, simplemente empalmar sus resultados.
- c) "Fuerte": las disciplinas que participan, sea autónoma o mancomunadamente, fundamentan los avances de sus investigaciones en la interrelación que se da entre ellas, siendo sus resultados los que van abriendo, cerrando o redirigiendo los caminos del estudio.

Para Valiñas, en nuestro país en los últimos 15 años han existido trabajos plurales e interdisciplinarios; aunque la mayoría han sido individuales: de hecho, para él, en México hay poco trabajo científico interdisciplinario "fuerte".

De alguna manera, según las ponencias analizadas, parece que el problema de la interdisciplina, desde los enfoques teórico-metodológicos y las técnicas actuales, plantea la necesidad de una revaloración teórica, metodológica, temática y discursiva de las especialidades. Problema que, de acuerdo con Krotz (p. 536), tiene que ver no sólo con los estancos disciplinarios y la posibilidad de una perspectiva disciplinaria común, sino, de manera importante, con el problema de la ciencia y el de su administración en México. Punto de vista reforzado por Viçqueira (p. 525), cuando señala que el meollo del asunto está en aclarar: "cuál es el modelo de antropología que queremos proponer, antes de terminar aceptando el que las autoridades encargadas del desarrollo de la ciencia en México buscan imponernos".

Para algunos la interdisciplina es importante, pero no es el único camino, incluso no sería condición fundamental para el avance científico. Todo depende de los marcos conceptuales; hay unos cuyo desarrollo no exige la interdisciplina, y otros que sí. En todo caso, la necesidad de la misma varía según el tipo de estudio que se realice.⁷ Aunque, como señaló alguno de los ponentes, el trabajo científico es importante en cuanto presente posiciones, posturas y preguntas y, por supuesto, genere respuestas, más que si es o no interdisciplinario o teóricamente puro.

En las ponencias acerca de la vinculación o de las actividades interdisciplinarias de las especialidades de la antropología, además de los resúmenes del devenir de algunas, las descripciones de sus objetivos, el recuento de sus actuales o posibles formas de integración interdisciplinaria y el de la metodología y técnicas para alcanzarlas, se hizo patente la necesidad de, sin perder de vista las aportaciones de los colegas de otras latitudes —aunque sin depender de ellas—, esforzarnos por tener un desarrollo autónomo ligado a la problemática nacional y a las políticas encargadas de solucionarla.⁸

Así, en contra del aislamiento de los estancos especializados y, como dijo Mer-

⁷ Véase entre otros, De la Peña, pp. 93-94; Romero Frizzi, p. 93 y Valiñas, p. 60-61.

⁸ En este aspecto, aunque con ciertas dificultades, se han abierto brechas. Por ejemplo, el área Antropología de la Educación del CIESAS ha participado en el programa de Modernización Educativa para la Educación desde 1993. Aunque no siempre han recibido los créditos correspondientes. Comunicación personal con Luz Elena Galván del CIESAS.

cedes Olivera (pp. 563-564), en aras de recuperar el enfoque humanístico de la antropología, creo que el sentir, si no consensual, sí general de los participantes en la XXIII Mesa Redonda, puede sintetizarse en lo dicho por Fernando Nava (pp. 518-558), cuando aboga:

por la apertura de los profesionales de las ciencias antropológicas (y de las nuevas generaciones de estudiosos) al ejercicio sistemático de la correlación entre los datos que manejan dentro de sus respectivas especialidades y la información derivada de otras disciplinas que estudian al hombre [para que] el diálogo entre los especialistas se convierta en un ejercicio cotidiano, en un hábito sano.⁹

Para los aspectos que traté del volumen presentado es evidente el clamor no sólo por la comunicación sino por la planeación interdisciplinaria. Lo que indudablemente remite a una revisión necesaria de la definición, estructuración e instrumentación de los proyectos de investigación. Reto al que debe darse respuesta no sólo interdisciplinaria, sino —de manera importante— interinstitucional.

Jesús Monjarás-Ruiz
Dirección de Etnohistoria
INAH

⁹ Sobre el cómo deberá enfrentarse la interdisciplina en el futuro, sin ser los únicos, también resultan muy atrayentes los puntos de vista de: Eyra Cárdenas (p. 80), quien se pregunta: "¿Por qué entonces no trabajar en la construcción de un verdadero campo interdisciplinario, en el cual los objetos puedan definirse y aprenderse desde un marco ciertamente antropofísico y se construyan teorías y modelos propios?" Y el de De la Peña (p. 91), cuando señala: "[...] tenemos que entender que para la explicación de ciertos fenómenos va a ser necesario [...] acudir a la interdisciplina [...], pero no por decreto [...] sino desde nuestra perspectiva teórica particular que es la que tenemos que aclarar". Véanse también: Romero Frizzi, p. 85; Nava, p. 519 y Sandoval Arriaga, pp. 487-488.

Leticia Reina Aoyama (coord.)
Economía contra sociedad.
El Istmo de Tehuantepec
1907-1986
México, Nueva Imagen, 1994,
350 pp. + fotos, cuadros y gráficas.



Los libros resultan ser como las personas: es difícil que todo nos guste de ellas. Algo siempre nos encanta, algún rasgo hasta nos molesta o enerva, otro más nos parece apenas tolerable.

Con esa perspectiva haré mis comentarios al libro que hoy nos convoca. Empezaré por el título: me parece inadecuado, porque no refleja el sentido de la obra. Le queda chico al contenido. Pareciera que se trata sólo de medidas económicas que afrentan a la sociedad —en este caso la istmeña— y ciertamente, al deambular por las calles y las páginas, la realidad y el propio libro nos dicen mucho más.

En efecto los estudios que integran el libro hablan no sólo de economía sino

de una serie de intentos de modernización que a lo largo del siglo se han impuesto a la región y acabaron fracasando total o parcialmente. No se trata, pues, de economías que por sí solas agreden a la gente, sino de políticas provenientes de fuera, que violentan la naturaleza local, ocasionando todo tipo de efectos sociales y políticos, muchos claramente indeseables.

Creo sinceramente que las preguntas que plantea Leticia Reina Aoyama en su introducción son pertinentes y que, a lo largo de los trabajos, realiza un importante esfuerzo por esclarecerlas. “¿Por qué —se pregunta la coordinadora del estudio— siendo el Istmo una de las regiones más ricas del estado de Oaxaca, cada día hay más desempleo, pobreza y violencia? ¿Por qué se encuentran deteriorados algunos nichos ecológicos? ¿Por qué no se ha explotado todo el potencial económico y estratégico de la región? ¿Por qué de tiempo en tiempo se elaboran planes de desarrollo para el Istmo y éstos nunca llegan a cumplir sus objetivos?”

El primer trabajo nos ubica en una perspectiva que abarca desde 1907 hasta 1940. Hace un recorrido amplio sobre la errática economía istmeña sometida al influjo de eventos históricos como la construcción del ferrocarril transístmico, los reflujos de la Revolución o la resaca del Canal de Panamá.

Los tiempos modernos desde el cardenismo hasta 1986 son abordados por sendos estudios sobre el sector agropecuario y sobre la industria, la pesca, la ganadería, etc., en los que se reúne y analiza información valiosa y consistente.

Los temas son analizados a partir de información no sólo importante sino novedosa, que refleja el afán de indagar en

fuentes originales, y por tanto, de ofrecer una visión bien sustentada en estadísticas confiables. A esta virtud añadiría una más: es tangible un compromiso político e ideológico, que rebasa el horizonte de las minucias partidarias, en tanto refleja una honda preocupación por el destino profundo de los pueblos del Istmo oaxaqueño.

En el conjunto de los rasgos que me gustaron, uno me parece sustantivo: hay propuestas. Rareza que en los trabajos académicos nativos es meritoria, puesto que ha sido justamente la imposición fuereña de grandes sueños lo que ha subyugado el destino istmeño. Por ello, es congruente y positivo el planteo de opciones que den sentido y visión al diagnóstico en la investigación; y que al interior surjan proposiciones y posiciones.

No todas las propuestas del libro me resultan sensatas y será menester discutir las en otra ocasión, pero el hecho mismo de expresarlas es el mejor antídoto para que no se repitan los despropósitos que narra la investigación.

Es verdad que no existe proyecto propio en el Istmo. De ahí la imposición sistemática de grandes intentos modernizadores y sus efectos complejos. Sin embargo, tal acontecimiento no es exclusivo del Istmo; por tanto, la importancia del libro radica, a mi juicio, en que llama la atención hacia un fenómeno de envergadura nacional.

En consecuencia es la carencia de proyecto propio lo que ocasiona en nuestro país, como en el Istmo, la imposición de modernidades que se tornan dogmáticas, por no emerger de nuestra realidad específica. Así como en el Istmo, estos ejercicios de dominación acaban por provocar considerables fracasos por parte

de quienes los instrumentaron (quizá con las mejores intenciones) y agravios crecientes a los pobladores —que terminan sufragando los costos del despropósito.

En el libro que nos ocupa hay una gran ausente: la sociedad istmeña. Se recorre el mundo de los proyectos modernizadores, sus éxitos, fracasos, rasgos centralizadores, vicios institucionales, eventos políticos nacionales. Pero ¿y los istmeños?, ¿dónde están?, ¿por qué se pierde el pulso de una comunidad que ha mostrado una vitalidad intensa y que ciertamente ha reaccionado ante las oleadas modernizadoras absorbiendo, repeliendo o confrontando sus repercusiones políticas, económicas y sociales?

El tiempo es siempre enemigo de las investigaciones. Nuestros autores terminaron el libro en 1986, y de entonces a la fecha sin duda se han intensificado los contenidos adversos de la modernidad reciente. Inclusive todo indica que se acrecentará dicha adversidad.

¿Qué hacer? El libro esboza una posible vía útil para quienes detectamos la amenaza no sólo en el Istmo o en Oaxaca sino en todo el país: generar proyectos propios emanados de la entraña de la sociedad, aptos para comprender y aprovechar el cambio que nos entorna, pero asentados en la identidad de lo propio. Afianzar en lo interno, en lo profundo, las potencias de nuestro rostro exterior.

El libro permite dimensionar al reto del Istmo y también de la nación. Nos compromete políticamente a desplegar una militancia activa, para ser partícipes activos del perfil del México que queremos cincelar a golpes de identidad, a golpes de historia nuestra.

Reto inmenso, sin duda: queremos saber a donde vamos y decidirlo nosotros. Como la Reina de Corazones, la modernidad dogmática no comprende, y como a Alicia, nos quiere hacer correr vertiginosamente, dos veces más de lo que seamos capaces, sólo para permanecer en el mismo sitio. Sin embargo, las realidades acaban por alcanzarnos.

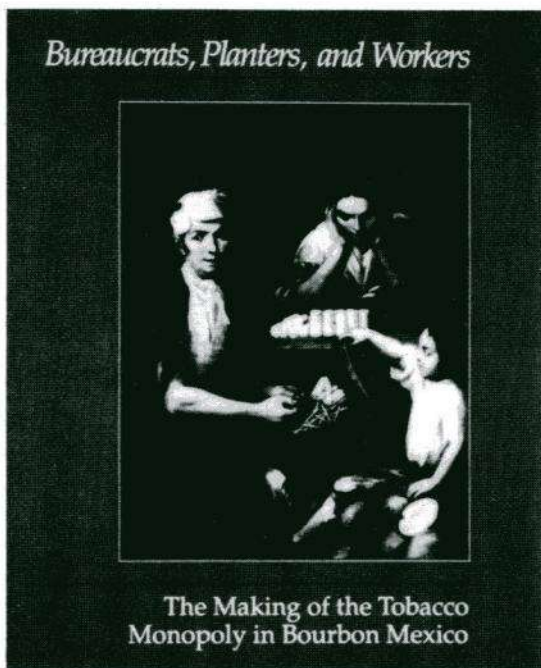
El libro que comentamos posibilita visualizar la magnitud del desafío. Nos

recuerda que esta vez tendremos que volver a correr dos veces más de lo posible, pero esta vez, deberemos decidir el rumbo nosotros mismos si queremos llegar a algún lado.

Armando Labra
Colegio de Economistas

Susan Deans-Smith
**Bureaucrats, Planters
and Workers**

*The making of the tobacco monopoly
in bourbon Mexico*, Austin,
University of Texas, 1992.



Las llamadas reformas borbónicas, vistas como el intento que llevó a cabo la Corona española en la segunda mitad del siglo XVIII con el fin de "recolonizar" sus posesiones americanas, continúan alimentando entre los académicos dedicados a la historia de México un apasionado y casi épico debate en torno a la naturaleza y efectos de su aplicación. Inaugurado con la obra de Alejandro de Humboldt el interés por este problema como análisis sistemático —más en su mecánica y efectos que como parte de una política estatal—, en realidad no volvió a ser sujeto historiográfico sino hasta la primera década del presente siglo cuando Herbert Ingram Priesley abordó la figura del visitador José de Gálvez como el operador inicial en la Nueva España de di-

cho proceso de reformas.¹ Algunos años después, Luis Chávez Orozco al ensayar nuevas interpretaciones de la historia nacional a partir del análisis de los procesos económicos, señaló, si bien en forma parcial, varias de las secuelas de las reformas emprendidas por Carlos III.² Sin embargo, puede afirmarse que no es sino hasta la aparición del ya clásico trabajo de Eduardo Arcila Farías en que las reformas son abordadas, sobre todo en su aspecto fiscal, como un fenómeno en sí.³ En los años sesenta y setenta el interés por el siglo ilustrado en general y las reformas borbónicas en particular, comenzó a formar parte de las preocupaciones centrales de los historiadores: estimuló las investigaciones y las encaminó por senderos más concretos o específicos. Así, la historiografía española mostró una inclinación natural por el tema, cuando bajo la coordinación de José Antonio Calderón Quijano se publicaron entre 1967 y 1972 cuatro volúmenes con sendos estudios de clara perspectiva institucional dedicados a las administraciones de los virreyes que gobernaron la Nueva España en los reinados de Carlos III y Carlos IV.⁴

¹ José de Gálvez *Visitor-General of New Spain (1765-1771)*, Berkeley, 1916.

² Véase por ejemplo la breve mención al establecimiento del monopolio del tabaco en *Historia Económica y Social de México. Ensayo de interpretación*, México, Ediciones Botas, 1938.

³ *El siglo ilustrado en América. Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España*, Caracas, Ministerio de Educación, 1955. Una segunda edición, de gran impacto en el medio mexicano, apareció con el título abreviado y en dos tomos, en la colección SEP/Setentas en 1974.

⁴ Véase *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III*, dir. y est. prel. de José Antonio Calderón Quijano, Sevilla, Escuela de

Abierta la brecha, en 1971 aparece la primera edición en inglés del novedoso estudio de David A. Brading quien, a partir de un amplio análisis de los efectos de las reformas en los mineros y la minería guanajuatense, ve en ellas mecanismos efectivos de extracción de la riqueza, pero al mismo tiempo vías promotoras de confrontaciones sociales.⁵ En forma casi simultánea Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez publican un ensayo donde las reformas son analizadas desde un amplio horizonte y en el que los elementos económicos o políticos surgen como parte de un proceso histórico con características definidas.⁶ Justamente a partir de este momento, el estudio del periodo de las reformas borbónicas, trazadas sus fronteras y caracterizada su estructura, experimenta un periplo que lleva a los investigadores a fijar su interés en aspectos mucho más concretos del fenómeno, al tiempo que se intenta ampliar la perspectiva de análisis. En este contexto es en el que se ubica el estudio de Susan Deans sobre el establecimiento del monopolio del tabaco en la Nueva España.

Como se sabe, la dinastía borbona instalada en la Corona española desde 1700, pronto llevó a cabo una serie de re-

formas con las que se propuso modificar la situación interna de España y la relación de ésta con sus posesiones americanas. Para concretar lo segundo, los borbones llevaron a la práctica una serie de medidas políticas, administrativas y económicas con las que pretendían, en términos generales, apretar el control político ejercido sobre las colonias y obtener el máximo beneficio económico de su posesión. Ese máximo beneficio económico se buscó, en buena medida, a través del establecimiento del estanco o monopolio de ciertos productos locales de gran demanda (como fue el caso del tabaco). En su estudio sobre esta renta Susan Deans traza un amplio itinerario que parte de la creación del estanco en 1764 hasta la crisis de 1810. Su propósito explícito, sin embargo, radica menos en describir una trayectoria cronológica, o insistir en mirar la ruta que siguieron las reformas—como la creación del monopolio: fuente generadora de hostilidad y resentimientos sociales—, que llevar a cabo un intento por ubicar el fenómeno en un amplio contexto en el que no se perdiese de vista el desarrollo que tuvo la renta desde las perspectivas local y estatal, y la respuesta popular a sus efectos. La estructura asignada al trabajo, así como las fuentes bibliográficas y documentales consultadas parecen dar consistencia a dichos objetivos. Respecto a lo primero, en el capítulo 1 (primera parte) describe las características del comercio del tabaco anterior al establecimiento del monopolio, los intereses involucrados y cómo éstos sirvieron de argumento político para la aplicación de la reforma. Tradicionalmente se ha visto en las expresiones de descontento generadas por la reforma, claros síntomas del rechazo que la po-

Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, tomos I y II, 1967 y 1968. Los dos volúmenes dedicados al reinado de Carlos IV corresponden a 1972.

⁵ *Miners and Merchants in Bourbon Mexico*, Londres, Cambridge University Press, 1971. La primera edición en español fue del Fondo de Cultura Económica en 1975.

⁶ Véase bajo el título de "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, pp. 183-301

blación afectada —cosecheros y cigarreros principalmente— mostró frente a la embestida estatal. La autora, sin embargo, considera que la oposición al establecimiento del monopolio fue, en su mayor parte, neutralizada al cooptarse e incluirse en las operaciones del estanco. En todo caso —agrega— la oposición más significativa y vigorosa se manifestó a través del contrabando.

El capítulo 2 analiza la estructura de la institución burocrática creada para el manejo del monopolio, sus problemas, y los cambios que sufrió al dejar de ser una entidad fiscal originalmente autónoma para paulatinamente sujetarla a la administración central de la Nueva España. En este espacio se estudia igualmente el perfil del cuerpo de burócratas que integraron la administración del monopolio y los vínculos de éstos con intereses privados, línea de análisis que permite a la autora presentar un rostro distinto de dichos empleados borbones, vistos tradicionalmente como sirvientes imparciales del Estado y más eficientes que sus predecesores del periodo Habsburgo. En la segunda parte de este mismo capítulo se analiza la curva de ingresos, costos y beneficios derivados de la producción y comercialización de los productos del tabaco entre 1765 y 1810, así como el destino que tuvieron tales ingresos. El acercamiento a este problema permitió a la autora revelar la muy diversa aplicación de los ingresos de la renta, originalmente pensados para uso exclusivo de la Corona.

En la segunda parte del trabajo se aborda la organización del suministro de insumos para la manufactura —tabaco y papel—, así como la política asociada a la producción de tales productos.

Se sabe que la presión ejercida por los cosecheros de tabaco influyó tanto en la regularidad de dicho suministro como en los costos del mismo. En ese sentido, en el capítulo 3 se aprecia con claridad que desde el inicio de las operaciones del monopolio, las condiciones de contrato y los precios del tabaco en rama, surgieron inmediatamente como fuente de conflicto entre la corona y los cosecheros. Si bien la Corona intentó reprimir las protestas de los cosecheros, muy pronto se convenció que negociar con aquéllos era lo mejor que podía hacer para evitar el desabasto de tabaco en las fábricas de la renta. Así, los cosecheros casi siempre lograron los mejores precios para su producto.

En el capítulo 4 se ofrece una descripción de la estructura y organización de la producción de tabaco, y el papel que en este proceso jugaron la fuerza de trabajo rural, el crédito y el capital. Se examina igualmente de qué manera influyó la respuesta de los cosecheros a las condiciones del monopolio, qué elementos determinaron su capacidad de negociación y por qué razón abortaron los intentos de la Corona por desplazar a los comerciantes en el financiamiento de la producción de tabaco. Para Susan Deans, el debate en este punto se centra en el hecho de que el suministro de capital por la Corona española para financiar la producción comercial de tabaco pudo haber contribuido a generar una nueva clase de productores, y que por esa vía se forzase a una recomposición de las élites agrarias y comerciales locales, sin embargo el papel financiero del Estado a largo plazo no sólo fue insuficiente en ese sentido, sino contribuyó a la consolidación de las élites existentes.

En la tercera parte se examina la estructura y funcionamiento de las fábricas de tabaco de la Corona, el régimen de trabajo establecido por los administradores del monopolio y la respuesta de los trabajadores. Como un aspecto asociado a lo anterior, en el capítulo 5 se estudian los flujos de demanda y suministro de los productos del tabaco y su comportamiento en los periodos de crisis. Dicho examen a largo plazo le sirve a la autora como ocasión para considerar, en amplio espectro, la naturaleza de la economía de finales del periodo colonial y las características de las llamadas empresas preindustriales. Éstas, en calidad de empresas estatales, si bien no fueron capaces de proporcionar una plataforma para la industrialización, no carecieron de una base racional. Así, los problemas de producción que enfrentó el monopolio a partir de 1790 se explican para la autora más bien como el producto combinado de una política fiscal equivocada con "imperfecciones" de la economía colonial. El resultado fue una incapacidad creciente para satisfacer la demanda de puros y cigarrillos y, consecuentemente, el incremento del contrabando.

En los capítulos 6 y 7 se describen las condiciones de trabajo y ambiente social de los trabajadores en las fábricas. En su momento de apogeo la Real Fábrica de Puros y Cigarros de la ciudad de México llegó a contar con casi nueve mil trabajadores, tanto hombres como mujeres, cifra considerable para cualquier unidad fabril tanto en Europa como en América, y todo un reto en términos de régimen de trabajo. En ese sentido —sugiere la autora—, a pesar de que el monopolio hizo posible que las añejas condiciones artesanales de salario y trabajo se troca-

sen por otras, con las que se aspiraba a una mayor organización racional industrial, el resultado fue el surgimiento de un régimen de trabajo que conservó tradiciones y características artesanales al interior de un sistema manufacturero de tipo capitalista.

En el capítulo 7 se ofrece un comentario más detallado acerca de la resistencia de los trabajadores a las condiciones laborales que enfrentaron: qué les molestaba y cuáles eran los motivos, y a qué estrategias acudieron para lograr sus objetivos. En el intento se ensaya una explicación de por qué los trabajadores, aun considerando tales condiciones y el ambiente que les rodeaba, significaron para la Corona sólo un problema político manejable. En el capítulo 8 y último se evalúa en corto el desarrollo del monopolio del tabaco entre 1810 y 1856. Para Susan está claro al parecer, que los desajustes políticos y económicos posteriores a la Revolución de independencia pudieron haber incrementado los problemas que enfrentaron los nuevos administradores del monopolio y contribuido a la bancarrota del mismo, pero los problemas no fueron creados —señala— por los nuevos administradores, ya existían desde antes de la explosión insurgente de 1810.

La investigación de Susan Deans refleja sin regateos un tramado sólido, tejido laboriosamente con hilos cardados al amparo de una amplia investigación documental y tensados con el apoyo de sistemáticas referencias teórico-metodológicas. La autora sabe que muchos de los aspectos medulares de su investigación son caros a aquella tradición historiográfica que, a partir de la perspectiva marxista, ha puesto su interés en el fe-

nómeno laboral, mas no por ello rehúye el debate, antes bien varios de sus apuntes sugieren una intensa discusión a futuro. He aquí algunos aspectos.

Invariablemente cuando los historiadores centran su atención o abordan de manera tangencial la actividad tabacalera novohispana, difícilmente pueden evitar la mención de la mano de obra como aspecto medular de la actividad y ver, muy recurrentemente, en la Real Fábrica de Puros y Cigarros de la ciudad de México un modelo paradigmático de procesos, si no fallidos, por lo menos inconclusos de industrialización. El estudio de Susan Deans no escapa a dicha tendencia, al contrario, todo su esquema desemboca en un amplio y elaborado alegato en torno al papel de los trabajadores del tabaco en el marco de las reformas borbónicas. Para la autora, sin embargo, y contrario a la visión tradicional, tanto la actitud de los trabajadores de la fábrica de México como la relación entre éstos y la Corona española se dan en términos de difícil pero continua negociación, más que en términos de confrontación.⁷ Ciertamente buena parte de lo que pudiese enumerarse como logros económicos

⁷ Al menos tres de los estudios que precedieron al de Susan Deans en el análisis del tema así lo abordan. Véase por ejemplo Ma. Amparo Ros, *La producción cigarrera a finales de la colonia. La fábrica de México*, México, INAH, 1984. Alejandra Moreno Toscano, "Los trabajadores y el proyecto de industrialización, 1810-1867", en *La clase obrera en la historia de México. De la colonia al imperio*, México, Siglo XXI-UNAM, 1980, pp. 302-350. Arturo Obregón Martínez, *Las obreras tabacaleras de la ciudad de México 1764-1925*, México, CEHSO, 1982, curiosamente dada la importancia de este último trabajo sobre el tema extraña que no sea citado por Susan.

del monopolio por un lado, y de los trabajadores de la fábrica de México por el otro, surge a lo largo del proceso como un aparente producto de la negociación; pero hasta qué punto —se podría igualmente preguntar— la negociación paradójicamente formó parte de las medidas coercitivas impuestas por el Estado, como el recurso de menor costo político y económico.

Como se sabe, uno de los constantes temores de los funcionarios virreinales durante el tiempo que funcionó la fábrica de México, fue el riesgo eventual de desórdenes sociales que representaba la concentración de un alto número de trabajadores en una sola unidad fabril. Dichos temores no fueron totalmente infundados como lo probó el motín de 1794, uno de los tres intentos de protesta que llevaron a cabo los trabajadores de la fábrica durante el periodo colonial. En esa ocasión, la negativa de los trabajadores a someterse a modificaciones en las condiciones de trabajo intentadas por los administradores, puso al descubierto la inconsistencia de la Corona al ensayar en su trato con los primeros una mezcla de criterios racionalistas y paternalistas: racionalistas cuando la Corona intentaba obtener el máximo rendimiento de la fuerza de trabajo; paternalistas cuando pretendía vender a la masa trabajadora la idea de la benignidad de la política real. A su vez, el motín reveló una capacidad inédita de organización y protesta de los trabajadores pero igualmente una imaginativa y sistemática vocación represiva por parte del Estado colonial. Para este último, pareció ser además una lección de aquello que no debía permitir en lo futuro, pues de inmediato llevó a cabo un proceso de reestructuración

de los procesos de manufactura. El monopolio procedió a la reorganización de las labores de la fábrica de México y la apertura de nuevas fábricas.

Desde la perspectiva de la autora, las fábricas de tabaco fungieron como una versión en pequeña escala del proyecto borbón para dictar nuevas pautas de comportamiento y controlar al poblacho novohispano. Dentro de este contexto el virrey y los funcionarios de la renta vieron en el papel jugado por las fábricas un vehículo a través del cual crear no sólo orden y disciplina, sino también “la escuela idónea para instruir a todos los que trabajan allí [en la fábrica] no sólo en sus tareas, sino en todas aquellas cualidades que hacen a un hombre civilizado [...] pues en las fábricas cada individuo vive sujeto a la voz que le ordena” (p. 203). Así, se puede convenir con la autora en el sentido de que las fábricas funcionaron como un microcosmos de la hegemonía colonial española, en el que las ideas de autoridad política y ortodoxia religiosa fueron sistemáticamente defendidas y promovidas.

Una de las conclusiones a las que se puede arribar a la lectura de la presente investigación: es que la renta del tabaco no fue una empresa capitalista en estricto sentido. La Corona no dudó en sacrificar capital y mano de obra semiespecializada en aras de cubrir necesidades surgidas en distintos frentes. Tal actitud condicionó en gran medida la salud económica del monopolio a mediano plazo, como bien lo demostró Susan. Pero a cambio, los trabajadores de las fábricas lograron condiciones de trabajo, que si bien estaban lejos de considerarse paradisíacas, contrastaban abismalmente con las existentes en otras actividades en manos de empresarios particulares, como fue el caso de la industria textil.⁸ ¿Simple casualidad? Quizá futuros análisis comparativos abrirán nuevas interpretaciones sobre el tema, y para ello será de gran utilidad el universo que en el presente estudio aporta Susan Deans.

Arturo Soberón
Dirección de Estudios Históricos, INAH

⁸ Véase los ejemplos que en ese rubro aporta el trabajo de Richard J. Salvucci, *Textiles y capitalismo en México. Una historia económica de los obreros 1539-1840*, México, 1992.

HISTORIA

Rebeca Monroy Nasr

El fotógrafo Enrique Díaz

ANTROPOLOGÍA SOCIAL

J. de Jesús Montoya Briones

Cultura y migración en Zacatecas

T. Reyes, E. Alcalá, M. Parcero, L. Bruni

Aproximaciones al campesinado

María Luisa Zaldívar

Proyectos de desarrollo en el Balsas

FUENTES

M. Rodríguez-Shadow, R. Shadow

Uso de las crónicas del siglo XVI

IDENTIDAD Y MEXICANIDAD

Marta Romer

Migración, integración y etnicidad

Natividad Gutiérrez

Los mestizos vistos por los indios

María Ana Portal

Mexicanidad e identidad nacional

Luis Barja

Posibilidades de estudio de la mexicanidad

Jesús Monjarás-Rutz

En torno a la mexicanidad

Saúl Millán

Antropología y mexicanidad

Isabel Hernández

Formación de identidades en el Edomex



ANTROPOLOGÍA

42

ISSN 0188-462-X



INVITACIÓN A LOS COLABORADORES

Dimensión Antropológica invita a los investigadores en antropología, historia y ciencias afines de todas las instituciones a colaborar con artículos originales resultado de investigaciones recientes, ensayos teóricos, noticias y reseñas bibliográficas. Igualmente se recibirán cartas a la Dirección polemizando con algún autor.

Las colaboraciones se enviarán a la dirección de la revista, o a través de algún miembro del Consejo Editorial. La revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo a dos dictaminadores, y a un tercero en caso de discrepancia. En caso de que los dictaminadores consideren indispensables algunas modificaciones o correcciones al trabajo, el Consejo Editorial proporcionará copia anónima de los dictámenes a los autores para que realicen las modificaciones pertinentes. Los dictámenes de los trabajos no aceptados serán enviados al autor a solicitud expresa, en el entendido de que éstos son inapelables.

Requisitos para la presentación de originales

1. Los artículos, impecablemente presentados, podrán tener una extensión de entre 25 y 40 cuartillas, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones. Las reseñas bibliográficas no excederán de 5 cuartillas y las noticias de 2. El texto deberá entregarse en cuartillas de 28 renglones por 60 golpes, aproximadamente, a doble espacio, escritas por una sola cara.
2. Los originales deben presentarse en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, vertigracia, licenciado, señor, doctor, artículo.
3. En el caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto, con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).
4. Los números del 0 al 15 deberán escribirse con letra.
5. Las llamadas (para indicar una nota o una cita) irán siempre después de los signos de puntuación.
6. Para elaborar las notas de pie de página debe seguirse este modelo, cada inciso separado por coma:

- a) nombre y apellido del autor,
- b) título del libro, subrayado,
- c) prologuista, introducción, selección o notas por nombre y apellidos,
- d) traductor por nombres y apellidos,
- e) total de volúmenes o tomos,
- f) número de edición, en caso de no ser la primera,
- g) lugar de edición,
- h) editorial,
- i) colección o serie, entre paréntesis,
- j) año de publicación,
- k) volumen, tomo y páginas,
- l) inédito, en prensa, mecanoscrito, entre paréntesis.

7. En caso de que se cite algún artículo tomado de periódicos, revistas, etcétera, debe seguirse este orden:

- a) nombre y apellidos del autor,
- b) título del artículo, entre comillas y sin subrayar,
- c) nombre de la publicación, subrayado,

- d) volumen y/o número de la misma,
- e) lugar,
- f) fecha,
- g) páginas.

8. En la bibliografía se utilizarán los mismos criterios que para las notas de pie de página, excepto para el apellido del autor, que irá antes del nombre de pila. En caso de citar dos o más obras del mismo autor, en lugar del nombre de éste se colocará una línea de dos centímetros más coma, y en seguida los otros elementos.
9. Se recomienda que en caso de utilizar abreviaturas se haga de la siguiente manera:

<i>op. cit.</i>	obra citada
<i>ibid.</i>	misma obra, diferente página
<i>idem.</i>	misma obra, misma página
p. o pp.	página o páginas
t.	tomo (plural: tomos)
vol., vols.	volumen o volúmenes
trad.	traductor
cf.	compárese
<i>et al.</i>	y otros

10. Foliación continua y completa, que incluye índices, bibliografía y apéndices.
11. Índices onomásticos o cronológicos, cuadros, gráficas e ilustraciones, señalando su ubicación exacta en el corpus del trabajo y los textos precisos de los encabezados o pies.
12. Teléfono para localizar al responsable de la obra.
13. Deberán enviarse 3 copias del texto y, de ser posible, el disquette correspondiente.
14. No deben anexarse originales de ilustraciones, mapas, fotografías, etcétera, sino hasta después del dictamen positivo de los trabajos.

Requisitos para presentación de originales en disquette

- Programa sugerido: Word 5.
- En mayúsculas y minúsculas.
- Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.
- Imágenes en mapa de bits (TIF, BMP, PICT, PCX, Metafile).
- Es indispensable adjuntar una copia impresa en papel.

Revisión de originales por parte del (los) autor(es)

Toda corrección de los manuscritos que haga el corrector será puesta a consideración de los autores para recibir su visto bueno, aprobación que deberán manifestar con su firma en el original corregido.

CORRESPONDENCIA: Paseo de la Reforma y Gandhi s/n, 1er. piso, Delegación Miguel Hidalgo, CP 11560, México, D.F.
Teléfonos: 553 0527 y 553 6266 ext. 240. Fax: 208 7282

D.R. INAH, 1995
Revista *Dimensión Antropológica*, AÑO 2, VOL. 5, SEPTIEMBRE/DICIEMBRE, 1995

Registros en trámite. Impreso y hecho en México

**Esta obra
se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 1996,
en los talleres gráficos del Instituto
Nacional de Antropología e Historia,
ubicados en Av. Tiáhuac 3428, colonia
Los Reyes Culhuacán, México, D.F. En
la impresión, a cargo de Antonio Rosales
Huidobro, se utilizó papel Euroart 2000
matte dos caras, de 100 gr/m² para los
interiores, y cartulina Bristol de
141 kg para la portada. La
edición consta de 1000
ejemplares.**